

PUBLIO CORNELIO TÁCITO

HISTORIAS

LIBROS III-V

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

HISTORIAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 409

PUBLIO CORNELIO TÁCITO

HISTORIAS

LIBROS III-V

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO Y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO SOCAS GAVILÁN.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A., 2013.**

López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.

www.editorialgredos.com

Primera edición: junio de 2013

REF: GBCC409

ISBN: 978-84-249-3682-2

Depósito legal: M-13.493-2013

LIBRO III

SINOPSIS

(Año 69 d. C., otoño)

Capítulos

- 1-14 Marcha de las tropas flavianas sobre Italia
- 15-25 Segunda batalla de Bedriaco
- 26-35 Segunda batalla de Cremona
- 36-48 Convulsión en el imperio romano
- 49-63 Marcha de los flavianos contra Roma
- 64-75 Sucesos en Roma
- 76-83 Conquista de Roma por los flavianos
- 84-86 Final de Vitelio

Marcha de las tropas flavianas sobre Italia

1. Los generales del partido flaviano¹ estaban preparando la campaña de guerra² con mejor suerte y mayor confianza. Se habían reunido en Petovio³ en los campamentos de invierno de la legión XIII⁴. Allí debatieron si decidían bloquear los Alpes de Panonia⁵ hasta que todas las fuerzas⁶ se agruparan a sus espaldas o si resultaría un golpe más osado enfrentarse de una vez al enemigo y luchar para asegurar Italia. Quienes preferían esperar a los refuerzos y [2] alargar la guerra resaltaban el poder y la reputación de las legiones de Germania⁷ y la subsiguiente llegada de Vitelio con el grueso del ejército de Britania⁸. Las legiones flavianas, por su parte, eran inferiores en número, habían sido derrotadas recientemente⁹ y, a pesar de sus bravatas, la moral entre los vencidos era más bien baja. Pero, mientras ellos controlaran los Alpes, Muciano llegaría con las tropas de Oriente¹⁰. Más aún, Vespasiano controlaba el mar con la flota¹¹ y tenía el apoyo de las provincias, gracias al cual podría abrir, por así decirlo, la masiva maquinaria de una segunda guerra. Así que, con una sana espera, llegarían nuevas fuerzas y no perderían nada de las actuales.

2. A estos argumentos Antonio Primo¹², el partidario más entusiasta de la guerra, respondió que la rapidez sería beneficiosa para ellos y fatal para Vitelio. Los vencedores, afirmaba, incrementaban más su indolencia que su confianza, pues ni siquiera se mantenían de servicio en el campamento: andaban descuidados por todos los municipios de Italia, temibles solo para sus anfitriones, hartándose de placeres inusuales con una avidez que [2] igualaba a la violencia con la que se habían comportado antes. Además, el circo, el teatro o los atractivos de Roma los habían ablandado y las enfermedades los había debilitado¹³. Pero, si se les daba un respiro, también ellos recuperarían la energía mientras se entrenaban para la guerra. Germania, de donde procedían sus fuerzas, no quedaba lejos; Britania estaba separada por un

estrecho y al lado estaban Hispania y las Galias, de donde llegaban hombres, caballos e impuestos¹⁴. Estaba la propia Italia y los recursos de Roma. Y si los vitelianos quisieran iniciar una ofensiva, disponían de dos flotas¹⁵ y el mar Ilírico¹⁶ sin defensa. ¿De qué serviría entonces el bloqueo de las montañas? ¿De qué prolongar la guerra hasta el próximo verano? ¿De dónde obtendrían ellos dinero y víveres¹⁷? Al contrario, debían aprovecharse precisamente de que las legiones de Panonia, engañadas más que vencidas¹⁸, estaban deseosas de levantarse de nuevo para vengarse, y de que los ejércitos de Mesia aportaban sus fuerzas intactas¹⁹. Si se computaba el número de soldados y no de legiones²⁰, había más fuerza en los flavianos y ninguna corrupción por los placeres. Además, la misma humillación por la derrota había ayudado a la disciplina. Es más, la caballería ni siquiera había sido vencida, sino que, a pesar de la situación adversa, habían [4] roto las líneas vitelianas²¹. «Entonces —exclamó Antonio²²—, dos regimientos de caballería de Panonia y Mesia desbarataron las filas enemigas, ahora las enseñas unidas de dieciséis regimientos con su empuje, su estruendo y su misma polvareda cubrirán y desbordarán a jinetes y caballos olvidados ya del combate. Si nadie se opone²³, seré al mismo tiempo responsable del plan y de su ejecución²⁴. Vosotros, que conserváis la suerte intacta, mantened las legiones en la reserva, yo tendré suficiente con unas cohortes ligeras. Pronto oiréis que el camino de Italia se ha abierto de nuevo para los soldados²⁵ y pronto escucharéis que han sido derrotadas las fuerzas de Vitelio. Tendréis el placer de seguirnos y pisar las huellas del vencedor».

3. Pronunció estas y similares palabras con fuego en los ojos y voz enérgica para que se le escuchara de lejos, pues centuriones y algunos soldados se habían sumado al consejo de guerra²⁶, y lo hizo de tal forma que impresionó incluso a los cautos y prudentes. Los soldados rasos y demás,

despreciando la indolencia de los otros, lo aclamaban entre alabanzas como el único con hombría y el único líder. Esta reputación la había conseguido al instante en la asamblea militar en la que se había leído la carta de Vespasiano²⁷, pues no habló como la mayoría en términos ambiguos para interpretarlos de una manera o de otra según se presentasen los acontecimientos. Se veía que se había comprometido abiertamente con la causa de Vespasiano, y por eso tenía más peso entre los soldados como su compañero en el fracaso o en la gloria.

4. El siguiente en autoridad era el gobernador Cornelio Fusco²⁸. Tampoco a él, acostumbrado a atacar sin compasión a Vitelio, le había quedado esperanza alguna en caso de derrota. Tampoco Flaviano²⁹, indeciso por naturaleza y por edad, levantaba entre los soldados sospechas de que no había olvidado su parentesco con Vitelio. Y es que, al huir cuando se inició el levantamiento de las legiones y regresar después espontáneamente, se creía que buscaba la oportunidad de traicionarlos³⁰. En [2] efecto, tras abandonar Panonia Flaviano entró en Italia y se puso fuera de peligro. Y su deseo de cambio revolucionario le había empujado a recuperar el nombre de legado imperial y unirse a la guerra civil. Lo aconsejaba Cornelio Fusco, no porque estuviera necesitado de la ayuda de Flaviano, sino porque tenía la intención de que el nombre de un excónsul aportara al movimiento flaviano que especialmente por entonces tomaba auge.

5. Por lo demás, con el fin de que el paso a Italia se produjera sin peligro y con provecho, se enviaron instrucciones escritas a Aponio Saturnino³¹ para que se diera prisa con el ejército de Mesia. Y para que las provincias desguarnecidas no quedaran a merced de los pueblos bárbaros, se incorporaron al ejército los líderes de los sármatas yáciges³² que controlaban el gobierno de su ciudad. Ofrecían también a su pueblo y la fuerza de su caballería, en la que reside todo su

poder, pero se rechazó tal servicio por miedo a que en medio de nuestras discordias pudieran suscitar una guerra contra el imperio o a que ante una recompensa mayor ofrecida por el otro bando se olvidaran de todo derecho divino y humano. Se atrajo a la causa a Sidón e Itálico, reyes de los suevos³³, quienes desde antiguo se habían mantenido leales a los romanos y cuyo pueblo era más capaz de [2] cumplir la palabra dada³⁴. Se apostaron en el flanco derecho tropas auxiliares a la vista de la hostilidad de Recia, cuyo gobernador era Porcio Septimio³⁵, un hombre de incorruptible lealtad hacia Vitelio. Así que se envió a Sextilio Félix³⁶ con el regimiento Auriano de caballería³⁷, ocho cohortes y los jóvenes nóricos a ocupar la ribera del río Aeno³⁸, que corre entre retos y nóricos. Y como ni unos ni otros presentaron batalla, la suerte de los bandos se decidió en otro lugar³⁹.

6. Antonio⁴⁰, que se apoderó rápidamente de los destacamentos de las cohortes y una parte de la caballería para invadir Italia, estuvo acompañado por Arrio Varo⁴¹, un oficial valiente en la guerra y con una reputación que había ganado bajo la jefatura de Corbulón y tras los éxitos logrados en Armenia. Pero corría el rumor de que en conversaciones secretas con Nerón este mismo había criticado los méritos de Corbulón; por ello, tras alcanzar el puesto de primer centurión por ese infame favor, la mal ganada alegría del momento se tomó pronto en su [2] desgracia⁴². Sin embargo, Primo y Varo, después de ocupar Aquileya⁴³, fueron recibidos calurosamente en las ciudades vecinas y en Opitergio y Altino⁴⁴. En Altino dejó una guarnición contra la flota de Rávena, de cuya defección todavía no se tenía noticia⁴⁵. Después Patavio y Ateste⁴⁶ se incorporaron a su bando. Allí⁴⁷ se supo que tres cohortes vitelianas y un regimiento de caballería, el llamado Sebosiano⁴⁸, se habían apostado en el Foro [3] de Alieno⁴⁹ después de tender un puente. Les pareció que era una buena oportunidad para atacar a los vitelianos que se encontraban

desprevenidos. Y es que también se habían informado de ello. Al amanecer aplastaron a muchos de ellos desarmados. Habían recibido instrucciones de que, si mataban a unos pocos, obligarían a los demás a cambiar de bando por miedo. Y hubo quienes se rindieron de inmediato, pero los más, tras romper el puente, cortaron el camino al enemigo que los estaba acosando.

7. Cuando se divulgó este éxito y que las primeras⁵⁰ escaramuzas de la guerra habían caído del lado de los flavianos, las legiones *VII Galbiana* y la *XIII Gemina* con el legado Vedio Áquila⁵¹ llegaron eufóricas a Padua. Allí se tomaron unos pocos días de descanso y el comandante del campamento⁵² de la legión VII, Minicio Justo⁵³, por ejercer el mando con más rigidez⁵⁴ de lo permitido en una guerra civil, tuvo que ser arrancado de la ira de los soldados y enviado ante Vespasiano⁵⁵. Un [2] hecho largamente añorado se exageró mucho debido a la inter pretación que se le dio y al afán de notoriedad, una vez que Antonio cursó órdenes para que se repusieran en todos los municipios los bustos de Galba derribados en las discordias de los tiempos, pensando que sería honroso para la causa, si se creía que el principado de Galba les agradaba y sus partidos volvían a cobrar fuerzas.

8. La siguiente cuestión que se discutió fue el lugar que se elegiría para el escenario de la guerra. Se optó por Verona⁵⁶ por disponer en sus alrededores de campos abiertos para la lucha a caballo, en la que eran superiores. Además, privar a Vitelio de una colonia tan rica parecía que era una buena política y buena propaganda. Se ocupó Vicedia⁵⁷ en la misma marcha: un hecho de poca importancia en sí mismo (el municipio, en efecto, disponía de pocos recursos) supuso un hito de gran importancia, si se reparaba que allí había nacido Cécina⁵⁸ y que se arrebatava su patria a un general de los enemigos. Verona mereció la pena: ayudaron a la causa flaviana con su ejemplo y apoyo material; además, el ejército,

desplegado entre Recia y los Alpes Julios, se interponía para que por allí no encontraran paso⁵⁹ los ejércitos [2] de Germania. Vespasiano ignoraba o había vetado estas operaciones, pues sus órdenes eran detener la guerra en Aquileya⁶⁰ y esperar a Muciano; y a sus órdenes añadía su estrategia de que, dado que tenía el control de Egipto, de sus depósitos de granos y de los impuestos de las provincias más ricas⁶¹, podía forzar al ejército de Vitelio a la rendición por falta de paga y de [3] trigo. El mismo consejo transmitía en reiterados despachos Muciano, quien ponía como pretexto una victoria sin sangre y sin duelos, pero la realidad era que estaba ávido de gloria y de reservarse todo el brillo de la guerra. Por lo demás, desde tierras tan lejanas las instrucciones oficiales llegaban después de los hechos⁶²

9. Así pues, Antonio lanzó un repentino ataque contra las avanzadillas enemigas y, tras tantear los ánimos en una escaramuza, se separaron en igualdad de condiciones. Luego, Cécina fortificó su campamento entre Hostilia⁶³, aldea de Verona, y los pantanos del río Tártaro⁶⁴, un emplazamiento seguro, porque las espaldas quedaban cubiertas por un río⁶⁵ y los flancos por una barrera pantanosa. Y si Cécina hubiera sido leal a Vitelio, o [2] podría haber aplastado con todas las fuerzas vitelianas a dos legiones⁶⁶, pues todavía no se les había unido el ejército de Mesia⁶⁷, o los flavianos tendrían que haber dado la vuelta y habrían sido obligados a abandonar Italia en vergonzosa huida. Pero Cécina con sucesivas dilaciones permitió al enemigo llevar la iniciativa en las primeras fases de la guerra, mientras increpaba por carta a quienes estaba en condiciones de derrotar por las armas, hasta poder confirmar mediante emisarios los términos de su traición⁶⁸. Mientras tanto llegó Aponio Saturnino con la [3] legión *VII Claudiana*⁶⁹. Al frente de la legión estaba Vipstano Mesala, hombre de ilustres antepasados y él un miembro ilustre y el único que podía aportar buenas artes a esta

guerra⁷⁰. A estas [4] tropas que no se podían equiparar de ninguna manera con las vitelianas (pues todavía eran solo tres legiones⁷¹) envió Cécina unas cartas reprochándoles la temeridad de defender una causa perdida⁷². Al mismo tiempo destacaba entre alabanzas el valor del ejército de Germania con una ligera y trivial mención a Vitelio y sin ningún insulto hacia Vespasiano. Nada, en suma, que [5] pudiera seducir o intimidar al enemigo. Los generales del bando flaviano, soslayando la defensa de su desgracia en el pasado⁷³, respondieron⁷⁴ en términos pomposos a favor de Vespasiano, con lealtad hacia la causa, seguros del ejército y con enemistad hacia Vitelio, aunque ofrecían a tribunos y centuriones la esperanza de conservar las concesiones que les hubiera hecho Vitelio. Al propio Cécina le proponían sin rodeos que se pasara a su bando. La lectura de las cartas⁷⁵ en la asamblea levantó la moral de la tropa, pues el tono de los escritos de Cécina era recatado, como si temiera ofender a Vespasiano, mientras que el de sus oficiales era despectivo con la intención de insultar a Vitelio.

10. Después, con la llegada de dos legiones⁷⁶, la III al mando de Dilio Aponiano y la VIII a las órdenes de Numisio Lupo, se decidió hacer una exhibición de fuerza y rodear Verona de fortificaciones de campaña. Sucedió que a la legión *Galbiana*⁷⁷ letocó la obra del vallado en la parte frontal y, cuando vieron a lo lejos a jinetes aliados, los tomaron por enemigos provocando una falsa alarma. Corrieron a tomar las armas por miedo a una [2] traición. La ira de los soldados se descargó contra Tampio Flaviano⁷⁸ sin ningún fundamento para tal acusación, pero como lo odiaban desde hacía tiempo exigían su muerte en medio de un torbellino de rabia. Iban gritando que era pariente de Vitelio, traidor de Otón y ladrón de sus gratificaciones. No se le dio oportunidad para defenderse, aunque tendía sus manos suplicantes, se arrastraba reiteradamente en tierra, se desgarraba la ropa y golpeaba el rostro y el pecho entre sollozos. Eso mismo irritaba más a sus

agresores, como si el miedo exagerado fuera prueba de su culpa. El griterío de los soldados ahogaba las palabras [3] de Aponio⁷⁹ cuando intentaba hablarles, y a los demás oficiales los despreciaban entre abucheos y gritos. Únicamente a Antonio prestaron oídos los soldados, pues efectivamente no solo poseía elocuencia y habilidad para calmar a la soldadesca, sino también la autoridad de un líder. Cuando el motín empezó a recrudecerse y pasaban de los insultos y reproches a las manos, ordenó que encadenaran a Flaviano. Los soldados se sintieron burlados⁸⁰ y, tras quitar de en medio a quienes vigilaban la tribuna, se disponían a ejercer la máxima violencia. Antonio interpuso [4] su pecho con la espada desenvainada perjurando que moriría a manos de los soldados o con las suyas propias; cuantas veces veía a un conocido y distinguido con alguna condecoración militar, lo llamaba por su nombre para que fuera en su ayuda. Luego, volviéndose a los estandartes y a los dioses de la guerra⁸¹, suplicaba que descargaran más bien aquella locura y aquella rebeldía sobre el ejército enemigo. El motín se fue apagando y hacia el final del día cada cual se fue esfumando hacia sus propias tiendas. Flaviano, que partió esa misma noche, se libró del peligro gracias a un despacho que le llegó en el camino.

11. Las legiones, como si estuvieran contagiadas por la peste, atacaron a Aponio Saturnino⁸², comandante del ejército de Mesia, y lo hicieron con la mayor violencia, porque no estaban, como antes, cansadas con el trabajo de trincheras, sino que su ira había estallado al mediodía tras divulgarse unas cartas que, al parecer, [2] Saturnino había escrito a Vitelio⁸³. Si antiguamente los soldados rivalizaban en valor y disciplina, ahora lo hacían en insolencia e insubordinación, pues no iban a exigir la ejecución de Aponio con menos violencia que la de Flaviano. Lo cierto era que las legiones de Mesia recordaban que habían ayudado a las de Panonia en su venganza y las de Panonia se alegraban de repetir su culpabilidad, en la idea de que se sentían disculpadas por el motín de los otros. Se

dirigieron a unos jardines en los que Saturnino tenía su residencia. [3] Y no fueron Primo, Aponiano y Mesala⁸⁴ quienes liberaron a Saturnino, aunque lo intentaron por todos los medios, sino la oscuridad del escondite donde se ocultaba, pues se había metido en los hornos de unos baños que casualmente estaban fuera de servicio⁸⁵. Luego se marchó a Patavio⁸⁶ sin la escolta de los lictores. [4] Con la marcha de los excónsules, únicamente Antonio se quedó con el poder y la autoridad de los dos ejércitos⁸⁷, pues sus colegas cedieron ante él y los soldados le respaldaron con entusiasmo. No faltaban quienes pensaran que los dos motines se debían a maniobras traicioneras de Antonio para aprovecharse él solo de la guerra.

12. Tampoco en el bando de Vitelio estaban los ánimos tranquilos⁸⁸. Andaban revueltos por una discordia más destructiva, causada no por las sospechas de los soldados rasos, sino por la perfidia de los oficiales. Lucilio Baso, el comandante de la flota de Rávena⁸⁹, había sumado a su bando a soldados indecisos, pues la mayoría provenía de las provincias de Dalmacia y Panonia, que estaban bajo el control de Vespasiano. Eligieron la noche para consumar la traición, con el fin de que únicamente los conspiradores se reunieran en los cuarteles de mando sin el conocimiento de los demás. Baso, sea por vergüenza o por [2] miedo, esperaba el desenlace dentro de su casa. Los capitanes se lanzaron en medio de un gran alboroto contra los bustos de Vitelio y, cuando degollaron a los pocos que ofrecieron resistencia, el resto de la soldadesca, deseosa de cambios, empezó a inclinarse por Vespasiano. En ese momento compareció Lucilio [3] para hacerse públicamente responsable del movimiento. La flota escogió como comandante a Cornelio Fusco⁹⁰, quien llegó a Rávena a toda velocidad. A Baso, acompañado de una escolta de honor⁹¹, lo transportaron en una flotilla ligera a Atria⁹², donde Memmio Rufino⁹³, el comandante del regimiento de caballería que estaba allí al frente de una guarnición, lo puso bajo arresto. Sin embargo, lo

libraron rápidamente de las cadenas gracias a la intervención de Hormo, liberto del César⁹⁴, pues este también pasaba por ser uno de los líderes de los flavianos.

13. En cuanto a Cécina⁹⁵, tan pronto como se conoció la defección de la flota, convocó al cuartel de mando a los centuriones de mayor rango y a unos pocos soldados, aprovechándose de la soledad del campamento, mientras el resto de la tropa estaba distribuido en las tareas de la milicia. Entonces ensalzó las cualidades de Vespasiano y la solidez de su bando. Aseguraba que la flota se había pasado a su lado, que las provisiones escaseaban, que las Galias e Hispanias estaban en contra, que en la capital no había nada seguro. Y todo lo que decía de Vitelio era muy pesimista. Inmediatamente, después de que sus cómplices empezaran a prestar juramento a Vespasiano, obligó a hacer lo mismo a los demás, aturdidos por el cambio. Al mismo tiempo, se arrancaron los bustos de Vitelio y se enviaron emisarios a Antonio con la noticia. Pero cuando [2] el rumor de la traición llegó a todo el campamento y los soldados, que regresaban corriendo al cuartel de mando, vieron que se había inscrito el nombre de Vespasiano y se habían derribado los bustos de Vitelio, se hizo primero un gran silencio y luego todo estalló de golpe⁹⁶. Gritaban «¿A tal punto había caído el honor del ejército de Germania, para que sin batalla, sin heridas entregaran sus manos atadas y rindieran sus armas? ¿Pues cuáles eran las legiones que se les oponían? Sin duda legiones vencidas. Y lejos quedaba el verdadero músculo del ejército de Otón, los de la legión I y XIV⁹⁷, a quienes sin embargo ellos habían derrotado y aplastado en aquellas mismas llanuras⁹⁸. ¿Que iban a regalar al desterrado Antonio⁹⁹ a tantos [3] miles de hombres armados, como si fuera un rebaño de esclavos a la venta? ¡Nada menos que ocho legiones¹⁰⁰ serían el añadido a una sola flota! A Baso y a Cécina, después de sustraerle a Vitelio mansiones, jardines y riquezas, les parecía bien sustraerle al emperador también sus soldados y a los soldados

su emperador¹⁰¹. Sin una baja y sin una herida, sin valor incluso a los ojos del bando flaviano, ¿qué iban a decir a quienes les pidieran cuentas de sus éxitos o fracasos?».

14. Tales eran los gritos que lanzaban separadamente y a una, según la indignación empujaba a cada cual. Siguiendo la iniciativa de la legión V¹⁰², repusieron en su lugar los bustos de Vitelio y encadenaron a Cécina¹⁰³. Eligieron como jefes a Fabio Fabulo¹⁰⁴, comandante de la legión V, y a Casio Longo, jefe del campamento; degollaron a los soldados de las tres galeras libúrnicas que se presentaron por casualidad ignorantes y ajenos a lo sucedido. Abandonaron el campamento y, tras cortar un puente¹⁰⁵, se dirigieron de nuevo a Hostilia y desde allí a Cremona para unirse a las legiones *I Italica* y *XXI Rapax*¹⁰⁶, a las que Cécina había despachado con parte de la caballería para ocupar Cremona.

*Segunda batalla de Bedriaco*¹⁰⁷

15. Cuando Antonio se enteró de lo sucedido¹⁰⁸, decidió atacar a aquellos ejércitos enemigos, que estaban en desacuerdo y con sus fuerzas separadas, antes de que los jefes recobrasen la autoridad, los soldados la disciplina y las legiones ya reunidas¹⁰⁹ la confianza. Y en efecto, suponía que Fabio Valente¹¹⁰ había salido de Roma y se daría prisa al tener conocimiento de la traición de Cécina; en realidad, Fabio también era leal a Vitelio y experto en la guerra. Al mismo tiempo, se temía una enorme invasión de germanos a través de Recia¹¹¹. De hecho, Vitelio había reclamado refuerzos de Britania, Galia e Hispania, lo que hubiera representado un verdadero desastre bélico, si Antonio, que temía eso mismo, no se hubiera asegurado la victoria apresurando el combate. Con el ejército completo [2] se trasladó de Verona a Bedriaco en dos jornadas¹¹². Al día siguiente¹¹³, retuvo a las legiones en labores de fortificación y envió a las cohortes auxiliares al territorio de Cremona, con el objetivo de que, so pretexto de allegar provisiones, los soldados le cogieran gusto al saqueo

de civiles¹¹⁴. Él mismo con cuatro mil jinetes avanzó hasta ocho millas de Bedriaco¹¹⁵ para que saquearan con mayor libertad. Los exploradores, como era usual, cubrían más terreno.

16. Èran casi las once de la mañana, cuando un jinete al galope anunció que el enemigo estaba llegando, que unos pocos marchaban en la vanguardia y que se oía un movimiento estruendoso en una gran extensión de terreno. Mientras Antonio debatía el plan de actuación, Arrio Varo¹¹⁶, ansioso por intervenir, lanzó un ataque con los jinetes más osados y rechazó a los vitelianos infligiéndoles bajas poco importantes. En efecto, con la llegada de más adversarios se cambiaron las tomas: los perseguidores [2] más encarnizados pasaban a la cola de la huida. Tales prisas no habían partido de la voluntad de Antonio, quien pensó que sucedería lo que había sucedido. Después de arengar a los suyos para que tomaran las armas con la moral alta, desplegó sus escuadrones de caballería¹¹⁷ hacia los flancos dejando un pasillo libre para dar acogida a Varo y a sus jinetes. Se ordenó a las legiones que tomaran las armas y por los campos se pasó la consigna de que todos y cada uno abandonaran el pillaje y acudieran al combate por el camino más corto. Mientras tanto, un aterrorizado Varo se mezcló con el grueso de los suyos sembrando el pánico entre ellos. Los soldados derrotados, los ilesos junto a los heridos, chocaban entre ellos mismos debido a su propio miedo y las angosturas de los caminos.

17. En medio de aquel pánico Antonio no omitió ninguna responsabilidad propia de un oficial firme y de un soldado valiente. Salía al paso de los que estaban aterrorizados; donde se requería más esfuerzo, donde quedaba algún atisbo de esperanza, con sus órdenes, con sus hechos y con su voz se distinguía ante el enemigo y se dejaba ver ante los suyos¹¹⁸. Por último, llegó a tal grado de excitación que atravesó con su lanza a un abanderado que se daba a la fuga, y luego recogió el

estandarte¹¹⁹ y lo volvió contra el enemigo. Ante tal vergüenza, no más de cien jinetes mantuvieron sus posiciones. Les ayudó el lugar, pues el camino se estrechaba allí y estaba roto el puente sobre el río que corría entre los dos ejércitos¹²⁰, el cual impedía la huida a causa del fondo inseguro y sus escarpadas orillas. Aquella [2] circunstancia, fuera necesidad o suerte, recompuso al bando que ya estaba hundido. Apoyándose unos en otros con las filas apretadas se enfrentaron a los vitelianos lanzados a lo loco, que fueron rechazados en confusión. Antonio acosaba a los caídos y derribaba a los que le plantaban cara; al mismo tiempo, los demás, según sus inclinaciones, los despojaban, los apresaban y les quitaban armas y caballos. Y los soldados que hacía poco vagaban huyendo por campo abierto, alertados ahora por los gritos de júbilo, se unían a la victoria.

18. A cuatro millas de Cremona brillaban los estandartes de las legiones *Rapax* e *Italica*¹²¹, atraídas hasta allí por el éxito inicial de su caballería en la batalla. Pero cuando la suerte se volvió contraria, no abrieron las líneas, no acogieron a sus compañeros en desorden, no tomaron la iniciativa de atacar al enemigo que estaba cansado de correr y de luchar por una extensión de terreno tan amplia¹²². Derrotados por el azar, no habían echado de menos a un jefe en el éxito, del mismo modo que entendían [2] que les faltaba en el fracaso. La victoriosa caballería se lanzó contra sus líneas vacilantes y se le unió el tribuno Vipstano Mesala¹²³ con las tropas auxiliares de Mesia, a quienes seguían muchos legionarios pese a su rápido ritmo de marcha. De esta forma, la mezcla de infantes y jinetes rompió la formación en columna de las legiones. Las cercanas murallas de Cremona, cuantas más esperanzas de refugio ofrecían, menos ánimos para resistir infundían. Antonio tampoco insistió más al recordar las fatigas y heridas con que la suerte de tan incierto combate había castigado a jinetes y caballos, pese a su final feliz.

19. Con las sombras de la tarde llegaron todas las fuerzas del ejército flaviano. Y, al marchar sobre los montones de muertos y los recientes vestigios de la matanza, como si la guerra hubiera acabado, exigieron marchar a Cremona y aceptar la rendición de los vencidos o conquistarla. Esto decían en público, bonitas palabras, pero cada cual pensaba para sí que la colonia, [2] situada en el llano, podía tomarse al asalto. Los atacantes mostrarían igual valentía durante las horas de la noche y gozarían de mayor libertad en el saqueo. Pero si esperaban a que amaneciera, entonces habría paz y después seguirían las súplicas de perdón y en pago a sus esfuerzos y heridas recibirían la gloria de la clemencia, es decir, nada, mientras que las riquezas de los cremonenses irían a los bolsillos de los prefectos y legados¹²⁴. Las ciudades conquistadas pertenecían a la tropa, las que se rendían a los generales. Trataron con desprecio a centuriones y tribunos y, para que ninguna voz se pudiera oír, golpearon sus armas con la intención de desobedecer las órdenes si no se les conducía al asalto.

20. Entonces Antonio se metió entre las compañías y, cuando su presencia y prestigio habían conseguido silencio, les aseguró que no pretendía arrebatarse ni la gloria ni la recompensa a quienes habían merecido tanto, pero que comandantes y tropa tenían responsabilidades diferentes. A los soldados les correspondía la agresividad en el combate, mientras que los jefes mostraban su utilidad en la planificación y la deliberación, en la prudencia más que en la temeridad. Si antes había ayudado a la [2] victoria con las armas en la mano en la medida de sus fuerzas, ahora sería de utilidad con el cálculo y el consejo, las cualidades propias de un jefe. Y desde luego sobre los peligros que acechaban no había dudas: la noche, el emplazamiento de una ciudad extraña, los enemigos dentro y todo dispuesto para las emboscadas. Ni con las puertas abiertas se debería entrar si no se exploraba antes y si no se hacía de día. ¿Es que empezarían el asalto sin ninguna

posibilidad de ver cuáles son los lugares llanos, cuál es la altura de las murallas, o si había que atacar a la ciudad con catapultas y proyectiles o con trincheras o manteletes? Después, dirigiéndose a cada uno por separado, les iba [3] preguntando si llevaban consigo las hachas, picos y demás equipamiento para asaltar las ciudades. Y cuando le respondieron que no, les espetó: «¿Hay alguna mano que pueda romper y socavar murallas con espadas y lanzas? Si hubiera necesidad de levantar una empalizada, si tuviéramos que protegemos con manteletes y cañizos, ¿nos quedaremos sin hacer nada, como el vulgo temerario, contemplando la altura de las torres y las defensas de nuestros adversarios? ¿No será mejor esperar una sola noche, traer catapultas y maquinaria de artillería y llevarnos así con nosotros el poder de la victoria?». Sin más dilaciones envió a Bedriaco a portadores y cantineros¹²⁵ con los jinetes más descansados con la intención de que trajeran provisiones y demás cosas que pudieran necesitar.

21. Sin embargo, los soldados que llevaban mal esta situación de inactividad, casi llegaron al amotinamiento¹²⁶, cuando unos jinetes que avanzaban hasta el pie de las murallas cogieron a unos cremoneses que vagaban por allí. Por sus declaraciones se supo que seis legiones vitelianas¹²⁷ y todo el ejército que había estado estacionado en Hostilia había recorrido en un solo día treinta millas¹²⁸ y que, al enterarse de la derrota de los suyos, se aprestaban al combate y llegarían de un momento a otro. Tal amenaza abrió [2] aquellas mentes obcecadas a los consejos de su jefe. Antonio ordenó a la legión XIII¹²⁹ que ocupara el ancho de la calzada de la vía Postumia¹³⁰. Pegada a ella por la izquierda se apostó la VII *Galbiana* en campo abierto, a continuación la séptima *Claudiana*, atrincherada en unas alcantarillas de drenaje características del lugar. A la derecha, la VIII¹³¹ se desplegó a lo largo de un lindero sin cobertura y luego la III cercada por densa vegetación. Esta era la formación de las águilas y

estandartes; las tropas se mezclaron al azar en medio de la oscuridad. La bandera de los pretorianos¹³² estaba al lado de los de la III, las cohortes auxiliares ocupaban las alas, mientras que la caballería rodeaba los flancos y la retaguardia. Los suevos Sidón e Itálico¹³³ patrullaban en primera línea con gente escogida de sus paisanos.

22. Por su parte, la táctica del ejército de Vitelio hubiera sido descansar en Cremona y, tras comer y dormir para recuperar fuerzas, atacar y derrotar al día siguiente a un enemigo extenuado por el frío y el hambre¹³⁴. Sin embargo, carentes de dirección¹³⁵ y faltos de un plan, sobre las nueve de la noche chocaron contra los flavianos que ya estaban dispuestos y en sus posiciones. Sobre el orden de despliegue de las columnas vitelianas, [2] desorganizadas por la furia de los soldados y la oscuridad, no me atrevería a hacer afirmaciones seguras, aunque algunos escritores han contado que la *IV Macedonica* ocupaba el ala derecha de los suyos, la V y XV con los estandartes de la IX, la II y la XX, legiones de Britania, el centro de la formación, y la XVI, la XXII y la I el ala izquierda¹³⁶. Los componentes de la *Rapax* y la *Italica* se habían mezclado entre todas las compañías. La caballería [3] y las tropas auxiliares decidieron por su cuenta sus posiciones. El combate, que duró toda la noche, fue voluble, indeciso y terrible, destructivo unas veces para unos y otras para otros. No servían de nada la moral o la fuerza, ni siquiera los ojos para prever los peligros. Las armas eran iguales en ambos bandos¹³⁷, se daban a conocer las contraseñas para la batalla a causa de las reiteradas preguntas, los estandartes se mezclaban cada vez que un grupo los capturaba del enemigo y los arrastraba de un lado [4] para otro. Los mayores apuros los pasaba la legión VII, recientemente reclutada por Galba¹³⁸. Cayeron seis centuriones de primer rango y les fueron arrebatadas algunas enseñas. La propia águila la había salvado Atilio Vero, centurión primipilar¹³⁹, tras hacer un gran estrago entre los enemigos y acabar perdiendo la vida.

23. Antonio reforzó las líneas vacilantes con la llegada de pretorianos. Cuando entraron en combate, rechazaron al enemigo, pero después fueron rechazados a su vez. Los vitelianos, en efecto, habían concentrado su artillería¹⁴⁰ en la calzada de la carretera para disparar los proyectiles por un espacio libre y despejado, pues al principio los disparos eran dispersos y se [2] estrellaban contras los arbustos sin producir daño al enemigo. Una ballesta de impresionante tamaño de la legión XVI¹⁴¹ empezaba a producir daños en las líneas enemigas con el lanzamiento de piedras enormes. Y hubiera producido un gran estrago de no ser por el heroísmo de dos soldados¹⁴², quienes, pasando desapercibidos detrás de escudos arrebatados a cadáveres, cortaron las correas y contrapesos de la máquina de artillería¹⁴³. Fueron matados inmediatamente y por ello sus nombres cayeron en el olvido, pero de su hazaña no hay ninguna duda. La fortuna no [3] se decantaba por ningún bando, hasta que, avanzada la noche, la luna creciente iluminaba las líneas y las ocultaba¹⁴⁴. Pero resultaba más favorable a los flavianos que la tenían a su espalda; de ahí que las sombras de hombres y caballos se agrandaban, y los proyectiles enemigos se quedaban cortos porque erraban el disparo al apuntar a las sombras, como si fueran los cuerpos; los vitelianos, que brillaban con la luz de cara, se ofrecían desprevenidos a quienes les disparaban como si estuvieran en posiciones ocultas.

24. Así pues, Antonio, cuando pudo reconocer a los suyos y ser reconocido por ellos, empezó a animarlos, a unos con el pundonor y los reproches, a muchos con el elogio y la arenga y a todos con esperanzas y promesas. A las legiones de Panonia¹⁴⁵ les preguntaba por qué habían tomado las armas enfurecidos¹⁴⁶, y les decía que aquellos eran los campos de batalla en los que podían lavar la mancha de su pasada ignominia¹⁴⁷ y donde podrían [2] recuperar la gloria. Luego, se dirigió a los de Mesia¹⁴⁸ para alentarlos como los cabecillas y promotores de la guerra; les recordaba que de nada serviría

haber provocado a los vitelianos con palabras amenazadoras si no soportaban su fuerza y sus miradas. Tales eran sus palabras conforme se acercaba a cada grupo. Habló más a la III¹⁴⁹, recordándoles su gloria pasada y reciente: el triunfo sobre los partos al mando de M. Antonio¹⁵⁰, sobre los armenios al mando de Corbulón¹⁵¹ o [3] recientemente sobre los sármatas¹⁵². Luego, se indignó con los pretorianos, diciéndoles: «Si no vencéis, aldeanos¹⁵³, ¿qué otro emperador, qué otro campamento os va a acoger? Allí tenéis vuestras enseñas y vuestras armas, y la muerte para los vencidos, que el deshonor¹⁵⁴ ya lo habéis logrado». Por todas partes se levantó un griterío de entusiasmo y los de la III, como era costumbre en Siria, saludaron la salida del sol¹⁵⁵.

25. A raíz de ello, surgió un vago rumor —tal vez extendido adrede por el comandante flaviano— de que Muciano había llegado y los ejércitos se habían saludado mutuamente. Los flavianos se pusieron en marcha con la impresión de que se habían reforzado con tropas de refresco, mientras que los vitelianos se mostraban con filas menos densas, como si, al carecer de mando, a cada cual su propio empuje o miedo los hiciera concentrarse o dispersarse. Cuando Antonio se percató de su desconcierto, los dispersó con su formación cerrada. Las debilitadas filas se rompieron y no se pudieron recomponer por impedirlo los carruajes y las máquinas de artillería. Las tropas vencedoras se esparcieron por el lindero de la calzada¹⁵⁶ en sus prisas por perseguirlos. La matanza fue más terrible por el hecho de que [2] un hijo mató a su padre¹⁵⁷. Referiré el incidente y los nombres basándome en la autoridad de Vipstano Mesala. Julio Mansueto de Hispania, enrolado en la legión *Rapax*¹⁵⁸, había dejado en casa a un joven hijo. Luego, cuando este se hizo adulto, fue reclutado por Galba como miembro de la VII¹⁵⁹. Luego resultó que se enfrentó a su padre y lo hirió gravemente. Al estar examinando al casi muerto, se

reconocieron mutuamente. El hijo abrazó al moribundo y suplicó con voz llorosa que se aplacasen¹⁶⁰ los manes paternos y no se volvieran en contra de un parricida. Tal crimen, decía, era de todos, pues ¿qué parte de la [3] guerra civil le correspondía a un solo soldado? Al mismo tiempo, levantó el cuerpo, abrió la tierra y cumplió con su padre el deber postrero. Los soldados cercanos se percataron del hecho, después muchos más, y a partir de ahí y por todo el campo de batalla cundió el asombro, los lamentos y la maldición contra una guerra tan cruel. Sin embargo, no por eso se mostraron más remisos a la hora de despojar y degollar a parientes, allegados y hermanos. Hablaban de que se había cometido un crimen, pero ellos hicieron lo mismo.

*Segunda batalla de Cremona*¹⁶¹

26. Cuando llegaron a Cremona, los flavianos se enfrentaron a una tarea nueva de enorme dificultad. Durante la guerra contra Otón¹⁶² los soldados de Germania habían construido su campamento cerca de las murallas de Cremona y habían levantado una empalizada a su alrededor, defensas que fueron reforzadas más tarde. A la vista de ello los vencedores se quedaron parados sin [2] saber sus jefes qué órdenes dar. Iniciar el asalto con un ejército cansado de luchar día y noche parecía difícil y peligroso sin disponer de ayuda alguna próxima. Pero si regresaban a Bedriaco, no sería soportable el esfuerzo de una marcha tan larga¹⁶³ y la victoria quedaría en nada. Atrincherar¹⁶⁴ el campamento parecía también temerario por la cercanía del enemigo, pues podrían desbaratar mediante una ataque por sorpresa a quienes anduvieran dispersos y afanados en el trabajo. Pero, [3] por encima de todo, lo que asustaba a los jefes flavianos eran sus propios soldados, más dispuestos al riesgo que a la espera, pues les desagradaba lo seguro y ponían todas sus esperanzas en su osadía. Y todas las matanzas, heridas y derramamiento de sangre se compensaban con el ansia de botín.

27. Antonio se inclinó por esta idea¹⁶⁵ y ordenó rodear con un cordón de tropas la empalizada. En la primera fase rivalizaban desde lejos con flechas y piedras con mayor daño para los flavianos, contra los que se disparaban proyectiles desde arriba. En una segunda fase Antonio asignó los tramos de empalizada y puertas a las diferentes legiones, con el fin de que la división de la tarea diferenciara a valientes y cobardes y se estimularan al rivalizar por su honor. El área cercana a la ruta hacia Bedriaco¹⁶⁶ [2] se asignó a los de la III y VII, la parte derecha de la empalizada¹⁶⁷ a la VIII y VII *Claudiana*, mientras que a los de la XIII¹⁶⁸ su iniciativa los llevó hasta la puerta de Brixia¹⁶⁹. Luego siguió una ligera pausa mientras las legiones recogían azadones de los campos cercanos y otros guadañas y escalas. Entonces, levantando los escudos sobre sus cabezas avanzaron en cerrada formación [3] de tortuga¹⁷⁰. Ambos bandos empleaban tácticas romanas. Los vitelianos hacían rodar piedras pesadas y, cuando la formación en tortuga se resquebrajaba y desestabilizaba, la sondeaban con lanzas y picas hasta que, deshecha la trama de escudos, dejaban sobre el suelo a muertos o heridos. Con tan gran carnicería les habría invadido la duda si los comandantes flavianos, al ver a los soldados cansados y sordos a sus órdenes, que consideraban sin sentido, no les hubieran puesto ante los ojos Cremona¹⁷¹.

28. No resulta fácil decidir si esta indicación ingeniosa se le ocurrió a Hormo, como dice Mesala¹⁷², o es mejor la autoridad de G. Plinio¹⁷³ que acusa a Antonio. Desde luego ni Antonio ni Hormo pudieron empeorar la fama de su vida con tal crimen por monstruoso que fuera¹⁷⁴. Ya ni la sangre ni las heridas podían retrasarles de socavar la empalizada y golpear las puertas. Subiéndose sobre los hombros de otros y encaramándose sobre la rehecha formación en tortuga se agarraban a las armas y brazos de los enemigos. Rodaban ilesos con heridos, semimuertos con agonizantes, muriendo de muchas formas y con todos los rostros de la muerte¹⁷⁵.

29. Las legiones III y VII¹⁷⁶ sostuvieron la lucha más violenta, y sobre el mismo lugar se había asentado Antonio con tropas auxiliares escogidas. Los vitelianos, al no poder aguantar a aquellas tropas que rivalizaban entre sí¹⁷⁷ y como los disparos rebotaban sobre la formación en tortuga, acabaron por arrojar sobre los asaltantes la propia ballesta¹⁷⁸, la cual, si bien en un primer momento dispersó y aplastó a los enemigos sobre los que había caído, también arrastró en su derrumbe las almenas y la parte superior de la empalizada. Al mismo tiempo, la torre aneja sucumbió ante los impactos de las piedras. Mientras los soldados de la VII presionaban en cuñas¹⁷⁹ por allí, los de la III derribaron una puerta con hachas y espadas. Según el testimonio unánime [2] de los autores¹⁸⁰ el primero que entró fue G. Volusio, soldado de la legión III. Se subió a la empalizada, derribó a quienes resistían y, atrayendo la atención con sus gestos y su voz, gritó que el campamento había sido tomado. Los demás se lanzaron cuando ya los vitelianos andaban despavoridos y corrían desde la empalizada. El espacio abierto que había entre el campamento y las murallas se cubrió de cadáveres.

*La caída de Cremona*¹⁸¹

30. Y otra vez tuvieron que hacer frente a nuevas dificultades: las altas murallas de la ciudad, las torres de piedra, las puertas con trancas de hierro, los soldados lanzando sus venablos, la población de Cremona, numerosa y partidaria del bando viteliano, y muchos itálicos¹⁸² congregados allí a causa del mercado que se celebraba por aquellos mismos días. Esto representaba para los defensores una ayuda por su número y un aliciente para los asaltantes [2] a causa del botín. Antonio ordenó coger antorchas y prender fuego a los edificios más hermosos de extramuros¹⁸³, por si el daño en sus propiedades empujaba a los cremonenses a cambiar de bando. Además los tejados cercanos a las murallas que excedían su

altura los ocupó con los soldados más valientes, quienes con vigas, tejas y teas dispersaron a los defensores.

31. Las legiones ya se estaban agrupando en formaciones de tortuga, mientras otros¹⁸⁴ empezaban a disparar dardos y piedras, cuando poco a poco empezó a decaer la moral de los vitelianos. Cuanto más alta era la graduación militar, más dispuesto se estaba a ceder a la fortuna por miedo a que, si Cremona quedaba también arrasada, ya no hubiera compasión y toda la rabia de los vencedores se volviera no contra la soldadesca desvalida, sino contra los tribunos y centuriones, cuya muerte comportaba una recompensa. Los soldados rasos, despreocupados [2] del futuro y sintiéndose a salvo por el anonimato, seguían resistiendo. Deambulaban por las calles, se escondían en las casas y ni siquiera pedían la paz cuando ya habían renunciado a la guerra. Los comandantes del campamento destruyeron el nombre y las efigies de Vitelio. Libraron a Cécina de las cadenas (pues todavía entonces estaba confinado en prisión) y le rogaron que intercediera en su favor. Entre lágrimas acuciaban a quien se mostraba despectivo y altanero: ¡tantos hombres valientes invocando la ayuda de un traidor, el colmo de las desgracias! Poco después desplegaron desde lo alto de las murallas ramas de olivo e ínfulas¹⁸⁵. Cuando Antonio dio la orden del cese de [3] las hostilidades, los vitelianos sacaron sus enseñas y águilas, a las que seguía una columna de hombres desarmados sin levantar los ojos del suelo¹⁸⁶. Les habían rodeado los vencedores y al principio les lanzaban insultos y amagaban golpes. Después, como los vencidos ofrecían sus rostros a las afrentas y soportaban todo sin mostrar ningún tipo de orgullo, cayeron en la cuenta de que estos eran quienes no hacía mucho habían demostrado moderación en la victoria de Bedriaco. Pero cuando [4] Cécina¹⁸⁷, haciéndose notar con la pretexta y los lictores, apartada la multitud, se abrió paso como cónsul¹⁸⁸, se enardecieron los vencedores que le echaban en cara su altanería y crueldad (tan odiosos resultan tales defectos), así

como su perfidia. Se interpuso Antonio y, tras asignarle una escolta, lo despachó junto a Vespasiano¹⁸⁹.

32. Entretanto, el pueblo de Cremona sufría encontronazos con la tropa, y poco faltaba para llegar a una masacre, cuando las súplicas de los oficiales lograron calmar a los soldados. Convocados a una asamblea, Antonio se dirigió con orgullo a los vencedores, con clemencia a los vencidos y ni a favor ni en contra de Cremona. El ejército, aparte de su deseo natural de saquear, se volcó en la destrucción de Cremona por antiguos [2] resentimientos. Creían que habían apoyado al bando viteliano también en la guerra contra Otón; más tarde, se habían burlado de los hombres de la XIII¹⁹⁰, que estaban allí para construir un anfiteatro¹⁹¹, con burlas insultantes, típicas de la naturaleza procaz de la plebe urbana. El rencor de las tropas aumentó también por otras razones: el espectáculo de gladiadores que allí había organizado Cécina, el hecho de que la ciudad hubiera sido dos veces la base de la guerra, los alimentos ofrecidos a los vitelianos en el frente de batalla¹⁹², y el que mataran a algunas mujeres cuando se acercaron hasta el campo de batalla llevadas por su apoyo a la causa. Además, aquella época de mercado llenaba la colonia, ya de por sí rica, y le daba una mayor apariencia de [3] riquezas. Los otros comandantes eran poco conocidos, mientras que el éxito y la suerte habían dejado a Antonio expuesto a las miradas de todos. Marchó a toda prisa a los baños para lavarse las manchas de sangre. Al quejarse de la tibieza del agua, se oyó una voz diciendo que pronto se pondría caliente. Esta respuesta propia de un esclavo concitó contra él todo el odio por lo que siguió¹⁹³, pues era como si hubiera dado la señal para incendiar Cremona, que ya ardía en llamas.

33. Irrumpieron en la ciudad cuarenta mil hombres armados¹⁹⁴ y un número mayor de asistentes y cantineros todavía peor dispuestos a la lujuria y la crueldad. Ni la dignidad ni la edad evitaban que se mezclaran las violaciones

con los asesinatos y los asesinatos con las violaciones¹⁹⁵ Los ancianos de edad avanzada y las mujeres de edad marchita, sin valor para el botín, eran el blanco de sus burlas. Cuando una doncella crecida o alguien que atraía por su belleza caía en sus manos, la fuerza brutal de quienes intentaban cogerlos los despedazaba y esto al final llevaba a los mismos raptos a matarse unos a otros. Cuando uno se apropiaba del dinero o de las ofrendas de oro macizo de los templos, otros más fuertes le cortaban la cabeza. [2] Algunos despreciaban lo que estaba a la vista, buscaban las riquezas escondidas por sus dueños, a quienes azotaban y torturaban, y desenterraban los tesoros bajo tierra. Portaban teas en las manos, que, al terminar el saqueo, arrojaban por gusto a las casas deshabitadas o a los templos vacíos. Y, como era de esperar en un ejército de lenguas y costumbres diversas, que incluía a romanos, aliados y extranjeros, diferentes eran sus ideas de lo que era legal para cada uno de ellos, pero nada les estaba vedado. Cremona les duró cuatro días. Cuando todos los edificios, sagrados y civiles, quedaron reducidos a cenizas, solo el templo de Mefitis¹⁹⁶ permaneció en pie, defendido por su situación o por el poder de su divinidad.

34. Este fue el final de Cremona a los doscientos ochenta y seis años de su comienzo. Fue fundada en el consulado de Ti. Sempronio y P. Cornelio¹⁹⁷, cuando Aníbal amenazaba a Italia, como baluarte contra los galos que se asentaban al otro lado del Po y contra cualquier otra irrupción violenta que se lanzara a través de los Alpes. Así que Cremona creció y floreció por el número de colonos, por la situación favorable de sus ríos, por la fertilidad de sus campos y por las relaciones y las uniones matrimoniales con gente de las tribus locales¹⁹⁸: fue una ciudad respetada por guerras externas, pero desgraciada en las civiles¹⁹⁹. Antonio, avergonzado por aquella infamia y al aumentar su [2] impopularidad, publicó un edicto para que ningún cremonense fuera retenido como prisionero. Además, el botín de los soldados había quedado en

nada al ponerse de acuerdo toda Italia en rechazar la compra de tales esclavos. Así que empezaron a matarlos. Y en cuanto se supo, parientes y allegados empezaron a comprarlos a escondidas. El resto de la población regresó a Cremona más tarde. Se restauraron los foros y los templos gracias a la generosidad de otros municipios con la bendición de Vespasiano.

35. Por lo demás, la tierra infectada por la podredumbre no permitió durante mucho tiempo asentarse en las ruinas de una ciudad muerta. Avanzaron tres millas²⁰⁰ y encuadraron a los vitelianos, que se encontraban dispersos y aterrorizados, a cada cual bajo sus propias banderas; y distribuyeron a las legiones derrotadas por el Ilírico²⁰¹ para evitar que actuaran de forma dudosa mientras aún durase la guerra civil. Después, despacharon [2] mensajeros para informar a Britania y a las Hispanias²⁰², mientras que para impresionar enviaron al tribuno Julio Caleno a la Galia²⁰³ y al comandante de una cohorte Alpinio Montano a Germania²⁰⁴, pues este era de Tréveris y Caleno eduo y ambos a su vez vitelianos. Al mismo tiempo, se ocuparon los pasos de los Alpes²⁰⁵ para su defensa, pues sospechaban de Germania, no fuera que llegara a tomar las armas para ayudar a Vitelio.

Convulsión en el imperio romano

36. Por otro lado, Vitelio, quien, tras la marcha de Cécina²⁰⁶, había empujado a la guerra a Fabio Valente unos días después, encubría sus preocupaciones con una vida disipada. No se preparaba para la guerra, no fortalecía la moral de la tropa con arengas y entrenamiento, no aparecía delante del pueblo, sino que, oculto bajo las sombras de los jardines como esos animales perezosos que, si les proporcionas alimento, permanecen echados y amodorrados, se había desentendido con igual olvido del pasado, del presente [2] y del futuro. Estando así sin hacer nada y vegetando en el bosque de Aricia²⁰⁷ quedó conmocionado con la traición de

Lucilio Baso y la defección de la flota de Rávena. Y no mucho después²⁰⁸ las noticias sobre Cécina le produjeron una mezcla de dolor y alegría al informársele de que se había rebelado pero el ejército lo había arrestado. En un carácter tan débil pudo más la alegría que la preocupación. En medio de una gran euforia regresó a la capital y en una asamblea concurrida colmó de elogios la lealtad de los soldados. Ordenó el arresto de Publilio Sabino²⁰⁹, prefecto de la guardia pretoriana, por su amistad con Cécina, y puso en su lugar a Alfeno Varo²¹⁰.

37. Después²¹¹, se dirigió al Senado con un discurso intencionadamente grandilocuente que los senadores elogiaron con estudiada adulación. L. Vitelio²¹² tomó la iniciativa de una severa propuesta contra Cécina. A continuación, los demás, con afectada indignación, porque un cónsul hubiera traicionado al Estado, un general al emperador y una persona colmada con tan grandes riquezas y tantos honores a un amigo, se quejaban como si estuvieran defendiendo a Vitelio, pero en realidad estaban dando rienda suelta a su propio resentimiento²¹³. En ningún discurso se [2] oyeron palabras de reproche contra los generales flavianos, pues culpando a los ejércitos de sus errores y falta de visión soslayaban, cautos y huidizos, el nombre de Vespasiano. Y no faltó quien solicitara entre halagos un único día de consulado²¹⁴ (era, en efecto, lo que le quedaba a Cécina) en medio de grandes risas para el que lo daba y el que lo recibía. El 31 de octubre Rosio Régulo tomó posesión y cesó en su cargo. Los entendidos hacían notar que nunca antes se había nombrado a un magistrado sustituto sin destituir al magistrado anterior ni promulgar un decreto²¹⁵. En efecto, cónsul por un solo día también lo había sido antes Caninio Rebilo²¹⁶ durante la dictadura de G. César, cuando las recompensas de la guerra civil se concedían a la ligera.

38. Por aquellos días se tuvo noticia de la muerte de Bleso, que fue muy comentada²¹⁷. De ella hemos recibido la siguiente versión. Vitelio convalecía de una grave enfermedad

en los Jardines Servilianos²¹⁸ y advirtió que un palacete del vecindario brillaba durante la noche con muchas luces. Al preguntar por el motivo, se le comunica que en casa de Cécina Tusco²¹⁹ se estaba celebrando un banquete concurrido en honor especialmente de Junio Bleso. Se exageraron los detalles sobre el lujo y los ánimos dispuestos a la disipación. Y no faltaron quienes denunciaran al mismo Tusco y a otros, pero con especial encono a Bleso, porque pasaban los días divirtiéndose mientras el príncipe se hallaba enfermo. Cuando quienes analizaban ácidamente [2] las ofensas de los príncipes tuvieron bastante claro que Vitelio se sentía molesto y que Bleso podía caer en desgracia, confiaron el papel de delator a L. Vitelio. Este era enemigo de Bleso por una rivalidad maligna, pues la excelente reputación de Bleso superaba a un Vitelio manchado con todo tipo de infamias. Lucio abrió la alcoba del emperador, abrazando contra el pecho al hijo de este y cayendo a sus rodillas. Al preguntarle por el motivo [3] de su turbación, le respondió que se había presentado entre ruegos y lágrimas no por miedo personal ni porque estuviera angustiado por él mismo, sino para interceder a favor de su hermano y de los hijos de su hermano. No había por qué temer a Vespasiano, decía, pues le separan de aquí en un espacio inmenso tantas legiones germánicas, tantas provincias leales y valientes y, para terminar, tanta tierra y mar. Es en la capital y en su círculo donde hay que precaverse de un enemigo que se jacta de tener de abuelos a los Junios y Antonios²²⁰ y que con su estirpe imperial se pavonea asequible y espléndido con los soldados. Todas las miradas, continuaba, estaban puestas en él, [4] mientras Vitelio, sin reparar en amigos o enemigos, favorecía a un rival que contemplaba los sufrimientos del emperador desde la mesa de un banquete. Por su alegría a destiempo había que darle una noche triste y fúnebre, para que supiera y se enterara de que Vitelio estaba vivo, era el emperador y, por si ocurría alguna fatalidad, tenía un hijo.

39. Angustiado entre el crimen y el miedo de que el aplazamiento de la muerte de Bleso acarrearía su rápida ruina y, si la ordenaba públicamente, produjera un terrible escándalo, decidió recurrir al veneno. Vitelio contribuyó a dar fe del crimen por la especial alegría que mostró en su visita a Bleso. Más aún, se oyó a Vitelio hacer una observación de lo más inhumana²²¹, cuando se jactó diciendo (citaré, en efecto, literalmente sus palabras) «que sus ojos se relamían con el espectáculo de la muerte [2] de su enemigo». Bleso, además de una cuna distinguida y exquisita moral, estuvo adornado de una lealtad inquebrantable. Incluso en situaciones seguras se mantuvo firme en rechazar unirse a un complot que procedía de Cécina y los líderes del partido que ya despreciaban a Vitelio. Era intachable y enemigo del desorden, no ambicionaba ningún cargo sobrevenido y mucho menos el principado, pero no había logrado evitar el que no se le creyera digno de él.

40. Entretanto, Fabio Valente²²², que con un numeroso y afeminado séquito de concubinas y eunucos avanzaba a un ritmo demasiado lento para una guerra, se enteró por correos urgentes de que Lucilio Baso había entregado la flota de Rávena. Y si hubiera apresurado la marcha emprendida, habría podido adelantarse a las vacilaciones de Cécina o alcanzar a las legiones²²³ antes del combate decisivo. Y no faltaban quienes le aconsejaban que con sus más fieles y por caminos poco conocidos evitara Rávena y se dirigiera a Hostilia o a Cremona. Otros [2] proponían hacer venir de Roma las cohortes pretorianas y abrirse paso con esa tropa poderosa. Valente con sus inútiles vacilaciones consumió en deliberaciones el tiempo de actuar. Luego, rechazó ambas propuestas y, quedándose a mitad de camino, que es la peor solución en momentos críticos, no tuvo la osadía suficiente ni la suficiente prudencia.

41. Valente escribió a Vitelio pidiéndole refuerzos. Llegaron tres cohortes con un regimiento de caballería de Britania²²⁴, un contingente que no era apto ni para pasar desapercibido ni para abrirse camino. Pero Valente ni siquiera en una situación tan crítica pudo evitar la infamia de que se creyera que buscaba placeres ilícitos y de que manchara la casa de sus anfitriones con estupro y adulterios. Tenía además el poder, el dinero y ese último deseo libidinoso²²⁵ propio de una suerte que se venía abajo²²⁶. Finalmente, con la llegada de la infantería y caballería [2] quedó en evidencia la equivocación de su estrategia, pues ni podía moverse a través de territorio enemigo con tan pequeña fuerza por muy leal que fuera, ni tampoco su lealtad era incuestionable. Sin embargo, les refrenaba la vergüenza y el respeto a su jefe allí presente, lazos poco duraderos entre hombres que temían enfrentarse a los peligros y a quienes no les importaba el deshonor. Con tales recelos y acompañado por unos pocos que [3] no habían cambiado en la adversidad envió las cohortes a Arimino²²⁷ y ordenó al regimiento de caballería que protegiera sus espaldas. Él se desvió hacia Umbría y de allí hasta Etruria, donde, al enterarse del resultado de la batalla de Cremona²²⁸, tomó una decisión nada cobarde, pero terrible, si hubiera tenido éxito. Consistió en apoderarse a la fuerza de unas naves, desembarcar en cualquier parte de la provincia Narbonense²²⁹ y levantar a las Galias y sus ejércitos y a los pueblos de Germania para provocar una nueva guerra.

42. Cuando se marchó Valente, Cornelio Fusco²³⁰, tras acercar el ejército y enviar naves libúrnicas por la costa vecina, rodeó por tierra y mar a las fuerzas de Vitelio desmoralizadas que estaban acantonadas en Arimino. Los flavianos ocuparon las llanuras de Umbría y la región del Piceno bañada por el Adriático, de manera que Italia entera quedaba dividida entre Vespasiano [2] y Vitelio por los montes Apeninos. Fabio Valente se vio arrastrado al puerto de Hércules de Moneco²³¹ desde el golfo de Pisa²³² forzado por

el mar en calma o por la fuerza de vientos contrarios. No lejos de allí se encontraba Mario Maturo²³³, gobernador de los Alpes Marítimos²³⁴, que era leal a Vitelio y todavía no había renegado de su juramento de lealtad hacia él pese a estar totalmente rodeado de enemigos. Recibió a Valente con amabilidad, pero con sus consejos le infundió miedo para que no se aventurase temerariamente en la Galia Narbonense. Al mismo tiempo se quebró la lealtad de los demás a causa de ese miedo.

43. El agente imperial Valerio Paulino²³⁵, un soldado valiente y amigo de Vespasiano antes de su llegada al poder, había conseguido el juramento de fidelidad de las ciudades de los alrededores. Tras convocar a todos los que Vitelio había licenciado y estaban dispuestos a retomar voluntariamente las armas²³⁶, se dedicaba a defender con una guarnición la colonia de Foro de Julio²³⁷, llave del mar. La autoridad de Paulino resultó mayor por el hecho de que Foro de Julio era su patria y gozaba del respeto de los pretorianos, a quienes mandó en otro tiempo como tribuno; además, los mismos vecinos, por simpatía hacia un paisano suyo y con la esperanza de su futura influencia, se esforzaban por apoyar a su partido. Cuando estas noticias, confirmadas [2] por los preparativos y exageradas por los rumores, se divulgaron entre los volubles vitelianos, Fabio Valente regresó a las naves acompañado de cuatro guardaespaldas, tres amigos y otros tantos centuriones. Maturo y los demás decidieron quedarse y jurar lealtad a Vespasiano. Por lo demás, aunque el mar abierto parecía a Valente más seguro que la costa o las ciudades, sin embargo se mantenía indeciso en sus planes para el futuro y veía con más claridad lo que debía evitar que en quién debía confiar. Una tormenta adversa lo llevó a las islas Estécades²³⁸ de Marsella. Allí lo apresaron unas naves libúrnicas enviadas por Paulino.

44. Con la captura de Valente todo se inclinó del lado de las fuerzas victoriosas. Se comenzó en Hispania con la I

*Adiutrix*²³⁹, la cual, siendo enemiga de Vitelio y recordando a Otón, arrastró también a la X y a la VI²⁴⁰. Tampoco dudaron las Galias²⁴¹. Y en Britania un sentimiento favorable la inclinó hacia Vespasiano, porque allí Claudio lo había puesto al mando de la legión II²⁴² y había actuado brillantemente en la guerra, pero esto ocurrió no sin la resistencia de las demás²⁴³, en las que muchos centuriones y soldados ascendidos por Vitelio sentían inquietud al tener que cambiar a un emperador que ya conocían.

45. En medio de este enfrentamiento y de constantes rumores²⁴⁴ de guerra civil los britanos se armaron de valor bajo el liderazgo de Venucio, quien, además de su natural violento y su odio al nombre romano, estaba exaltado por resentimientos personales²⁴⁵ contra la reina Cartimandua. Reinaba sobre los brigantes Cartimandua²⁴⁶, de gran influencia por su nobleza. Había aumentado su poder después de que con la captura a traición del rey Carataco²⁴⁷ había organizado ella el triunfo de Claudio César²⁴⁸. De ahí provenía su riqueza y disipación en la prosperidad. Tras despreciar a Venucio²⁴⁹, que era su marido, recibió en matrimonio y como rey consorte a Velocato, escudero de su marido. Inmediatamente, se produjo una conmoción en palacio. [2] A favor del marido estaban las simpatías de la ciudad y a favor del adúltero el encaprichamiento y la crueldad de la reina. Así pues, Venucio, con la ayuda que pudo reunir y la defección de los propios brigantes, llevó a Cartimandua a una situación de extrema gravedad. Entonces, solicitó protección a los romanos. Y nuestras cohortes y regimientos de caballería, tras inciertos combates, salvaron no obstante a la reina del peligro. Venucio se quedó con el reino, nosotros con la guerra²⁵⁰.

46. Por aquellos días se produjeron revueltas en Germania²⁵¹. La causa de los romanos casi estuvo abocada al desastre por la negligencia de los generales²⁵², el amotinamiento de las legiones y la perfidia de nuestros

aliados²⁵³. Recordaremos más adelante²⁵⁴ esta guerra con sus causas y consecuencias, pues se [2] alargó más de lo previsto. También se levantó el nunca leal pueblo de Dacia²⁵⁵, que entonces no abrigaba miedo alguno porque el ejército se había retirado de Mesia. Con todo, observaban tranquilos los primeros acontecimientos. Cuando se enteraron de que Italia ardía en guerra y que todos eran enemigos entre sí, irrumpieron en los campamentos de invierno de las cohortes y la caballería y se apoderaron de las dos orillas del Danubio. Y ya se disponían a destrozar el campamento de las legiones, cuando Muciano²⁵⁶ se les enfrentó con la legión VI²⁵⁷, pues estaba enterado²⁵⁸ de la victoria de Cremona y quería evitar que se produjera una doble invasión masiva de extranjeros, en el caso de que dacios y germanos irrumpiesen por separado. [3] Como en otras muchas ocasiones, ayudó la fortuna del pueblo romano, que llevó allí a Muciano y las fuerzas de Oriente, y el hecho de que entretanto hubiéramos resuelto el asunto de Cremona. Fonteyo Agripa, después de gobernar Asia (había gobernado como procónsul aquella provincia con poderes para un año²⁵⁹), fue puesto al frente de Mesia. Se le asignaron tropas adicionales procedentes del ejército de Vitelio, al que tanto la estrategia y la paz aconsejaba distribuir por las provincias²⁶⁰ y tenerlo ocupado en una guerra exterior.

47. Tampoco estaban en paz las otras naciones. En el Ponto un esclavo extranjero, que en otro tiempo había sido prefecto de la flota imperial, desencadenó un repentino levantamiento armado. Era Aniceto, liberto de Polemón²⁶¹, muy influyente en tiempos y que, una vez que el reino se había convertido en provincia romana, no soportaba tal cambio. Así pues, levantó en [2] nombre de Vitelio a los pueblos que habitan el Ponto, además de corromper a los más necesitados con la esperanza de botín. Al frente de una fuerza nada despreciable asaltó por sorpresa Trapezunte²⁶², antigua ciudad fundada por los griegos en el extremo de la costa del Ponto. Allí aniquiló a una cohorte, que en otro tiempo había constituido las fuerzas

auxiliares del reino; a los soldados se les concedió más tarde la ciudadanía romana, reteniendo armas y enseñas a nuestro estilo, pero conservando [3] la desidia y libertinaje de los griegos. Atizó también el fuego en una escuadra que navegaba a su antojo por un mar sin protección, pues Muciano había concentrado en Bizancio las mejores libúrnicas²⁶³ y a toda la tropa. Más aún, aquellos bárbaros vagaban sin temor alguno en naves construidas de prisa y corriendo²⁶⁴. Las llaman *cámaras*²⁶⁵: tienen bordas estrechas y una ancha panza sin trabazón alguna de bronce o hierro; y en caso de mar picada, conforme suben las olas, aumentan con tablones la altura de naves hasta que quedan cerradas a modo de techo. De esa manera van dando tumbos sobre las olas. Al ser la proa y la popa iguales pueden cambiar los remos de dirección, mientras que el abordaje por uno o por otro lado les resulta indiferente y sin peligro.

48. Este asunto alertó a Vespasiano hasta el punto de enviar fuerzas especiales de las legiones²⁶⁶ bajo el mando de Virdio Gémino, un militar de reconocida experiencia²⁶⁷. Este atacó a los enemigos que estaban desorganizados y dispersos por su deseo de botín y les obligó a embarcarse. Con libúrnicas construidas a toda prisa alcanzó a Aniceto en la desembocadura del río Cobo²⁶⁸, donde se sentía seguro bajo la protección del rey de los sedoquezos²⁶⁹, cuya alianza se había asegurado con dinero y regalos. En un primer momento el rey defendía a [2] su huésped suplicante amenazando con las armas, pero, después de que se le pusiera por delante por un lado la hiciera la traición y por otro la guerra, su lealtad se disipó, como es normal entre los bárbaros, negoció la muerte de Aniceto y entregó a los fugitivos. Tal fue el final de esta guerra de esclavos. [3] Mientras Vespasiano se alegraba por esta victoria y todo se iba desarrollando mejor de lo que esperaba, le alcanzó en Egipto la noticia de la batalla de Cremona²⁷⁰. Por ello se dirigió más aprisa a Alejandría²⁷¹, con la intención de que, ahora que el ejército de Vitelio estaba

doblegado, se presionara con el hambre a la capital, necesitada también de recursos extranjeros²⁷². Y en efecto, se disponía invadir la provincia de África, situada en la misma costa, por tierra y mar, pues, al cortar los suministros de trigo, provocaría el hambre y la discordia en el enemigo.

Marcha de los flavianos contra Roma

49. Mientras el poder imperial cambiaba de manos en medio de esta convulsión mundial²⁷³, Primo Antonio no actuaba después de la batalla de Cremona ni mucho menos con la misma honradez. Pensaba que había hecho bastante en la guerra y el resto sería fácil, o tal vez en un carácter como el suyo el éxito destapó la avaricia, la soberbia y demás vicios ocultos. Brincaba por Italia como tierra de conquista, se congraciaba con las legiones como si fueran suyas y todas sus palabras y actos tenían la finalidad de construirse [2] una posición de fuerza y poder. Y, para que la tropa se aficionara a la indisciplina, ofrecía a las legiones la provisión de los puestos de los centuriones caídos en combate. En tal votación se eligieron a los soldados más revoltosos. Así, la tropas no estaban al mando de los jefes, sino que los jefes se veían arrastrados por la violencia de la tropa. Estos actos sediciosos y encaminados a arruinar la disciplina los ponía luego al servicio del pillaje, sin que tuviera el menor temor ante la llegada de Muciano, lo cual resultaba más ruinoso para él que desairar a Vespasiano.

50. Por lo demás, como el invierno se acercaba²⁷⁴ y la llanura del Po quedaba inundada, se puso en camino una columna ligera. En Verona quedaron las enseñas y las águilas²⁷⁵ de las legiones vencedoras, soldados con heridas o impedidos por la edad, e incluso otros en buenas condiciones. Se creía que unas cohortes, unos regimientos de caballería y legionarios selectos eran suficientes ahora que la guerra estaba casi terminada. Se [2] les había unido la legión XI²⁷⁶, dubitativa al principio, pero que a la vista del éxito se

mostraba preocupada por no haberse unido antes. Le acompañaban seis mil dálmatas, reclutados hacía poco. Estaba al mando el excónsul Pompeyo Silvano²⁷⁷, pero el peso de las decisiones recaía en el legado de la legión Annio Baso²⁷⁸. Este, aparentando obediencia, manejaba a Silvano, que era indolente para la guerra y malgastaba en palabras el tiempo para la acción, mientras el otro intervenía con tranquila eficacia en todo lo que había que hacer. A estas tropas se incorporaron [3] los mejores marinos de Rávena que solicitaban hacer el servicio militar en las legiones. Los dálmatas ocuparon su lugar en la flota. El ejército y sus jefes hicieron un alto en el camino en Fano de la Fortuna Fortunae²⁷⁹. Se mostraban dubitativos sobre la situación general, porque habían oído que las cohortes pretorianas habían salido de la capital y se imaginaban que el paso de los Apeninos estaba controlado por destacamentos. Además, en aquella región devastada por la guerra, les alarmaba la falta de provisiones y las voces amotinadas de los soldados que reclamaban el donativo llamado *clavarium*²⁸⁰. Los comandantes no habían hecho provisión ni de dinero ni de trigo. Las prisas y la avaricia resultaban perjudiciales, pues los hombres robaban lo que podían recibir como un regalo.

51. Tengo de historiadores muy famosos²⁸¹ el testimonio de que los vencedores mostraron tan gran desprecio por todo lo divino y lo humano que un soldado raso de caballería confesó que había matado a su hermano en la última batalla²⁸² y había reclamado la recompensa a sus jefes. Ni el derecho de los hombres les permitía premiar aquel crimen ni la naturaleza de la guerra castigarlo. Le dieron largas con la excusa de que sus merecimientos eran mayores de lo que podían pagarle en el momento. Aquí termina la historia. Por lo demás, también en anteriores [2] guerras civiles se habían dado crímenes similares. En efecto, en el combate que tuvo lugar en el Janículo²⁸³ contra Cinna, un soldado de Pompeyo²⁸⁴ mató a su propio hermano y, cuando se dio cuenta de su atrocidad, se

suicidó, como recuerda Sisenna²⁸⁵: tan alta era la gloria en las acciones virtuosas como duro el arrepentimiento en las acciones reprobables entre nuestros antepasados. De todas formas, no será inapropiado que recuerde estos y otros ejemplos tomados de la historia antigua, cada vez que el tema y la situación requieran ejemplos del bien y consuelos del mal.

52. Antonio y los otros comandantes flavianos decidieron enviar por delante a la caballería para explorar toda la Umbría con la esperanza de encontrar algún acceso más cómodo a las cumbres de los Apeninos²⁸⁶. Se hicieron venir águilas y enseñas y cuantas tropas hubiera en Verona, llenándose el Po y el Adriático de barcos de aprovisionamiento. Había comandantes²⁸⁷ que urdían dilaciones, pues Antonio se había vuelto ya demasiado poderoso y se cifraban mejores esperanzas en Muciano. En [2] efecto, Muciano, preocupado por una victoria tan rápida, estaba convencido de que se le privaría de la gloria de aquella guerra, a no ser que estuviera él personalmente presente en la entrada a Roma. Así, escribía a Primo y a Varo en términos ambiguos, exponiendo la urgencia de cumplir los planes iniciales o la conveniencia de nuevas dilaciones, todo en un lenguaje tan sofisticado que según el resultado de los acontecimientos se podría sacudir de encima los reveses o arrogarse los éxitos. Dio instrucciones [3] más claras a Plocio Gripo²⁸⁸, nombrado recientemente senador por Vespasiano y puesto al frente de una legión²⁸⁹, y a los demás de su confianza. Todos ellos contestaron con informes negativos sobre las prisas de Primo y Varo, tal como quería Muciano. Al desviar estas cartas a Vespasiano había logrado que la estrategia y las acciones de Antonio no recibieran la estimación que él esperaba.

53. Antonio llevaba mal esto y echaba la culpa a Muciano, por cuyas acusaciones habían perdido valor los peligros que él estaba arrostrando. Y no se reprimía en sus conversaciones, pues era un hombre que no se mordía la lengua ni agachaba la

cabeza. Redactó una carta a Vespasiano en un tono demasiado arrogante para un emperador y no sin velados ataques contra Muciano. Señalaba que fue él quien había levantado en armas a las legiones de Panonia²⁹⁰, había espoleado a actuar a los comandantes de Mesia²⁹¹, con su firmeza se habían atravesado los Alpes, se había ocupado Italia y se habían interceptado los refuerzos [2] de Germania y Recia. El haber puesto en fuga a las desunidas y dispersas legiones de Vitelio primero con un ataque en tromba de la caballería y después con la fuerza de la infantería de día y de noche, eso fue una acción brillantísima y obra suya. La caída de Cremona había que imputarla a la fatalidad de la guerra, pues las viejas discordias civiles costaron al [3] Estado pérdidas aún mayores y la destrucción de más ciudades. Él no servía militarmente a su emperador con despachos y cartas, sino con sus manos y sus armas. Tampoco, decía, eclipsaba la gloria de quienes entretanto habían restablecido el orden en otro sitio²⁹²: a estos les correspondía la paz de Mesia, a él la salvación y la seguridad de Italia. Gracias a sus arengas se habían pasado a Vespasiano las Galias y las Hispanias, las regiones más poderosas de la tierra. Pero de nada habría valido tanto esfuerzo, concluía, si los premios por los peligros arrostrados únicamente los conseguían quienes no se habían enfrentado a los mismos. Nada de esto pasó inadvertido a Muciano. De ahí surgió una profunda enemistad que Antonio alimentaba con más franqueza, mientras Muciano lo hacía de forma más taimada y por ello más implacable.

54. Vitelio²⁹³, por su parte, después del desastre de su causa en Cremona, ocultaba las noticias de la derrota aplazando con ese tonto disimulo el remedio de la enfermedad más que la enfermedad misma. Y es que si hubiera reconocido la verdad y hubiera buscado consejo, le hubieran quedado esperanzas y fuerzas. Pero, al pretender lo contrario, es decir, que todo iba bien, agravaba²⁹⁴ la situación con mentiras. En presencia del emperador el silencio sobre la guerra era sorprendente, se prohibían los rumores por la ciudad, con lo cual aumentaron y

quienes estaban dispuestos a contar la verdad si se les hubiera permitido divulgaban relatos más sensacionales por el mero hecho de que se les reprimiera. Y los comandantes flavianos tampoco [2] paraban de avivar los rumores, pues a los exploradores de Vitelio que capturaban les daban un paseo para que conocieran la fuerza del ejército vencedor y después los despachaban a Roma. A todos ellos Vitelio, una vez que los interrogaba en secreto, mandaba matarlos. El centurión Julio Agreste, de notable entereza, tras muchas conversaciones, en las que trataba en vano que Vitelio actuara como un hombre, logró convencerlo para que le enviase personalmente a inspeccionar las fuerzas enemigas y lo que había ocurrido en Cremona. Y no intentó engañar a Antonio con una inspección a sus espaldas, sino que le reveló las instrucciones del emperador y su propia disposición y le pidió permiso para pasar revista a todo. Se despacharon unos hombres para enseñarle el lugar de la batalla, las ruinas de Cremona [3] y las legiones que habían capitulado. Agreste regresó junto a Vitelio. Cuando el emperador se negó a admitir la verdad de lo que le contaba y, además, lo acusaba de haber sido sobornado, el centurión le dijo: «Puesto que necesitas una prueba contundente y ni mi vida ni mi muerte te pueden prestar otro servicio, te daré una prueba en la que puedas creer». Y con estas palabras salió de la presencia del emperador y ratificó sus palabras con su muerte voluntaria²⁹⁵. Algunos cuentan que murió por orden de Vitelio, pero dicen lo mismo de su lealtad y entereza.

55. Como si despertara de un sueño²⁹⁶, Vitelio ordenó a Julio Prisco y Alfeno Varo²⁹⁷ ocupar los Apeninos con catorce cohortes pretorianas²⁹⁸ y todos los regimientos de caballería. Le siguió una legión de marinos²⁹⁹. Tantos miles de gente armada³⁰⁰, caballos y hombres selectos hubieran sido de sobra capaces, si hubieran estado al mando de otro general, de pasar a la [2] ofensiva en la guerra. El resto de las cohortes³⁰¹ se confiaron a su hermano L. Vitelio para defender Roma. Él, por

su parte, no renunciaba un ápice a su vida de lujo y, urgido por su propia desconfianza, adelantaba las elecciones, en las que proponía cónsules para muchos años. Regalaba a los aliados provinciales el estatuto de ciudades federadas y a los extranjeros el derecho de ciudadanía. A unos eximía de tributos, a otros les ayudaba con diversas exenciones. En suma, con su absoluta despreocupación por el futuro estaba mutilando el imperio. Pero el populacho asistía con la boca abierta ante tamaña generosidad. Los ciudadanos más necios compraban los favores con dinero, mientras que los sensatos consideraban nulos esos favores, porque no se podían ni dar ni recibir sin arruinar al Estado. Finalmente, [3] ante la exigencia del ejército que se había instalado en Mevania³⁰² y acompañado de un gran grupo de senadores, a muchos de los cuales arrastraba su ambición y a los más el miedo, Vitelio llegó al campamento con ánimo indeciso y presa de consejos traicioneros.

56. Cuando Vitelio pronunciaba un discurso a las tropas, sobrevoló —¡hecho prodigioso!— tan gran número de aves de mal agüero que oscurecieron el día con una negra nube³⁰³. Se añadió otro presagio siniestro: un toro que huyó del altar tras desbaratar los preparativos del sacrificio fue degollado lejos y no como se acostumbra dar el golpe a las víctimas. Pero el prodigio [2] principal era el mismo Vitelio, quien, ignorante de la milicia, incapaz de tomar decisiones, andaba preguntando a terceros sobre el orden que debía llevar el ejército en marcha, sobre cuál debía ser la misión de los exploradores y hasta qué límites debía forzar o retrasar la guerra; y ante cada noticia se le demudaba también el rostro y la compostura hasta terminar después borracho. Finalmente, hastiado de la vida en el campamento y enterado de la defección de la flota del Miseno³⁰⁴ regresó a Roma aterrado con cada nuevo golpe que recibía pero ciego [3] ante el desenlace final. En efecto, cuando se le abría la posibilidad de atravesar los Apeninos con las fuerzas intactas de su propio ejército y de atacar al enemigo

fatigado por el invierno y la falta de víveres, al dispersar a sus fuerzas dejó a los soldados más valientes y dispuestos a llegar hasta el final expuesto a la muerte y al cautiverio, y esto pese a que los centuriones más expertos no estaban de acuerdo y habrían dicho la verdad si se les hubiese consultado. Los consejeros más íntimos³⁰⁵ de Vitelio lo impidieron, pues los oídos del emperador estaban tan mal acostumbrados que despreciaba los consejos útiles y no oía más que lo que le resultaba agradable y, sin embargo, perjudicial.

57. Pero a la flota del Miseno (tanto puede la osadía incluso de un solo individuo en las discordias civiles) la arrastró a la rebeldía³⁰⁶ el centurión Claudio Faventino, a quien Galba había expulsado con deshonra del ejército³⁰⁷. Mostró una carta apócrifa de Vespasiano en la que mostraba la recompensa por su traición. Al frente de la flota estaba Claudio Apolinar³⁰⁸, un oficial que no era ni constante en su lealtad ni obstinado en la traición. También, Apinio Tirón³⁰⁹, antiguo pretor que por entonces casualmente vivía en Minturnas³¹⁰, se ofreció como líder de los rebeldes. Estos movilizaron a municipios y colonias, que traducían sus rivalidades locales en guerras civiles. Putéolos³¹¹ quedó especialmente ligada a Vespasiano, mientras Capua permaneció leal a Vitelio. Este eligió a Claudio Juliano³¹², [2] que recientemente había dirigido la flota del Miseno con un talante relajado, para la tarea de apaciguar los ánimos de los soldados. Se le entregó como refuerzo una cohorte urbana y gladiadores que mandaba Juliano. Cuando acamparon los unos frente a los otros, Juliano se pasó al bando de Vespasiano sin dudarlo mucho. Ocuparon Tarracina³¹³, que estaba mejor protegida por sus murallas y emplazamiento que por la capacidad de sus pobladores.

58. Cuando Vitelio se enteró de esta acción³¹⁴, dejó en Narnia³¹⁵ parte de las tropas³¹⁶ con los prefectos de la guardia pretoriana y envió a su hermano Lucio con seis cohortes y quinientos jinetes a hacer frente a la guerra que prendía por

Campania³¹⁷. El emperador mismo, de carácter depresivo, recobraba ánimos gracias al entusiasmo de los soldados y al clamor del pueblo pidiendo armas, al tiempo que en su imaginación llamaba ejército y legiones al populacho cobarde e incapaz [2] de atreverse a nada más allá de las palabras³¹⁸. Siguiendo el consejo de sus libertos (pues cuanto más ilustres eran sus amigos, menos leales eran) ordenó convocar a las tribus³¹⁹ y tomó juramento a quienes iban dando sus nombres. Ante la enorme afluencia de voluntarios repartió la tarea del reclutamiento entre los cónsules. Impuso a los senadores un cupo de esclavos³²⁰ y una cantidad de dinero. Los caballeros romanos ofrecieron sus servicios y dinero, e incluso los libertos solicitaron de grado la misma contribución. Tal simulacro de cumplimiento de un deber, originado por el miedo, se había convertido en simpatías hacia el emperador, aunque la mayoría se compadecía no tanto de Vitelio como de la desgraciada posición en la que había caído [3] el principado. Y él mismo no dejaba de mover a compasión con sus ademanes, sus palabras y sus lágrimas, pues se mostraba pródigo y sin medida en las promesas, como es natural entre los que son presa del pánico. Es más, quiso que se le llamara César, título que había despreciado antes³²¹, pero que ahora lo aceptaba por la magia del nombre y porque en momentos de miedo se oyen lo mismo los consejos de los sabios que los rumores [4] del populacho. Por lo demás, como todo lo que empieza con un impulso irracional es fuerte en sus comienzos y languidece con el tiempo, así poco a poco senadores y caballeros empezaron a flaquear paulatinamente, primero entre dudas y cuando el emperador no estaba presente, pero luego sin respeto ni reparo alguno, hasta que Vitelio, ante la vergüenza de sus intentos fallido, les perdonó los servicios que no le prestaban³²².

59. Si bien la ocupación de Mevania³²³ había llevado el terror a Italia y la impresión de que se había emprendido la guerra de nuevo, la cobarde retirada de Vitelio³²⁴ supuso sin

embargo un respaldo nada dudoso hacia la causa flaviana. Samnitas, pelignos y marsos se levantaron celosos de que Campania se les hubiera adelantado y se mostraron dispuestos para todos los servicios de la guerra como quien estrena vasallaje³²⁵. Pese a [2] todo, la crudeza del invierno golpeó al ejército a su paso por los Apeninos y, cuando los soldados se abrían paso a duras penas por la nieve en columnas tranquilas, vieron con claridad la gravedad del peligro que habrían tenido que afrontar si no hubiera hecho retroceder a Vitelio la fortuna que a menudo ayudó a los jefes flavianos³²⁶ no en menor medida que el buen sentido. Allí se encontraron con Petilio Cerial³²⁷, quien había eludido las guardias de Vitelio gracias a un atuendo campesino y a su conocimiento del terreno. Cerial mantenía una estrecha relación con Vespasiano y no carecía de reputación militar, por lo que pasó [3] a formar parte del cuerpo de oficiales. Muchos autores han contado que Flavio Sabino³²⁸ y Domiciano también habían tenido la oportunidad de huir, pues emisarios de Antonio mediante diversas estratagemas llegaron hasta ellos para señalarles el punto de encuentro y el destacamento. Sabino se excusaba con que su salud lo incapacitaba para una empresa arriesgada. Domiciano tenía el coraje para actuar, pero temía que los guardianes que le puso Vitelio, aunque le prometían que se unirían a la fuga, en realidad estuvieran preparando una trampa. Lo cierto era que Vitelio mismo, a la vista de la situación de sus propios parientes, no preparaba nada malo contra Domiciano.

60. Al llegar a Cársulas³²⁹, los jefes del bando flaviano se tomaron un descanso de unos pocos días hasta que las águilas y enseñas de las legiones les alcanzaran³³⁰. También les agradaba el emplazamiento mismo del campamento, pues ofrecía una amplia perspectiva, acceso seguro para las provisiones y municipios muy prósperos³³¹ en la retaguardia. Al mismo tiempo, esperaban mantener con los vitelianos que se encontraban a diez millas de distancia³³² conferencias y lograr su desertión. Tal situación no gustaba mucho a los

soldados quienes preferían la victoria a la paz. Ni siquiera querían aguardar a sus propias legiones, pues pensaban que compartirían el botín y no los peligros. Antonio convocó en asamblea a sus tropas para explicarles [2] que Vitelio todavía disponía de unas fuerzas indecisas, si se les daba la oportunidad de reflexionar, pero temibles, si se les condenaba a la desesperación. Los comienzos de las guerras hay que dejarlos en manos de la fortuna, decía, pero la victoria se conseguía con estrategia y buenos planes. La flota del Miseno y la bellísima costa de Campania³³³ ya habían desertado y de todo el mundo no le quedaba a Vitelio más que el territorio que hay entre Terracina y Narnia. Habían obtenido bastante gloria y [3] demasiadas antipatías en la destrucción de Cremona. Así que no tenían que desear tomar Roma, sino salvarla. Obtendrían mayores recompensas y mucha mayor gloria, si garantizaban la salvación del Senado y del pueblo romano. Los ánimos se serenaron con estas y otras palabras del mismo tenor.

61. Las legiones llegaron no mucho después³³⁴. Ante las alarmantes noticias de que el ejército flaviano se había reforzado, las cohortes vitelianas empezaron a flaquear, pues nadie les empujaba a luchar, pero muchos³³⁵ a desertar, rivalizando por entregar sus propias compañías y escuadrones como regalo para el vencedor y como favor personal para el futuro. Por ellos se supo que Interamna³³⁶, del valle vecino, estaba defendida por [2] cuatrocientos jinetes. Inmediatamente se envió a Varo³³⁷ con una fuerza ligera y mató a los pocos que resistieron, mientras que la mayoría depuso las armas y solicitó el perdón. Algunos que lograron refugiarse en el campamento viteliano³³⁸ llenaban todo de miedo exagerando con rumores el valor y las tropas de los enemigos con la finalidad de minimizar la deshonra que suponía [3] la pérdida de la plaza. Entre los vitelianos no había castigo para la cobardía, la lealtad se cambiaba de bando según las recompensas que recibían los traidores, quedando solo la

rivalidad en la traición. Se producían constantes defecciones entre tribunos y centuriones, pues los soldados rasos habían seguido apoyando tercamente a Vitelio, hasta que Prisco y Alfeno³³⁹ abandonaron el campamento y regresaron al lado de Vitelio, con lo que eximían a todos de la vergüenza de la traición.

62. En esos mismos días³⁴⁰ se ejecutó a Fabio Valente, que estaba bajo arresto en Urbino³⁴¹. Se exhibió su cabeza ante las cohortes vitelianas, para que no alimentaran más esperanzas, pues creían que Valente había escapado a las provincias de Germania y estaba movilizandó allí ejércitos viejos³⁴² y nuevos. La vista de su muerte los sumió en la desesperación. Y en cuanto al ejército flaviano fue extraordinaria la alegría con que recibió la muerte de Valente como si se tratara del final de la guerra. [2] Valente había nacido en Anagnia³⁴³ de familia de caballeros. De costumbres licenciosas y no sin talento buscaba la reputación de hombre de moda a través del libertinaje. En el Festival de la Juventud en tiempos de Nerón³⁴⁴ intervino como actor de mimos aparentemente a la fuerza, pero luego ya gustoso, haciéndolo con más destreza que decencia. Como comandante de una legión apoyó y también difamó a Verginio³⁴⁵. Mató a Fonteyo Capitón³⁴⁶ después de haberlo corrompido o porque no lo había podido corromper. Traicionó a Galba³⁴⁷, se mantuvo fiel a Vitelio y ganó gloria con la perfidia de otros³⁴⁸.

63. Perdida la esperanza en todos los sitios, las tropas de Vitelio decidieron cambiar de bando, pero lo hicieron no sin dignidad, pues bajaron a la llanura al pie de Narnia con sus enseñas y estandartes³⁴⁹. El ejército flaviano, en alerta y armado como para una batalla, se había apostado en orden cerrado a lo largo de la calzada³⁵⁰. Los vitelianos marcharon por el centro y así rodeados Primo Antonio les habló en un tono conciliador. Se ordenó a unos que permanecieran en Narnia y a otros en Interamna³⁵¹. Quedaron también con ellos

algunas de las legiones vencedoras, que no resultarían enojosas si los otros se mantenían [2] en paz, pero sí fuertes para sofocar cualquier resistencia. Por aquellos días³⁵² Primo y Varo no dejaron de enviar frecuentes mensajes a Vitelio ofreciéndole seguridad, dinero y un retiro en Campania, con la condición de que depusiera las armas y se entregara con sus hijos³⁵³ a Vespasiano. Muciano le escribió también cartas del mismo tenor. Vitelio se fiaba más de estas últimas y llegaba a hablar del número de esclavos que se llevaría y del lugar de la costa que elegiría. Tan gran abulia se había apoderado de su ánimo³⁵⁴ que, si los demás no le recordaran que había sido emperador, él mismo lo habría olvidado.

*Sucesos en Roma*³⁵⁵

64. Por otra parte, los líderes de la ciudad³⁵⁶ incitaban en conversaciones secretas a Flavio Sabino, prefecto de la Ciudad, a que se hiciera partícipe de la victoria y de la gloria. Disponía de soldados a su mando en las cohortes urbanas, no le fallarían las cohortes de guardia en la ciudad³⁵⁷, sus propios esclavos, la buena suerte de los flavianos y toda la situación favorable a los vencedores. Él no tenía que ceder, le decían, en la disputa por la gloria ante Antonio y Varo. Las cohortes de Vitelio eran poco numerosas [2] y estaban amedrentadas por las tristes noticias que llegaban de todas partes³⁵⁸. El pueblo era de ánimo voluble y, si él se ofrecía como jefe, aquellas mismas adulaciones se volverían a favor de Vespasiano. El mismo Vitelio, que no había estado a la altura de sus éxitos, estaba ahora postrado por el desastre. El agradecimiento por haber terminado la guerra se lo llevaría el que tomara el control de Roma. A Sabino incumbía guardar el imperio para su hermano y no menos incumbía a Vespasiano el que los demás ocuparan el segundo lugar después de Sabino.

65. Sabino³⁵⁹ recibía aquellas palabras sin entusiasmo alguno, debilitado como estaba por la vejez. Pero había quienes lanzaban sobre él veladas sospechas, insinuando que

estaba retrasando la victoria de su hermano por envidia y celos. En efecto, Sabino era el mayor y, cuando los dos eran simples ciudadanos, aventajaba a Vespasiano en influencia y dinero³⁶⁰. Se andaba diciendo que, cuando el crédito de Vespasiano se vio comprometido, le había prestado una ayuda mezquina³⁶¹ tras recibir la garantía de su casa y sus granjas. De ahí que, aunque se guardaban las apariencias de un buen trato entre [2] ellos, se tenía miedo de que hubiera agravios encubiertos³⁶². Una explicación más positiva sostenía que aquel hombre de carácter pacífico detestaba la sangre y las matanzas, y por ello trataba en las frecuentes conversaciones con Vitelio sobre la paz y un armisticio con condiciones³⁶³. Se reunieron a menudo en privado y finalmente firmaron un acuerdo, como se dijo, en el templo de Apolo³⁶⁴. Dos hombres, Cluvio Rufo y Silio Itálico³⁶⁵, fueron testigos de sus palabras y afirmaciones, pero quienes los veían a distancia podían observar sus expresiones, la de Vitelio abatida y humillada, la de Sabino sin alegría y más bien cercana a la compasión.

66. Lo cierto es que, si Vitelio hubiera podido doblegar el ánimo de sus más íntimos³⁶⁶ con la misma facilidad con la que él lo había hecho, el ejército de Vespasiano habría entrado en Roma sin derramar sangre. Sin embargo, cuanto más fieles eran a Vitelio, tanto más rechazaban la paz y sus condiciones, alegando el peligro y la deshonra en un acuerdo firmado al gusto del vencedor. Vespasiano, decían, no era tan desdeñoso como [2] para soportar a Vitelio como un simple ciudadano y tampoco lo consentirían los vencidos, con lo que la misericordia sería fuente de peligro. No había duda de que Vitelio estaba viejo y harto de éxitos y fracasos, pero ¿qué título y qué posición tendría su hijo Germánico³⁶⁷? Ahora le prometían dinero, esclavos y la agradable bahía de Campania, pero, cuando Vespasiano tuviera el poder, ni él mismo ni sus amigos ni siquiera su ejército recuperarían la seguridad hasta que su rival fuera destruido. Fabio Valente, cautivo y

reservado para una ocasión de [3] peligro³⁶⁸, les había supuesto una carga muy pesada³⁶⁹. Con más razón, pues, Primo, Fusco³⁷⁰ o Muciano, el prototipo del partido flaviano, no tendrían otra alternativa que matar a Vitelio. César no perdonó a Pompeyo ni Augusto a Antonio³⁷¹. Lo mismo sucedería ahora, a no ser que Vespasiano tuviera miras más altas, él, que fue cliente de un Vitelio, cuando ese Vitelio era colega de Claudio³⁷². Al contrario, para hacer honor a la [4] censura de su padre³⁷³, a los tres consulados y a tantos altos cargos de la familia, debía armarse de valor³⁷⁴ aunque fuera a la desesperada. Las tropas se mantenían leales y quedaba todavía el apoyo del pueblo, y, en fin, no les ocurriría nada peor que a lo que se estaban precipitando por propia voluntad. Si eran vencidos, debían morir; si se entregaban, debían morir. Pero había una sola diferencia: si exhalarían su último aliento en medio de burlas e ignominias o con valor.

67. Vitelio hacía oídos sordos a planes audaces. Su ánimo se mostraba angustiado por la pena y preocupación de que, si se obstinaba en un enfrentamiento armado, dejaría a su esposa³⁷⁵ e hijos ante un vencedor menos dispuesto al perdón. Tenía también una madre agobiada por los años³⁷⁶, aunque, con su oportuna muerte unos pocos días antes, se anticipó a la ruina de la familia, pues nada obtuvo del reinado de su hijo [2] sino pesar y buena reputación. El 18 de diciembre, tras enterarse de la defección de la legión y las cohortes que se habían rendido en Narnia, salió de palacio vestido de negro y rodeado de su entristecida servidumbre; su hijo pequeño era llevado en su propia litera³⁷⁷ como si fuera a un cortejo fúnebre. Los saludos del pueblo eran halagadores y fuera de lugar, mientras que los soldados guardaban un silencio amenazador.

68. Y no había nadie tan indiferente a la suerte humana que no se conmoviera con aquella escena: un emperador romano y poco antes señor del mundo abandonaba la sede de su poder

imperial y se encaminaba a través del pueblo y de la capital a abdicar del imperio. Nada igual se había visto ni oído antes³⁷⁸. Una muerte por sorpresa había acabado con el dictador César, un complot secreto con Gayo, la noche y la soledad del campo habían ocultado la huida de Nerón, mientras que Pisón y Galba habían caído, por decirlo así, en el campo de batalla³⁷⁹. La abdicación de Vitelio³⁸⁰ tuvo lugar en una asamblea [2] convocada por él, en medio de sus propios soldados y a la vista incluso de las mujeres. Pronunció un discurso breve y acorde con la tristeza de la ocasión, diciendo que él renunciaba por la paz y por el bien de la república, solamente les pedía que le recordaran y que tuvieran piedad de su hermano, de su esposa y de la edad inocente de sus hijos. Al mismo tiempo, tomó en brazos a su hijo encomendándolo unas veces a algunos en particular, otras veces a todos en general. Finalmente, cuando las lágrimas le impedían hablar, sacó un puñal de su costado, símbolo de su derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos, y se lo ofreció al cónsul que estaba a su lado, Cecilio Símplice³⁸¹. Al negarse este y ante las protestas de [3] quienes asistían a la asamblea, se marchó con la intención de depositar las insignias del imperio en el templo de la Concordia³⁸² y dirigirse luego a casa de su hermano. En ese momento se redoblaron los gritos de quienes se oponían a que se marchara a una casa privada invitándole a que fuera al palacio imperial. Se bloquearon todos los demás caminos, quedando únicamente libre el que llevaba a la vía Sacra³⁸³. Entonces, sin saber qué hacer, regresó al palacio imperial.

69. Ya se había adelantado el rumor³⁸⁴ de que Vitelio había abdicado del imperio, y Flavio Sabino había dado a los tribunos de las cohortes órdenes escritas para que mantuvieran a los soldados en estado de alerta. Así pues, contando con que todo el Estado había caído en manos de Vespasiano, los líderes del Senado y la totalidad de los soldados de la ciudad y el cuerpo de vigilancia llenaron la casa de Flavio Sabino³⁸⁵. Allí se recibieron noticias de las simpatías del pueblo hacia Vitelio

y de [2] las amenazas de las cohortes procedentes de Germania³⁸⁶. Pero ya Sabino había ido demasiado lejos como para poder echarse atrás. Movidos cada cual por su propio miedo, no fuera a ser que los vitelianos les atacaran estando dispersos y por ello menos fuertes, le incitaban al verlo vacilar a tomar las armas. Y, como sucede en situaciones similares, todos daban consejos, pero pocos asumían riesgos. En los alrededores del lago Fundano³⁸⁷, al bajar de la colina la escolta armada que acompañaba a Sabino, les salieron al paso los partidarios más decididos de Vitelio. Se produjo allí una pequeña escaramuza en medio de un altercado inesperado, pero resultó favorable a los vitelianos. Sabino, en una situación de emergencia, tomó la decisión [3] más segura en aquellos momentos y ocupó la ciudadela del Capitolio con una fuerza mixta de soldados y algunos senadores y caballeros, cuyos nombres no son fáciles de identificar, porque después de la victoria de Vespasiano mucha gente pretendió arrogarse ese mérito para la causa. Incluso hubo mujeres que afrontaron el asedio, entre las que destacó Verulana Gratila³⁸⁸, quien siguió más la llamada de la guerra que la de sus hijos³⁸⁹ y allegados. Las tropas vitelianas cercaron a los [4] sitiados con una guardia relajada, y por esa razón, entrada la noche, Sabino hizo llegar al Capitolio a sus propios hijos y a Domiciano, el hijo de su hermano. Envío también un mensajero por un sector desguarnecido a los generales flavianos para informarles de que se encontraban sitiados y de su apurada situación si no acudían en su ayuda. En realidad, la noche estaba tan tranquila que Sabino pudo haberse marchado sin sufrir daño alguno. En efecto, los soldados de Vitelio, valientes frente al peligro, eran poco inclinados al sacrificio de las guardias de noche, y, además, de repente descargó una lluvia de invierno que impedía ver y oír bien.

70. Al amanecer³⁹⁰ y antes de que uno y otro bando rompieran las hostilidades, Sabino envió a uno de los primeros centuriones, Cornelio Marcial³⁹¹, a Vitelio con el encargo de

quejarse de que no se había respetado lo pactado. Sin duda, se quejaba, el acto de abdicación del imperio había sido una simulación y simple apariencia para engañar a tantas personas distinguidas. ¿Por qué, pues, se había dirigido Vitelio desde los Rostros hasta la casa de su hermano, situada sobre el Foro y que atraería las miradas de la gente, y no al Aventino y a la casa de su esposa? Eso era lo que cuadraba a un particular que quisiera evitar toda [2] apariencia de ser emperador. Por el contrario, Vitelio había regresado al Palacio imperial, la ciudadela misma del imperio; desde allí había enviado una columna armada que había sembrado de cadáveres inocentes la parte más concurrida de Roma sin respetar siquiera el Capitolio. Después de todo, él, Sabino, era un simple ciudadano y un senador más. Mientras la disputa entre Vespasiano y Vitelio se dirimía en choques entre legiones, tomas de ciudades y rendiciones de cohortes, y en tanto que las Hispanias, las Germanias y Britania le abandonaban, él, el hermano de Vespasiano, se había mantenido leal, hasta que [3] Vitelio tomó la iniciativa de invitarle a negociar. La paz y la concordia son útiles para los vencidos, para los vencedores simplemente son hermosas. Si se arrepentía de los acuerdos alcanzados, no debía apuntar con la espada contra Sabino, a quien había engañado pérfidamente, ni contra el hijo de Vespasiano, apenas un adolescente³⁹². ¿Qué ventaja obtendría de la muerte de un solo anciano y un solo joven? Lo que tendría que hacer Vitelio era salir al encuentro de las legiones y luchar allí por la supremacía del poder, lo demás vendría determinado por el resultado de la batalla. A estos reproches Vitelio, lleno de miedo, respondió con pocas palabras para justificarse echando la culpa a los soldados por ímpetu excesivo, cosa que no se podía comparar con su propia medida. Aconsejó también a Marcial que se marchara a escondidas por un pasadizo secreto del Palacio, no fuera a ser que los soldados³⁹³ pudieran matarle como intermediario de un acuerdo que detestaban. Vitelio, que no tenía poder ni para

mandar ni para prohibir, ya no era un emperador, sino simplemente la causa de una guerra.

71. Apenas había regresado Marcial al Capitolio³⁹⁴ cuando aparecieron soldados enfurecidos sin jefe alguno y actuando cada cual por su cuenta. Moviéndose las columnas con rapidez rodearon el Foro y los templos que se levantan sobre él y desplegaron la formación por la colina de enfrente hasta las primeras puertas de la ciudadela capitolina. Había desde antiguo unos pórticos a mano derecha de la Cuesta Capitolina según se ascendía. Los defensores se subieron a los tejados de los pórticos y arrojaban piedras y tejas contra los vitelianos. Estos no tenían en sus [2] manos armas excepto las espadas y pensaron que llevaría mucho tiempo hacer traer catapultas y proyectiles. Arrojaron antorchas contra un pórtico que sobresalía y avanzaban detrás del fuego. Y habrían entrado por las puertas carbonizadas del Capitolio, si Sabino³⁹⁵ no hubiera derribado por doquier las estatuas, ornamento de la gloria de nuestros antepasados, y las hubiera apilado en la misma entrada a modo de una muralla. Entonces los asaltantes [3] invadieron las dos entradas opuestas del Capitolio, una cerca del bosque del Asilo³⁹⁶ y otra por los cien escalones que conducen a la roca Tarpeya³⁹⁷. Ambos ataques resultaron imprevistos, pero el del Asilo fue más cercano y violento. Tampoco podían impedir que los enemigos treparan por los edificios colindantes, los cuales, contruidos en altura durante largos períodos de paz, [4] igualaban el suelo del Capitolio. En este punto se duda³⁹⁸ si fueron los atacantes los que prendieron fuego a las casas o si fueron los sitiados —es la versión más extendida— en su intento por detener el avance de los asaltantes. Desde allí el fuego se extendió a los pórticos colindantes con los templos, luego las águilas de vieja madera³⁹⁹ que sostenían la cubierta atrajeron y alimentaron las llamas. De esta forma, el Capitolio con las puertas cerradas ardió sin que nadie lo defendiera y nadie lo saqueara.

72. Este fue el desastre más lamentable y vergonzoso que sufrió el Estado del pueblo romano desde la fundación de Roma⁴⁰⁰. Sin ningún enemigo del exterior, con los dioses propicios —si ello es posible con nuestra conducta—, la sede de Júpiter Óptimo Máximo, fundada por nuestros antepasados como garantía del imperio, a la que no habían podido mancillar ni Porsena⁴⁰¹ cuando capituló la ciudad, ni los galos tras conquistarla⁴⁰², la ha destruido la locura de los emperadores. También antes había ardido el Capitolio en una guerra civil, pero fue el crimen de un particular⁴⁰³. Sin embargo, en esta ocasión fue asediado a la vista de todos, a la vista de todos fue incendiado, y ¿por qué motivos militares?, ¿qué compensación había para un desastre tan grande? El Capitolio sin duda se mantuvo en pie todo el tiempo que hemos luchado por la patria. El rey Tarquinio [2] Prisco lo había dedicado como ofrenda en la guerra contra los sabinos y había echado sus cimientos más con la esperanza de una futura grandeza que por lo que ofrecían los hasta entonces humildes recursos del pueblo romano. Lo construyeron más tarde Servio Tulio con la ayuda entusiasta de los aliados y después Tarquinio el Soberbio con los despojos de los enemigos en la captura de Suessa Pometia⁴⁰⁴. Pero la gloria de aquella obra estaba reservada a la libertad republicana. Después de la expulsión de los reyes, Horacio Pulvilo, cónsul por segunda vez⁴⁰⁵, lo inauguró con tal magnificencia que en adelante las inmensas riquezas del pueblo romano servirían más para decorarlo que para ampliarlo⁴⁰⁶. Fue reconstruido en el mismo sitio después de que [3] al cabo de 415 años⁴⁰⁷ ardiera durante el consulado de L. Escipión y G. Norbano. El victorioso Sila se encargó de la tarea⁴⁰⁸, pero no llegó a inaugurarlo: esto fue lo único que se le negó a su buena estrella⁴⁰⁹. El nombre de Lutacio Cátulo⁴¹⁰ permaneció entre las grandes obras de los Césares hasta Vitelio. Ese era el templo que entonces estaba siendo reducido a cenizas.

73. El incendio provocó, sin embargo, más pavor a los sitiados que a los sitiadores. En efecto, los soldados vitelianos no carecían ni de astucia ni de determinación ante el peligro, mientras que en el bando opuesto temblaban de miedo y su jefe, paralizado y como si estuviera hipnotizado, era incapaz de hablar o de oír, no seguía los planes de otros ni ponía en práctica los suyos, iba de aquí para allá ante el griterío de los enemigos, prohibiendo lo que había ordenado y ordenando lo que había prohibido⁴¹¹. Como sucede en las situaciones desesperadas, todos daban instrucciones y nadie las seguía. Al final, tiraron las armas y empezaron a buscar la huida y la manera de ocultarse [2] de sus enemigos. Irrumpieron los vitelianos, creando toda una gran confusión de sangre, hierro y llamas. Unos pocos soldados profesionales, entre los que destacaban especialmente Cornelio Marcial⁴¹², Emilio Pacense, Casperio Nigro y Didio Esceva, se atrevieron a luchar y fueron degollados. Rodean a Flavio Sabino, desarmado y sin siquiera atreverse a huir, y al cónsul Quincio Ático⁴¹³, que atrajo la atención por las pocas trazas de su cargo y por su propia vanidad, pues había publicado ante el pueblo unos edictos ensalzando a Vespasiano e insultando a Vitelio. Los demás se escabulleron por medio de las más variadas [3] peripecias: unos se vistieron como esclavos, a otros los protegió la lealtad de sus clientes y se ocultaron entre los bagajes. Hubo quienes se enteraron del santo y seña, con que vitelianos se reconocían entre ellos, y entonces solicitándolo o dándolo encontraron un refugio en su osadía.

74. Domiciano⁴¹⁴, que en el primer ataque se había ocultado en la casa del guardián del templo, gracias a la astucia de un liberto se mezcló con un grupo de devotos vestido con un atuendo de lino⁴¹⁵ y, sin ser reconocido, se ocultó en la casa de Cornelio Primo, un cliente de su padre, cerca del Velabro⁴¹⁶. Cuando Vespasiano llegó al poder, Domiciano derribó el cobertizo del guardián del templo y puso una pequeña capilla en honor de Júpiter Salvador con un altar

de mármol grabado con la representación de sus aventuras. Más tarde, cuando consiguió el poder imperial⁴¹⁷, consagró un enorme templo en honor de Júpiter [2] Custodio con una efigie suya en los brazos del dios. Sabino y Ático, cargados de cadenas, fueron llevados a presencia de Vitelio, quien los recibió con palabras y gestos en absoluto hostiles, mientras clamaban quienes exigían su ejecución y el pago por los servicios prestados. Tras originarse el griterío entre los más cercanos, la escoria de la plebe reclamaba la ejecución de Sabino mezclando las amenazas con la adulación. Vitelio, de pie ante las gradas de Palacio y predispuesto al perdón, fue obligado a desistir de sus propósitos. Entonces, apuñalaron, mutilaron y decapitaron el cuerpo de Sabino y lo arrastraron hasta las escaleras Gemonias⁴¹⁸.

75. Este fue el final de un hombre nada despreciable⁴¹⁹. Había prestado sus servicios al Estado durante treinta y cinco años, distinguiéndose tanto en la vida civil como en la militar. Su honradez y sentido de la justicia estaban fuera de toda duda. Hablaba demasiado: ese fue el único defecto que pudieron achacarle los murmuradores en los siete años de gobierno en Mesia⁴²⁰ y en los doce que fue prefecto de la ciudad⁴²¹. Al final de su vida, unos lo consideraron falto de energía, pero muchos moderado y preocupado por salvar la vida de los ciudadanos. Desde luego, todo el mundo sostenía que antes del principado de Vespasiano la reputación de la familia residía en Sabino. Sabemos [2] que Muciano se había alegrado de su muerte. La mayoría mantenía que también la paz salió beneficiada, pues se acabó la rivalidad entre dos hombres, uno de los cuales se tenía por hermano del emperador y el otro se creía colega del imperio. Con [3] todo, Vitelio resistió la presión del pueblo que reclamaba el castigo del cónsul. Se sentía aliviado y quería, por así decirlo, corresponderle, pues Ático se había declarado culpable cuando al pueblo se le preguntó quién había incendiado el Capitolio. Con su confesión, a menos que se tratara de una mentira

apropiada para la ocasión, había reconocido, al parecer, la odiosa acusación y exonerado al bando de Vitelio.

Conquista de Roma por los flavianos

76. Durante estos mismos días L. Vitelio acampó junto a Feronia⁴²² y amenazó con la destrucción de Tarracina, donde se habían encerrado los gladiadores y marineros que no se atrevían a salir de las murallas y exponerse en campo abierto. Como recordamos más arriba⁴²³, Juliano estaba al frente de los gladiadores y Apolinar de los marineros, pero por su lascivia e indolencia se parecían más a bandoleros que a oficiales. No hacían guardias, no reforzaban [2] las partes débiles de las murallas. Se mostraban relajados de día y de noche, llenaban con su jolgorio los lugares de diversión de la costa, los soldados estaban esparcidos al servicio de sus placeres, mientras de la guerra solamente hablaban en los banquetes. Unos pocos días antes se había marchado Apinio Tirón⁴²⁴, quien, al recaudar de mala manera por los municipios dinero y regalos, ganaba para la causa más odio que apoyo.

77. Entretanto, un esclavo de Vergilio Capitón⁴²⁵ se pasó a L. Vitelio y le prometió que, si pudiera disponer de una fuerza armada, conquistaría la ciudadela que estaba indefensa⁴²⁶. Entrada la noche, situó a unas cohortes ligeras en las cimas de las colinas sobre las cabezas de los enemigos. Desde tal posición los soldados se lanzaron a la carrera más para una masacre que para un combate. Abatieron a enemigos inermes o cogiendo las armas, y a algunos recién salidos del sueño, en una situación en la que se sentían aturdidos por la oscuridad, el pánico, el sonido [2] de las trompetas y el griterío del enemigo. Unos pocos gladiadores ofrecieron resistencia y cayeron no sin vender caras sus vidas. Los demás se lanzaron precipitadamente hacia las naves, donde todo estaba envuelto en la misma confusión, mezclándose con los hombres del pueblo, a los que los vitelianos degollaban sin hacer distingo alguno. Seis galeras consiguieron escapar en el primer

alboroto y a bordo iba el comandante de la flota Apolinar; las demás fueron apresadas en la orilla o el mar se las tragó hundidas por el peso excesivo de quienes precipitadamente [3] se embarcaron en ellas. Juliano fue conducido ante L. Vitelio y, tras ser azotado de manera infamante, fue degollado ante sus ojos. Hay quienes criticaron a Triaria⁴²⁷, esposa de L. Vitelio, por ceñirse la espada de los soldados y comportarse con soberbia y crueldad en la luctuosa masacre que siguió a la conquista de Tarracina⁴²⁸. Vitelio mismo envió a su hermano una carta laureada⁴²⁹ preguntándole si ordenaba que regresara de inmediato o que continuara hasta el sometimiento de Campania. Tal hecho resultó providencial no solo para el partido de [4] Vespasiano, sino para el Estado. En efecto, si aquellos soldados recién salidos de una victoria y, además de su natural tenacidad, crueles en el éxito se hubieran dirigido a Roma, se hubiera producido un enfrentamiento nada pequeño que hubiera supuesto la destrucción de la ciudad. Lo cierto era que L. Vitelio, aunque infame, tenía iniciativa y sacaba fuerzas no de las virtudes, como los buenos, sino de los defectos, como los peores.

78. Mientras estos acontecimientos sucedían en el bando de Vitelio⁴³⁰, el ejército de Vespasiano que había salido de Narnia⁴³¹ celebraba ocioso el festival de los Saturnales en Ocrículo⁴³². El motivo de tan dañina demora era que estaban esperando a Muciano. No faltaron quienes lanzaron sospechas contra Antonio, alegando que se retrasaba con un propósito engañoso después de recibir una carta secreta de Vitelio, en la que se le ofrecía como premio de su traición el consulado, el matrimonio [2] con su hija⁴³³ y una rica dote. Otros han mantenido que todo esto fue un invento para agradar a Muciano. Algunos pensaban que todos los generales tomaron la decisión de amenazar con la guerra antes que llevarla a Roma, dado que las cohortes más fuertes habían abandonado a Vitelio y parecía que, al verse privado de todas las defensas, su abdicación sería inminente. Pero todo se había estropeado,

decían, por las prisas y posterior cobardía de Sabino, quien, después de tomar temerariamente las armas, había sido incapaz de defender frente a tres cohortes la ciudadela del Capitolio, perfectamente defendida e inexpugnable [3] incluso para grandes ejércitos. No es fácil echar a uno solo la culpa que fue de todos. En efecto, Muciano retrasaba a los vencedores con sus cartas ambiguas, mientras Antonio, con su complacencia a destiempo, se ganaba la condena con el hecho mismo de dirigir las críticas hacia otro⁴³⁴; y los demás generales, al dar la guerra por terminada, hicieron que su final fuera sonado. Ni siquiera Petilio Cerial, enviado por delante con mil jinetes, con el objetivo de acortar camino por la comarca Sabina y entrar en Roma por la vía Salaria⁴³⁵, se había dado mucha prisa, hasta que la noticia del asedio del Capitolio los despertó a todos de golpe.

79. Antonio llegó por la vía Flaminia a Rocas Rojas⁴³⁶ ya muy avanzada la noche, pero la ayuda fue tardía. Allí se enteró de la muerte de Sabino, del incendio del Capitolio, del pánico en Roma y de que todo eran desgracias. Se le informó también de que la plebe y los esclavos estaban siendo armados para defender a Vitelio. Además, el enfrentamiento ecuestre fue adverso para Petilio Cerial, pues, al avanzar desprevenido y como si se lanzara contra enemigos vencidos, los vitelianos lo recibieron con fuerzas conjuntas de caballería e infantería. Se luchó no [2] lejos de Roma entre edificios, jardines y recovecos de los caminos⁴³⁷, los cuales, familiares a los vitelianos y extraños a sus enemigos, provocaron el miedo entre estos. Tampoco toda la caballería actuaba al unísono, pues se habían agregado algunos que se habían rendido hacía poco en Narnia y andaban especulando sobre las posibilidades de cada bando. Fue capturado el comandante del escuadrón Julio Flaviano, mientras que los demás se dispersaron en una vergonzosa huida, aunque los vencedores no les siguieron más allá de Fidenas⁴³⁸.

80. Aquel éxito redobló el entusiasmo del pueblo. La plebe de Roma tomó las armas. Unos pocos se hicieron con escudos, los más cogieron cualquier arma que podían encontrar y reclamaban la señal de ataque. Vitelio les dio las gracias y les ordenó que corrieran a defender Roma. Más tarde, se convocó al Senado⁴³⁹ y se eligió una delegación⁴⁴⁰ para verse con los ejércitos flavianos con la finalidad de proponerles la concordia y la paz en [2] interés del Estado. Diversa fue la suerte de los legados. Los que se acercaron a Petilio Cerial corrieron un peligro extremo, porque los soldados rechazaban las condiciones de paz. Hirieron al pretor Aruleno Rústico⁴⁴¹. Generó una mayor repulsa la propia dignidad de este hombre, más allá de que se hubiera violado su rango de embajador y pretor. Sus acompañantes fueron zarandeados, se mató al lictor que estaba más cerca por atreverse a apartar a la multitud y, si no hubiera sido porque Cerial les puso una escolta para defenderlos, la locura de la guerra civil hubiera llegado a mancillar hasta la muerte, ante las mismas murallas de la patria, el derecho de los embajadores, sagrado incluso entre los pueblos extranjeros. Con ánimos más tranquilos fueron recibidos los delegados que se presentaron ante Antonio⁴⁴², no porque los soldados fueran más disciplinados, sino porque el general tenía más autoridad.

81. Entre los delegados se encontraba Musonio Rufo⁴⁴³, de la clase ecuestre, hombre dedicado al estudio de la filosofía y de las doctrinas estoicas. Mezclado con la tropa intentaba aconsejar a hombres armados disertando sobre las bondades de la paz y los peligros de la guerra. Ello provocó la burla en muchos y el aburrimiento en los más. Y no faltaron quienes estaban dispuestos a empujarle y pisotearle, si no hubiera sido porque, a instancias de los más moderados y las amenazas del resto, dejó de lado su inoportuna sabiduría. También les salieron [2] al encuentro las vírgenes Vestales con una carta de Vitelio dirigida a Antonio. Solicitaba un día de tregua para la batalla final, pues, si aceptaban un retraso, todo se arreglaría

más fácilmente. Las vírgenes fueron despedidas con los honores debidos. Se respondió a Vitelio que con el asesinato de Sabino y el incendio del Capitolio se habían roto las negociaciones usuales en la guerra.

82. Con todo, Antonio intentó calmar a las legiones⁴⁴⁴, convocándolas a una asamblea para persuadirles de que acamparan junto al puente Mulvio⁴⁴⁵ para entrar al día siguiente en Roma. El motivo de la demora fue el miedo a que los soldados, enardecidos por la batalla, no tuvieran consideración ni con el pueblo ni con el Senado y ni siquiera con los templos y santuarios de los dioses. Pero los soldados desconfiaban de cualquier aplazamiento como contrario a la victoria. Además, los estandartes relucientes por las colinas⁴⁴⁶, aunque les siguieran civiles sin idea de la guerra, daban la impresión de un ejército enemigo. [2] Las fuerzas flavianas avanzaron en tres columnas. Una, según estaba, avanzó por la vía Flaminia, una segunda marchó a lo largo de la orilla del Tíber, mientras que la tercera se acercaba a la Puerta Colina por la vía Salaria⁴⁴⁷. La plebe fue puesta en fuga con una carga de la caballería. Los soldados vitelianos les salieron al encuentro, también ellos mismos en tres columnas. Los combates delante de la ciudad fueron muchos y de suerte varia, pero fueron las más de las veces favorables a los flavianos [3] superiores por la prudencia de sus jefes. Las únicas tropes que se vieron en apuros fueron las que se habían desviado hacia la parte izquierda de la ciudad junto a los Jardines de Salustio⁴⁴⁸ por calles estrechas y resbaladizas. Los vitelianos, encaramados a los muros de los jardines, bloquearon con piedras y lanzas la subida de los atacantes hasta entrada la tarde, cuando quedaron rodeados por la caballería que había irrumpido por la Puerta Colina⁴⁴⁹. Columnas enemigas se enfrentaron también en el Campo de Marte⁴⁵⁰. A favor de los flavianos jugaba la fortuna y la victoria tantas veces lograda, mientras que los vitelianos

lanzaban ataques solo por la desesperación y, aunque derrotados, volvían a formarse dentro de la ciudad.

83. El pueblo asistía a la lucha como si estuviera en los combates del circo, animando a unos y a otros en medio de gritos y aplausos. Cada vez que un bando cedía, a los que se escondían en las tiendas o se habían refugiado en alguna casa exigían que los sacaran a la calle y los degollaran, apoderándose de la mayor parte del botín, pues los soldados, absorbidos en la sangre [2] y las matanzas, cedían los despojos al vulgo. Toda la ciudad presentaba una cara cruel y desfigurada⁴⁵¹: en un sitio, combates y heridas; en otro, baños y tabernas; juntos sangre y pilas de cadáveres, al lado prostitutas y libertinos. Se ofrecían todas las pasiones de un ocio entregado a los vicios, todos los crímenes típicos de un saqueo sin piedad, hasta el punto de que se podría pensar que la misma ciudad se había sumido en la locura y la disipación. Es cierto que antes también se habían enfrentado en [3] Roma ejércitos armados, con la victoria de Lucio Sila en dos ocasiones y de Cinna en una⁴⁵², y con no menos crueldad. Pero ahora reinaba una despreocupación inhumana sin que las diversiones⁴⁵³ se interrumpiesen ni siquiera un instante. Y, como si esto no fuera más que un entretenimiento añadido a unos días de fiesta, la gente se regodeaba y disfrutaba sin preocuparse en absoluto por ninguno de los dos bandos y encantada con las desgracias del Estado.

Final de Vitelio

84. La mayor dificultad estuvo en el asalto del campamento pretoriano⁴⁵⁴, donde resistían los vitelianos más decididos como su última esperanza. Esto espoleó a los vencedores, poniendo un especial empeño las antiguas cohortes⁴⁵⁵. Emplearon al mismo tiempo toda la maquinaria que se había inventado para la destrucción de las ciudades más fuertes: tortugas, catapultas, terraplenes y teas ardiendo, e iban gritando que todo el sufrimiento y peligro que habían

soportado en tantas batallas lo [2] iban a coronar con esta operación. Roma, decían, había sido devuelta a Senado y al pueblo romano y los templos a los dioses. El honor del soldado estaba en su campamento: esa era su patria, ese su hogar. Si no lo recuperaban rápidamente, tendrían que pasar la noche en armas. Por su parte, los Vitelianos, aunque desiguales en número y suerte, dificultaban la victoria, retrasaban la paz, profanaban con sangre casas y altares, agarrándose al último consuelo que se deja a los vencidos. [3] Muchos, medio muertos, expiraron sobre las torres y baluartes de las murallas. Cuando las puertas se vinieron abajo, los supervivientes formaron un grupo compacto y cargaron contra los vencedores. Todos cayeron heridos de frente y vueltos hacia el enemigo⁴⁵⁶: tal fue la preocupación que tuvieron, incluso en el momento de la muerte, por un final glorioso. [4] Tras la captura de Roma, Vitelio fue trasladado en una litera a la casa de su esposa⁴⁵⁷ en el Aventino por la parte trasera del Palacio, con la idea de que, si lograba pasar el día escondido, pudiera huir a Tarracina junto a las cohortes y su hermano. Luego, debido a su carácter veleidoso y a que al que recela de todo le desagradan especialmente los sucesos del momento, como ocurre en las situaciones de pánico, regresó a Palacio, enorme y desierto, pues incluso se habían escabullido los esclavos más humildes o rehuían encontrarse con él. Le aterraban la soledad y el silencio del lugar⁴⁵⁸. Intentaba abrir puertas cerradas: el vacío le producía horror. Cansado de su triste vagar, se ocultó en un vergonzoso escondite⁴⁵⁹, del que le sacó a rastras el tribuno de la cohorte Julio Plácido. Le ataron las manos detrás de la espalda y lo condujeron [5] con la ropa desgarrada ofreciendo un espectáculo lamentable. Muchos lo increpaban y nadie lloraba por él. Su repugnante final había acabado con la compasión. Uno de sus soldados de Germania salió al paso de Vitelio asestándole un golpe lleno de ira, aunque no se está seguro si fue para librarle cuanto antes de las burlas⁴⁶⁰ o si su objetivo había sido el tribuno. De

todas formas, cortó una oreja al tribuno e inmediatamente cayó acribillado a puñaladas⁴⁶¹.

85. A punta de espada se obligó a Vitelio ya a levantar la cara y exponerla a las burlas, ya a contemplar el derribo de sus propias estatuas y, especialmente, los Rostros⁴⁶² y el lugar del asesinato de Galba⁴⁶³. Finalmente, lo empujaron hasta las escaleras Gemonias⁴⁶⁴, donde yacía el cuerpo de Flavio Sabino. Se le oyó una frase de un espíritu no innoble, cuando a un tribuno que lo insultaba, le respondió que pese a todo él había sido su emperador⁴⁶⁵. Entonces cayó bajo una lluvia de golpes⁴⁶⁶. Y el pueblo se ensañó con el muerto con la misma vileza con que lo había apoyado en vida⁴⁶⁷.

86. Vitelio era originario de Luceria⁴⁶⁸. Tenía 57 años de edad⁴⁶⁹. Había alcanzado el consulado, sacerdocios⁴⁷⁰, un nombre y una posición entre los mejores, pero todo lo había conseguido gracias al prestigio de su padre y sin el menor esfuerzo por su parte. Le entregaron el consulado quienes no lo conocían de verdad. Pocos lograron el favor del ejército con buenas acciones como él lo hizo a través de la cobardía. Sin embargo, tenía sencillez y generosidad, cualidades que pueden abocar a la destrucción, si no se practican con mesura. Y como pensaba que la amistad se asegura por el tamaño de los regalos y no por la firmeza del carácter, obtuvo en la vida más de lo que consiguió. No hay duda de que interesaba al Estado la derrota de Vitelio, pero no pueden hacer virtud de su traición quienes le entregaron a Vespasiano después de haber abandonado a Galba⁴⁷¹. El día se precipitaba a su ocaso⁴⁷² y, debido al pánico de [3] magistrados y senadores, quienes se habían escabullido de la ciudad o se estaban ocultando por las casas de sus clientes, fue imposible convocar al Senado. Domiciano, cuando nada había que temer del enemigo, se presentó ante los líderes flavianos y fue saludado con el título de César⁴⁷³. Tropas numerosas, tal como estaban en armas, lo escoltaron hasta el hogar de sus antepasados.

¹ Antonio Primo, Cornelio Fusco, Vedio Áquila, Tampio Flaviano y Arrio Varo.

² Cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 250.

³ Sería finales de agosto del año 69. Petovio era la actual Ptuj (en alemán Pettau), ciudad de Eslovenia. Estaba situada a medio camino entre Carnuntum y Burnum y entre Aquileya y Viminacium; cf. H. HEUBNER, *P. Cornelius Tacitus, Die Historien, Band III*, Heidelberg, 1972, págs. 9-13; K. WELLESLEY, *Cornelius Tacitus, The Histories, book III*, Sidney University Press, 1972, págs. 77 y 234-235.

⁴ La legión *XIII Gemina* al mando de Vedio Áquila; cf. II 86, 1.

⁵ Los Alpes Julios, cf. II 98, 2; III 8, 1; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 77.

⁶ Los destacamentos de Dalmacia y Mesia junto con las fuerzas de Muciano procedentes de Siria; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 216-217.

⁷ Se trataba de las legiones que, procedentes de Germania, ya se encontraban en Italia: *I Italica*, *V Alaudae*, *XXI Rapax* y *XXII Primigenia*.

⁸ Cf. II 57, 1; 100, 1; III 22, 2. Eran las legiones *II Augusta*, *IX Hispana* y *XX Valeria Victrix*; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 14.

⁹ En Bedriaco; cf. II 41-45.

¹⁰ Sobre G. Licinio Muciano, cf. I 10, 1; HEUBNER, *Historien III*, págs. 14-15.

¹¹ Las escuadras del Ponto, Siria y Egipto.

¹² Era comandante de la legión *VII Galbiana*; cf. II 86. Sobre Antonio Primo, léase M. TREU, «M. Antonius Primus in de taciteischen Darstellung», *Wü rz. Jahrb. Altertumswissenschaft* 3 (1948), 241-262; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 251-252.

¹³ Cf. II 93, 1.

¹⁴ Cf. H. HEUBNER, «Männer, Pferde, Waffen», *Gymnasium* 70 (1963), 226-230.

¹⁵ Sus bases se encontraban en Rávena y el cabo Miseno.

¹⁶ Tácito se refiere al mar Adriático; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 17.

¹⁷ Son preguntas retóricas; cf. LAUSBERG, *Elementos de retórica...*, págs. 222-223.

¹⁸ Las legiones de Panonia eran la *VII Galbiana* y la *XIII Gemina*; cf. II 42-44; BASSOLS, *Historias III*, págs. 4-5; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 79; ASH, *The Histories*, pág. 284.

¹⁹ Las legiones *III Gallica*, *VII Claudia* y *VIII Augusta*.

²⁰ Vitelio disponía teóricamente de más hombres (legiones *I Italica*, *V Alaudae*, *XXI Rapax*, *XXII Primigenia*, *I Germanica*, *IV Macedonica*, *XV Primigenia*, *XVI Italica*), pero sus legiones estaban diezmadas, mientras que las de Vespasiano estaban completas; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 253.

²¹ Cf. II 41 y II 70 para otra versión.

²² Se pasa bruscamente del estilo indirecto al directo, como señala BASSOLS, *Historias III*, pág. 5.

²³ Alusión velada a Tampio Flaviano, gobernador de Panonia; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 6; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 253-254.

²⁴ Sigo la lectura con una intencionada paronomasia, propuesta por Leopold (*auctor actorque*), a la vista de CICERÓN. *Sest.* 61 (*dux auctor actor rerum illarum fuit*); *Filípicas II* 26 (*etenim si auctoribus ad liberandam patriam desiderarenrur illis actoribus, Brutus ego impellerem*) y NEPOTE, *Ático III* 2 (*hunc enim in omni procuratione rei actorem auctoremque habebant*); cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 80. Otros leen *suasor actorque* de Jacob; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 19; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 254.

²⁵ Sobre el texto latino, cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 254.

²⁶ A los consejos de guerra asistían normalmente los comandantes, los legados de las legiones, los tribunos militares y los centuriones de mayor rango; cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias V* 30, 1; VI 7, 8. En situaciones especiales se admitían a centuriones de menor rango y a soldados, como en II 81, 3; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 80.

²⁷ Cf. II 82, 3; 98, 1.

²⁸ Sobre Cornelio Fusco, cf. II 86, 3. El término *procurator* se usa técnica y políticamente como: a) gobernador de un reino pequeño cliente de Roma o de una región incorporada al imperio como una provincia imperial (cf. I 11, 2); y b) oficial del tesoro imperial que se encarga de la administración de una provincia senatorial o de los impuestos de una provincia imperial. Estos procuradores o gobernadores pertenecían al orden ecuestre; cf. A. N. SHERWIN-WHITE, «Procurator Augusti», *Papers of the British School at Rome* 15 (1939), 11-26; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 81.

²⁹ Tampio Flaviano era gobernador de Panonia; cf. II 86, 3; BASSOLS, *Historias III*, págs. 8-9; HEUBNER, *Historien III*, págs. 20-21; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 255.

³⁰ A favor de Vitelio y en contra de Vespasiano.

³¹ Aponio Saturnino era gobernador (*legatus*) de Mesia; cf. I 79, 5; II 85, 2; 96, 1; III 11, 1; HEUBNER, *Historien III*, pág. 22. En Mesia estaban acantonadas las legiones *III Gallica*, *VII Claudia* y *VIII Augusta*.

³² La tribu estaba asentada en el bajo Danubio; cf. PLINIO, *Historia natural IV* 12; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 236.

³³ Cf. TÁCITO, *Germania* 38-40. Aquí se alude a los marcomanos y los quados; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 82-83; HEUBNER, *Historien III*, pág. 23; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 255-256; ASH, *The Histories*, págs. 284-285.

³⁴ Sobre el texto latino, léase a HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 256.

³⁵ Solo nombrado aquí. Fue gobernador de Recia; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 23.

³⁶ Sextilio Félix era gobernador (*procurator*) del Noricum; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 256.

³⁷ El *ala Auriana* tenía su base en Noricum; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 24; WELLESLEY, *Histories* III, pág. 225.

³⁸ Es el actual río Inn, que sirve en gran parte como frontera entre Recia y Nórico.

³⁹ En Cremona (conquistada por Antonio Primo), Narnia y Roma.

⁴⁰ Antonio Primo era comandante de la legión *VII Galbiana* en Panonia; cf. II 86, 1-2; *Anales* XIV 40, 2; Suetonio, *Vitelio* XVIII; HEUBNER, *Historien* III, págs. 24-28. La invasión de Italia se produciría sobre mediados de septiembre.

⁴¹ Cf. *Anales* XIII 9, 2. Arrio Varo era *primipilus* o centurión de mayor rango de la primera cohorte de la legión *III Gallica* y había servido en Armenia al mando de Corbulón; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 28; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 256-257.

⁴² Arrio Varro fue degradado por Muciano al puesto de *praefectus annonae*; cf. IV 68, 1-2; WELLESLEY, *Histories* III, pág. 83.

⁴³ Cf. 1146, 3; 85, 1; III 8, 2.

⁴⁴ Las ciudades actuales de Oderzo y Altino; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 257.

⁴⁵ Cf. III 12.

⁴⁶ Son Padua, situada entre Verona y Módena, y Este, localizada sobre la ruta que va de Aquileya a Módena.

⁴⁷ En Ateste.

⁴⁸ Era el *ala Gallorum Sebosiana* estacionada en Panonia; cf. E. BIRLEY, «*Alae named after their commanders*», *Ancient Society* 9 (1978), 269; WELLESLEY, *Histories* III, pág. 225.

⁴⁹ La actual Legnago (Forum Alieni); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 257-258. El puente fue levantado sobre el río Adige; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 29.

⁵⁰ Sobre el texto latino, léase la edición de WELLESLEY, pág. 193; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires* III, pág. 258.

⁵¹ Aparece aquí y en II 44, 1. Se llegó a Padua el 23 de septiembre.

⁵² El comandante de un campamento (*praefectus castrorum*) era un oficial con experiencia, que se encargaba del control de los edificios, de la disciplina, de los servicios médicos y del entrenamiento de los soldados; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 84.

⁵³ Es nombrado por PLINIO EL JOVEN, *Cartas* VII 11, 3-4; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 30; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 258.

⁵⁴ La metáfora está «inspirada en la acción de tirar de las riendas de los caballos», como apunta BASSOLS, *Historias* III, pág. 13.

⁵⁵ Cf. J. GAGÉ, «Vespasien et la mémoire de Galba», *Rev. Étud. Ancienn.* 54 (1952), 290-315.

⁵⁶ Cf. II 23; I. A. RICHMOND, W. G. HOLFORD, «Roman Verona», *Papers Brit. School Rome* 13 (1935), 290-315; F. SARTORI, «Colonia Augusta Verona Nova Gallienana», *Athenaeum* 42 (1964), 361-372.

⁵⁷ La actual Vicenza.

⁵⁸ Aulo Cécina Alieno había nacido en Vicetia; cf. I 52, 3; 53, 1; HEUBNER, *Historien* III, págs. 31-32.

⁵⁹ Se suponía que las fuerzas de Vitelio pasarían por el Gran San Bernardo y Brenero desde Retia a Italia; cf. BASSOLS, *Historias* III, pág. 15; WELLESLEY, *Histories* III, pág. 85.

⁶⁰ Era la primera ciudad de Italia, desde donde partía la vía Claudia; cf. WELLESLEY, *Histoires* III, págs. 85-86.

⁶¹ Egipto, Siria y Asia. En dichas provincias se encontraban ciudades ricas como Éfeso, Esmirna, Pérgamo y otras, que pagaban fuertes tributos a Roma; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 259.

⁶² El viaje desde Egipto hasta Roma podía durar desde 53 hasta 73 días; cf. L. CASSON, «Speed under Sail of Ancient Ships», *Trans. Amer. Proc. Assoc.* 82 (1951), 136-148.

⁶³ Hoy Ostiglia, situada al norte del río Po cerca de Verona; cf. II 100, 3.

⁶⁴ Son los Valli Grandi Veronesi, situados a lo largo del curso del río Tártaro, que corre al norte del río Po.

⁶⁵ El río Po; cf. K. WELLESLEY, «Three Historical Puzzles in *Histories* 3», *Class. Quarterly* 6 (1956), 207-209. Otros consideran que se trata del río Tartarus; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 260.

⁶⁶ Léase II 100, 1. Las dos legiones eran la *VII Galbiana* y la *XIII Gemina* (III 7, 1); cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 87.

⁶⁷ Se trataba de las legiones *VII Claudiana*, *III Gallica* y *VIII Augusta*.

⁶⁸ Cf. II 99, 2.

⁶⁹ Se llamaba *VII Claudia Pia Fidelis* y procedía de Mesia; cf. II 85, 1; III 5, 1.

⁷⁰ Vipstano Mesala estaba al mando de la legión, como tribuno, por la muerte del comandante Tetio Juliano; cf. II 85, 3; BASSOLS, *Historias* III, págs. 17-18. Vipstano Mesala escribió también una historia de esta guerra; cf. III 25, 2; 28, 1; IV 42, 1. Es uno de los personajes del *Diálogo de los oradores*. Cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 34; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 260.

⁷¹ Las legiones *VII Claudia*, *VII Galbiana* y *XIII Gemina*.

⁷² Alusión a las tropas de Otón, vencidas en la primera batalla de Bedriaco que formaban parte del ejército de Antonio Primo.

⁷³ Cf. III 2, 3-4.

⁷⁴ Sobre el texto latino, cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 261.

⁷⁵ DIÓN CASIO (LXV 10, 3) habla solo de una carta de Antonio Primo; cf. TREU, *Antonius Primus*, págs. 254-255.

⁷⁶ Las legiones *III Gallica*, estacionada en Gigen y de la que era comandante Dilio Aponiano (I 79, 5), y *VIII Augusta*, acantonada en Novae (Svištov), a la que mandaba Numisio Lupo como legado del emperador (I 79, 5), procedían del bajo Danubio; cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 35-36; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 261.

⁷⁷ Era la *VII Galbiana*, estacionada en Carnuntum (Panonia); cf. I 6, 2.

⁷⁸ Cf. II 86, 3; III 3, 4; 4, 1.

⁷⁹ Aponio Saturnino, gobernador de Mesia; cf. II 85, 2; III 5, 1.

⁸⁰ Recordaban los casos de Mario Celso, salvado por Otón (I 45, 2) y de Julio Burdón por Vitelio (I 58, 2).

⁸¹ El latín *signa et bellorum deos* se puede interpretar o como una variación de *signa et aquilas* (cf. III 21, 2; 31, 3; 50, 1; 52, 1; 60, 1) o como los estandartes que portaban medallones de Júpiter, Marte, Belona, Minerva o la diosa Victoria. Las águilas de las legiones simbolizaban la vida de las mismas legiones y se guardaban dentro del campamento en un templo (*aedes*); cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 38; WELLESLEY, *Histoires III*, pág. 90; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 262.

⁸² Cf. I 79, 5.

⁸³ Cf. II 96, 1 (defección de la legión *III Gallica*).

⁸⁴ Sobre Dilio Aponiano, cf. III 10, 1; de Vipstano Mesala, cf. III 9, 3.

⁸⁵ Cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 263.

⁸⁶ Padua.

⁸⁷ Los de Mesia y Panonia. Sus colegas (*legati legionum*) eran Dilio Aponiano (comandante de la legión *III Gallica*), Vipstano Mesala (al frente de la *VII Claudiana*), Numisio Lupo (mandaba la *VIII Augusta*) y Vedio Águila (al mando de la *XIII Gemina*); cf. WELLESLEY, *Histoires III*, pág. 92.

⁸⁸ Tácito continúa ahora con la narración que dejó al final del libro II; cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 40-43.

⁸⁹ Cf. II 100, 3; HEUBNER, *Historien III*, pág. 44.

⁹⁰ Cf. II 86, 3; III 4, 1.

⁹¹ Seguramente, para guardar las apariencias, como señala BASSOLS, *Historias III*, pág. 25.

⁹² La actual Atri. Las naves ligeras por antonomasia eran las *Liburnae* o *Liburnicae naves*, de dos hileras de remos. Su nombre lo tomaron de las naves piratas de Liburnia en Histria; Cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 94.

⁹³ Memmio Rufino, no Vibennio Rufino, era comandante de un regimiento de caballería (*praefectus alae*); cf. *PIR M* 342, 343, 344; K. WELLESLEY «The codex Agricola», *Class. Review* 19 (1969), 300; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 264-265.

⁹⁴ Sobre Hormo, liberto imperial, cf. III 28: IV 39, 1. Vespasiano ya había sido saludado como emperador el 1 de julio del año 69 en Alejandría con los título de César y Augusto: cf. II 80, 1.

⁹⁵ La narración de Tácito está ahora en el 18 de octubre del 69.

⁹⁶ Léase a JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 636-641; DIÓN CASIO, LXV 10, 3-4; 11, 1.

⁹⁷ Las legiones *I Adiutrix* y la *XIV Gemina*; cf. II 67-68.

⁹⁸ En las llanuras de Bedriaco.

⁹⁹ Cf. II 86, 1-2.

¹⁰⁰ Las siete legiones que procedían de Germania (*V Alaudae*, *XXI Rapax*, *XXII Primigenia*, *I Germanica*, *IV Macedonica*, *XV Primigenia*, *XVI Gallica*) y la *I Italica* que venía de Lugdunum.

¹⁰¹ Sobre el texto latino, cf. K. WELLESLEY, «In defence of the Leiden Tacitus», *Rhein. Museum* 110 (1967), 217-220; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 266-267.

¹⁰² La legión *V Alaudae*.

¹⁰³ Era el 18 de octubre el 69; cf. DIÓN CASIO, LXIV 11, 1; K. WELLESLEY, «Three Historical Puzzles in *Histories* 3», *Class. Quarterly* 6 (1956), 207-209; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 97.

¹⁰⁴ Había sido tribuno militar de la legión *XIII Gemina* y legado de la *III Augusta*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 267.

¹⁰⁵ Sería un puente sobre el río Po; cf. P. TOZZI, «Tacito e la geografia della valle del Po», *Athenaeum* 48 (1970), 126-128; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 267.

¹⁰⁶ Cf. II 100, 1.

¹⁰⁷ Sobre la primera batalla de Bedriaco, léase II 39-45. La segunda batalla y segunda derrota de los vitelianos en Bedriaco tuvo lugar seguramente el 24 o 25 de octubre del año 69; cf. K. WELLESLEY, «Moonshine in Tacitus», *Rhein. Museum* 100 (1957), 244-252; HEUBNER, *Historien III*, págs. 49-59.

¹⁰⁸ Los sucesos habían sido la revuelta, el arresto y la marcha de Cécina.

¹⁰⁹ Cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 98.

¹¹⁰ Cf. I 7, 1; HEUBNER, *Historien* III, pág. 59.

¹¹¹ Las rutas a través de Recia eran Aventicum-Gran San Bernardo hasta Mediolanum, Brigantium-Curia hasta Como, y Brigantium-Abudiacum hasta Verona; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 98.

¹¹² Unas 40 millas. El texto latino dice *secundis a Verona castris*, es decir, a dos campamentos de Verona, tomado metonímicamente por dos días de marcha, pues los campamentos se levantaban cada tarde después de la marcha diaria a través de la vía Postumia. Cf. BASSOLS, *Historias* III, pág. 30.

¹¹³ El 24 de octubre del 69.

¹¹⁴ Cf. J. MOLAGER, «Un procédé de style propre à Tacite», *Orpheus* 11 (1964), 25-32.

¹¹⁵ Sobre Bedriaco y el asedio a Cremona, léase el «Appendix II» en WELLESLEY, *Histories* III, págs. 198-204.

¹¹⁶ Cf. III 6, 1.

¹¹⁷ El escuadrón de caballería (*turma*) se componía de unos 40 hombres y el regimiento (*ala*) abarcaba 12 escuadrones o 480 hombres; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 100.

¹¹⁸ El comienzo del párrafo se inspira en SALUSTIO, *Catilina* LX 4; cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* V 33, 2; HEUBNER, *Historien* III, pág. 62; HELLEGOUARC'H, *Histoires* II-III, pág. 269.

¹¹⁹ La misión del abanderado (*vexillarius*) no era solo portar el estandarte (*vexillum*) del escuadrón, sino también fijar un punto de resistencia ante el enemigo, como hizo César en Dyrrachium (Durazzo); cf. CÉSAR, *Guerra civil* III 69, 4.

¹²⁰ El río Delmona.

¹²¹ Las legiones *XXI Rapax* y la *I Italica*.

¹²² Se calcula que habría unos 15 kilómetros entre Bedriaco y Cremona, según WELLESLEY, *Histories* III, pág. 102.

¹²³ Cf. III 9, 3. Vipstano Mesala estaba al mando de la legión *VII Claudiana*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires* II-III, pág. 270.

¹²⁴ Son los comandantes de las cohortes auxiliares (*preaefecti*) y de las legiones (*legati*).

¹²⁵ Los calones o «porteadores» eran esclavos que seguían a sus dueños en la guerra para prestarle asistencia; los *lixae* o «cantineros» eran hombres libres que seguían al ejército para vender víveres a los soldados; cf. II 87, 1; BASSOLS, *Historias* III, pág. 38.

¹²⁶ Cf. H. BARDON, «Tacite, *Hist.* 3.21-24 et Thucydide 7.43-44», *Hommages à M. Nidermann*, Bruselas, 1956, págs. 348-356.

¹²⁷ Según WELLESLEY (*Histories* III, pág. 104), se trataría de dos legiones completas (*V Alaudae* y *XXII Primigenia*) y varios destacamentos (*vaxilla*), lo que harían un total de unas cinco legiones; cf. II 100, 1 y III 22, 2. Según HEUBNER (*Historien* III, pág. 68), las seis legiones serían las siguientes: *I Germanica*, *IV Macedonica*, *V Alaudae*, *XV Primigenia*, *XVI Gallica* y *XXIII Primigenia*. El ejército completo estaría formado por las seis legiones citadas más destacamentos (*vexilla*) de las legiones *II Augusta*, *IX Hispana* y *XX Valeria*; cf. BASSOLS, *Historias* III, pág. 38; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 271.

¹²⁸ Unos 45 kilómetros.

¹²⁹ La legión *XIII Gemina*.

¹³⁰ Es la vía que va desde Génova hasta Aquileya: Genua-Dertona-Placencia-Cremona-Opitergio-Concordia; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 240.

¹³¹ Eran las legiones *VIII Augusta* y *III Gallica*.

¹³² Es decir, las cohortes pretorianas de Otón, licenciadas por Vitelio y restablecidas por Vespasiano; cf. II 67, 1.

¹³³ Cf. III 5, 1.

¹³⁴ Era el final del mes de octubre.

¹³⁵ Cécina estaba en prisión y Valente no había llegado aún.

¹³⁶ Las legiones citadas son: *IV Macedonica*, *V Alaudae*, *XV Primigenia*, *IX Hispana*, *II Augusta*, *XX Valeria Victrix*, *XVI Gallica*, *XXII Primigenia* y *I Germanica*.

¹³⁷ Las armas y uniformes ayudaban a distinguir a los dos bandos en una batalla excepto en una guerra civil; cf. VIRGILIO, *Geórgicas* I 489; LIVIO, VIII 6, 15; LUCANO, I 6-7; DIÓN CASIO, XLI 58; ASH, *The Histories*, pág. 286.

¹³⁸ La legión *VII Galbiana* fue reclutada por Galba en Hispania el 10 de junio del año 68; cf. SÜETONIO, *Galba* X 2.

¹³⁹ Solo es nombrado aquí; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 70.

¹⁴⁰ Sobre la artillería antigua, cf. VEGECIO, II 25; J. N. WHITEHORN, «The Catapult and the Ballista», *Greece and Rome*, 15 (1946), 49-60; E. W. MARSDEN, *Greek and Roman Artillery: Historical Development*, Oxford, 1969, págs. 174-206.

¹⁴¹ En realidad, en el código Mediceo se lee la legión XIV (*quartae decimae legionis ballista*), pero los editores prefieren leer o XV (Heubner) o XVI (Sörbom y Wellesley), lectura que he seguido; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 71; WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey...», pág. 1.670; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 273.

¹⁴² Cf. DIÓN CASIO, LXV 14, 2.

¹⁴³ Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey...», págs. 1.670-1.671; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 274.

¹⁴⁴ Cf. DIÓN CASIO, LXIV 13, 1; K. WELLESLEY, «Moonshine in Tacitus», *Rhein. Museum* 100 (1957), 244-252.

¹⁴⁵ Eran las legiones *VII Gemina* y *XIII Gemina*.

¹⁴⁶ Cf. II 44, 3; 66, 1; 86, 1. Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey...», págs. 1.671-1.672.

¹⁴⁷ Alusión a la derrota de Bedriaco.

¹⁴⁸ Eran las legiones *VII Claudia*, *III Gallica* y *VIII Augusta*. Estas tropas de Mesia fueron las primeras que se adhirieron a Vespasiano en el mes de julio del 69; cf. II 85, 1; P. FABIA, «L'adhésion de l'Illyricum à la cause flavienne», *Rev. Étud. Anciennes* 5 (1903), 329-382.

¹⁴⁹ La legión *III Gallica*.

¹⁵⁰ En el año 36 a. C.; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 73.

¹⁵¹ En el 63 d. C.; cf. *Anales*, XV 26, 1.

¹⁵² Cf. I 79.

¹⁵³ Tácito quiere decir que únicamente un nuevo emperador podía incorporarlos de nuevo a la guardia pretoriana y a su campamento en Roma, de donde fueron expulsados por Vitelio y convertidos en aldeanos. Sobre el significado de *paganus* «civil», cf. E. BICKEL, «Pagani», *Rhein. Museum* 96 (1954), 1-47; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 110.

¹⁵⁴ Habían traicionado a Galba en favor de Otón y habían sido derrotados por los vitelianos en la primera batalla de Cremona.

¹⁵⁵ Cf. CICERÓN, *La naturaleza de los dioses* I 79; HERODIANO, IV 15, 1; BASSOLS, *Historias III*, pág. 45.

¹⁵⁶ Así lo entiende WELLESLEY, *Histories III*, págs. 111-112.

¹⁵⁷ Hechos similares se encuentran como motivos expresivos en III 51; cf. [CÉSAR], *De bello Hispaniensi* XXVII 6; SILIO ITÁLICO, IX 66-177; ASH, *The Histories*, págs. 286-287.

¹⁵⁸ Era la legión *XXI Rapax*, con base en Vindonissa en la Germania Superior, pero formada por levas procedentes de Hispania; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 112.

¹⁵⁹ La legión *VII Gemina* o *Galbiana*.

¹⁶⁰ Sobre el texto latino, cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 276.

¹⁶¹ Cf. T. JOSEPH, «*AC rursus nova laborum facies*. Tacitus' Repetition of Virgil's Wars at *Histories* 3.26-34», en J. M. MILLER y A. J. WOODMAN, eds., *Latin Historiography and Poetry in Early Empire: Generic Interactions*, Leiden, 2010, págs. 155-169.

¹⁶² Tácito alude a la campaña entre Otón y los generales vitelianos Valente y Cécina en el mes de abril del 69 durante la primera batalla de Bedriaco; cf. II 22-23 y 30-45.

¹⁶³ Desde Bedriaco a Cremona había unas 22 millas o 35 kilómetros.

¹⁶⁴ En este párrafo se alude a las tres posibles formas de actuar el ejército: ataque, retirada o atrincheramiento; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 113.

¹⁶⁵ Es decir, el ataque, conforme a lo que se ha dicho al final del capítulo anterior.

¹⁶⁶ La vía Postumia, que recorre Génova, Piacenza, Verona y Aquileya.

¹⁶⁷ Es decir, la derecha del camino desde el punto de vista de las tropas flavianas; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 114.

¹⁶⁸ Las legiones mencionadas son la *III Gallica*, la *VII Galbiana*, la *VIII Augusta*, la *VII Claudiana* y la *XIII Gemina*.

¹⁶⁹ Es decir, la puerta por donde se iniciaba la carretera a Brixia (Brescia); cf. BASSOLS, *Historias* III, pág. 49.

¹⁷⁰ La tropa que se acercaba a las murallas levantaba sobre sus cabezas los escudos formando una pantalla de metal en forma de tortuga (*testudo*) contra los proyectiles les lanzaban desde las murallas; cf. LIVIO, XLIV 9, 6; relieves de la Columna de Marco Aurelio; VEGECIO, IV 14; BASSOLS, *Historias* III, pág. 49.

¹⁷¹ Es decir, la esperanza de saquearla y conseguir botín.

¹⁷² Cf. III 9, 3.

¹⁷³ Plinio el Viejo (23-79 d. C.) escribió una historia de su tiempo (*A fine Aufidii Bassi libri XXXI*) que incluía el reino de Nerón, en el año 69 y parte del imperio de Vespasiano; cf. *Anales* XIII 20, 2; XV 53, 3-4; PLINIO EL JOVEN, Cartas, III 5, 4; WELLESLEY, *Histories* III, págs. 7-8. Vipstano Mesala representa la fuente favorable hacia Antonio Primo, mientras que Plinio el Viejo muestra la versión desfavorable, que venía a coincidir con la oficial de los flavios; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 642; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 278.

¹⁷⁴ De Hormo no sabemos nada. El crimen es monstruoso, porque se ordenó el saqueo de Cremona, una ciudad romana y unos ciudadanos romanos.

¹⁷⁵ La imagen se remonta a TUCÍDIDES, III 81, 5 (*pása... idéa... thanátou*) y 98, 3; cf. VIRGILIO, *Eneida* II 369 (*plurima mortis imago*); OVIDIO, *Metamorfosis* X 726 (*repetitaeque mortis imago*); KUNTZ, *Die Sprache des Tacitus...*, págs. 79-80; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 278.

¹⁷⁶ Las legiones *III Gallica* y *VII Gemina*.

¹⁷⁷ Se podría entender o que maniobraban en un ataque combinado apoyándose unos a otros o que rivalizaban en valor; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 116.

¹⁷⁸ Cf. D. BAATZ, «Ein Katapult der Legio IV Macedonica aus Cremona», *Römische Mitteilungen* 87 (1980), 283-299: id., «Recent Finds of Ancient Artillery», *Britannia* 9 (1978), 1-17.

¹⁷⁹ Cf. VEGECIO, III 19, 5.

¹⁸⁰ Entre otros, Plinio el Viejo y Vipstano Mesala.

¹⁸¹ Cf. HEUBNER, *Historien* III, págs. 81-83.

¹⁸² Se deja muchas veces el término *Romani* para los habitantes de Roma y el de *Italici* para los habitantes de las colonias y municipios de la península Itálica, que eran ya ciudadanos romanos.

¹⁸³ Lo mismo habían hecho los espartanos cuando invadieron el Ática en la Guerra del Peloponeso; cf. TUCÍDIDES, II 65, 2; léase también *Historias* I 67, 2.

¹⁸⁴ Las tropas auxiliares.

¹⁸⁵ Eran símbolos de rendición; cf. I 66, 1; BASSOLS, *Historias III*, pág. 54; R. ASH, «Waving the White Flag: Surrender Scenes at Livy 9.5-6 and Tacitus *Histories* 3.31 and 4.62», *Greece and Rome* 45 (1998), 27-44.

¹⁸⁶ Era la señal de una rendición sin condiciones; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 279.

¹⁸⁷ La rendición debió de haber tenido lugar no más tarde el 31 de octubre del 69.

¹⁸⁸ Cécina había sido nombrado cónsul para los meses de septiembre y octubre del 69; cf. II 71, 6.

¹⁸⁹ JOSEFO (*La guerra de los judíos* IV 644) asegura que fue bien recibido por Vespasiano.

¹⁹⁰ La legión *XIII Gemina*.

¹⁹¹ Cf. II 67, 2; 70, 1.

¹⁹² Cf. DIÓN CASIO, LXIV 13, 3.

¹⁹³ Se tomó la frase del esclavo o del mismo Antonio Primo como presagio del incendio posterior de Cremona; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 56; HEUBNER, *Historien III*, págs. 87-88; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 122; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 280-281.

¹⁹⁴ Las fuerzas flavianas se componían de cinco legiones y los pretorianos (30.000 hombres) junto a las tropas auxiliares y extranjeras (15.000 hombres), a las que había que restar las bajas en la batalla (4.500); cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 123.

¹⁹⁵ Es un ejemplo de *commutatio* o *antimetabolé* («entrecruzamiento») del tipo «conviene comer para vivir, no vivir para comer»; cf. II 37, 2; H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, Madrid, 1967, III, págs. 219-221. Sobre la descripción del saqueo, léase a SALUSTIO, *Conjuración de Canilina*, LI 9-10; LIVIO, XXI 15. 1, XXIX 17, 15; cf. Introducción, págs. 22-23.

¹⁹⁶ Se trata de una divinidad itálica que producía la malaria y a la que se rendía culto en el valle del Po para aplacarla; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 90; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 233; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 281.

¹⁹⁷ Tiberio Sempronio Longo y Publio Cornelio Escipión fueron cónsules desde el 15 de marzo del año 218 hasta el 14 de marzo del año 217 a. C. Cremona fue fundada el 31 de mayo del citado año y fue destruida a finales de octubre del 69, es decir, a los 286 años y cinco meses de su fundación en un cómputo inclusivo;

cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 124; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 282.

¹⁹⁸ Sobre este pasaje, léase a WELLESLEY, *Histories* III, págs. 124-125.

¹⁹⁹ Los cartagineses y sus aliados atacaron infructuosamente Cremona en la Segunda Guerra Púnica (LIVIO, XXXI 10 y 21), pero durante el segundo triunvirato (40 a. C.) los veteranos ocuparon su territorio (VIRGILIO, *Bucólicas* I 70-72 y IX 28).

²⁰⁰ Se dirigieron a través de la vía Postumia hacia Verona, la base de los flavianos (III 50, 1); cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 126.

²⁰¹ Las legiones vitelianas *I Italica* y la *V Alaudae* y la flaviana *VII Claudia* fueron enviadas a Mesia. La legión *XXII Primigenia* reemplazó a la *VII Gemina* en el destacamento de *Carnuntum* (Petronell), mientras que la *XXI Rapax* regresó a sus cuarteles de *Vindonissa* (Windisch); cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 126.

²⁰² Léase III 44.

²⁰³ El mensaje llegaría al gobernador (sucesor de Junio Bleso, cf. cap. 38) con residencia en Lugdunum; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 283.

²⁰⁴ El mensaje habría llegado a Hordeonio Flaco, gobernador de Germania Superior e Inferior, cuando Vitelio marchó a Italia (II 57, 1). Sobre Alpinio Montano, cf. IV 31, 1; V 19, 3.

²⁰⁵ El trayecto pasaba por Aventicum, Octodurus, Augusta Praetoria o Gran San Bernardo, Curia, Lacus Larius, el valle de Atesis y Tridento hasta la vía Claudia Augusta; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 127.

²⁰⁶ Tácito continúa narrando los hechos que había dejado en II 101. Pasa (la conjunción *at* marca el cambio), por tanto, a ocuparse de los asuntos de Vitelio; cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 93-101. Cécina había salido de Roma sobre el 17 de septiembre del 69.

²⁰⁷ Estaba situado en las cercanías de Aricia (la actual Ariccia) en la vía Apia; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 284.

²⁰⁸ Sería sobre el 27 de octubre; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 128

²⁰⁹ Aparece aquí y en II 92, 1.

²¹⁰ Alfeno Varo había sido hasta ahora comandante del campamento viteliano; cf. II 29, 2. En la primera batalla de Bedriaco mandaba las fuerzas batavas; cf. II 43, 2; HEUBNER, *Historien III*, pág. 102; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 284.

²¹¹ El 30 de octubre.

²¹² Cf. I 88, 1; HEUBNER, *Historien III*, págs. 102-103.

²¹³ Cf. R. MAYER, «A Lost Allusion Recovered: Tacitus, *Histories* 3.37.1 and Homer, *Iliad* 19.301-2», *Class. Quarterly* 53 (2003), 313-315.

²¹⁴ Cécina había sido nombrado cónsul para los meses de septiembre y octubre. Si la noticia de su traición llegó el 29 o el 30, solo quedaba un día de consulado, el

31 de octubre; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 63.

²¹⁵ Se había, pues, cometido la ilegalidad de no haberse establecido la *abrogatio* o anulación de una magistratura; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 128-129.

²¹⁶ G. Caninio Rebilo fue nombrado cónsul el último día del año 45 a. C.; cf. CICERÓN, *Cartas a los familiares* VII 30, 1-2; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 94; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 129; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 285.

²¹⁷ Sobre Junio Bleso, cf. II 59, 2; N. P. MILLER y P. V. JONES, «Critical Appreciations III: Tacitus *Histories* 3.38-9», *Greece and Rome* 25 (1978), 70-80; E. KEITEL, «Feast Your Eyes on This: Vitellius as a Stock Tyrant (Tac. Hist. 3.36-39)», en J. MARINCOLA, *A Companion to Greek and Roman Historiography*, Malden, 2007, II, págs. 441-446.

²¹⁸ Allí había una mansión imperial al sudeste de Roma; cf. SUETONIO, *Nerón* XLVII 1; P. GRIMAL, *Les jardins romains*, París, 1943, págs. 157-159; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 129-130; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 286.

²¹⁹ De él dice SUETONIO (*Nerón* XXXV 5): «Desterró a Tusco, hijo de su nodriza, porque en su gobierno de Egipto se había bañado en los baños construidos con motivo de su visita»; cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 104-105; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 286.

²²⁰ Junio Bruto fue uno de los asesinos de Julio César en el año 44 a. C. Marco Antonio se enfrentó a Octavio y fue derrotado en Accio en el año 31 a. C.; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 130-131.

²²¹ Sobre la conducta sádica de Vitelio, cf. II 70, 4; SUETONIO, *Vitelio*, XIV 2; CICERÓN, *Contra Verres* II 5, 65; *Filípicas* XI 8; ASH. *The Histories*, pág. 288.

²²² Valente abandonó Roma sobre el 25 de septiembre y se enteró de la rebelión de la flota de Rávena sobre el 15 de octubre; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 132.

²²³ Las legiones *V Alaudae* y *XXII Primigenia*, a quienes mandaba indebidamente Cécina; cf. II 100, 1-2.

²²⁴ Serían tres cohortes urbanas con uno de los tres escuadrones de caballería que entraron en Roma con Vitelio (II 89, 1) y el *ala I Flavia Augusta Britannica*; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 109; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 133; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 288.

²²⁵ Cf. I 66, 3.

²²⁶ Cf. I 47, 1. La certeza de un próximo fin impulsa a los hombres a disfrutar de los placeres con mayor intensidad; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 68.

²²⁷ Rimini; cf. K. WELLESLEY, «Three Historical Puzzles in *Histories* 3», *Class. Quarterly* 6 (1956), 209-211; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 288-289.

²²⁸ Sería sobre el 27 o 28 de octubre del 69.

²²⁹ La ciudad costera de esta provincia era Antípolis, la actual Antibes.

²³⁰ Comandante por esa fecha de la flota de Rávena; cf. II 86, 3; III 12, 3.

²³¹ El Portus Herculis Monoeci es la actual Mónaco, situada a unos 22 kilómetros de Niza, la capital de los Alpes Marítimos, una provincia imperial; cf. ESTRABÓN, IV 6, 3; PLINIO, *Historia natural* III 47; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 235. Valente había partido desde la desembocadura del río Arno (*sinus Pisanus*), donde se encontraba la ciudad de Pisa.

²³² Parece que había una bahía, hoy desaparecida, con un puerto (*Portus Pisanus*), al sudoeste de la actual Pisa; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 234.

²³³ Cf. II 12, 3.

²³⁴ Los Alpes occidentales estaban divididos en tres zonas: Alpes Peninos, Alpes Cotios y Alpes Marítimos, administrados cada uno por un *procurator*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 289.

²³⁵ Valerio Paulino era agente imperial (*procurator*), no gobernador, de la Galia Narbonense; cf. R. SYME, «Some Friends of the Caesars», *Amer. Journ. Philology* 77 (1956), pág. 272; HEUBNER, *Historien III*, pág. 112.

²³⁶ Cf. II 67, 2.

²³⁷ Fréjus. Sobre el *Forum Iuli Octavianorum colonia* fue fundado por Julio César el año 55 a. C. Su puerto, mejorado por Augusto, era una de las tres bases de la flota romana junto con Miseno y Rávena; cf. MELA, II 77; PLINIO el VIEJO, *Historia natural* III 35; *Anales* IV 5, 1.

²³⁸ Las islas d'Hyères en las cercanías de Toulon, sudeste de Francia, forman un grupo de tres islas: Porquerolles, Port-Cros e isla de Levant; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 237; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 290.

²³⁹ Cf. I 6, 2; 31, 2-3; 36, 3; II 67, 2; 86, 4.

²⁴⁰ Las legiones de Hispania eran la *I Adiutrix* (II 67, 2), la *VI Victrix* y la *X Gemina* (II 58, 2); cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 137.

²⁴¹ Las provincias Lugdunensis, Belgica y Aquitania.

²⁴² En el año 42 Vespasiano estaba al mando de la legion *II Augusta* en Germania, pasando después a Britania; cf. SUETONIO, *Vespasiano* IV 1; HEUBNER, *Historien III*, pág. 113.

²⁴³ Las legiones *IX Hispana* y *XX Valeria Victrix*; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 137-138.

²⁴⁴ Cf. II 82, 3 (cartas enviadas por Vespasiano al ejército y sus jefes sobre su proclamación como emperador); III 35, 2 (cartas de Antonio Primo a los mismos sobre la victoria en Cremona).

²⁴⁵ En la expresión latina (*stimulis accendabatur*) se refleja una doble metáfora que ya aparece en LIVIO, XXI 44, 4 (*accendit praeterea et stimulat animos*); cf. G. B. A. FLETCHER, *Annotations on Tacitus*, Bruselas, 1964, pág. 79.

²⁴⁶ Sobre su historia, léase a I. A. RICHMOND, «Queen Cartimandua», *Journ. Rom. Stud.* 44 (1954), 43-52; D. BRAUND, «Observations on Cartimandua», *Britannia* 15 (1984), 1-6; S. MITCHELL; «Venutius and Cartimandua», *Liverp. Class. Monthly* 3 (1978), 215-219.

²⁴⁷ Carataco era rey de los silures, pueblo del sur de Britania; cf. *Agrícola* XI 2; *Anales* XII 33-38; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 292.

²⁴⁸ Sucedió en el año 51 a. C.; cf. *Anales* XII 33-37; SUETONIO, *Claudio* XVII 1-2; *CIL* VI 920; BASSOLS, *Historias III*, pág. 74; HEUBNER, *Historien III*, pág. 114; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 138-139.

²⁴⁹ Cf. *Anales* XII 40, 2-3.

²⁵⁰ Una «antítesis mordaz», como señala BASSOLS (*Historias III*, pág. 75), pues la guerra no terminó hasta el año 71.

²⁵¹ La revuelta del batavo Civil se estuvo gestando desde agosto a noviembre del 69; cf. IV 12-37, 54-79 y V 14-26; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 139-140.

²⁵² Especialmente, Hordeonio Flaco y Dilio Vócula; cf. IV 34, 5; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 292.

²⁵³ Las legiones vitelianas en Germania prefirieron desertar antes que apoyar a Vespasiano. Los aliados traidores fueron los batavos, los canninefates, los tréviros y otros pueblos galos; cf. IV 15-16.

²⁵⁴ Cf. IV 12-37; 54-79; V 14-26.

²⁵⁵ La actual Rumania. Los dacios se habían rebelado a principios de octubre del año 69 y no fueron vencidos por completo hasta las campañas de Trajano que culminaron en el año 105 d. C.; cf. ASH, *The Histories*, pág. 289.

²⁵⁶ Cf. I 10, 1.

²⁵⁷ La legión *VI Ferrata*; cf. II 83, 1.

²⁵⁸ Sobre el texto latino, cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 293.

²⁵⁹ En los años 68-69; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 116; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 293.

²⁶⁰ Probablemente las legiones *V Alaudae* y *I Italica* fueron enviadas a Mesia; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 141.

²⁶¹ Polemón II dejó al morir en el año 63 a. C. el reino del Ponto a los romanos; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 77.

²⁶² La actual Trabson o Trebisonda (Trapezunte) de Turquía, situada sobre el mar Negro.

²⁶³ Según JOSEFO (*La guerra de los judíos* II 367) la flota se componía de 40 barcos.

²⁶⁴ Cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 118; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 143.

²⁶⁵ Cf. ESTRABÓN, XI 2, 2; BASSOLS, *Historias III*, pág. 78. La digresión sobre la construcción de botes añade detalles etnográficos muy del gusto de la época; cf. ASH, *The Histories*, pág. 289.

²⁶⁶ Probablemente, eran fuerzas procedentes de las legiones *IV Scythica* y *XII Fulminata*; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 143.

²⁶⁷ Se trataría de un *primipilus* o centurión de mayor rango; cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 118-119.

²⁶⁸ Khopi, río del Cáucaso; cf. PLINIO, *Historia natural* VI 14; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 227.

²⁶⁹ Se trata de una tribu del Cáucaso en la costa este del Ponto Euxino; cf. MELA, I 19; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 237.

²⁷⁰ La noticia llegaría a Vespasiano a mediados de noviembre; cf. L. CASSON, «Speed under sail of ancients ships», *Trans. Amer. Philol. Assoc.* 82 (1951), 136-148. Vespasiano fue recibido cordialmente por el gobernador Tiberio Julio Clemente; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 144.

²⁷¹ Cf. A. HENRICHS, «Vespasian's Visit to Alexandria», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 3 (1968), 51-80; O. MONTEVERDI, «Vespasiano acclamato dagli Alessandrini», *Aegyptus* 61 (1981), 155-170.

²⁷² Italia y Roma dependían del trigo que llegaba de Egipto; cf. III 8, 2; *Anales*, II 59, 3.

²⁷³ Tácito vuelve a la narración que había dejado en III 35. La frase resume los acontecimientos narrados en los capítulos 36-48. Cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 120-124.

²⁷⁴ Era el mes de noviembre, el día 9, según WELLESLEY, *Histories III*, pág. 145.

²⁷⁵ Es decir, el grueso de las legiones, representadas metafóricamente por sus enseñas.

²⁷⁶ La legión *XI Claudia Pia Fidelis* tenía sus cuarteles permanentes en Burnum (Dalmacia); cf. II 67, 2.

²⁷⁷ Cf. II 86, 3; *Anales* XII 52; SYME, *Tacitus*, pág. 450, n. 2; W. ECK, «M. Pomponius Silvanus», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 9 (1972), 259-276; HEUBNER, *Historien III*, pág. 126-127.

²⁷⁸ L. Annio Baso fue probablemente gobernador de Damacia y cónsul en el 70; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 226; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 295.

²⁷⁹ «El Templo de la Fortuna» es la actual Fano, en la costa del mar Adriático en la vía Flaminia. Parece que Antonio Primo llegó a Fano sobre el 20 de noviembre.

²⁸⁰ Literalmente significa «dinero para tachuelas» o indemnización para comprar tachuelas para el calzado; Cf. SUETONIO, *Vespasiano* VIII 3; BASSOLS, *Historias III*, pág. 84; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 147.

²⁸¹ Serían Fabio Rústico, Plinio el Viejo (III 28, 1), Vipstano Mesala (III 25, 2; 28, 1) y Cluvio Rufo; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 147.

²⁸² Se refiere a la batalla de Cremona.

²⁸³ En el año 87 a. C.

²⁸⁴ Era Gneo Pompeyo Estrabón, padre de Pompeyo el Grande; cf. LIVIO, *Periochae* 79; VALERIO MÁXIMO, V 5, 4; HEUBNER, *Historien III*, pág. 128; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 296.

²⁸⁵ Cornelio Sisenna fue un historiador romano del siglo I a. C. (ca. 120-67 a. C.), del que han quedado solo unos fragmentos; cf. ASH, *The Histories*, pág. 290.

²⁸⁶ La exploración estaba justificada por los miedos expresados en III 50, 3. En realidad existían rutas disponibles por Ancona, Ásculo y la vía Salaria o por Ancona, Septémpea y la vía Flaminia; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 148-149.

²⁸⁷ Pompeyo Silvano (III 50, 2), Tampio Flaviano (III 10, 4) y Aponio Saturnino (III 11, 3).

²⁸⁸ Fue senador en el 69, pretor en el 70 y cónsul en el 88; cf. IV 39, 1; 40, 2; HEUBNER, *Historien III*, pág. 129; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 234; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 297.

²⁸⁹ La legión *VII Claudiana Pia Fidelis*.

²⁹⁰ Las legiones *XIII Gemina* y *VII Galbiana*; cf. II 86, 1.

²⁹¹ Eran Aponio Saturnino (II 85, 2), Vipstano Mesala (III 9, 3), Dilio Aponiano y Numisio Lupo (III 10, 1); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 297.

²⁹² Sobre el texto latino (*alia*, *Asiam* o *Moesiam*), cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 297-298.

²⁹³ Estamos a comienzos de noviembre del año 69.

²⁹⁴ Continúa la metáfora médica (situación política = enfermedad); cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 89.

²⁹⁵ Una anécdota similar se cuenta de Otón; cf. SUETONIO, *Otón* X 1; PLUTARCO, *Otón* XV 3; DIÓN CASIO, LXIV 11.

²⁹⁶ La fecha era sobre el 14 de noviembre.

²⁹⁷ Eran comandantes de la guardia pretoriana; cf. II 92, 1; III 36, 2; 61, 3.

²⁹⁸ Cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 220.

²⁹⁹ Es decir, una legión reclutada entre la infantería de marina de la flota de Miseno; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 91; HEUBNER, *Historien III*, pág. 133; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 299.

³⁰⁰ De 15.000 a 20.000 hombres; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 152.

³⁰¹ Las cohortes de Roma estaban compuestas de dos cohortes pretorianas, cuatro urbanas y siete de vigilancia (*vigiles*); cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 91; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 220.

³⁰² La actual Bevagna, ciudad de Umbría; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 233.

³⁰³ Cf. DIÓN CASIO, LXV 16, 1.

³⁰⁴ Cf. III 57, 1.

³⁰⁵ Los que formaban el *consilium principis*; cf. *Anales* III 1, 2; VI 21, 3; SUETONIO, *Nerón* XXI 1.

³⁰⁶ Sobre el 28 de noviembre.

³⁰⁷ Se relaciona con T. Claudio Faventino, mencionado en una inscripción (CIL 31098); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 300-301. Un soldado podía ser licenciado con honores (*missio honesta*), con ignominia (*missio ignominiosa*) o por baja médica (*missio causaria*); cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 154.

³⁰⁸ El sucesor de L. Baso; cf. II 100, 3. Una inscripción de Miseno (CIL X, 3564) menciona a un M. Claudio Apolinar de Alejandría; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 301.

³⁰⁹ Un desconocido, nombrado otra vez en III 76, 2.

³¹⁰ Estaba situada en la frontera del Lacio con Campania, entre Miseno y Terracina.

³¹¹ La actual Pozzuoli, situada en la bahía de Nápoles. Sobre otras rivalidades entre ciudades, cf. I 65 (Lugduno y Vienna), II 21 (Plasencia y alrededores), Lepcis y Ea (IV 50); ASH, *The Histories*, pág. 290.

³¹² Cf. III 76, 1; PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXVII 45.

³¹³ Es la actual Terracina, ciudad costera al sur del Lacio sobre la vía Apia; fue ocupada a principios de diciembre; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 155 y 238.

³¹⁴ Es decir, la ocupación de Terracina.

³¹⁵ La actual Narni, ciudad de Umbría, a orillas del río Nar; cf. MARCIAL, VII 93; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 233.

³¹⁶ La legión *II Adiutrix*, parte de la caballería y ocho cohortes; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 96. Los prefectos o comandantes de la guardia pretoriana eran Julio Prisco y Alfeno Varo.

³¹⁷ Lucio Vitelio partió de Roma el 10 de diciembre del 69.

³¹⁸ Sobre el vulgo, cf. Z. YAVETZ, «*Plebs sordida*», *Athenaeum* 43 (1965), 295-311.

³¹⁹ Serían los *Comitia tributa* o asamblea de ciudadanos romanos reunidos por tribus; cf. *Anales* III 4, 1; XIV 13, 2; F. GÓMEZ ESPELOSÍN, *Diccionario de términos del mundo antiguo*, Madrid, 2005, pág. 62.

³²⁰ La leva de esclavos se consideraba una medida peligrosa, pues podían levantarse contra sus señores; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 302.

³²¹ Cf. I 62, 2; II 62, 2.

³²² Es decir, «el cupo de esclavos y una cantidad de dinero», como se ha dicho más arriba.

³²³ Cf. III 55, 3.

³²⁴ Cf. III 56, 2.

³²⁵ Recojo la bella traducción de J. L. CONDE, *Tácito, Historias*, Madrid, 2006, pág. 212.

³²⁶ Cf. II 76, 1; cf. G. B. TOWNEND, «Some Flavian Connections», *Journ. Rom. Studies* 51 (1961), 54-61.

³²⁷ Petilio Cerial pariente de Vespasiano. Fue comandante de la legión *IX Hispana* en Britania (*Anales* XIV 32-3), cónsul en el 70 y 74 y legado en Britania en los años 71-74; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 139; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 157 y 234. Aparece también en los libros IV y V durante las campañas de Germania. Tácito no pinta muy bien a este personaje, fuera porque era un perdedor (cf. *Anales* XIV 32, 3) o bien porque se hubiera dejado influir por su suegro Agrícola que había servido a las órdenes de Cerial en Britania (*Agrícola* VIII 2-3); cf. A. R. Birley, «Petilius Cerialis and the conquest of Britannia», *Britannia* 4 (1973) 179-190; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 302-303; id., *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 165.

³²⁸ Era hermano de Vespasiano y prefecto de la ciudad en aquel tiempo. Hubo sospechas de que Antonio Primo había dejado a su suerte tanto a Flavio Sabino como a Domiciano.

³²⁹ La actual Casigliano, pequeña ciudad de Umbría; cf. ESTRABÓN, V 2, 10 (227 C).

³³⁰ Las legiones venían de Verona; cf. III 52, 1.

³³¹ Como Tuder, Mevania, Perugia, Urvinum Hortense, Spoletium, Forum Flaminii; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 158.

³³² En Narnia (Narni).

³³³ Allí se encontraban las ciudades de Miseno, Puteoli y Terracina; cf. III 57.

³³⁴ Sobre el 13 de diciembre.

³³⁵ Tribunos, centuriones y decuriones.

³³⁶ La ciudad de Interamna o ciudad entre dos ríos era la actual Terni, ciudad de Umbría en el centro de Italia; estaba situada en las cercanías de Nera, Carsulae y Narnia; cf. *Anales* I 79, 2.

³³⁷ Sobre Arrio Varo, cf. III 16, 1-2; 52, 2-3.

³³⁸ En Narnia.

³³⁹ Julio Prisco era un centurión que fue nombrado prefecto del pretorio por Vitelio. Alfeno Varo ocupó también el mismo cargo; cf. III 36, 2.

³⁴⁰ Sería sobre el 10 de diciembre, antes de la rendición de los vitelianos en Narnia.

³⁴¹ Debe tratarse de Urvinum Hortense, la actual Collemancio, a 14 kilómetros de Mevania; cf. III 43, 2 y 44, 1; PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* III 114; HEUBNER, *Historien III*, pág. 143; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 158-159 y 238; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 304.

³⁴² Los ejércitos viejos eran los que habían permanecido en Germania tras la partida de Cécina, Valente y Vitelio

³⁴³ La actual Anagni, ciudad del sur del Lacio.

³⁴⁴ Se trata de un festival organizado por Nerón en el año 59 d. C.; léase *Anales* XIV 15, 1; XV 33, 1; XVI 21, 1; SUETONIO, *Nerón* XI 1; PLINIO, *Historia natural* XXXVII 2; DIÓN CASIO, LXII 19; BASSOLS, *Historias III*, pág. 105.

³⁴⁵ Valente intentó promover a Verginio, gobernador de Germania Superior, a emperador después de la batalla de Vesontio en mayo del año 68; cf. I 7, 1; 8. 2; HEUBNER, *Historien III*, pág. 144; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 159.

³⁴⁶ Fonteyo Capitón, legado de Germania Inferior en el año 68 d. C., fue asesinado por sus oficiales, Fabio Valente y Cornelio Aquino; cf. I 7, 1-2; HEUBNER, *Historien III*, págs. 144-145.

³⁴⁷ Esto sucedió, cuando saludó a Vitelio como emperador en la Colonia Agrippinensis (Colonia) el 2 de enero del 69.

³⁴⁸ Especialmente, Cécina (III 13, 1) y Lucilio Baso (III 12, 2).

³⁴⁹ La rendición se produjo el 15 de diciembre del año 69.

³⁵⁰ La vía Flaminia; cf. T. ASHBY y A. R. L. FELL, «The via Flaminia», *Journ. Rom. Stud.* 11 (1921), 125-190.

³⁵¹ Narni y Terni respectivamente; cf. SILIO, VIII 457-458; MARCIAL, VII 93, 1-2.

³⁵² Los días 13 a 18 de diciembre.

³⁵³ Vitelio tenía un hijo de seis años y una hija joven; cf. III 78, 1; SUETONIO, *Vitelio* VI.

³⁵⁴ Cf. I 62, 2. El mismo estado de ánimo de Vitelio es descrito por DIÓN CASIO, LXIV 16.

³⁵⁵ Cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 146-155.

³⁵⁶ Son nombrados en III 72, 2.

³⁵⁷ En Roma había siete *cohortes vigilum* al mando de un *praefectus vigilum* del orden ecuestre; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 161.

³⁵⁸ Tácito alude a las tres cohortes pretorianas que permanecían en Roma; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 220-221.

- ³⁵⁹ Cf. III 59, 3. Flavio Sabino tenía 61 años, pues había nacido el año 8 d. C.
- ³⁶⁰ La base fundamental del poder en Roma; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 306.
- ³⁶¹ Sobre el texto latino, léase a HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 306.
- ³⁶² Se trataría de resentimientos secretos por la elevación de Vespasiano al imperio; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 162.
- ³⁶³ SUETONIO, *Vitelio* XV, 2: «Y derrotado o traicionado en todas partes pactó con Flavio Sabino, hermano de Vespasiano, su rendición a cambio de su vida y cien millones de sesteracios».
- ³⁶⁴ El templo de Apolo había sido construido por Augusto en el Palatino; cf. J. H. BISHOP, «Palatine Apollo», *Class. Quarterly* 49 (1956), 187-192; NASH, *Pictorial Dictionary...*, I, págs. 31-32.
- ³⁶⁵ Cluvio Rufo había sido gobernador de Hispania; cf. I 8, 1; II 58, 2; 65, 1. Silio Itálico (25/26-101 d. C.) fue cónsul en el año 68 y el autor del poema épico *Punica* sobre la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.); cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 158; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 307.
- ³⁶⁶ Cf. III 56, 3: WELLESLEY (*Histories III*, pág. 206) cita a L. Vitelio, hermano del emperador. A. Cécina, F. Valente. P. Sabino, Alfeno Varo y Julio Prisco.
- ³⁶⁷ Cf. I 62, 2; II 59, 3; III 67, 2.
- ³⁶⁸ Sigo la lectura *casibus dubiis*, defendida por HEUBNER (*Historien III*, págs. 160-161), en lugar de *paucis diebus*, mantenida por K. WELLESLEY, «In defence of the Leiden Tacitus», *Rh. Museum* 110 (1967), 220-223; id., «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey...», págs. 1.673-1.674; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 307-308.
- ³⁶⁹ Hasta el punto de que no tuvieron más remedio que ejecutarlo; cf. 62.1.
- ³⁷⁰ Cornelio Fusco; cf. II 86, 3.
- ³⁷¹ La realidad fue que Pompeyo fue asesinado por los egipcios y que Marco Antonio acabó suicidándose.
- ³⁷² L. Vitelio, el padre del emperador, fue cónsul en los años 34, 43 y 47 a. C.; cf. I 52, 4; SUETONIO, *Vitelio* II 4; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 308.
- ³⁷³ Durante los años 47-51 d. C.
- ³⁷⁴ Sobre el término *audacia*, léase a CH. WIRSZUBSKI, «*Audaces*, a study in political terminology», *Journ. Rom. Stud.* 51 (1961), 12-22.
- ³⁷⁵ Se llamaba Galeria Fundana; cf. II 60, 2; 64, 2; cf. ASH, *The Histories*, pág. 291.
- ³⁷⁶ Su nombre era Sextilia Augusta; cf. I 75, 2; II 64, 2; 89, 2; SUETONIO, *Vitelio* III 1; cf. H. HEUBNER, «Fessa aetate», *Rhein. Museum* 110 (1967), 225-

229; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 237. Sobre la muerte de Sextilia, léase la versión de SUETONIO, *Vitelio XIV* 5.

³⁷⁷ Sobre el texto latino, cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 309.

³⁷⁸ Sin embargo, Augusto había abdicado ante el Senado el 13 de enero del año 27 a. C. y Otón se había suicidado para acabar con la guerra civil (II 46-49); cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 165.

³⁷⁹ El asesinato de Julio César tuvo lugar el 15 de marzo del año 44 a. C. Casio Quérea y Gayo Sabino mataron a Calígula el 24 de enero del año 41 d. C. Nerón se suicidó el 9 de junio del año 68 d. C. Galba y su heredero Pisón fueron asesinados en el Foro el 15 de enero del 69 d. C.

³⁸⁰ Sobre la abdicación de Vitelio, cf. SUETONIO, *Vitelio XV*; COURBAUD, *Le procédés d'art de Tacite...*, págs. 137-140; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 310.

³⁸¹ Cf. II 60, 2. G. Quintio Ático y Gneo Cecilio Símplice fueron cónsules durante los meses de noviembre y diciembre del 69 d. C.

³⁸² El templo de la Concordia fue levantado por el general Camilo en el año 367 a. C. Estaba situado en el noroeste del Foro romano y servía de sede al Senado; cf. NASH, *Pictorial Dictionary of Ancient Rome*, I, págs. 292-294.

³⁸³ Era la calle principal de Roma que conducía desde la cima del Capitolio hasta el Coliseo.

³⁸⁴ El 17 de diciembre; cf. III 65, 2; 67, 2.

³⁸⁵ Cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 166-167.

³⁸⁶ Se trataría de las tres cohortes pretorianas que estaban en Roma, formadas con efectivos procedentes de Germania; cf. I 94, 1; BASSOLS, *Historias III*, pág. 116.

³⁸⁷ En el Quirinal; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 167; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 310-311.

³⁸⁸ Probablemente era esposa de Junio Rústico Aruleno (III 80, 2) e hija de Lucio Verulano Severo; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 166; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 311; ASH, *The Histories*, págs. 291-292.

³⁸⁹ T. Flavio Sabino, T. Flavio Clemente y, probablemente, Flavia Sabina.

³⁹⁰ Era el 19 de diciembre del 69.

³⁹¹ Cf. III 71, 1; 73, 2; *Anales XV* 71, 2 (tribuno en época de Nerón); cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 167.

³⁹² Domiciano, nacido el 24 de octubre del año 51, tenía entonces 18 años.

³⁹³ Sobre el texto latino, cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 312.

³⁹⁴ Cf. I 2, 2.

³⁹⁵ Cf. I 46, 1; K. G. WALLACE, «The Flavii Sabini in Tacitus», *Historia* 36 (1987), 343-358.

³⁹⁶ Actualmente está la piazza del Campidoglio, donde se creía que Rómulo había levantado un refugio. El primer ataque de los vitelianos se produjo a unos 50 metros de la roca Tarpeya al sudeste del Capitolio. Fracasado este, intentaron otros dos, uno, por el norte, a través del bosque del Asilo y el otro, al sur, por la escalera de acceso a la roca Tarpeya. Léase a BASSOLS, *Historias III*, págs. 121-122.

³⁹⁷ En el sudoeste de la colina del Capitolio; cf. NASH, *Pictorial Dictionary...*, II, pág. 409.

³⁹⁸ La versión de Tácito culpa a los flavianos del incendio del Capitolio, mientras que la propaganda oficial hace responsable a Vitelio, como nos transmiten PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXIV 38; SUETONIO, *Vitelio* XV 3; JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 649; DIÓN CASIO, LXV 17, 3; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 313.

³⁹⁹ Es decir, soportes de madera en forma de águilas; cf. VITRUVIO, IV 7, 5; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 171; HEUBNER, *Historien III*, pág. 170.

⁴⁰⁰ Tácito redacta una especie de necrológica al monumento; cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 148-153.

⁴⁰¹ En el año 507 a. C.; cf. PLINIO, *Historia natural* XXXIV 139.

⁴⁰² El año 387 o 390 a. C.

⁴⁰³ Sucedió en la guerra civil entre Mario y Sila el 6 de julio del año 83 a. C.; cf. PLUTARCO, *Sila* XXVII.

⁴⁰⁴ Tarquinio Prisco (616-579 a. C.) fue el quinto rey de Roma, Servio Tulio (578-535 a. C.) el sexto y Tarquinio el Soberbio (534-510 a. C.) el séptimo y último. Suessa Pometia era la capital de los volscos en el Lacio; cf. LIVIO, I 53. 2-3; 55, 1.

⁴⁰⁵ Fue cónsul con P. Valerio Públicola en el año 507 a. C.; cf. POLIBIO, III 22, 1; LIVIO, II 8, 4; 21, 4; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 314.

⁴⁰⁶ Sobre el Capitolio, léase a LIVIO, I 38, 53 y 55; NASH, *Pictorial Dictionary...*, II, pág. 409.

⁴⁰⁷ En realidad son 425 años, desde el 507 al 83 con resta inclusiva.

⁴⁰⁸ Sucedió después de la batalla de la Puerta Colina el 1 de noviembre del año 82; cf. PLINIO, *Historia natural* XXXVI 61.

⁴⁰⁹ Cf. PLINIO, *Historia natural* VII 138.

⁴¹⁰ El nuevo templo, ahora destruido, fue inaugurado el año 69 a. C. por Q. Lutacio Cátulo; cf. CICERÓN, *Contra Verres* II 4, 69; HEUBNER, *Historien III*, pág. 172.

⁴¹¹ Es un ejemplo de la figura literaria *conmutatio* o *antimetabolé*; cf. QUINTILIANO, *Instituciones oratorias* IX 3, 85; LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, II, págs. 219-221.

⁴¹² Sobre Cornelio Marcial, cf. LXX 1. De Emilio Pacense, cf. I 20, 3; 87, 2: II 12, 1. Sobre Casperio Nigro, cf. *Anales* XII 45, 2; XV 5, 2. Didio Seva solo es

nombrado aquí.

⁴¹³ Fue cónsul *suffectus* o sustituto con Cecilio Símplice (III 68, 2) durante los meses de noviembre y diciembre del 69.

⁴¹⁴ Tácito se muestra más objetivo que los aduladores literarios de Domiciano, cuya escapada no fue nada heroica; cf. ESTACIO, *Tebaida* I 21.22; SILIO, III 609-610; MARCIAL, IX 101-114; JOSEFO, *La guerra de los judíos*, IV 649; SUETONIO, *Domiciano* I 1-2; K. WELLESLEY, «Three Historical Puzzles in Histories 3», *Class. Quarterly* 6 (1956), 211-214; ASH, *The Histories*, pág. 293.

⁴¹⁵ Así vestían los devotos de la diosa egipcia Isis, que tenía una capilla en el Capitolio; cf. HERÓDOTO, II 37, 2-3; TIBULO, I 3, 30; OVIDIO, *Amores* II 13, 18 y A. RAMÍREZ DE VERGER, «The Text of Ovid, *Am.* 2.13.17-18», *Amer. Journ. of Philology* 109 (1988), 86-91; *Ovidius, Carmina amatoria*, 2ª ed., Múnich-Leipzig, 2006, pág. 76; *Fastos* V 619; *Metamorfosis* I 747; PLINIO, *Historia natural* XIX 14; JUVENAL, VI 533. Domiciano estuvo oculto los días 20 y 21 de diciembre; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 175-176.

⁴¹⁶ Barrio de Roma, situado entre el Capitolio, el Foro y el Palatino; cf. HELLEGOUARC'H, *Histories II-III*, págs. 315-316.

⁴¹⁷ Domiciano reinó desde el 13 de septiembre del año 81 d. C. hasta el 18 de septiembre del 96. Cf. J. C. ANDERSON, «Domitian's Building Activity», *Historia* 32 (1982), 93-105.

⁴¹⁸ O «Escaleras de las lamentaciones o de los suspiros», donde los cuerpos de los criminales eran expuestos antes de arrojarlos al Tíber; cf. III 85; PLINIO, *Historia natural* VIII 15; SUETONIO, *Vitelio* XVII 2; BASSOLS, *Historias III*, pág. 129.

⁴¹⁹ Sobre los Obituarios en Tácito, cf. I 48, 1.

⁴²⁰ Fue *legatus Augusti pro praetore* durante los años 48-54 d. C.; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 176; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 230.

⁴²¹ Probablemente, los años 56-60, 62-69 d. C.

⁴²² Tácito está narrando los sucesos de los días 16-19 de diciembre. Con Feronia se alude a un templo de la diosa Feronia (asociada a la fertilidad y a la abundancia), situado a tres millas de Tarracina; cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 177-178.

⁴²³ Cf. III 57.

⁴²⁴ Participó en la rebelión de la flota de Miseno; cf. III 57, 1.

⁴²⁵ El noble Vergilio Capitón fue gobernador de Egipto en los años 47-52 d. C. El esclavo citado por Tácito fue ejecutado más tarde por su traición; cf. IV 3, 2; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 178 y 239; HEUBNER, *Historien III*, pág. 179; HELLEGOUARC'H, *Histories II-III*, pág. 317.

⁴²⁶ Alusión al actual monte Sant'Angelo.

⁴²⁷ Cf. II 63, 2.

⁴²⁸ La conquista de Tarracina tuvo lugar no más tarde de la noche del 17 al 18 de diciembre; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 179.

⁴²⁹ Las cartas de generales, en las se comunicaba una victoria, iban envueltas en ramos de laurel; cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XV 133; BASSOLS, *Historias III*, pág. 133.

⁴³⁰ Tácito continúa la narración dejada en III 63; cf. HEUBNER, *Historien II*, págs. 181-186.

⁴³¹ El 16 de diciembre, fecha de la rendición de las fuerzas vitelianas; cf. III 63, 1.

⁴³² La fiesta de los *Saturnalia* se celebraba entre el 17 y el 24 de diciembre. Otriculum es la actual Otricoli, ciudad de Umbría en la vía Flaminia; cf. ASH, *The Histories*, págs. 293-294.

⁴³³ La segunda hija de Vitelio y Galeria Fundana; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 186.

⁴³⁴ Es decir, «al procurar hacer recaer sobre otro (sobre Muciano) la indignación (causada por el incendio del Capitolio)», como explica BASSOLS, *Historias III*, pág. 136.

⁴³⁵ Esto sucedía no antes del mediodía del 18 de diciembre; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 181. La vía Salaria era una calzada que comunicaba Roma con Ascoli en el mar Adriático: Porta Collina-Reate-Asculum-Truentum; cf. NASH, *Pictorial Dictionary...*, II, pág. 229; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 318-319.

⁴³⁶ La localidad estaba situada a 13 kilómetros al norte de Roma cerca de la moderna Grottarossa en la vía Flaminia; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 236-237.

⁴³⁷ Se alude a los suburbios del noreste de Roma; cf. SÜETONIO, *Nerón* 48.

⁴³⁸ Estaba situada a 8 kilómetros de Roma.

⁴³⁹ El día 19 de diciembre sobre el mediodía.

⁴⁴⁰ Cf. K. WILLIAMS, «Tacitus' Senatorial Embassies of 69 CE», en V. E. PAGÁN, ed., *A Companion to Tacitus*, Wiley-Blackwell. 2012, págs. 222-231.

⁴⁴¹ Aruleno Rústico era un famoso estoico (grupo de Trásea Peto y Helvidio Prisco) que murió por orden de Domiciano en el año 94 d. C. Había sido tribuno en el 66, pretor en el 69 y cónsul *suffectus* en el 92. Cf. *Anales* XVI; 26, 4; PLINIO EL JOVEN, *Cartas* I 5, 2; HEUBNER, *Historien III*, pág. 189; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 231; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 319; ASH, *The Histories*, pág. 294.

⁴⁴² Sería la tarde del 19 de diciembre.

⁴⁴³ Musonio Rufo, que vivió durante el siglo I d. C., fue un filósofo estoico de gran influencia en Roma, maestro de Epicteto; cf. IV 10; C. E. LUTZ, «Musonius Rufus, the Roman Socrates», *Yale Class. Stud.* 10 (1947), 3-147; G. D. KILPATRICK, «A fragment of Musonius», *Class. Review* 63 (1949), 94;

HEUBNER, *Historien III*, págs. 190-191; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 233; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 320; C. KING, *Musonius Rufus. Lectures and Sayings (with a preface by William B. Irvine)*, Lulu, 2010.

⁴⁴⁴ Sería en la mañana del día 20 de diciembre. El día 21 entraron en Roma las fuerzas flavianas, según Tácito, pero la realidad fue que Roma fue tomada el día anterior; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 183.

⁴⁴⁵ Cf. I 87, 1; II 89, 1.

⁴⁴⁶ Cf. DIÓN CASIO, LXIV 19, 2.

⁴⁴⁷ Cf. III 78, 3.

⁴⁴⁸ Cf. *Anales* XIII 47, 2 y nota de MORALES: «Los *Horti Sallustiani* se hallaban en las proximidades de la actual Vía Véneto»; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 141; NASH, *Pictorial Dictionary...*, I, págs. 491-499.

⁴⁴⁹ Cf. III 82, 2.

⁴⁵⁰ Cf. I 86, 3; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 141; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 321.

⁴⁵¹ La metáfora se encuentra en SALUSTIO (*Conjuración de Catilina*, XXXI 1) y en LIVIO (XXXI 24, 3).

⁴⁵² L. Sila en los años 88 y 82 a. C. y L. Cinna en el año 87 a. C.

⁴⁵³ Se estaban celebrando las fiestas Saturnales (17-23 de diciembre): cf. III 77, 2.

⁴⁵⁴ Estaba en las afueras de Roma junto a la puerta Colina; cf. III 82, 3.

⁴⁵⁵ Eran las cohortes pretorianas de Otón, licenciadas por Vitelio (II 67, 1) y devueltas al servicio por Vespasiano (II 82, 3; III 43, 1); HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 322.

⁴⁵⁶ Murieron más de 50.000 hombres; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos*, IV 650. La escena recuerda a los partidarios de Catilina caídos en la batalla de Pistoya el 63 a. C.; cf. SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* LXI 3.

⁴⁵⁷ Galeria Fundana; cf. SUETONIO, *Vitelio* VI.

⁴⁵⁸ Se ha visto en esta frase (*terret solitudo et tacentes loci*) un eco de Virgilio, *Eneida* VI 265 (*loca nocte tacentia late*); cf. también *ibidem*, VI 728 y 755; E. KEITEL, «The Virgilian reminiscences at Tacitus, *Histories* 3.84.4», *Class. Quarterly* 58 (2008), 705-708.

⁴⁵⁹ Cf. SUETONIO, *Vitelio* XVI; DIÓN CASIO, LXIV 20.

⁴⁶⁰ La anécdota es contada también por DIÓN CASIO (LXV 21, 1-2), pero no por Suetonio.

⁴⁶¹ Sobre la muerte de Vitelio, léase a SUETONIO, *Vitelio* XVII; cf. D. S. LEVENE, «Pity, Fear, and the Historical Audience: Tacitus on the Fall of Vitellius», en S. M. BRAUND y C. GILL, eds., *The Passions in Roman Thought and Literature*, Cambridge, 1997, págs. 128-149.

⁴⁶² Cf. III 70, 1; SUETONIO, *Vitelio* XV 2.

⁴⁶³ Galba murió el 15 de enero del 69; cf. I 41, 2.

⁴⁶⁴ Cf. III 74, 2.

⁴⁶⁵ Cf. DIÓN CASIO, LXV 21, 2.

⁴⁶⁶ El asesinato de Vitelio tuvo lugar el 20 de diciembre del 69; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 323.

⁴⁶⁷ Sobre la actitud del vulgo hacia Vitelio, léase a Z. YAVETZ, «Vitellius and the 'Fickleness of the Mob'», *Historia* 18 (1969), 557-569; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 323-324.

⁴⁶⁸ Cf. I 9, 1; 52; III 63, 3. SUETONIO (*Vitelio* I 3) lo hace nativo de Nuceria, en Apulia, a 15 kilómetros de Foggia.

⁴⁶⁹ Vitelio había nacido el 7 o el 24 de septiembre del año 12 d. C. Tenía, pues, 57 años; cf. L. HOLZAPFEL, «Römische Kaiserdaten», *Klio* 15 (1918), 105-8; HEUBNER, *Historien III*, págs. 198-199.

⁴⁷⁰ Vitelio fue cónsul en el año 48 con Vipstano Publicola y pertenecía a los *decemviri sacris faciundis* y al Colegio de los Hermanos Arvales; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 199.

⁴⁷¹ Alusión a Alieno Cécina (II 100-101, III 13-14) y Lucilio Baso (III 12).

⁴⁷² La imagen del atardecer evoca tanto el final del libro III como una cierta melancolía por lo incierto de los acontecimientos.

⁴⁷³ Cf. SUETONIO, *Domiciano* I 3; K. WELLESLEY, «Three Historical Puzzles in *Histories* 3», *Class. Quarterly* 6 (1956), 211-214.

LIBRO IV

SINOPSIS

(Año 69 d. C., últimos días; año 70 d. C., inicios)

<u>1-11</u>	<u>Sucesos en Roma</u>
<u>12-37</u>	<u>La revuelta de los batavos (I)</u>
<u>38-47</u>	<u>Roma a comienzos del año 70 d. C.</u>
<u>48-50</u>	<u>África</u>
<u>51-53</u>	<u>Alejandro</u>
<u>54-79</u>	<u>La revuelta de los batavos (II)</u>
<u>80</u>	<u>Retiro de Antonio Primo</u>
<u>81-86</u>	<u>Vespasiano en Alejandro</u>

*Sucesos en Roma*¹

1. La ejecución de Vitelio marcó el final de las hostilidades más que el comienzo de la paz. Los vencedores recorrían Roma a la caza de los vencidos con un odio implacable; los cadáveres llenaban las calles, los foros y templos estaban teñidos de sangre, pues degollaban por doquier a las víctimas que la suerte les ponía por delante. Luego, al aumentar el libertinaje, buscaban y arrastraban a los que se escondían. Al que veían que llamara la atención por su estatura o juventud² lo degollaban sin distinguir a soldados y civiles. Esta crueldad provocada por los odios todavía [2] recientes se saciaba de sangre, pero después se transformó en codicia. No respetaban ningún lugar secreto o cerrado con el pretexto de que allí se ocultaban los vitelianos. Ese era el comienzo del allanamiento de casas y, si encontraban resistencia, esa era la excusa para matar. Los más pobres de la plebe y los peores esclavos no perdían la ocasión de traicionar rápidamente [3] a sus dueños ricos. Otros eran denunciados por sus amigos. Por todas partes se oían lamentos, gemidos: era la suerte de una ciudad conquistada, hasta el punto de que se echaba de menos la odiosa indisciplina anterior de las tropas de Otón y Vitelio. Los generales flavianos eran entusiastas para desencadenar una guerra civil, pero incapaces para controlar la victoria, pues en los disturbios y conflictos los peores son los que más pueden, mientras que la paz y la tranquilidad requieren buenas condiciones.

2. Domiciano había aceptado el título de César y el palacio imperial³. Todavía no se sentía preparado para las responsabilidades oficiales, pero actuaba como hijo del emperador para cometer estupros y adulterios⁴. La prefectura del pretorio se puso en manos de Arrio Varo⁵, pero el poder supremo permaneció en manos de Antonio Primo. Este se apropiaba de dinero y esclavos procedentes de la casa imperial como si fuera el botín de Cremona. Los demás, sin brillo en la

guerra por su modestia o por su humilde cuna, se quedaron igualmente sin [2] recompensas. Los ciudadanos, aterrados y dispuestos a la esclavitud, urgían a que se interceptara a L. Vitelio de regreso de Tarracina con sus cohortes y se apagaran los rescoldos de la guerra. Se envió la caballería a Aricia, mientras las columnas legionarias tomaron posiciones en Bovillae⁶. Vitelio no dudó en entregarse él y sus cohortes a la discreción del vencedor y sus soldados depusieron sus desafortunadas armas con no menos rabia que miedo. Largas filas de prisioneros desfilaron por [3] Roma escoltadas por gente armada. Nadie mostró un gesto de súplica, sino que serios y desafiantes soportaban impasibles los abucheos e insultos groseros de la plebe. Unos pocos que intentaron romper la formación fueron rodeados y aplastados. Los demás fueron puestos en prisión y a ninguno se le escuchó ninguna expresión indigna, dejando a salvo la fama de su valor incluso en circunstancias tan adversas. Después se ejecutó a Lucio Vitelio, igual de vicioso que su hermano⁷, pero más diligente durante su principado, aunque no compartió sus éxitos en la misma medida que sufrió sus fracasos.

3. Por los mismos días se envió a Lucilio Baso⁸ con caballería ligera para restaurar el orden en Campania, pues los municipios⁹ tenían los ánimos soliviantados, más por rivalidad entre ellos mismos que por insubordinación contra el nuevo emperador. Cuando vieron a las tropas se calmaron, y no se castigó a las colonias más pequeñas. La legión III se estableció en Capua¹⁰ para pasar el invierno, quedando arruinadas las casas ilustres. Tarracina, por su parte, no obtuvo ninguna ayuda. Se tiende [2] más a vengar los agravios que a devolver los favores, porque la gratitud se ve como una carga y la venganza como una ganancia. Sirvió de consuelo el hecho de que el esclavo de Vergilio Capitón, quien, según contamos¹¹, había traicionado a Tarracina, fuera clavado en un madero con los mismos anillos que [3] llevaba desde que Vitelio se los había regalado¹². Por otro lado, en Roma el Senado, lleno de

alegría y esperanza, concedió a Vespasiano todos los honores imperiales al uso¹³. Y es que la guerra civil, que comenzó en las provincias de las Galias e Hispania y que arrastró a la guerra a las Germanias y luego al Ilírico para atravesar a Egipto, a Judea, a Siria y a cada provincia y ejército, parecía que había llegado a su fin con la sensación de [4] haber purificado a todo el mundo. Avivó el entusiasmo una carta de Vespasiano escrita como si la guerra no hubiera terminado. Esa fue la primera impresión, pero hablaba como si fuera el emperador: modestamente sobre él y como un hombre de Estado sobre los asuntos públicos. Al Senado a su vez no le faltó acatamiento: le otorgó por decreto el consulado junto a él y a su hijo Tito y a Domiciano, la pretura y los poderes de cónsul¹⁴.

4. Muciano había enviado también al Senado un despacho que dio pábulo a las habladurías. Se decía que, si era un simple ciudadano, ¿por qué hablaba a título oficial? Hubiera podido decir lo mismo pocos días después en su turno de palabra en el Senado. Además, la misma saña contra Vitelio parecía tardía y forzada. Pero lo que resultaba ser un desprecio contra el Estado y un insulto al emperador es que se jactara de que el principado [2] había estado en sus manos y se lo había regalado a Vespasiano. Sin embargo, el resentimiento quedaba oculto, mientras que la adulación salía al exterior. Honrado con palabras grandilocuentes se le concedió a Muciano los honores del triunfo por la guerra civil, aunque sirviese de excusa la expedición contra los sármatas¹⁵. Antonio Primo recibió también las insignias de cónsul, y Cornelio Fusco y Arrio Varo las de pretor. Luego, dirigieron su mirada hacia los dioses y acordaron que se restaurara el Capitolio. Todas [3] estas propuestas fueron presentadas por Valerio Asiático, cónsul electo¹⁶. Los demás senadores asentían con un gesto o una seña, mientras unos pocos que gozaban de una especial estima o estaban dotados de un carácter ejercitado en la adulación lo hacían con discursos formales. Cuando le llegó el

turno a Helvidio Prisco, pretor electo, manifestó su opinión, respetuosa hacia el nuevo príncipe¹⁷, pero sin trazas de falsedades. Fue acogida con entusiasmo por el Senado. Para Helvidio ese día, más que ningún otro, fue el comienzo de una gran ofensa y de una gran gloria.

5. Dado que esta es la segunda ocasión que me refiero a un hombre que habrá que citar más a menudo, parece que el asunto requiere¹⁸ que haga una breve semblanza de su vida e intereses, así como la suerte que corrió. Helvidio Prisco era originario de una familia itálica de la ciudad de Cluviae¹⁹ y su padre había sido el centurión de mayor rango de una legión. Desde su primera juventud dedicó su brillante talento a los estudios más elevados²⁰. Su objetivo no era, como sucede con la mayoría de la gente, ocultar bajo un nombre pretencioso una inútil vida de ocio, sino ejercer la política más fortalecida contra los avatares [2] de la fortuna. Se adhirió a la escuela de filosofía²¹ que considera la honestidad como el único bien y la deshonestidad como el único mal, mientras que el poder, la nobleza y demás cosas externas al alma no se tienen ni por buenas ni por malas. Todavía era cuestor cuando Trásea Peto lo eligió para yerno²² y del carácter de su suegro se empapó, por encima de todo, de libertad. Como ciudadano, senador, esposo, yerno y amigo se mostró coherente en todas las obligaciones de la vida, despreciando las riquezas, siendo obstinado en la rectitud e impasible frente al miedo.

6. Algunos creían que perseguía la fama, dado que incluso los sabios de lo último que se desprenden es del deseo de gloria²³. La caída de su suegro le condujo al exilio. Cuando regresó en el principado de Galba, emprendió la acusación de Eprio Marcelo²⁴, el delator de Trásea. Tal represalia, no se sabe si fue excesiva o ajustada²⁵ o más justa, había dividido las opiniones del Senado, pues, si caía Marcelo, significaba la caída de toda una multitud de culpables. Primero se desató una disputa llena [2] de amenazas, como atestiguan los magníficos

discursos de uno y otro. Luego, ante la actitud ambigua de Galba y las protestas de muchos senadores, Prisco retiró las acusaciones. Se produjeron diferentes reacciones, acordes con el carácter humano: unos elogiaban su moderación, mientras otros echaban de menos su falta de firmeza. Por lo demás, en la sesión del Senado, en la [3] que se votaba sobre el imperio de Vespasiano, se había decidido enviar una delegación al príncipe. De ahí surgió un agrio altercado entre Helvidio y Eprio. Prisco proponía que los delegados fueran elegidos individualmente por los magistrados bajo juramento, mientras Marcelo defendía el sorteo de acuerdo con la moción del cónsul electo²⁶.

7. Pero el empeño de Marcelo lo provocaba su propia vanidad, no fuera a ser que, si otros salían elegidos, diera la impresión de que él quedaba postergado. Y poco a poco se sucedieron turnos de réplica llegando a discursos largos y enconados²⁷. Helvidio preguntaba por qué Marcelo temía tanto la decisión de los magistrados, pues tenía dinero y elocuencia suficientes para superar a muchos competidores, a no ser que le agobiara el recuerdo de sus maldades. Con el sorteo y la urna no se hacían distinciones entre formas de ser, mientras que el voto y el juicio del Senado se habían inventado para ahondar en la vida y la [2] reputación de cada candidato. El interés del Estado y el honor de Vespasiano exigían que la delegación que se le enviara estuviera compuesta por los miembros más irreprochables del Senado, con el fin de que hicieran llegar a los oídos del emperador consejos honestos. Vespasiano había mantenido una amistad con Trásea, Sorano²⁸ y Sencio, a cuyos acusadores, aunque no [3] fuera oportuno castigar, tampoco se les debía exhibir. Con aquella decisión del Senado se servía en cierto modo al príncipe para saber en quién debía confiar y a quiénes temer. Que no hay mejor instrumento del buen gobierno que los buenos amigos. Bastante tenía Marcelo con haber empujado a Nerón a la destrucción de tantos inocentes. Que disfrute de

recompensas²⁹ e impunidad y deje a Vespasiano para los mejores.

8. Marcelo replicaba que no era suya la propuesta que se rebatía, sino la del cónsul electo³⁰, que era conforme a los viejos precedentes de echar a suertes las delegaciones, para que no hubiera cabida para ambiciones personales o enemistades. No había ninguna razón para que se abandonaran viejas tradiciones o que los honores dirigidos a un príncipe se convirtieran en agravio [2] para nadie. Todos estaban capacitados para rendirle pleitesía. Había que evitar sobre todo que la terquedad de algunos pudiera irritar un ánimo indeciso ante un nuevo principado y pendiente también de las miradas y palabras de todos. Él, añadía, recordaba la época en la que había nacido y la constitución que sus padres y abuelos habían dado a la ciudad. Admiraba aquellos tiempos lejanos, pero se atenía al presente. Deseaba que salieran buenos emperadores, pero soportaba a los que vinieran, fueran como fueran. La caída de Trásea no se debió más a su propio discurso [3] que a una decisión del Senado. La crueldad de Nerón se había burlado de él con farsas de ese tipo, y tal amistad no le producía a él menos angustia que a otros el destierro. Para terminar, Helvidio se podría igualar con los Catones y Brutos³¹ en firmeza y valor, pero él era un miembro más de aquel Senado que se dejaba someter junto a los demás. Además aconsejaba a Prisco que no [4] saltara por encima del príncipe ni agobiara con consejos a Vespasiano, un hombre de edad madura³², premiado con los honores del triunfo y padre de dos jóvenes hijos. Al igual que a los pésimos emperadores les gusta el poder sin límites, también a los buenos les agrada que la libertad tuviera un límite³³. Estos argumentos, lanzados por ambas partes en medio de grandes altercados, se acogían con reacciones diversas. Venció el bando que prefería que se eligieran los delegados mediante sorteo, pues incluso los senadores neutrales se inclinaban por apoyar la tradición y los

más ilustres apoyaban lo mismo, porque temían concitar la envidia de sus colegas si se elegían ellos mismos.

9. Después siguió otra disputa. Los pretores del tesoro (pues entonces los pretores se encargaban de su administración) se habían quejado del déficit público y pedían una restricción de gastos³⁴. El cónsul electo sugería que el príncipe se encargara de tal situación debido a la magnitud del problema y a la dificultad de su solución. Helvidio propuso que se procediera según [2] la opinión del Senado. Cuando los cónsules³⁵ procedían a invitar a los otros miembros a expresar su opinión, el tribuno de la plebe Vulcacio Tertulino³⁶ interpuso su veto, para que no se tomara ninguna decisión sobre un asunto tan grave en ausencia del príncipe. Helvidio había propuesto que se restaurara el Capitolio con financiación pública y Vespasiano contribuyera a ello. Los más moderados dejaron pasar en silencio tal propuesta, que después pasó al olvido, pero hubo quienes no la olvidaron.

10. Entonces se produjo el ataque de Musonio Rufo³⁷ contra Publio Céler³⁸, a quien acusaba de haber provocado la caída de Bárea Sorano³⁹ con un falso testimonio. Con tal proceso parecía que se reavivaban los odios provocados por las delaciones. Sin embargo, en este caso no se podía proteger a un acusado despreciable y culpable. Se recordaba a Sorano con reverencia, mientras Céler, que se tenía por filósofo, al testificar después contra Bárea, había traicionado y corrompido el ideal de amistad, de la que se tenía por maestro. Se señaló la vista para la sesión siguiente. Y, una vez que los ánimos habían removido viejos odios, la expectación se centraba no tanto en Musonio o Publio como en Prisco, Marcelo y los demás.

11. En tal situación, al estar el Senado en conflicto, los vencidos airados, los vencedores sin autoridad alguna, sin leyes, sin príncipe, Muciano entró en Roma e inmediatamente concentró todo el poder en sus manos. Se quebró el poder de

Primo Antonio y Varo Arrio. Muciano disimuló mal el odio que sentía hacia ellos, aunque guardaba las apariencias. Sin embargo, la ciudad, astuta para detectar enemistades, cambió y pasó su apoyo a Muciano. Solo cortejaban y halagaban a Muciano. Este, por su parte, no dejaba de aparecer moviéndose por casas y jardines rodeado de hombres armados; con ostentación, paseos y escoltas militares ejercía el poder de un príncipe, aunque prescindía de tal nombre. La mayor alarma se produjo con el [2] asesinato de Calpurnio Galeriano. Era hijo de Gayo Pisón⁴⁰ y no se había embarcado en ninguna aventura política, pero su nombre ilustre y su atractiva juventud eran objeto de las habladurías populares y en una ciudad todavía revuelta y entusiasmada con los últimos rumores había quienes le otorgaban sin fundamento los honores del principado. Por orden de Muciano lo detuvo una patrulla militar, y para que su muerte no atrajera mucho la atención si ocurría en la ciudad, a cuarenta millas de Roma, en [3] la vía Apia, murió tras desangrarse por las venas. Julio Prisco, prefecto de las cohortes pretorianas bajo Vitelio, se suicidó más por vergüenza que por coacción⁴¹. Alfeno Varo⁴² sobrevivió a su cobardía e infamia. Asiático (era, en efecto, liberto) pagó su nefasto poder con el castigo propio de los esclavos⁴³.

*La revuelta de los batavos (I)*⁴⁴

12. Por estas mismas fechas la ciudad recibía sin tristeza de ninguna clase la insistente noticia de un desastre en Germania. Se hablaba de aniquilación de ejércitos, de captura de los campamentos de invierno de las legiones, de rebelión de las Galias, pero como si no se tratase de desgracias. Para explicar las razones del origen de esta guerra y la conmoción tan grande que se produjo entre pueblos extranjeros y aliados, voy a remontarme más atrás. Los [2] batavos, mientras vivían más allá del Rin, formaban parte de los catos⁴⁵. Por una rebelión interna fueron expulsados y ocuparon la última zona

deshabitada de la costa de la Galia y una isla situada en la parte baja, bañada por el Océano al frente y por el río Rin a su la espalda y los lados⁴⁶. No fueron explotados económicamente, [3] cosa rara cuando hay una alianza con un poder más fuerte, sino que aportaron al imperio únicamente hombres y armas⁴⁷. Se curtieron largo tiempo en las guerras de Germania, luego su fama aumentó en Britania, adonde se trasladaron cohortes que dirigían los nobles de su pueblo según una antigua tradición. En su país disponían de una caballería selecta, entrenada especialmente para nadar. Eran expertos en atravesar el Rin en perfecta formación conservando armas y monturas.

13. Julio Civil y Claudio Paulo, de estirpe real, destacaban mucho sobre los demás. A Paulo lo ejecutó Fonteyo Capitón⁴⁸ con la falsa acusación de rebelión. Encadenaron a Civil y lo enviaron a Nerón. Galba lo absolvió, pero de nuevo bajo Vitelio se vio en peligro, pues el ejército pedía su cabeza⁴⁹: de ahí surgieron las razones de su odio y las esperanzas que abrigó a partir [2] de nuestras desgracias. Pero Civil era mucho más inteligente de lo que es usual en un nativo y se tenía por Sertorio o Aníbal, con quienes compartía su rostro desfigurado⁵⁰. Para que no le atacaran como enemigo, si se rebelaba abiertamente contra el pueblo romano, aparentó una amistad con Vespasiano y la adhesión a su causa. Desde luego Antonio Primo le envió una carta⁵¹ con instrucciones de alejar las tropas auxiliares movilizadas por Vitelio y retener a las legiones con la excusa de una revuelta en [3] Germania. Lo mismo le había indicado personalmente Hordeonio Flaco⁵², quien se inclinaba por Vespasiano y estaba preocupado por el Estado, sobre el que se cernía la destrucción si se reanudaba la guerra y tantos miles de hombres en armas invadían Italia.

14. Así que Civil estaba decidido a rebelarse, aunque por el momento ocultaba sus propósitos más escondidos, dispuesto a tomar las demás decisiones según se desarrollaran los

acontecimientos. Inició la insurrección del modo siguiente. Por orden de Vitelio⁵³ se estaba reclutando a la juventud batava. El reclutamiento, ya de por sí una carga pesada, lo agravaban la avaricia y el derroche de los funcionarios, quienes llamaban a los ancianos e incapacitados para obtener un rescate por su liberación, mientras que con los adolescentes de bella constitución (y la mayoría de los niños son de elevada estatura) cometían estupro⁵⁴. Estos actos causaron resentimiento y [2] los responsables de la sublevación impulsaron a la gente a oponerse al reclutamiento. Civil convocó a los nobles y más decididos del pueblo en un bosque sagrado con la excusa de un banquete. Cuando vio que la noche y la euforia⁵⁵ habían calentado los ánimos, comenzó recordando la gloria y renombre de su pueblo y enumeró las injusticias, saqueos y demás desgracias de la esclavitud, pues ya no les consideraban, como antes, aliados, sino que los trataban como esclavos. ¿Cuándo [3] vendría un gobernador con poder⁵⁶, aunque trajera un séquito gravoso y arrogante? Ellos estaban a merced de prefectos y centuriones, quienes, una vez hartos de sangre y despojos, eran relevados por otros que buscaban nuevos bolsillos y términos diversos para el expolio. Les acuciaba una leva que separaba a los hijos de los padres y a los hermanos de sus hermanos, al parecer para siempre. Nunca, les decía, el poder [4] romano había estado más debilitado y en los campamentos de invierno no había más que botín y soldados ancianos. Solo había que alzar la vista y no temer los nombres sin sustancia de las legiones. Ellos, en cambio, tenían lo más granado de la infantería y la caballería, parentesco con los germanos y los mismos objetivos que las Galias. Ni siquiera a los romanos les resultaría desagradable esta guerra, cuyo incierto desenlace les daría crédito a ellos ante Vespasiano: de una victoria no se rinden cuentas.

15. Se escuchó a Civil en medio de un gran asentimiento y comprometió a todos ellos con un rito bárbaro⁵⁷ y juramentos

tradicionales. Se enviaron legados a los caninefates⁵⁸, para que se unieran a sus planes. Este pueblo ocupa una parte de la isla y se parecen mucho a los batavos en su origen, lengua y valor, aunque son menos numerosos. Después, se atrajo mediante emisarios secretos a las tropas auxiliares de Britania y a las cohortes de los batavos enviadas a Germania, como relatamos más arriba⁵⁹, y que por entonces se hallaban en Mogontiaco. [2] Entre los caninefates había un tal Brinno, hombre de alocada osadía, pero de familia distinguida. Su padre se había atrevido a llevar a cabo muchas acciones hostiles y había despreciado impunemente las ridículas expediciones de Gayo⁶⁰. Así pues, cayó bien tan solo por la fama de rebeldía que tenía su familia. Colocado sobre un escudo según la costumbre de su pueblo y aupado sobre los hombros de sus portadores, le eligieron jefe⁶¹. Inmediatamente, tras llamar a los frisios⁶², un pueblo del otro lado del Rin, irrumpió en los campamentos de invierno de dos cohortes cercanos al Océano⁶³. Los soldados no habían previsto el ataque enemigo ni, de haberlo previsto, tenían fuerzas suficientes para rechazarlo: el campamento fue, pues, ocupado y saqueado. Luego cayeron sobre los proveedores [3] y mercaderes romanos que andaban confiados y dispersos como si estuvieran en tiempos de paz. Al mismo tiempo, amenazaban con destruir los fuertes de las fronteras, pero fueron incendiados por los prefectos de las cohortes al no poder defenderlos. Las enseñas y estandartes y los soldados que quedaban se reagruparon en la parte alta de la isla bajo el mando del primer centurión Aquilión: era un ejército más de nombre que de fuerza real, pues Vitelio había retirado el grueso de las cohortes y había cargado de armas a una caterva de haraganes procedente de las aldeas cercanas de los nervios y germanos⁶⁴.

16. Civil decidió que había que proceder con astucia. Se puso a criticar por su cuenta a los comandantes romanos por haber abandonado los fuertes fronterizos. Dijo que él

aplastaría la revuelta de los caninefates con la cohorte bajo su mando⁶⁵ al tiempo que los romanos se podían retirar a sus respectivos campamentos de invierno. Pero que bajo tales consejos había un engaño para dispersar a las cohortes y destruirlas más fácilmente y que el líder de aquella guerra no era Brinno, sino Civil, quedó claro al destaparse poco a poco los indicios que los germanos, un pueblo amante de la guerra, no habían ocultado durante [2] mucho tiempo. Como la argucia no salió bien, pasó a la violencia y organizó a los caninefates, frisios y batavos en sus propias formaciones de cuña⁶⁶. En el lado romano, se formó un frente no lejos del río Rin y las naves que habían atracado allí tras el incendio de los fuertes se colocaron de cara al enemigo. No se había combatido durante mucho tiempo cuando una cohorte de tungros⁶⁷ se pasó con sus enseñas a Civil y los soldados, abatidos por la repentina traición, caían ya a manos de aliados [3] y enemigos. La misma traición se produjo también en las naves. Una parte de los remeros eran batavos y simulaban incompetencia para obstaculizar el trabajo de marinos y atacantes; después, empezaron a dirigirse hacia el lado contrario y a exponer las popas frente a la orilla enemiga; finalmente, degollaron a timoneles y centuriones, si se negaban a hacer lo mismo, hasta que la flota entera de veinticuatro naves o huyó o fue apresada.

17. Tal éxito proporcionó a los rebeldes prestigio en el presente y provecho para el futuro. Obtuvieron las armas y naves que necesitaban y fueron aclamados como libertadores ganando mucha fama por las provincias germanas y galas. Las de Germania⁶⁸ enviaron inmediatamente legados ofreciendo ayuda y, en cuanto a la alianza con las Galias, Civil se valía de la astucia y la corrupción: devolvía a sus ciudades a los prefectos de las cohortes prisioneros y a los soldados les dejaba la decisión de marcharse o quedarse. A los que se quedaban se les ofrecía una milicia honrosa y a los que se marchaban los despojos de los romanos. Al mismo tiempo, en

conversaciones privadas les [2] recordaba las desgracias que habían soportado durante tantos años llamando falsamente paz a lo que era en realidad un miserable esclavitud. Los batavos, decía, pese a que estaban exentos de tributos, se habían levantado en armas contra los dominadores de todos ellos. Los romanos habían sido destrozados y vencidos en el primer encuentro. ¿Qué pasaría si las provincias galas se sacudían el yugo? ¿Qué reservas quedaban en Italia? A las provincias se les vencía con la sangre de las provincias. No [3] debían preocuparse por el combate mantenido por Víndice⁶⁹: los eduos y arvernos⁷⁰ habían sido aplastados por la caballería batava y entre las tropas auxiliares de Verginio había belgas⁷¹ y, si se hacía un examen objetivo, la Galia había sucumbido a sus propias fuerzas. Ahora todos estaban en el mismo lado con la ventaja añadida de la disciplina militar desarrollada en los campamentos romanos. Ellos contaban con cohortes veteranas, esas que hacía poco habían doblegado a las legiones de Otón. Que [4] sean esclavos Siria, Asia y el Oriente acostumbrado a reyes. Todavía viven en la Galia muchos que han nacido antes de la imposición de tributos⁷². No hay duda de que con la aniquilación de Quintilio Varo⁷³ hacía poco se había desterrado la esclavitud de Germania, y en aquella guerra no se había desafiado al [5] príncipe Vitelio, sino al César Augusto. La naturaleza había concedido la libertad incluso a los animales irracionales, pero el valor era un bien propio de los hombres. Los dioses ayudaban a los más valientes. Por todo eso, ellos, libres, tendrían que lanzarse sobre los romanos, angustiados; ellos, frescos sobre los otros agotados. Mientras unos apoyaran a Vespasiano y otros a [6] Vitelio, el camino de en medio contra los dos quedaba expedito. De esta manera, Civil con sus ojos puestos en las Galias y Germanias, amenazaba, si sus planes funcionaban, con llegar a ser el rey de las naciones más fuertes y ricas del mundo.

18. Por su parte, Hordeonio Flaco alimentó con su silencio las primeras intentonas de Civil. Pero, cuando los mensajeros,

atemorizados, empezaron a traer noticias de la conquista de campamentos, de la destrucción de las cohortes y de la expulsión del nombre romano de la isla de los batavos⁷⁴, ordenó al legado Munio Luperco⁷⁵, que estaba al frente de un campamento de invierno con dos legiones⁷⁶, que saliera para enfrentarse al enemigo. Luperco envió precipitadamente a legionarios disponibles, a ubios de las cercanías⁷⁷ y a jinetes tréviros⁷⁸ que no andaban lejos de allí. Se añadió un escuadrón de batavos, que, aunque ya hacía tiempo había cometido traición, simulaba lealtad para traicionar a los romanos en plena batalla y obtener un mayor beneficio en su huida. Civil se hizo rodear de las enseñas [2] de las cohortes capturadas⁷⁹, con el fin de que sus soldados tuvieran ante sus ojos el reciente triunfo y el recuerdo de la derrota atemorizara a los enemigos. Ordenó a su propia madre y hermanas, así como a las esposas e hijos pequeños de todos que se colocaran en la retaguardia como acicate para la victoria o vergüenza para los derrotados⁸⁰. Cuando sus filas resonaron con el [3] canto de los hombres y el aullido de las mujeres⁸¹, las legiones y cohortes no respondieron de ninguna manera con igual griterío. El flanco izquierdo romano había quedado desprotegido con la huida del escuadrón batavo, hecho que se volvió inmediatamente en contra de nosotros. Con todo, los legionarios, pese a la crítica situación, conservaban el orden y las armas. Las tropas auxiliares de los ubios⁸² y tréviros se dispersaron en vergonzosa fuga y anduvieron errantes por la llanura. Contra estas se lanzaron los germanos, intermedio que dio a las legiones la posibilidad de refugiarse en el campamento que tiene el nombre de Vetera⁸³. El comandante del escuadrón batavo, [4] Claudio Labeón⁸⁴, estaba envuelto en una rencilla pueblerina con Civil. Como su muerte podía provocar resentimiento entre sus paisanos, o sembrar la discordia, si se le retenía allí, fue deportado a territorio de los frisios.

19. Por las mismas fechas a las cohortes de batavos⁸⁵ y caninefates que emprendían el camino hacia Roma por orden de Vitelio⁸⁶ les llegó un mensajero de parte de Civil. Tomaron de inmediato una actitud soberbia y agresiva, al tiempo que reclamaban una dieta para el camino, doble paga y un aumento del número de jinetes⁸⁷. No había duda de que todos estos privilegios se los había prometido Vitelio, pero ellos los exigían [2] no para conseguirlos sino como pretexto para amotinarse. Más aún, Flaco con estas numerosas concesiones no había logrado otra cosa que el que le exigieran con mayor ruido lo que sabían que se les iba a negar. Sin prestar atención alguna a Flaco se dirigieron a la Germania Inferior para unirse a Civil. Hordeonio convocó a tribunos y centuriones para consultarles sobre el empleo de la fuerza contra quienes se negaran a obedecer, pero debido a su cobardía natural y al miedo de sus oficiales, a quienes angustiaba la actitud ambigua de las tropas auxiliares y las legiones completadas con una leva precipitada, decidió mantener a los soldados dentro de los campamentos de invierno. Luego, arrepentido e influido por los mismos que antes le habían aconsejado lo contrario, escribió, como si tuviera la intención de seguirle, a Herennio Galo⁸⁸, legado de la legión I, que ocupaba Bonna⁸⁹, para que impidiera el paso a los batavos, prometiéndole que él iría con su ejército pisándole los talones. De hecho, los rebeldes podían haber sido aplastados, [3] si Hordeonio, por un lado, y Galo, por otro, hubieran movido sus tropas desde direcciones opuestas para cogerlos en medio. Pero Flaco abandonó su plan y en otra carta indicó a Galo que no molestara a los desertores en su retirada. De ahí se sembró la sospecha de que había estallado la guerra con la voluntad de los comandantes y que todo lo que había sucedido o se temía en el futuro no se debía a la indolencia de los soldados o el poderío de los enemigos, sino a la traición de los generales.

20. Los batavos, al acercarse al campamento de Bonna, enviaron por delante una delegación para exponer a Herennio

Galo las reivindicaciones de sus cohortes. Ellos, venían a decir, no sostenían guerra alguna contra los romanos, por quienes habían luchado tantas veces. Estaban cansados de un servicio militar tan largo e improductivo y añoraban su patria y el retiro. Si nadie se oponía, continuarían el camino en paz, pero, si se les enfrentaban con las armas, se abrirían paso con las espadas. [2] Ante las dudas del legado, los soldados le empujaron a probar la suerte en el combate. Tres mil legionarios⁹⁰, algunas cohortes belgas sin instruir⁹¹ junto con un número de paisanos y cantineros, cobardes aunque fanfarrones antes del peligro, se lanzaron por todas las puertas con la intención de rodear a los batavos, inferiores en número. Los batavos, veteranos en la milicia, se [3] apiñaron en cuñas⁹² y cerraron filas por todas partes asegurando el frente, las espaldas y los flancos. Con esta formación rompieron las frágiles líneas de los nuestros. Al ceder los belgas⁹³, se hizo retroceder a la legión⁹⁴ y se dirigieron despavoridos a las rampas y las puertas. Allí se produjo un gran desastre: las fosas se colmaron de cadáveres y muchos perecieron no solamente por las heridas de la masacre, sino también por la avalancha y [4] sus propias armas. Los vencedores evitaron pasar por la Colonia Agripinense sin aventurarse a ningún enfrentamiento hostil en el resto del viaje. Se excusaban de la batalla de Bonna con el pretexto de que ellos habían buscado la paz y, al denegársela, les habían obligado a velar por sus propios intereses.

21. Con la llegada de las cohortes veteranas⁹⁵ Civil ya era el jefe de un ejército regular, pero todavía dudaba sobre sus planes y reflexionaba sobre la fortaleza de Roma. Entonces hizo que todos los hombres allí presentes juraran lealtad a Vespasiano y envió legados ante las dos legiones⁹⁶ que habían sido derrotadas en el combate anterior y se habían retirado a Vetera, con el fin [2] de que aceptaran el mismo juramento. La respuesta no se hizo esperar, espetándoles que ellos no seguían los consejos ni de traidores ni de enemigos. Vitelio, decían, era

su emperador y por él mantendrían la lealtad y las armas hasta el último aliento. Por tanto, no correspondía a un tráfuga batavo tratar los asuntos de Roma, sino esperar el castigo que merecía por su crimen. Cuando esta respuesta llegó a Civil, montó en cólera e hizo tomar las armas al pueblo entero de los batavos. Se les unieron los brúcteros y los téncteros⁹⁷, y mediante mensajeros se incitó a Germania al botín y a la gloria.

22. Ante estas amenazas de una guerra que surgía por todas partes, los comandantes de las legiones Munio Luperco y Numisio Rufo⁹⁸ empezaron a reforzar la empalizada y las cercas del campamento. Se destruyeron los edificios levantados durante una paz duradera y contruidos a modo de municipio no lejos del campamento⁹⁹, con el objetivo de que no los pudieran usar los enemigos. Sin embargo, se tomaron pocas precauciones para abastecer el campamento y, en cambio, permitieron el saqueo. De ese modo, en pocos días de libertinaje se consumió lo que hubiera bastado para un largo período de escasez¹⁰⁰. Civil [2] mandaba el centro de la formación con lo más granado de los batavos y ocupó ambas orillas del Rin con bandas de germanos, mientras la caballería galopaba por la llanura. Al mismo tiempo, las naves navegaban río arriba contra corriente. Los sitiados se sentían atónitos ante la doble cara de lo que era una guerra civil y una guerra exterior, pues, de un lado, estaban las enseñas de las cohortes veteranas y, de otro, las representaciones de fieras sacadas de sus selvas y bosques sagrados que estos [3] pueblos acostumbran a llevar al combate¹⁰¹. También aumentaba la esperanza de los sitiadores la amplitud de la empalizada, que, aunque destinada para dos legiones, apenas era defendida por cinco mil hombres armados¹⁰², si bien, al romperse la paz, se había congregado allí una multitud de proveedores que ayudaban en la guerra.

23. Una parte del campamento¹⁰³ se elevaba sobre una suave colina y a la otra se accedía desde la parte llana. La verdad es que Augusto había creído que con aquellos campamentos de invierno se tendrían controladas y dominadas las Germanias. Nunca se había imaginado que se llegara a tal punto de desgracias como para que los germanos por propia iniciativa viniesen a atacar a nuestras legiones. De ahí que no se hubieran realizado trabajos añadidos ni en el terreno ni en las fortificaciones: parecía [2] suficiente el poder de las armas. Los batavos y los pueblos del otro lado del Rin¹⁰⁴, a fin de exhibir con mayor claridad su valor por separado, formaron cada tribu por su cuenta, hostigando desde lejos. Luego, dado que la mayor parte de sus proyectiles se estrellaban inútilmente contra las torres y almenas de las murallas y desde arriba les herían con lanzamientos de piedras, dirigieron entre gritos un ataque contra la empalizada, la mayoría subiendo por las escalas que adosaron y otros trepando por la formación en tortuga de los suyos¹⁰⁵. Y ya algunos estaban llegando arriba, cuando derribados a golpe de espada y otras armas sucumbieron bajo estacas y jabalinas: pueblos muy fieros al principio y desmedidos en el éxito. Pero entonces soportaban [3] también las adversidades por su ansia de botín. Incluso, hecho insólito en ellos¹⁰⁶, se atrevieron con las máquinas de guerra. No tenían ninguna pericia, pero desertores y prisioneros les enseñaron cómo ensamblar maderos a modo de puente o a empujarlos después tras colocarlos sobre ruedas, de tal manera que algunos subidos encima pudieran luchar como si lo hicieran desde un terraplén, mientras otros, ocultos dentro, pudieran socavar las murallas. Pero las piedras disparadas por las ballestas destrozaron aquel rudo artillugio. Y mientras preparaban cañizos [4] y manteletes, les dispararon desde máquinas de artillería lanzas incendiarias, siendo los propios asaltantes los que eran el blanco del fuego, hasta que, desesperando de la fuerza, cambiaron de táctica y decidieron esperar, pues no desconocían que dentro del campamento

había alimentos para unos pocos días y una masa grande de no combatientes. Además, contaban con una traición a causa del hambre, con la voluble lealtad de los esclavos y con los imponderables de la guerra.

24. Entretanto Flaco, enterado del asedio del campamento, envió emisarios por la Galia para reclutar fuerzas auxiliares. Entregó un cuerpo escogido de legionarios¹⁰⁷ al comandante de la legión XXII Dilio Vócula¹⁰⁸, con órdenes de marchar lo más rápidamente posible a lo largo de la orilla del Rin, mientras el gobernador viajaba en barco aquejado de una enfermedad y odiado por los soldados. Y desde luego no se andaban con rodeos en sus críticas. Alegaban que se había permitido marchar de Mogontiacum a las cohortes bávaras, se había encubierto la intentona de Civil y se había ofrecido una alianza a los germanos. [2] Ni Primo Antonio ni Muciano, decían, habían contribuido más a la fortaleza de Vespasiano que Flaco. Se puede combatir abiertamente el odio declarado y las armas, pero la traición y el engaño están ocultos y por eso son inevitables. Civil plantaba cara a pie firme y formaba a sus tropas, mientras que Hordonio desde el lecho de su dormitorio solo daba órdenes que beneficiaban al enemigo: ¡tantas unidades armadas de hombres valientes estaban a las órdenes de la enfermedad de un solo anciano! Harían mejor con matar a un traidor y librarían su suerte y [3] valor de ese nefasto agüero. Cuando se habían contagiado unos a otros con tales palabras, se enardecieron todavía más con una carta enviada por Vespasiano que Flaco, como no podía ocultarla, leyó ante la asamblea militar, y a quienes la habían traído los envió encadenados ante Vitelio.

25. Calmados así los ánimos, se llegó a Bonna a los cuarteles de la legión I¹⁰⁹. Allí los soldados que se mostraban más hostiles echaban la culpa de la derrota¹¹⁰ a Hordeonio. Por orden suya, decían, se había enfrentado el ejército a los batavos en la idea de que las legiones les seguirían desde

Mogontiaco. Por su traición habían caído sin que hubiera llegado refuerzo alguno. Tal situación, mantenían, la ignoraban los demás ejércitos y no se había informado de ello al emperador¹¹¹, cuando esa sedición repentina pudo haberse sofocado con la intervención de tantas provincias. Hordeonio leyó al ejército copias de [2] todas las cartas que había enviado pidiendo ayuda a las Galias, Britania y las Hispanias, sentando un pésimo precedente de entregar las cartas a los aquilíferos¹¹² de las legiones, pues las leían antes a los soldados que a sus jefes. Entonces ordenó el arresto de uno de los sediciosos, más por ejercer su autoridad que porque un solo hombre fuera el culpable. El ejército se trasladó [3] de Bonna a la Colonia Agripinense, mientras afluían tropas auxiliares de los galos¹¹³, quienes al principio apoyaban con energía la causa romana, pero, después, cuando aumentó la fuerza de los germanos, la mayoría de las ciudades tomaron las armas contra nosotros con esperanzas de libertad y con la ambición de formar un imperio, una vez que se hubieran sacudido la esclavitud. Seguía aumentando el resentimiento de las legiones¹¹⁴, [4] sin que el arresto de un único soldado les hubiera intimidado. Además, este mismo soldado llegaba a acusar de complicidad al general, alegando que había actuado de intermediario entre Civil y Flaco y se le estaba incriminando con una acusación falsa porque era testigo de la verdad. Vócula, con admirable entereza, subió a la tribuna y ordenó que apresaran y llevaran a la ejecución al soldado que no dejaba de vociferar. Y mientras los malvados empezaban a temblar, los mejores ejecutaban las órdenes. Luego, al reclamar de común acuerdo a Vócula como su jefe, Flaco le confió todo el mando¹¹⁵.

26. Sin embargo, había muchos hechos que exasperaban a aquellos ánimos rebeldes. La paga y la alimentación eran escasas, y las Galias se negaban tanto al reclutamiento como a los impuestos. Debido a una sequía inusual por estas latitudes, el Rin era apenas navegable y el abastecimiento estaba restringido. Se habían emplazado guarniciones por toda la

orilla para impedir que los germanos lo vadearan, pero por esa misma razón [2] había menos provisiones y más gente para comer. Entre la gente inculta la escasez de agua se interpretaba como algo siniestro, como si también los ríos, las viejas defensas del imperio, nos estuvieran abandonando. Lo que en tiempos de paz se atribuía al azar o a la naturaleza, entonces se llamaba destino fatal y cólera [3] divina. Al entrar en Novesio¹¹⁶, se les unió la legión XVI¹¹⁷. El comandante Herennio Galo¹¹⁸ fue nombrado adjunto de Vócula para asumir parte de sus responsabilidades. No se atrevieron a dirigirse hacia el enemigo, sino que levantaron el campamento en un lugar llamado Gelduba¹¹⁹. Allí entrenaban a los soldados con ejercicios de instrucción de combate, fortificación y vallado y demás maniobras de guerra. Y con el fin de que la moral subiese con el botín, se llevó al ejército de Vócula a las aldeas cercanas de los cugernos¹²⁰ que se habían aliado con Civil, mientras que una parte de las tropas permaneció con Herennio Galo.

27. Un día sucedió que no lejos del campamento encalló en los vados una nave cargada de trigo y los germanos intentaban arrastrarla a su orilla. Galo no estaba dispuesto a permitirlo y envió una cohorte a rescatar la nave. También aumentó el número de germanos y, al sumarse poco a poco refuerzos, se llegó a un combate regular. Los germanos se apoderaron de la nave en medio de una gran matanza de los nuestros. Los vencidos, [2] cosa que ya se había convertido en una costumbre, echaban la culpa no a su propia cobardía, sino a la traición de su comandante. Lo sacaron a rastras de su tienda, le rasgaron las vestiduras, llenaron su cuerpo de latigazos y le conminaron a confesar cuánto le habían pagado para traicionar al ejército y cuáles eran sus cómplices. La rabia se volvió contra Hordeonio. A este¹²¹ lo señalaron como el instigador de la traición, a aquel como su ejecutor, hasta que el mismo Galo, aterrado por las amenazas de muerte, acabó por acusar a Hordeonio de traición. Lo encadenaron y solo fue liberado con

la llegada de Vócula. Al día siguiente [3] este dio muerte a los responsables del motín: tan diferentes ejemplos de libertinaje y sumisión ofrecía el ejército. No hay duda de que los soldados rasos eran leales a Vitelio, mientras que los oficiales de mayor rango se inclinaban por Vespasiano. Eso explicaba la sucesión de crímenes y ejecuciones y esa combinación de furia y sumisión, hasta el punto de que no se podía controlar a quienes se podía castigar.

28. Por el contrario, Germania entera respaldaba a Civil con inmensos refuerzos, una vez que la alianza había sido sellada con intercambio de rehenes ilustres. Civil ordenó a los pueblos cercanos que saquearan a los ubios y tréviros y que otra fuerza atravesara el río Mosa para golpear a los menapios, morinos, pueblos del extremo norte de las Galias¹²². En ambos frentes se obtuvo botín, de manera más severa en el caso de los ubios¹²³, porque, siendo un pueblo de origen germánico, había abjurado [2] de su patria para tomar el nombre romano de Agripinenses¹²⁴. Sus cohortes fueron destrozadas en la aldea de Marcoduro¹²⁵, donde andaban despreocupados por hallarse lejos de la orilla. Tampoco los ubios se quedaron tranquilos sin buscar botín en Germania, al principio con impunidad, pero luego fueron cercados, y de hecho, durante toda esta guerra, su lealtad fue superior [3] a su suerte. Aplastados los ubios, Civil se convirtió en un rival más serio y más fiero con el éxito. Estrechaba el cerco de las legiones con las guardias en alerta, para que ningún mensajero secreto con noticias de la llegada de refuerzos pudiera saltar las líneas. Encomendó a los batavos la maquinaria bélica y las operaciones pesadas. A las fuerzas del otro lado del Rin que pedían combate les ordenó abrir una brecha en la empalizada y, cuando fueran rechazados, se reintegraran al combate, pues sobraba tropa y las bajas serían fáciles de asumir.

29. Ni siquiera la noche puso un final a las fatigas. Los asaltantes apilaron leños de los alrededores y formaron una

fogata, mientras banqueteaban. Y en la medida en que cada cual se iba calentando con el vino, se lanzaban a la lucha con imprudente temeridad. En efecto, sus proyectiles no surtían efecto en la oscuridad. Los romanos, en cambio, veían con claridad las líneas de los bárbaros y dirigían sus golpes contra los que brillaban por su osadía o sus condecoraciones. Cuando Civil se dio cuenta [2] de la situación, ordenó apagar el fuego y sumirlo todo en una confusión de oscuridad y combate. Entonces se sucedieron gritos disonantes, encuentros indecisos, sin que fuera posible prever cómo acertar o esquivar los golpes. Donde surgía un griterío, allí se arracimaban los cuerpos y extendían sus brazos: de nada servía el valor, todo lo confundía el azar y los valientes caían a menudo bajo las armas de los cobardes. La furia de los [3] germanos era irracional; los romanos, en cambio, conscientes del peligro, no lanzaban al azar los venablos de hierro y piedras pesadas. Cuando el ruido de los zapadores o la colocación de las escalas en los muros les ponían al enemigo a su alcance, los empujaban con el escudo y los seguían con las jabalinas. Llegaron a acuchillar con puñales a muchos atacantes que conseguían escalar las murallas. Agotada así la noche, el día dio paso a nuevos combates.

30. Los batavos habían levantado una torre¹²⁶ con dos plataformas que acercaron a la puerta pretoria¹²⁷, por donde el terreno era más llano. Los defensores movieron contra ella grandes postes y la golpearon con vigas hasta quebrarla en medio de una gran mortandad de los que estaban subidos en ella, al tiempo que se luchaba contra los desorganizados enemigos mediante una salida repentina coronada por el éxito. Al mismo tiempo, los legionarios, superiores en experiencia y técnica, se pusieron [2] a construir más maquinaria de guerra. Un miedo especial produjo una máquina equilibrada y suspendida sobre ellos, la cual, al bajar de repente, alzaba por los aires a uno o más enemigos ante los ojos de sus compañeros y, después de girar la carga, la depositaba dentro

del campamento¹²⁸. Civil perdió la fe en el asalto y comenzó de nuevo un asedio tranquilo intentando minar la lealtad de las legiones con mensajes y promesas.

31. Estos fueron los sucesos de Germania antes de la batalla de Cremona¹²⁹, de cuyo resultado informó una carta de Primo Antonio¹³⁰ que adjuntaba un edicto de Cécina. Un comandante de la cohorte de los vencidos, Alpinio Montano¹³¹, atestiguó en persona la suerte de su bando. Las reacciones fueron dispares ante la noticia. Las tropas auxiliares de la Galia¹³², que no tenían simpatías ni odios por los bandos contendientes y prestaban servicio sin entusiasmo, abandonaron rápidamente a Vitelio a instancias de sus comandantes, mientras que los soldados [2] veteranos se mantenían dubitativos. Sin embargo, ante el requerimiento de Hordeonio y la presión de los tribunos, prestaron juramento sin demasiada firmeza ni en sus gestos ni en sus corazones, y, al pronunciar el resto de las palabras del juramento, pasaban por el nombre de Vespasiano con titubeos o con un suave murmullo y, la mayoría, en silencio.

32. Luego, se leyó ante la asamblea la carta de Antonio a Civil que levantó las sospechas de los soldados, pues parecía escrita a un compañero de partido y se refería en términos hostiles al ejército de Germania. Más tarde, cuando llegaron al campamento de Gelduba, se repitieron las mismas palabras y los mismos actos, y se envió a Montano con instrucciones de que Civil debía abandonar las hostilidades y no enmascarar una agresión exterior con falsos pretextos. Si había pretendido ayudar a Vespasiano, sus esfuerzos ya habían sido más que suficientes. Al principio, Civil le respondió con astucia, pero cuando [2] comprendió que Montano era un hombre de carácter impetuoso y dispuesto a las revueltas, empezó a lamentarse de los peligros que durante veinticinco años había arrostrado en los campamentos romanos. «Estupenda recompensa he recibido —le dijo— por mis sacrificios, el

asesinato de mi hermano¹³³, mi prisión y los crueles gritos de este ejército exigiendo mi ejecución, por lo cual reclamo su castigo de acuerdo con el derecho de gentes. En cambio, vosotros, tréviros y demás almas de esclavos, ¿qué premio esperáis por la sangre derramada tantas veces si no es una ingrata milicia, impuestos sin fin, azotes, hachas de ejecución y las ocurrencias de vuestros amos? Mira, [3] yo, el comandante de una sola cohorte, y los caninefates y batavos, exigua porción de las Galias, o hemos destruido aquellos vastos e inútiles recintos del campamento o los tenemos cercados con las armas y el hambre. Y, para terminar, si nos aventuramos, ganaremos la libertad o, si somos vencidos, quedaremos como antes». Con estas palabras despidió a un enardecido Montano, aunque le ordenó que entregara un informe más suavizado. Montano regresó como si la misión hubiera fracasado, ocultando lo demás, que trascendió más tarde.

33. Civil se quedó con una parte de las tropas y envió contra Vócula y su ejército a las cohortes veteranas y los germanos más dispuestos al mando de Julio Máximo y Claudio Víctor, hijo de su hermana. Por el camino saquearon los cuarteles de invierno del regimiento de caballería situados en Asciburgio¹³⁴, y cayeron tan repentinamente sobre el campamento¹³⁵ que Vócula no pudo ni dirigirse a sus hombres ni desplegarlos para la batalla. Todo lo que pudo hacer en medio del tumulto fue aconsejarles que se hicieran fuertes en el centro con los legionarios, mientras que las tropas auxiliares se dispersaban por todos lados.[2] La caballería lanzó una carga, pero fue recibida por los enemigos bien ordenados y tuvieron que volver grupas junto a los suyos. A partir de ahí, se produjo una carnicería, no una batalla. Las cohortes de nervios¹³⁶, por miedo o deslealtad dejaron al desnudo los flancos de los nuestros, de modo que el ataque llegó hasta las legiones, las cuales, tras perder las enseñas, eran aplastadas dentro de la empalizada, pero, de pronto, con la [3] llegada de

nuevos refuerzos, cambió la suerte de la lucha. Unas cohortes de váscones¹³⁷, que, reclutadas por Galba, se les había hecho venir por entonces, se estaban acercando al campamento, cuando oyeron el griterío de los contendientes. Atacaron por la espalda a los enemigos atentos a otra parte y provocaron un pánico desproporcionado a su número, pues se creyó que habían llegado las tropas al completo, unos de Novesio y otros de Mogontiaco¹³⁸. Tal error infundió moral en los nuestros, pues, al confiar en las fuerzas ajenas, recuperaron las propias. Fueron [4] destrozados los combatientes más valientes de los batavos con toda su infantería; la caballería escapó con las enseñas y los prisioneros capturados en el combate inicial. Aquel día cayó en nuestro lado un mayor número de combatientes, pero eran los menos preparados para la guerra; los germanos, en cambio, perdieron lo más granado de sus tropas.

34. Los comandantes de ambos bandos¹³⁹ tuvieron la misma responsabilidad: merecieron las derrotas y no estuvieron a la altura de los éxitos. En efecto, Civil, si hubiera formado para la batalla con más efectivos, no habría podido ser rodeado por tan pocas cohortes, sino que habría irrumpido y destruido el campamento romano. Vócula, por su parte, no se informó de la llegada del enemigo y por ello fue vencido tan pronto como salió; después, con poca fe en la victoria, tras desperdiciar algunos días, movió el campamento hacia el enemigo. Pero, si se hubiera dado prisa por contraatacar de inmediato y seguir el curso de los acontecimientos, hubiera podido romper con ese mismo ataque el asedio de las legiones. Entretanto, Civil había probado la [2] moral de los sitiados¹⁴⁰, creando la impresión de que los romanos estaban perdidos y que la victoria se había decantado de su lado. Desfilaban con las enseñas y estandartes e incluso se exhibía a los prisioneros. Uno de ellos, que en una acción heroica descubrió a viva voz la realidad de los hechos, fue acribillado allí por los germanos, lo cual dio más verosimilitud a su información. Al mismo

tiempo, por la devastación y el incendio de las granjas ardiendo, se deducía que se estaba acercando el ejército [3] vencedor. A la vista del campamento, Vócula ordenó detenerse y rodear la posición con una fosa y una empalizada, pues, dejados allí los petates y bagajes, combatirían sin estorbos. Entonces, se levantó un griterío contra el general exigiendo luchar, pues de hecho la amenaza se había convertido en una costumbre. Sin tomarse siquiera el tiempo necesario para formar las líneas, en desorden y agotados se lanzaron al combate. Y, en efecto, allí estaba Civil, quien confiaba tanto en los defectos de [4] los enemigos como en el valor de los suyos. Varia fue la suerte de los romanos, pero los más sediciosos resultaron ser los más cobardes. Algunos, que se acordaban de la victoria reciente, mantenían la posición, producían heridas en el enemigo, se daban ánimos entre ellos y los más cercanos. Cuando recompusieron la formación, tendían las manos a los sitiados suplicándoles que no perdieran su oportunidad. Estos que veían todo desde las [5] murallas se lanzaron por todas las puertas. Quiso la fortuna que Civil cayese al resbalar su caballo y entonces por los dos ejércitos se extendió el rumor de que Civil estaba herido o muerto. Es increíble el pánico tan grande que cundió entre los suyos y qué entusiasmo entre los enemigos. Pero Vócula, en vez de lanzarse a perseguir a los fugitivos, se puso a reforzar la empalizada y las torres del campamento¹⁴¹, como si el asedio se fuera a reiniciar pronto. Después de desaprovechar tantas veces la victoria, se sospechaba no sin razón que prefería la guerra a la paz.

35. Nada agobiaba tanto más a nuestras tropas como la escasez de provisiones. Se enviaron a Novesio los bagajes de las legiones con un tropel de no combatientes, a fin de transportar el trigo desde allí por vía terrestre, pues el enemigo controlaba el río. El primer convoy avanzó sin problemas, pues Civil no se [2] había recuperado lo suficiente. Cuando se enteró de que de nuevo se habían enviado a Novesio abastecedores de trigo y de que las cohortes asignadas como

escolta marchaban como si estuvieran en plena paz, de que había pocos soldados junto a las enseñas, de que las armas permanecían en los carruajes y de que todos andaban dispersos a causa de su indisciplina, lanzó un ataque con sus tropas en formación, después de enviar por delante partidas para bloquear los puentes y caminos estrechos. Se luchó en un frente amplio y el combate se mantuvo indeciso, hasta que la noche puso fin a la lucha. Las cohortes se dirigieron a Gelduba, donde [3] el campamento permanecía como antes, defendido por los soldados allí apostados. No había duda de los peligros que tendrían que correr en su regreso aquellos portadores cargados y hostigados. Vócula añadió a su ejército mil hombres escogidos de las legiones V y XV sitiadas junto a Vetera¹⁴², soldados indomables y hostiles a sus jefes. Partieron más hombres de lo que se había [4] ordenado y durante la marcha iban murmurando abiertamente que no tenían la intención de soportar más hambre y de aguantar las mentiras de sus comandantes. Por el contrario, quienes habían quedado atrás se quejaban de que se les había abandonado y traicionado con la retirada de una parte de las legiones. Tal fue el origen de un doble motín, pues unos pedían que Vócula regresara al campamento, mientras otros se negaban a que lo hiciera.

36. Entretanto, Civil puso cerco a Vetera, mientras Vócula se retiró a Gelduba y de allí a Novesio. Civil tomó Gelduba y después luchó con éxito no lejos de Novesio en un enfrentamiento ecuestre. Con todo, los éxitos no eran menos eficaces que las victorias para incitar a las tropas a acabar con de sus jefes. Y las legiones que aumentaron sus efectivos con la llegada de los legionarios de la V y XV¹⁴³, empezaron a exigir pagas extraordinarias al enterarse de que Vitelio había enviado dinero. [2] Y Hordeonio, sin dudarle mucho tiempo, se lo dio en nombre de Vespasiano y eso fue principalmente lo que fomentó la sedición. Los soldados, entregados a la buena vida, festines y conciliábulos nocturnos, avivaron su antiguo resentimiento contra Hordeonio. Y, sin que ninguno de los

legados y tribunos lo impidiera (la noche sin duda había eliminado todo freno), lo arrastraron desde su alcoba y lo mataron. Lo mismo estaba reservado para Vócula, pero se disfrazó con ropas de esclavo y logró escaparse en la oscuridad de la noche¹⁴⁴.

37. Cuando, calmados los ánimos, volvió el miedo, enviaron centuriones con cartas a las ciudades de las Galias para solicitar refuerzos y dinero. Ellos, con la precipitación, el miedo y la cobardía que caracterizan a una masa sin un líder¹⁴⁵, tomaron las armas alocadamente a la llegada de Civil y las abandonaron al [2] instante para emprender la fuga. La adversidad dio paso a la discordia, pues las tropas que venían del ejército de la Germania Superior¹⁴⁶ hicieron causa aparte. Con todo, se repusieron las estatuas de Vitelio en los campamentos y ciudades cercanas de los belgas, aunque Vitelio ya estaba muerto¹⁴⁷. Después, se arrepintieron los legionarios de la I, la IV y la XXII¹⁴⁸, siguieron a Vócula y, tras renovar el juramento a favor de Vespasiano, se encaminaron a levantar el asedio de Mogontiaco. Los sitiadores, [3] un ejército mixto de catos, usipos y matiacos¹⁴⁹, se habían retirado hartos de botín y no sin sangre, pues nuestros soldados les habían atacado por el camino cuando estaban dispersos y desprevenidos. Además, los tréviros levantaron almenas y murallas a lo largo de su territorio, enfrentándose a los germanos con grandes descalabros en ambas partes. Su posterior rebelión manchó sus extraordinarios servicios prestados al pueblo romano.

*Roma a comienzos del año 70 d. C.*¹⁵⁰

38. Entretanto Vespasiano, por segunda vez, y Tito, ausentes, iniciaron¹⁵¹ el consulado, al tiempo que Roma se encontraba deprimida y angustiada por temores de todo tipo. Aparte de las calamidades que la amenazaban, echó sobre sí la falsa alarma de que África se había sublevado a instigación de L. Pisón¹⁵². Este se encontraba [2] al mando de la provincia y

se encontraba muy lejos de tener un carácter rebelde. Pero, como la inclemencia del invierno impedía la navegación, la gente, que solía comprar los alimentos cada día y cuya única preocupación por el Estado se centraba en el abastecimiento de grano¹⁵³, temía y creía por eso que los puertos estaban cerrados y los suministros bloqueados. Los rumores los multiplicaban los vitelianos, quienes todavía no habían abandonado sus banderías. Tal rumor tampoco desagradaba a los vencedores, cuyas ambiciones, no colmadas tampoco en las guerras del extranjero, nunca pudo satisfacer ninguna victoria en una guerra civil.

39. El primero de enero, en la sesión del Senado¹⁵⁴ que había convocado el pretor urbano Julio Frontino¹⁵⁵, se aprobaron decretos de felicitación y agradecimiento a oficiales, ejércitos y reyes vasallos. Se privó de la pretura a Tetio Juliano¹⁵⁶ aparentemente por haber abandonado a la legión cuando esta se pasó a Vespasiano, pero en realidad era para transferir el cargo a [2] Plocio Gripo¹⁵⁷. Hormo recibió el rango de caballero¹⁵⁸. Y luego, tras la dimisión de Frontino, César Domiciano se hizo cargo de la pretura. Su nombre encabezaba las cartas y edictos, pero el poder estaba en manos de Muciano, dejando aparte las numerosas medidas que Domiciano se aventuraba a tomar por instigación de sus amigos o por su propio capricho. Pero la gran [3] amenaza para Muciano procedía de Primo Antonio y Varo Arrio¹⁵⁹. Enaltecidos recientemente por la fama de sus logros y el respaldo de los soldados, el pueblo también los aclamaba. Esto se debía a que, fuera del campo de batalla, no habían cometido ningún acto de violencia contra nadie. También corría la voz de que Antonio había animado a Escriboniano Craso¹⁶⁰, que brillaba por sus ilustres antepasados y por la memoria de su hermano, a asumir el control del Estado. No le hubiera faltado el apoyo de un buen número de hombres, pero Escriboniano se negó, pues no era proclive a dejarse sobornar ni siquiera con garantías y se mostraba temeroso ante propuestas inseguras.

[4] Así pues, Muciano, puesto que no podía aplastar abiertamente a Antonio, lo colmó de alabanzas en el Senado y lo abrumó con promesas confidenciales, proponiéndole Hispania Citerior¹⁶¹, vacante tras la marcha de Cluvio Rufo. También distribuyó generosamente entre sus amigos tribunados y prefecturas. Después, cuando le había llenado la mente de vanas esperanzas y ambiciones, eliminó sus fuerzas enviando a los campamentos de invierno a la legión VII¹⁶², que profesaba un amor enorme hacia Antonio, y devolviendo a Siria a la legión III¹⁶³, una tropa estrechamente relacionada con Arrio Varo. Una parte del ejército se encontraba de camino hacia las Germanias¹⁶⁴. De esta forma, liberada de cualquier elemento perturbador, Roma recobró su aspecto normal, sus leyes y las funciones de los magistrados.

40. El día en que Domiciano entró en el Senado¹⁶⁵ habló breve y discretamente sobre la ausencia de su padre y de su hermano, así como de su propia juventud. Y lo hizo con compostura y, como todavía no se conocía su carácter, sus frecuentes rubores se tomaban como prueba de su modestia¹⁶⁶. Cuando el príncipe consultó sobre la rehabilitación de la dignidad de Galba¹⁶⁷, Curcio Montano¹⁶⁸ propuso que también se honrara la memoria de Pisón. Los senadores aprobaron ambas [2] propuestas, aunque la de Pisón quedó en nada. Luego se eligieron por sorteo una comisión encargada de devolver las propiedades robadas durante la guerra y otra para estudiar y promulgar las tablas de bronce que contenían los textos legales y que se habían destruido con el paso del tiempo¹⁶⁹, para expurgar el calendario oficial desfigurado por la adulación de la época¹⁷⁰ y para imponer restricciones al gasto público¹⁷¹. Se devolvió la pretura a Tetio Juliano, una vez que se supo que había buscado refugio al lado de Vespasiano, mientras que Gripo se mantuvo en su cargo¹⁷². A continuación se decidió [3] reabrir el caso entre Musonio Rufo y Publio Céler¹⁷³. Se condenó a Publio y se dio satisfacción a

los manes de Sorano¹⁷⁴. A aquella jornada marcada por el rigor público tampoco le faltaron distinciones personales. Con Musonio se creía que se había actuado con estricta justicia, pero las opiniones diferían a propósito de Demetrio, filósofo cínico¹⁷⁵, pues había defendido a un culpable manifiesto con más ambición que honradez. En cuanto a Publio ni su talante ni su discurso le ayudaron nada en aquel momento de peligro. Ahora que se había dado la señal de venganza contra los delatores, Junio Máurico¹⁷⁶ solicitó al César¹⁷⁷ que pusiera a disposición del Senado los archivos imperiales para que se conociera a quiénes habían denunciado cada uno de los delatores. Domiciano replicó que en un asunto de tanta importancia debía consultar al emperador¹⁷⁸.

41. Por iniciativa de los miembros más notables el Senado se sometió a un juramento¹⁷⁹, por el que todos los magistrados a porfía y demás senadores, conforme les llegaba su turno de palabra, ponían a los dioses por testigos de que no habían cometido ninguna acción que pudiera haber perjudicado a nadie ni habían percibido recompensa o cargo alguno a cambio de la desgracia de ciudadanos romanos. Los senadores que tenían conciencia de su infamia se ponían a temblar y cambiaban las palabras del juramento [2] con argucias diversas. Los senadores aplaudían a quienes juraban honestamente y abucheaban a los perjuros y esta especie de censura recayó con especial severidad sobre Sarioleno Vócula, Nonio Atiano y Cestio Severo¹⁸⁰, quienes se habían hecho famosos por sus delaciones en tiempos de Nerón. Sarioleno tenía que enfrentarse además a la acusación reciente de que había [3] seguido maquinando lo mismo en tiempos de Vitelio. Y los senadores no dejaron de señalarle con sus manos hasta que abandonó la cámara. Luego pasaron su atención a Pacio Africano¹⁸¹, a quien también lo acosaban acusándolo de que había señalado ante Nerón para su ruina a los hermanos Escribonios¹⁸², célebres por su estrecha unión y por sus riquezas. Africano ni se atrevía a reconocerlo ni podía negarlo.

Pero volviéndose contra Vibio Crispo¹⁸³ que lo estaba acosando a preguntas, lo implicó en delitos que no tenían defensa posible, con lo que eludió la indignación del Senado creando una complicidad en sus crímenes.

42. Aquel día Vipstano Mesala¹⁸⁴ se ganó una gran fama por su lealtad y elocuencia. Sin tener todavía edad para entrar en el Senado¹⁸⁵, se atrevió a interceder a favor de su hermano Aquilio Régulo¹⁸⁶. La ruina de las familias de los Crasos¹⁸⁷ y de Órfito¹⁸⁸ había provocado un profundo odio contra Régulo. Parecía que, siendo tan joven, se había encargado de la acusación voluntariamente no para salvar su propia piel sino con la esperanza de ganar poder. Además, la esposa de Craso, Sulpicia Pretextata¹⁸⁹, y sus cuatro hijos estaban allí para pedir venganza si el Senado abría el caso. Lo cierto es que Mesala no respondía a la acusación [2] ni defendía al acusado, pero al salir personalmente en socorro de su hermano en peligro había impresionado a algunos de los senadores. Curcio Montano se encargó de la réplica con un discurso Implacable¹⁹⁰, llegando al extremo de acusar a Régulo de que, tras el asesinato de Galba, había dado dinero al ejecutor de Pisón [3] y había atacado la cabeza de Pisón a mordiscos¹⁹¹. «Esa acción, desde luego, no te obligó a llevarla a cabo Nerón ni compraste tu honor o seguridad con tamaña salvajada. Aceptemos sin duda las excusas de quienes prefirieron perder a otros que correr riesgos ellos mismos. Pero en tu caso el destierro de tu padre, el reparto de los bienes entre los acreedores y tu edad todavía no apta para asumir cargos te habían dejado a salvo y nada había que Nerón [4] pudiera desear de ti, nada que pudiera temer. Por sed de sangre y ansia de recompensas manchaste con asesinatos de nobles tu capacidad intelectual, entonces todavía desconocida y sin experiencia en la defensa de nadie. Del cadáver del Estado robaste los despojos consulares¹⁹², te cebaste con siete millones de sestercios y con tu reluciente vestimenta de sacerdote envolvías en la misma ruina a niños inocentes, ancianos distinguidos o damas nobles, al tiempo

que reprochabas a Nerón su falta de energía, pues lo molestaban a él y a los delatores¹⁹³ atacando a las familias una por una, cuando se podía arruinar al Senado entero con una sola palabra¹⁹⁴. [5] Conservad, senadores, y proteged a un hombre de consejos tan expeditivos, para que toda nuestra generación aprenda y los jóvenes imiten a Régulo, como nuestros mayores lo hicieron con Marcelo o Crispo. La maldad, incluso cuando fracasa, encuentra seguidores: ¿qué decir si florece y se hace fuerte? Y si no nos atrevemos a enfrentarnos a quien es todavía un excuestor, ¿nos atreveremos cuando haya sido pretor y cónsul? ¿Es que creéis que Nerón ha sido el último tirano? Eso mismo pensaban quienes sobrevivieron a Tiberio y a Gayo, hasta que luego surgió otro más detestable y cruel. No abrigamos ningún temor con Vespasiano: [6] esa sí es la edad de un príncipe, esa sí es la moderación¹⁹⁵. Pero los ejemplos duran más que las costumbres¹⁹⁶. Hemos perdido vigor, senadores, y ya no somos aquel Senado que, tras la muerte de Nerón, exigía el castigo de los delatores y sus cómplices según la costumbre de nuestros antepasados¹⁹⁷. Tras un mal príncipe, el primer día es el mejor».

43. El Senado escuchó el discurso de Montano con tal asentimiento, que Helvidio¹⁹⁸ concibió la esperanza de que incluso se podría arruinar a Marcelo. Así que inició su discurso con un elogio de Cluvio Rufo¹⁹⁹, que era muy rico y excelente orador, y nunca había puesto en peligro a nadie en la época de Nerón. Luego, se puso a presionar a Eprio con acusaciones y con el ejemplo citado, provocando el entusiasmo de los senadores. [2] Cuando Marcelo se dio cuenta de la maniobra, haciendo como que se marchaba del Senado, espetó: «Nos vamos, Prisco²⁰⁰, y te dejamos con tu Senado. Puedes hacer de rey ante la presencia del César». Le siguió Vibio Crispo, los dos furiosos, pero con gestos diferentes: Marcelo con ojos amenazadores, Crispo socarrón²⁰¹, hasta que acudieron corriendo sus amigos y les

hicieron volver. Al ir subiendo de tono la disputa y dado que una mayoría de buenos y una minoría de poderosos se enfrentaban con odios implacables, transcurrió la jornada en medio de aquella discordia.

44. La siguiente sesión del Senado²⁰² la abrió Domiciano insistiendo en la necesidad de acabar con el resentimiento, el odio y las imposiciones²⁰³ del pasado. Muciano intervino prolijamente a favor de los delatores. Al mismo tiempo, advertía en tono suave y como de ruego a quienes reabrían acciones legales para abandonarlas después. Los senadores renunciaron a aquella libertad recién estrenada, tan pronto como se encontraron con una oposición. [2] Muciano, para que no diera la impresión de que se despreciaba la opinión del Senado y se dejaban impunes todos los crímenes cometidos en la época de Nerón, devolvió a Octavio Sagita y a Antistio Sosiano²⁰⁴, de rango senatorial, al exilio en las mismas islas de donde habían escapado. Octavio había mantenido una relación indecorosa con Poncia Postumina²⁰⁵ forzándola y al no aceptar ella el matrimonio la mató al ver su amor imposible²⁰⁶. Sosiano, de costumbres depravadas, había causado la ruina de muchas personas. Los dos habían sido condenados y enviados [3] al destierro por un riguroso decreto del Senado y, aunque a otros se había permitido volver, a ellos se les confirmó la misma pena. Esto, sin embargo, influyó poco para suavizar el resentimiento contra Muciano. Después de todo, Sosiano y Sagita significaban poco, aunque regresaran. Lo que se temía de verdad era el talento de los delatores, su riqueza y el poder ejercido con malas artes.

45. Un proceso instruido en el Senado según las costumbres antiguas sirvió para acercar durante un tiempo los sentimientos contrarios de los senadores. El senador Manlio Patruito²⁰⁷ presentó la queja de haber sido golpeado en la colonia de Siena en una reunión de mucha gente y por orden de los magistrados. Y el agravio no había acabado ahí. Habían

organizado ante sus narices llantos, lamentos y retratos como se hace en las honras fúnebres junto con ultrajes e insultos que se dirigían contra el Senado en su totalidad²⁰⁸. Se citó a los imputados y, celebrada [2] la vista oral, se castigó a los convictos. Además se promulgó un decreto del Senado por el que se recomendaba a la plebe de Siena²⁰⁹ que supiera comportarse. Por las mismas fechas, Antonio Flamma²¹⁰ ante la acusación de los habitantes de Cirene fue condenado según la ley contra la concusión²¹¹ y enviado al destierro por crueldad.

46. En medio de estos sucesos estuvo casi a punto de estallar un motín. Los pretorianos licenciados por Vitelio²¹², que se habían agregado al bando de Vespasiano, pedían que se les reincorporara en el servicio de las cohortes pretorianas, mientras que los legionarios seleccionados para el mismo destino exigían la paga prometida²¹³. Y no era posible deshacerse de la guardia viteliana sin un gran baño de sangre²¹⁴. Pero el coste de mantener una fuerza tan grande de hombres tendría que ser [2] enorme. Muciano entró en el campamento para hacer una estimación más correcta de las pagas que correspondían a cada cual, y formó a los victoriosos flavianos con sus armas y condecoraciones, dejando un espacio pequeño entre ellos. Después, a los vitelianos, tanto a los que dijimos que se habían rendido en Bovillae²¹⁵ como a los demás²¹⁶, recogidos por Roma y sus suburbios, se les hizo comparecer casi a pecho descubierto. Muciano ordenó apartarlos y colocar por separado a los soldados de Germania, Britania y a los procedentes de otros ejércitos. En [3] un primer momento aquella imagen los había dejado atónitos, pues en la parte opuesta veían lo que parecía un ejército que les amenazaba con armamento ofensivo y defensivo, mientras ellos estaban rodeados, desnudos y desfigurados por la mugre. Pero cuando se empezó a separarlos de un lado para otro, el miedo se apoderó de todos y especialmente de los soldados germanos, pues pensaban que con tal separación se les

destinaba a la muerte. Empezaron a estrechar sus pechos con sus compañeros de filas, se entrelazaban las nuca con sus manos, se daban los últimos besos, suplicándoles que nos los dejaran solos ni permitieran que corrieran una suerte diferente cuando su causa había sido la misma. En sus ruegos ponían por testigos ya a Muciano, ya al príncipe ausente y finalmente al cielo y a los dioses, hasta que Muciano se dirigió a todos ellos como soldados con el mismo juramento y el mismo emperador, con lo que disipó aquel miedo sin fundamento. Y, en efecto, incluso el ejército vencedor apoyaba con su griterío sus lágrimas de súplica. Así acabó el asunto por aquel día. Pocos días después acogieron [4] una alocución de Domiciano con la confianza ya recobrada. Ahora rechazaban las tierras que se les ofrecía y exigían las pagas. Se trataba de súplicas, pero no se les podía contradecir, por lo que fueron admitidos en la guardia pretoriana. Más tarde, a los que habían cumplido la edad y años de servicio reglamentarios²¹⁷ se les licenció con honores, mientras que otros lo fueron como castigo, pero por separado y uno a uno, que es el método más seguro para hacer morir el consenso de una multitud.

47. Por lo demás, ya fuera porque había una auténtica necesidad o se quisiera aparentar que la había, se decidió en el Senado que se tomara en préstamo de los particulares deuda pública por valor de sesenta millones de sestericios²¹⁸. Se puso al frente de tal operación a Pompeyo Silvano²¹⁹. No pasó mucho tiempo antes de que desapareciera la necesidad o se dejara de simularla. Luego, Domiciano propuso una ley por la que quedaban anulados los consulados que Vitelio había concedido²²⁰ y se decretó un funeral de Estado en honor de Flavio Sabino²²¹, señal extraordinaria de la inestable fortuna que confunde lo más alto con lo más bajo.

África

48. Por aquella misma época fue asesinado el procónsul L. Pisón²²². Podré dar explicaciones de esta muerte de la manera

más objetiva posible si me remonto más atrás para recordar brevemente sus antecedentes, que no son ajenos a las causas de tales crímenes. La legión que había en África y las tropas auxiliares²²³ destinadas a defender las fronteras del imperio obedecían a un procónsul durante los reinados de Augusto y Tiberio. Más tarde, Gayo César²²⁴, de carácter retorcido y temeroso de Marco Silano²²⁵ que controlaba África, quitó la legión al procónsul para entregarla a un comandante militar enviado a tal efecto. El cupo de ascensos se repartió [2] por igual entre los dos, pero al interferirse las órdenes de cada uno de ellos el desacuerdo estaba servido y aumentado por una malsana competitividad. Creció el poder de los legados debido a la duración de su cargo²²⁶ o también porque los inferiores tienen mayor interés en superar a los superiores, mientras que los procónsules más brillantes andaban más preocupados por la seguridad que por las intrigas del poder.

49. Pero por entonces la legión de África estaba al mando de Valerio Festo²²⁷, joven dado al lujo, ambicioso y angustiado a causa su parentesco con Vitelio. Si este hombre en conversaciones frecuentes tentó a Pisón para una rebelión o se resistió a las tentaciones, no se sabe, pues nadie asistió a sus negociaciones secretas y, tras la muerte de Pisón, la mayoría optó por ganarse el favor del asesino. De lo que no cabe duda es que la provincia y los soldados no sentían simpatía por Vespasiano. Incluso algunos vitelianos, huidos de Roma, ponían ante los ojos de Pisón las vacilaciones de las Galias, los preparativos de Germania, los riesgos personales que corría y la reflexión de que para un gobernador sospechoso en la [2] paz la guerra es más segura. Mientras esto sucedía, Claudio Sagita, comandante del regimiento de caballería de Petra²²⁸, se adelantó en feliz travesía al centurión Papirio²²⁹, enviado por Muciano, y aseguró que el centurión tenía órdenes de asesinar a Pisón, que ya había caído su primo y yerno Galeriano²³⁰ y que la única esperanza de salvación estaba en actuar con audacia. Había, sin embargo, dos formas de actuar

osadamente, según prefiriera tomar inmediatamente las armas o dirigirse en naves a la Galia para ofrecerse como líder a los ejércitos vitelianos²³¹. Pisón no se dejó impresionar en modo alguno ante estas incitaciones. [3] Cuando el centurión enviado por Muciano tocó el puerto de Cartago, empezó a voz en grito a desear todo lo mejor a Pisón como si Pisón fuera emperador, y a quienes les salían al paso, atónitos ante lo asombroso de un suceso tan repentino, los animaba a que se unieran a tales aclamaciones. El vulgo, crédulo, corría hacia el foro reclamando la presencia de Pisón. Con sus gritos de alegría sumían todo en la confusión sin preocuparse [4] por averiguar la verdad, pero sí ansiosos por adular. Pisón, por indicación de Sagita o por su natural reserva, no apareció en público ni se entregó a los aplausos del vulgo. Interrogó al centurión y, al descubrir que había buscado acusarlo y matarlo, ordenó proceder contra él. Lo hizo no tanto por salvar su vida como por rabia contra aquel verdugo, pues, siendo uno de los asesinos de Clodio Macro²³², había vuelto con las manos manchadas con la sangre del comandante de la legión a matar al procónsul. Luego, reprobó a los cartagineses mediante un edicto que delataba su angustia. Recluido en su casa, ni siquiera atendía a sus responsabilidades habituales, con el fin de no dar motivo alguno de nuevos alborotos, ni siquiera por casualidad.

50. Pero cuando llegó a oídos de Festo la consternación del vulgo, la ejecución del centurión y otros asuntos, falsos o verdaderos, como es usual en los rumores, envió jinetes para matar a Pisón. Estos cabalgaron a toda velocidad todavía en la penumbra del amanecer e irrumpieron en el palacio del procónsul espada en mano. Muchos de ellos no conocían a Pisón, pues había seleccionado a auxiliares cartagineses y moros para aquel asesinato. No lejos de su dormitorio se cruzaron [2] casualmente con un esclavo, a quien preguntaron quién era Pisón y dónde se encontraba. El esclavo, con heroica mentira²³³, les respondió que él era Pisón y al momento fue

degollado. Pero no mucho después cayó muerto Pisón, pues había uno que le conocía, Bebio Masa, un agente imperial en África, ya entonces una ruina para la gente de bien y destinado a figurar más de una vez en nuestra historia entre las causas de las desgracias que más tarde tendríamos que soportar²³⁴. Festo [3] desde Adrumetum²³⁵, donde se había quedado para estudiar la situación, se dirigió a reunirse con la legión y ordenó arrestar al comandante del campamento Cetronio Pisano²³⁶ por rencillas personales, aunque lo tildaba de cómplice de Pisón. Castigó a algunos soldados y centuriones y recompensó a otros, sin que lo merecieran ni los unos ni los otros, pero lo hacía [4] para que se creyera que había aplastado una rebelión armada. Más tarde arregló las disputas entre los habitantes de Ea y los de Leptis²³⁷, quienes habían comenzado con robos de cosechas y ganado entre campesinos y ya andaban enfrascados en enfrentamientos armados en toda regla. En efecto, el pueblo de Ea, inferior en número, había llamado en su auxilio a los garamantes²³⁸, gente indómita y muy dada a saquear a sus vecinos. De ahí que el pueblo de Leptis se encontrara en grandes apuros y, con sus tierras arrasadas en una gran extensión, estuviera temblando de miedo dentro de sus murallas, hasta que intervinieron las cohortes y los escuadrones de caballería, derrotaron a los garamantes y recuperaron todo el botín excepto el que los nómadas habían vendido a los pueblos del interior haciéndolo pasar por sus inaccesibles campamentos de chozas²³⁹.

Alejandría

51. Por lo que respecta a Vespasiano²⁴⁰, después de la batalla de Cremona y de las buenas noticias que llegaban de todas partes²⁴¹, muchos miembros de los dos estamentos²⁴² que con igual fortuna que audacia se habían enfrentado a una travesía invernal del Mediterráneo le anunciaron la muerte de Vitelio. Embajadores del rey Vologeso estaban allí presentes para ofrecerle cuarenta mil jinetes partos²⁴³. Era una señal

magnífica y de buena suerte disponer de tan [2] considerable fuerza de aliados y no necesitarlos. Se dieron las gracias a Vologeso con el encargo de que enviara una embajada al Senado y supiera que el imperio estaba en paz. Vespasiano, cuando prestó atención a Italia y a los asuntos de Roma, recibió noticias desfavorables de Domiciano, en el sentido de que estaba traspasando los límites apropiados a su edad y a lo que era permisible en un hijo²⁴⁴. Así que confió a Tito la parte más poderosa del ejército para terminar la guerra con los judíos²⁴⁵.

52. Cuentan que Tito, antes de marcharse, rogó a su padre en una larga conversación²⁴⁶ que no se dejara soliviantar a la ligera por los que calumniaban a Domiciano, sino que adoptara una actitud sin prejuicios y conciliadora hacia su hijo. Ni legiones ni flotas, decía, eran defensas tan sólidas como una familia numerosa, pues los amigos disminuyen, cambian y se acaban con el tiempo, con la fortuna, con las ambiciones a veces o el error. En cambio, para cada cual su propia sangre es inseparable, especialmente en el caso de los emperadores, pues mientras sus éxitos son provechosos para otros, las desgracias afectan a los más allegados. Ni siquiera se mantendría la unión entre hermanos si el padre no les diera [2] ejemplo. Vespasiano, no tanto ablandado hacia Domiciano como encantado por la lealtad familiar de Tito, le aconsejó tener buen ánimo y engrandecer a la patria con la guerra y las armas, que él se encargaría de la paz y de los asuntos familiares. Entonces, cargó sus barcos más veloces de trigo para confiarlos a un mar todavía encrespado. Y es que Roma se debatía en una situación tan crítica que no había trigo en los graneros para más de diez días²⁴⁷, pero en esto la socorrieron los suministros enviados por Vespasiano²⁴⁸.

La restauración del Capitolio

53. La restauración del Capitolio²⁴⁹ se encargó a Lucio Vestino²⁵⁰, un hombre del estamento ecuestre, pero cuyo

prestigio y reputación lo habían situado entre los nobles. Los adivinos que convocó le aconsejaron que llevara los restos del antiguo templo a los pantanos²⁵¹ y que el templo se levantara sobre los mismos cimientos, pues los dioses no querían que se cambiara su antigua forma. El 21 de junio, en un día [2] apacible, todo el espacio dedicado al templo fue rodeado de ínfulas y guirnaldas. Hicieron su entrada soldados con nombres de buen augurio portando ramos favorables de olivo y laurel²⁵². Después, las vírgenes Vestales, acompañadas de niños y niñas cuyos padres y madres vivían, rociaron el lugar con agua sacada de manantiales y ríos. Entonces el pretor Helvidio Prisco²⁵³, [3] guiado en el ritual por el pontífice Plaucio Eliano²⁵⁴, purificó el área con el sacrificio de un cerdo, una oveja y un toro²⁵⁵ y, tras esparcir sus entrañas sobre el césped, invocó a Júpiter, Juno y Minerva²⁵⁶ y a los dioses protectores del imperio, para que aquel proyecto prosperara y pudieran levantar con la ayuda divina aquellas moradas cuyas iniciadas por la devoción de los hombres. El pretor tocó las ínfulas con las que estaba atada la primera piedra²⁵⁷ y unas cuerdas entrelazadas. A un mismo tiempo los demás magistrados, sacerdotes, el Senado, los caballeros y una gran parte del pueblo, esforzándose con entusiasmo y alegría, [4] arrastraban la enorme piedra. Y por doquier arrojaron a los cimientos monedas de plata y oro y pepitas de metales, no refinadas en horno alguno, sino en su estado natural. Los adivinos prescribieron que no se profanara la obra con piedra u oro destinados a otra finalidad. Se elevó la altura del edificio. Se creía que era el único cambio que permitía el sentimiento religioso y era lo único que faltaba al esplendor del antiguo templo.

La revuelta de los batavos (II)

54. Entretanto²⁵⁸, cuando la noticia de la muerte de Vitelio²⁵⁹ se extendió por las Galias y las Germanias, la guerra se había multiplicado por dos. En efecto, Civil actuó sin

tapujos y se lanzó contra el pueblo romano, mientras que las legiones vitelianas preferían incluso ser esclavas de un poder extranjero que del emperador Vespasiano. Los galos habían recobrado la moral pensando que nuestro ejército corría la misma suerte en todos los sitios. Se había extendido el rumor de que los campamentos de invierno de Mesia y Panonia se encontraban asediados por sármatas²⁶⁰ y dacios, [2] y las mismas historias falsas se decían de Britania. Pero nada les había impulsado tanto a creer que el fin del imperio estaba cerca como el incendio del Capitolio. Los galos habían conquistado Roma en otro tiempo²⁶¹, pero el imperio sobrevivió porque la morada de Júpiter había quedado intacta²⁶². Ahora, sin embargo, con aquel fuego fatal, se había dado una señal de la ira divina y de que el dominio del mundo pasaba a los pueblos del norte de los Alpes. Tal era el mensaje que vaticinaban los druidas²⁶³ en su vana superstición. También se había difundido [3] el rumor de que los líderes galos que Otón envió contra Vitelio habían pactado, antes de separarse, no renunciar a la libertad, si la sucesión de continuas guerras civiles y las desgracias internas acababan por destruir al pueblo romano.

55. Antes del asesinato de Hordeonio Flaco²⁶⁴ no hubo indicio alguno del que se pudiera deducir una conspiración. Tras la muerte de Hordeonio se produjo un intercambio de mensajeros entre Civil²⁶⁵ y Clásico²⁶⁶, comandante del regimiento de caballería de los tréviros²⁶⁷. Clásico superaba a otros en alcurnia y riquezas. Descendía de linaje de reyes y sus antepasados gozaron de prestigio tanto en la paz como en la guerra. Se jactaba personalmente de contar entre sus antepasados con más enemigos que aliados del pueblo romano. También se vieron envueltos [2] Julio Tutor y Julio Sabino, tréviro el primero y lingón el segundo. Vitelio había puesto a Tutor al mando de la ribera del Rin²⁶⁸. A Sabino, por su parte, de natural engreído, lo ensoberbecía la falsa pretensión de una estirpe noble, pues andaba diciendo que la belleza de su

bisabuela había atraído al divino Julio y que durante la guerra de las Galias había llegado a ser su [3] amante²⁶⁹. Estos hombres mantuvieron conversaciones secretas para sondear la disponibilidad de los demás. Cuando implicaron y comprometieron a quienes consideraban idóneos, se reunieron en la Colonia Agripinense en una casa privada, pues [4] esta ciudad repudiaba oficialmente proyectos semejantes. Con todo, participaron en el encuentro algunos ubios y tungros, aunque el mayor peso quedaba en poder de los tréviros y lingones, que no toleraron largas negociaciones. Rivalizaron entre ellos para proclamar que el pueblo romano andaba enloquecido con las discordias, las legiones habían sido aniquiladas, Italia estaba devastada, Roma a punto de ser tomada y todos los ejércitos romanos estaban ocupado cada uno en sus propias guerras. Si aseguraban los Alpes con guarniciones, las Galias, una vez consolidada su libertad, tendrían que decidir los límites que deseaban imponer a su poder.

56. Tales propuestas se aprobaban al mismo tiempo que eran expuestas. Sobre los restos del ejército viteliano hubo sus dudas. La mayoría era partidaria de matar a los alborotadores, a los traidores y a los manchados con la sangre de sus jefes. Se impuso el criterio de indultarlos, no fuera a ser que, eliminada la esperanza de perdón, se multiplicara la resistencia. Era mejor atraerlos a una alianza. Si mataban únicamente a los comandantes de las legiones, el resto del ejército raso se sumaría fácilmente a ellos por su conciencia de culpabilidad y por la esperanza de impunidad. Tal fue el tenor de la primera reunión y se despacharon por las Galias emisarios para hacer una llamada a la guerra. Los conspiradores simulaban obediencia para aplastar a Vócula²⁷⁰ cuando estuviera más desprevenido. Desde luego a Vócula [2] no le faltaban informantes, sino fuerzas para reprimir a los rebeldes teniendo a su disposición unas legiones incompletas y desleales. Entre soldados dudosos y enemigos ocultos pensó que lo mejor en

las circunstancias presentes era actuar con el mismo disimulo y las mismas argucias con las que se le atacaba. Y así bajó hasta Colonia Agripinense. Hacia allí huyó, tras sobornar a [3] sus guardianes, Claudio Labeón, de quien dijimos²⁷¹ que había sido apresado y confinado junto a los frisios. Este hombre prometió que, si se le confiaba un destacamento, marcharía contra los batavos para conseguir que la mayor parte de aquel pueblo volviera a aliarse con Roma. Tras recibir una pequeña fuerza de infantería y caballería, no intentó ninguna aventura contra los batavos, sino que arrastró a las armas a algunos nervios y betasios²⁷², además de lanzar incursiones, más a escondidas que en combate abierto, contra los kannenifates y mársacos²⁷³.

57. Vócula, atraído por el engaño de los galos, marchó contra el enemigo²⁷⁴. Y no estaba lejos de Vetera²⁷⁵, cuando Clásico y Tutor se adelantaron con la excusa de explorar el terreno y pactaron en firme con los germanos. Y entonces, por primera vez, se separaron de las legiones²⁷⁶ y rodearon su campamento con empalizada propia, mientras Vócula protestaba porque las guerras civiles no habían perturbado tanto al estado romano como para que incluso los tréviros y los lingones se pudieran [2] burlar de él. Todavía, decía, le quedaban provincias leales, ejércitos victoriosos, la buena suerte del imperio y la venganza de los dioses. Así fue cómo Sacróviro²⁷⁷ y los eduos en su día y recientemente Víndice²⁷⁸ y las Galias fueron derrotados en sendas batallas. Las mismas fuerzas divinas y el mismo destino aguardaban de nuevo a los transgresores de los tratados. El divino Julio y el divino Augusto habían conocido bien el temperamento de los galos y por culpa de Galba y sus reducciones tributarias los galos habían adoptado una actitud hostil. Ahora eran enemigos, porque soportaban un yugo suave, pero, cuando [3] se vieran despojados y privados de todo, serían amigos. Pronunció estas palabras en tono desafiante, pero, después de ver que Clásico y Tutor persistían en su traición, se dio la vuelta y se retiró a

Novesio²⁷⁹. Los galos acamparon a dos millas en la llanura. Se compraba la lealtad de los centuriones y soldados que allí acudían, de manera que (infamia sin paralelo) un ejército romano iba a jurar lealtad a extranjeros e iba a ofrecer como prenda de un crimen tan grande la muerte o prisión de sus comandantes. Vócula, pese a que muchos le aconsejaban la huida, creyó que había que armarse de coraje. Así convocó a una asamblea militar y pronunció el siguiente discurso²⁸⁰:

58. «Nunca os he hablado más preocupado por vosotros ni más tranquilo por mí. En efecto, oigo con gusto que hay un plan para matarme y aguardo la muerte en medio de tantos males como un digno final de mis desgracias²⁸¹. Por vosotros siento vergüenza y pena, pues contra vosotros no se prepara una batalla con el ejército formado —esa es la ley de la guerra y el derecho de los enemigos—, sino que Clásico espera hacer la guerra contra el pueblo romano con la ayuda de vuestras manos y os muestra el imperio de las Galias y el juramento de lealtad a él. ¿Hasta [2] este punto a vosotros, si en estos momentos os han abandonado la suerte y el valor, os fallan también las lecciones del pasado, cuando las legiones romanas elegían morir antes que abandonar sus puestos? Muchas veces aliados nuestros soportaron la destrucción de sus ciudades y que se les quemara vivos junto a sus esposas e hijos, cuando su única recompensa por ese final era la lealtad y el buen nombre²⁸². En estos momentos, las legiones²⁸³ [3] están sufriendo hambre y asedio en Vetera, pero ni el terror ni las promesas les hacen ceder. Nosotros, además de armas, hombres y las excelentes defensas del campamento, disponemos de trigo y suministros adecuados, por mucho que dure la guerra. El dinero hace poco alcanzó incluso para el pago de unas recompensas, que, ya las consideréis donadas por Vespasiano o por Vitelio, sin duda las habéis recibido de un emperador romano. [4] Si, después de tantas campañas victoriosas, de todas las derrotas que habéis infligido al enemigo en Gelduba y en Vetera, teméis el combate en campo

abierto, eso es desde luego una actitud indigna de vosotros. Pero es que hay una empalizada, unos muros y estrategias de dilación hasta que acudan refuerzos y ejércitos [5] de las provincias vecinas. Puede que yo no os guste, pero hay otros comandantes, tribunos, en fin, centuriones o soldados. Que no se divulgue por todo el orbe de la tierra esta monstruosidad, que Civil y Clásico se disponen a invadir Italia con vosotros como comparsas. ¿Es que, si los germanos y galos os condujeran hasta las murallas de Roma, llevaríais las armas contra vuestra patria? Me horroriza imaginarme una infamia tan grande. ¿Se montarán guardias para el tréviro Tutor? ¿Un batavo dará la señal de batalla? ¿Y seréis los refuerzos de las hordas gemanas? ¿Cuál será después el desenlace de vuestro crimen, cuando las legiones romanas vayan derecho contra vosotros? ¿Como tráfugas salidos de otros tráfugas y como traidores salidos de otros traidores andaréis errantes, odiados por los dioses, entre el [6] nuevo y el antiguo juramento? A ti, Júpiter, el Mejor y el más Grande, a quien durante ochocientos veinte años²⁸⁴ hemos honrado con tantos triunfos, a ti, Quirino²⁸⁵, padre de la ciudad de Roma, os suplico y ruego que, si no fue vuestra voluntad conservar este campamento puro e inviolado bajo mi mando, no permitáis, pese a todo, que Tutor y Clásico lo mancillen y profanen, y que a los soldados romanos les concedáis o la inocencia o un arrepentimiento rápido y sin culpa».

59. Se acogió el discurso en medio de reacciones diversas entre la esperanza, el miedo y la vergüenza. Vócula se retiró y, cuando estaba dándole vueltas a su final, sus libertos y esclavos le impidieron adelantarse voluntariamente a morir tan vergonzosamente. Y ocurrió que Clásico envió a Emilio Longino²⁸⁶, un desertor de la legión I²⁸⁷, quien rápidamente le quitó la vida. [2] En cuanto a los comandantes Herennio y Numisio²⁸⁸, el arresto pareció suficiente. Luego, Clásico, revestido con el uniforme de general romano²⁸⁹, se presentó en el campamento. Sin embargo y pese que era un hombre curtido

en toda clase de fechorías, solo encontró las palabras apropiadas para pronunciar en alta voz el juramento. Los presentes²⁹⁰ juraron lealtad al imperio de las Galias. Concedió un importante ascenso al asesino de Vócula y recompensó al resto con arreglo a las maldades que cada cual había cometido. A continuación, Tutor y Clásico se [3] repartieron las responsabilidades. Tutor rodeó Colonia Agripinense con un fuerte contingente y obligó a sus habitantes y a cuantos soldados había en la orilla superior del Rin a prestar el mismo juramento²⁹¹. Mató en Mogontiacum a los tribunos y expulsó al comandante del campamento, que se habían negado a jurar. Clásico, por su parte, ordenó a los más corrompidos de las tropas que habían capitulado que se acercaran a la guarnición sitiada²⁹² para ofrecerle el perdón, si aceptaban la situación presente; en caso contrario, no les quedaría ninguna esperanza y tendrían que soportar el hambre, la espada y la muerte. Los emisarios lo ratificaron con su propio ejemplo.

60. A los sitiados la lealtad, por un lado, y el hambre, por otro, les hacían dudar entre el honor y la infamia. Mientras se mantenían entre dudas, iban faltando los alimentos habituales y los inusuales. Habían consumido mulas, caballos y demás animales, que, aunque, impuros y asquerosos, la necesidad obligaba a usarlos²⁹³. Finalmente, se vieron obligados a arrancar matorrales, raíces y hierbas que crecían entre las piedras, dando una lección de resistencia en las desgracias, hasta que mancharon su ilustre hazaña con un deshonesto final, al enviar a Civil [2] emisarios para suplicar por su vida. Pero sus ruegos no fueron escuchados antes de que jurasen lealtad a las Galias. Entonces Civil, tras pactar el botín del campamento para él, puso guardias para retener el dinero, a los portadores y los bagajes y concedió escoltas para acompañar a los que partían con lo puesto. A unas cinco millas aparecieron los germanos y atacaron a la columna desprevenida. Los más luchadores cayeron en sus puestos, muchos en la huida a la desbandada. Los demás regresaron

para refugiarse en el campamento. Es verdad que Civil protestaba y echaba en cara a los germanos la ruptura criminal [3] de la palabra dada. Sin embargo, si fingía o era incapaz de controlar a sus sanguinarios aliados, no se sabe con certeza. Saqueado el campamento²⁹⁴, le prendieron fuego y todos los que habían sobrevivido a la batalla perecieron en el incendio.

61. Civil, después de sus primeras acciones militares contra los romanos, hizo un voto propio de los bárbaros: teñirse su cabello de rojo y dejárselo crecer²⁹⁵. Cuando, por fin, consumó la matanza de las legiones, se lo cortó²⁹⁶. Se decía también que había ofrecido a su hijo pequeño algunos prisioneros para que los acribillara con sus flechas y dardos de niño. Por lo demás, ni él ni ningún batavo prestaron juramento de lealtad a las Galias, pues confiaba en las fuerzas de los germanos y estaba convencido de que, si había que luchar contra los galos por el control de la situación, tendría la ventaja de su reputación y de su superioridad. Munio Luperco²⁹⁷, comandante de la legión, fue enviado [2] entre otros presentes a Véleda²⁹⁸. Esta joven gozaba de gran influencia entre la tribu de los brúcteros según una antigua costumbre de los germanos por la que a una gran parte de las mujeres se las consideraba profetisas e incluso diosas al incrementarse la superstición. El caso es que el prestigio de Véleda había crecido porque había predicho los éxitos de los germanos y la destrucción de las legiones. Pero Luperco fue asesinado [3] en el camino. Algunos centuriones y tribunos, nacidos en la Galia²⁹⁹, fueron retenidos como prenda de la alianza. Los campamentos de invierno de las cohortes, regimientos de caballería y legiones fueron desmantelados e incendiados con la única excepción de los situados en Mogontiaco³⁰⁰ y Vindonissa³⁰¹.

62. Se ordenó a la legión XVI que se trasladara de Novesio a Tréveris junto con las tropas auxiliares³⁰² que se habían rendido con ellas, fijándose el día, antes del cual debían

abandonar el campamento³⁰³ Todo ese intervalo de tiempo los soldados lo pasaron en medio de distintas preocupaciones. Los más cobardes estaban aterrados ante el precedente de los asesinados en Vetera, los mejores sentían bochorno y vergüenza: ¿qué viaje era aquel? ¿Quién sería el guía del camino? Todo quedaba al arbitrio de quienes se habían convertido en los dueños de su vida y de su muerte. Otros, sin preocuparse para nada de la vergüenza, se cargaban de dinero y de los objetos más queridos³⁰⁴. Algunos ponían a punto el armamento y se cargaban de [2] dardos como si se aprestaran para el combate. Mientras andaban ocupados en estos quehaceres, les llegó la hora de partir, que resultó más triste de lo esperado. En efecto, mientras estaban dentro de la empalizada, no se notaba su humillante situación, pero el campo abierto y la luz del día descubrieron la ignominia. Las efigies de los emperadores³⁰⁵ estaban arrancadas de cuajo y las enseñas sin adornos³⁰⁶, mientras por doquier relucían brillantes los estandartes de los galos. La columna avanzaba en silencio como en una larga procesión fúnebre. La dirigía Claudio Santo, de aspecto siniestro por tener un ojo de menos³⁰⁷ y de carácter algo débil. La infamia se redobló, cuando se sumó [3] a ellos la otra legión³⁰⁸ después de abandonar el campamento de Bonna. Y, cuando corrió la noticia de la capitulación de las legiones, todos los que hacía poco temblaban ante el nombre de Roma, salían ahora corriendo de campos y casas y desparramados por todas partes se regodeaban ante el insólito espectáculo. [4] El ala Picentina³⁰⁹ de caballería no soportó la insultante alegría del populacho y, tras no hacer caso de las promesas o amenazas de Santo, se marcharon a Mogontiacum. Y en el camino se encontraron casualmente con Longino, el asesino de Vóculo. El lanzamiento de dardos contra él supuso el comienzo de la redención de sus culpas llevada a cabo más adelante. Las legiones no variaron para nada su ruta y acamparon delante de las murallas de Tréveris³¹⁰.

63. Civil y Clásico, crecidos por el éxito, dudaban si iban a permitir a sus tropas saquear Colonia Agripinense³¹¹. La crueldad de su carácter y el deseo de botín los inclinaban a la destrucción de la ciudad, pero se oponían a ello la estrategia militar y la utilidad de conseguir fama de clemencia cuando estaban iniciando un nuevo imperio³¹². A Civil también lo doblegó el recuerdo de un favor recibido, pues a su hijo, detenido en el estallido de las hostilidades en Colonia Agripinense, lo habían [2] mantenido dignamente en custodia. Pero las tribus al otro lado del Rin odiaban la ciudad por su riqueza y prosperidad y el único desenlace de la guerra que contemplaban era que este lugar fuera de todos los germanos sin distinción o al destruirlo se dispersaran también los ubios³¹³.

64. Así pues, los téncteros³¹⁴, una tribu separada por el Rin, enviaron una embajada con la orden de presentar sus demandas ante el consejo de los ciudadanos de Colonia Agripinense. El más fiero de los delegados habló de la siguiente manera: «Damos gracias a los dioses comunes y al más grande de ellos, Marte³¹⁵, porque habéis regresado al cuerpo y al nombre de Germania y os felicitamos, porque al fin seréis libres entre libres. Pues hasta el día de hoy los romanos habían cerrado ríos y tierras y de alguna manera el cielo mismo, con el propósito de impedir nuestras comunicaciones y encuentros o, lo que es más insultante para hombres nacidos para la guerra, para que tuviéramos que reunirnos inermes y casi desnudos bajo vigilancia y pagando por ello. Sin embargo, para que nuestra amistad y [2] alianza quede sellada para siempre, os pedimos que derribéis las murallas de la colonia, baluarte de vuestra esclavitud, pues incluso los animales salvajes olvidan su valor si los mantenéis encerrados; que matéis a todos los romanos de vuestro territorio, pues difícilmente se avienen la libertad y los amos; y que los bienes de las víctimas pasen a la comunidad, para que nadie pueda ocultar nada ni hacer causa aparte. Que se nos

permita a [3] nosotros y a vosotros establecemos en las dos orillas, como en otro tiempo se permitió a nuestros antepasados, pues, como la naturaleza ofreció la luz del día a todos los hombres, así abrió todas las tierras a los guerreros valientes. Recuperad las costumbres y forma de vida tradicionales y renunciad a los placeres³¹⁶, con los que los romanos tienen más fuerza contra los sometidos que con las armas. Como un pueblo puro, íntegro y olvidado de la esclavitud viviréis como iguales a ellos o gobernareis sobre otros».

65. Los ciudadanos de Colonia Agripinense se tomaron un tiempo para deliberar y, dado que ni el miedo por el futuro les permitía asumir las condiciones, ni el temor del presente despreciarlas abiertamente, le respondieron así: «La primera oportunidad que nos ha deparado la libertad, la aprovechamos con más ganas que precaución, con el fin de unirnos a vosotros y al resto de germanos, hombres de nuestra misma sangre. En cuanto a las murallas de la ciudad, en un momento en que los ejércitos de Roma se están concentrando, resulta más seguro reforzarlas que destruirlas. Si en nuestro territorio había extranjeros [2] procedentes de Italia o de las provincias, la guerra ha acabado con ellos o bien cada cual ha huido a su propia tierra. Los que llegaron hace mucho tiempo³¹⁷ y se unieron con nosotros en matrimonio y los que llegaron después, aquí tienen su patria. Y no os consideramos tan injustos como para que pretendáis que [3] matemos a nuestros padres, hermanos e hijos. Hemos suprimido el peaje y los impuestos sobre el comercio³¹⁸, que el paso sea libre, pero de día y sin armas, hasta que con el paso del tiempo las disposiciones novedosas y recientes se conviertan en una tradición. Tendremos de árbitros a Civil y Véleda, ante cuya [4] presencia quedarán sancionados los pactos». Una vez apaciguados con esta respuesta los téncteros, los legados enviados ante Civil y Véleda con regalos consiguieron todo según los deseos de los ciudadanos de Colonia Agripinense.

Con todo, se les denegó acercarse o hablar personalmente con Véleda. Se les apartaba de su presencia para inspirar un mayor respeto. Ella permanecía encerrada en una torre y se escogía a uno de sus parientes para transmitir sus instrucciones y respuestas como si fuera el intermediario de una divinidad.

66. Civil, reforzado con la alianza del pueblo de Colonia Agripinense, decidió atraerse a las ciudades cercanas y atacar a las que se opusieran. Tras ocupar la tierra de los sunucos³¹⁹ y encuadrar a sus jóvenes en cohortes, Claudio Labeón³²⁰, para impedirle que siguiera avanzando, le opuso resistencia con suturbamulta de betasios, tungros y nervios³²¹, confiado en su posición, pues se había adelantado a tomar el puente sobre el río Mosam³²². La lucha en estos espacios estrechos fue equilibrada, [2] hasta que los germanos cruzaron a nado el río y se lanzaron sobre la espalda de Labeón. Al mismo tiempo, Civil, actuando con atrevimiento o según un plan preconcebido, se metió entre la columna de los tungros y a voz en grito les dijo: «No hemos declarado la guerra para que los batavos y tréviros dominen sobre otros pueblos: lejos quede tal arrogancia de nosotros. Aceptad mi alianza. Me paso a vosotros, ya me queráis como jefe o como soldado³²³». La soldadesca empezaba a conmoverse [3] y a envainar las espadas, cuando Campano y Juvenal, líderes de los tungros, le entregaron su tribu entera. Labeón consiguió huir. Civil aceptó también la sumisión de betasios y nervios y los incorporó a sus tropas. Su poder era enorme, pues las ciudades estaban o aterrorizadas o inclinadas voluntariamente a su causa.

67. Entretanto Julio Sabino³²⁴ destruyó los recordatorios³²⁵ de la alianza con Roma, se hizo saludar como César y lanzó a una multitud grande y desorganizada de paisanos contra los sécuanos³²⁶, ciudad vecina y leal a nosotros. Los sécuanos no rehuyeron el combate. La fortuna ayudó a los mejores y los lingones fueron derrotados³²⁷. Sabino abandonó la batalla con tanto miedo como temeridad tuvo al arrostrarla. Y para que se

extendiera el rumor de que había muerto, prendió fuego a la granja en la que se había refugiado, haciendo creer que se había suicidado [2] allí. Con todo, de las estratagemas y los escondites con que prolongó después su vida durante los nueve años siguientes, así como de la fidelidad de sus amigos y del ejemplo extraordinario de su esposa daremos en su lugar apropiado³²⁸ Con la victoria de los sécuanos se detuvo el empuje de la guerra. Poco a poco las ciudades recobraron el buen sentido y empezaron a respetar el derecho y los tratados. Los remos³²⁹ tomaron la iniciativa de difundir un edicto por las Galias para que enviaran emisarios a una conferencia y decidieran si preferían la independencia o la paz.

68. Pero en Roma todas estas noticias pesimistas agobiaban a Muciano con el miedo de que los generales, aun siendo excelentes (pues ya había seleccionado a Galo Annio³³⁰ y a Petilio Cerial³³¹), no fueran capaces de soportar toda la carga de la guerra. Tampoco se debía dejar Roma sin un jefe. Se temían las pasiones incontrolables de Domiciano, mientras que se mantenían sospechas, como dijimos³³², sobre Primo Antonio y Varo Arrio. Varo, prefecto del pretorio, conservaba la fuerza de las [2] armas. Muciano lo relevó del puesto y lo puso al frente del abastecimiento del trigo para que no se quedara sin un consuelo. Y para no desairar a Domiciano, que simpatizaba con Varo, nombró comandante de los pretorianos a Arrecino Clemente³³³, unido a la casa de Vespasiano por matrimonio y por ello muy querido de Domiciano. Muciano alegó que su padre había desempeñado muy meritoriamente ese cargo bajo G. César³³⁴, que su nombre sería popular entre los soldados y que el propio Clemente, aunque de rango senatorial, era competente para desempeñar los dos cargos³³⁵. Todos los ciudadanos más ilustres se [3] enrolaron en la expedición y algunos otros usando su influencia. Domiciano y Muciano se preparaban también, pero con sentimientos diferentes, pues el primero tenía prisas por ambiciones de juventud, mientras que el segundo iba dando largas para

contener el entusiasmo de Domiciano. Temía que, si se apoderaba del ejército, con la impetuosidad de sus años y sus malos consejeros, tomara decisiones perjudiciales para la paz y para la guerra. Las legiones victoriosas³³⁶ VIII, XI, XIII, la XXI [4] del bando viteliano y la II de las alistadas recientemente cruzaron por los Alpes Peninos y Cotianos y otra parte por el monte Grayo³³⁷. Se hizo venir de Britania a la legión XIV y de Hispania [5] a la VI y a la I³³⁸. Así pues, con la noticia de que el ejército venía y por su propio carácter, los pueblos de las Galias adoptaron una actitud más suave y se reunieron en Remi³³⁹. Allí les esperaba una embajada de los tréviros, encabezada por Julio Valentino³⁴⁰, un acérrimo instigador de la guerra. Este, en un meditado discurso, lanzó todas las críticas habituales contra los grandes imperios y derramó insultos y odio contra el pueblo romano, pues era un hombre turbulento para provocar revueltas y agradable a la mayoría por su elocuencia exaltada.

69. Pero Julio Áuspice, un notable de los remos, habló sobre el poder de Roma y las bondades de la paz. Dijo que incluso los cobardes pueden declarar una guerra, pero que solo los más valientes la sostienen, y que las legiones estaban ya sobre sus cabezas. Julio logró contener a los más sensatos con su respeto y actitud leal y a los jóvenes apelando a los peligros y al miedo. Así que aplaudían el buen ánimo de Valentino, pero seguían el [2] consejo de Áuspice. Era claro que en las Galias existía una oposición a los tréviros y lingones, porque en la revuelta de Víndice³⁴¹ se habían alineado con Verginio. A muchos les disuadió la rivalidad entre las provincias. ¿Quién sería el líder de la guerra? ¿De dónde vendrían las leyes y los auspicios? Si todo salía bien, ¿qué ciudad elegirían como capital del imperio? Todavía [3] no habían conseguido la victoria y ya había discordia, alardeando entre altercados unos de sus fueros y otros de su poder, riquezas o antigüedad. Y por disgusto del futuro acabó agradándoles el presente. En nombre de las Galias escribieron una carta a los tréviros, para que se

abstuvieran de las armas, pues el perdón era posible y había intercesores dispuestos a ayudarles si mostraban arrepentimiento. Pero Valentino se opuso y tapó los oídos a sus ciudadanos, aunque se dedicaba menos a los preparativos de guerra que a frecuentar las asambleas militares.

70. Así pues, ni los tréviros ni los lingones ni las restantes ciudades rebeldes actuaban de acuerdo a la magnitud del riesgo que habían asumido. Ni siquiera los jefes tomaban decisiones a una. Civil recorría las tierras intransitables de los belgas³⁴² intentando apresar a Claudio Labeón³⁴³ o expulsarlo del país; Clásico pasaba la mayoría del tiempo en la indolencia como si estuviera disfrutando de un imperio ya ganado; tampoco Tutor se dio prisa en bloquear con guarniciones la ribera superior de Germania³⁴⁴ y los pasos de los Alpes. Y entretanto la legión [2] XXI³⁴⁵ desde Vindonissa y Sextilio Félix³⁴⁶ a través de Recia con cohortes auxiliares irrumpieron en el país. Se sumó el regimiento Singular de caballería³⁴⁷, movilizado en otro tiempo por Vitelio y pasado después al partido de Vespasiano. Lo mandaba Julio Brigántico³⁴⁸, hijo de una hermana de Civil, quien detestaba a su tío tanto como su tío a él, como suele ocurrir con [3] los odios entre familiares, que son acérrimos. Tutor había aumentado recientemente sus tropas de tréviros con una leva de vangiones, ceracates y tribocos³⁴⁹ y las reforzó con soldados y jinetes veteranos, tentando a los legionarios³⁵⁰ con promesas u obligándoles con amenazas. Estas tropas al principio aniquilaron a una cohorte enviada por Sextilio Félix, pero después, cuando se aproximaba el ejército romano y sus comandantes, volvieron a su antigua alianza mediante una deserción honrosa, seguidos [4] por los tribocos, vangiones y ceracates. Tutor, acompañado por [4] los tréviros, evitó Mogontiacum y se retiró a Binger³⁵¹, confiando en aquel lugar, porque había cortado el puente sobre el río Nava³⁵². Pero fue descubierto y derrotado por una incursión de cohortes que

mandaba Sextilio tras descubrir un paso por el río³⁵³. Esta derrota golpeó la moral de los tréviros y el pueblo abandonó las armas y se dispersó por los campos. Algunos de sus jefes, para dar la impresión de que ellos eran los primeros en el cese de las hostilidades, corrieron a refugiarse en las ciudades que no habían renunciado a la alianza con Roma. Las legiones, [5] que, como hemos mencionado antes³⁵⁴, habían sido conducidas desde Novesio y Bonna hasta el país de los tréviros, prestaron juramento a Vespasiano por propia voluntad. Estos sucesos ocurrieron en ausencia de Valentino. Cuando él estaba a punto de llegar, furioso y dispuesto a reducir todo a desorden y destrucción, las legiones se replegaron hacia el territorio de los mediomátricos, pueblo aliado³⁵⁵. Valentino y Tutor obligaron a los tréviros a volver a las armas, tras matar a los comandantes de las legiones Herennio y Numisio³⁵⁶, con el objetivo de minimizar las posibilidades de perdón y fortalecer el vínculo criminal.

71. Esta era la situación de la guerra, cuando Petilio Cerial llegó a Mogontiacum. Con su llegada renacieron las esperanzas. Petilio estaba ansioso por luchar y, como valía más para despreciar al enemigo que para guardarse de él³⁵⁷, enardecía a los soldados con la violencia de sus palabras, pues estaba dispuesto a no retrasar ni un minuto el combate, tan pronto como se le permitiera enfrentarse al enemigo. Devolvió a las ciudades las [2] tropas reclutadas por las Galias y las invitó a transmitir que las legiones³⁵⁸ se bastaban para defender el imperio. Los aliados podían regresar a sus tareas de los tiempos de paz sin preocupaciones, con la convicción de que la guerra que pasara a las manos romanas estaba prácticamente terminada. Esta actuación aumentó la obediencia de los galos. En efecto, ahora que habían recobrado a su gente joven, soportaron mejor los impuestos y se mostraron más dispuestos a cumplir sus obligaciones por el [3] mero hecho de ser despreciados. Sin embargo, cuando Civil y Clásico se enteraron de la derrota de Tutor, de la matanza de tréviros y de

que todo marchaba a favor de sus enemigos, se llenaron de miedo y precipitación. Al tiempo que concentraban sus tropas dispersas, enviaron continuos mensajes a Valentino [4] para que no se arriesgara a un enfrentamiento decisivo. Estas circunstancias indujeron a Cerial a actuar con más rapidez³⁵⁹. Envío a la tierra de los mediomátricos oficiales con órdenes de dirigir a las legiones³⁶⁰ contra el enemigo por un camino más corto. Luego, tras reunir a las tropas que había en Mogontiaco³⁶¹ y las que trajo consigo³⁶², llegó en tres días a Rigodulo³⁶³, lugar en el que Valentino se había instalado con un numeroso contingente de tréviros, pues estaba protegido por colinas y por el río Mosela. Además, habían añadido trincheras y barricadas de piedra. [5] Pero tales defensas no impidieron al general romano ordenar atacar a la infantería y apostar una formación de caballería en la colina, pues despreciaba a un enemigo, reclutado a la ligera, al que no iba a ayudar más la posición que a sus hombres el valor. Les costó un poco de tiempo la subida, mientras estaban expuestos a los disparos del enemigo, pero cuando se llegó al cuerpo a cuerpo, los tréviros fueron desalojados de sus posiciones como edificio que se derrumba. Una parte de la caballería, que había dado un rodeo por las cimas más bajas, apresó a los nobles belgas³⁶⁴, entre los que se encontraba el jefe Valention.

72. Al día siguiente Cerial entró en la colonia de Tréveris³⁶⁵. Sus hombres estaban deseosos de destruir la ciudad, pues era la patria, decían, de Clásico y de Tutor, los criminales que habían cercado y masacrado a las legiones. ¿Qué crimen tan grande había cometido Cremona en comparación con Tréveris? A esa ciudad se la arrancó del seno de Italia por haber ocasionado a los vencedores el retraso de una sola noche. La colonia de Tréveris se mantenía en pie e intacta en la frontera de Germania, ufanándose de los despojos de los ejércitos y de la matanza de generales³⁶⁶. El botín pasaría al tesoro imperial. A ellos les era suficiente incendiar y destruir esta colonia rebelde para compensar así el saqueo de

tantos campamentos. Cerial, por su [2] parte, por miedo a ganarse una mala reputación si se llegaba a creer que los soldados le estaban tomando gusto al libertinaje y la crueldad, reprimió sus iras. Y ellos obedecieron, pues el fin de la guerra civil los había hecho más moderados con los enemigos externos. La atención se centró después en el aspecto miserable de las legiones³⁶⁷ llegadas desde la tierra de los mediomátricos. [3] Los hombres estaban de pie tristes por la conciencia de su infamia³⁶⁸ y con los ojos clavados en tierra. No hubo intercambio de saludos cuando se encontraron los ejércitos ni hubo respuestas a las muestras de consuelo o de ánimo, sino que se escondían por las tiendas evitando hasta la luz del día. Lo que les tenía paralizados no era tanto el aprieto o el miedo como la vergüenza y el deshonor. Incluso los vencedores estaban atónitos, pues no se atrevían a hablar o a suplicar, sino que pedían perdón entre lágrimas y en silencio. Finalmente, Cerial calmó los ánimos diciéndoles que habían sido obra del destino los acontecimientos ocasionados por las diferencias entre los soldados y sus comandantes o por el engaño del enemigo. Les conminó a que consideraran aquel día como el primero de sus servicios militares y de su lealtad y les aseguró que ni el emperador ni él se acordaban de sus anteriores fechorías. Entonces, se integraron en el mismo campamento y se cursó un edicto por las compañías para que nadie en una disputa o pelea echara en cara a sus compañeros la traición o la derrota.

73. Luego, Cerial convocó a tréviros y lingones a una asamblea y pronunció el siguiente discurso³⁶⁹: «Yo nunca he practicado la oratoria³⁷⁰ pero sí he defendido con las armas el valor del pueblo romano. Sin embargo, puesto que las palabras tienen un gran peso entre vosotros y el bien y el mal se valoran no por su propia naturaleza sino por los gritos de los agitadores, he decidido plantearos unas pocas cuestiones que, una vez que ha terminado la guerra, os será a vosotros más útil oírlas que a mí decirlas. En vuestra tierra y en la de los demás

galos entraron [2] los generales y emperadores romanos no por ambición alguna, sino porque atendieron la invitación de vuestros antepasados, a quienes las disputas estaban abocando a la destrucción, y eso fue después de que los germanos, llamados para ayudaros, impusieran la esclavitud tanto a aliados como a enemigos. Es de sobra conocido la gran cantidad de batallas que hemos librado contra los cimbros y teutones y los sacrificios tan grandes y los resultados con que hemos llevado adelante las guerras en Germania³⁷¹. Y no hemos ocupado las orillas del Rin para defender Italia, sino para que ningún otro Ariovisto³⁷² se apodere del reino de las Galias. ¿Es que creéis que Civil, los batavos y las tribus [3] al este del Rin os quieren más a vosotros que lo que querían sus antepasados a vuestros padres y abuelos? Los germanos siempre tendrán el mismo motivo para invadir las provincias galas: sus ansias, la avaricia y su querencia a cambiar de aires, con la finalidad de abandonar sus humedales y desiertos y apoderarse de esta tierra fertilísima y de vosotros mismos. Pero sus pretextos son la libertad y otras palabras hermosas. La realidad es que nadie ha deseado la esclavitud y el sometimiento de otros sin usar esos mismos términos.

74. »Tiranías y guerras siempre ha habido en las Galias, hasta que pasasteis a nuestra jurisdicción³⁷³. Nosotros, pese a sufrir muchas provocaciones, según los derechos del vencedor solo os hemos impuesto lo necesario para conservar la paz, pues no se puede asegurar la paz entre naciones sin ejércitos ni ejércitos sin soldadas ni soldadas sin impuestos. Todo lo demás es compartido por igual entre nosotros. Vosotros mismos mandáis, vosotros mismos gobernáis estas y otras provincias. No existe [2] discriminación ni exclusión alguna. Vosotros disfrutáis de las ventajas de los buenos emperadores aunque viváis lejos, mientras que los tiranos se ensañan con los que tienen cerca. De la misma manera que soportáis años de escasez, lluvias excesivas y demás desgracias naturales, así debéis soportar el derroche y la avaricia de vuestros

gobernantes. Vicios habrá en tanto haya hombres, pero no duran siempre y se compensan con la llegada de tiempos mejores, a menos que tengáis acaso la esperanza de un régimen más moderado cuando Tutor y Clásico os gobiernen, o que se necesiten de menos impuestos que ahora para disponer de los ejércitos que os protegerán de germanos y britanos. [3] En efecto, si expulsáis a los romanos —¡los dioses no lo permitan!— ¿qué otra cosa vendrá sino guerras entre todos los pueblos? La fortuna y la disciplina de ochocientos años han consolidado este edificio compacto que no se puede destruir sin la ruina de sus destructores. Pero sois vosotros quienes corréis el mayor peligro, porque estáis en posesión de oro y riquezas, [4] principales causas de la guerra. Por eso, amad y apoyad la paz de Roma³⁷⁴ que pertenecen con igual derecho a vencedores y vencidos. Que os sirvan de lección los ejemplos de lo uno y lo otro que tenéis para no preferir la insubordinación y la ruina a la obediencia y la seguridad³⁷⁵». Con tal discurso Cerial tranquilizó y levantó el ánimo a unos hombres que se temían medidas más severas.

75. Los tréviros estaban en manos del ejército vencedor, cuando Civil y Clásico enviaron una misiva a Cerial en los términos siguientes: «Aunque se ocultaba la noticia, Vespasiano había muerto, Roma e Italia estaban agotadas por la guerra civil, y Muciano y Domiciano³⁷⁶ eran nombres vacíos y sin peso alguno. Si Cerial quería el imperio de las Galias, ellos se contentaban con los límites de sus propias ciudades, pero si prefería combatir, tampoco se negaban a ello». Cerial no contestó nada a Civil y Clásico, pero envió al mensajero que había llevado la carta y la misma carta a Domiciano. Los enemigos, pese a [2] tener las fuerzas divididas, llegaron de todas partes. La mayoría culpaba³⁷⁷ a Cerial de haber permitido que se agruparan, cuando podía haberlos interceptado por separado. El ejército romano construyó un foso y una empalizada alrededor del

campamento, en el que se habían asentado antes a la ligera y sin protección. lado

76. Las opiniones se encontraban divididas entre los germanos³⁷⁸. Civil sugería que había que esperar a las tribus del otro del lado del Rin, de manera que podrían aplastar a las fuerzas romanas dominadas por el terror que les infundían. «¿Y qué otra cosa eran los galos sino botín para los vencedores?», decía. Con todo, los belgas, que constituían la fuerza real entre ellos³⁷⁹, estaban [2] a su lado abiertamente o de corazón. Tutor afirmaba que con las dudas crecía el poder de los romanos, pues los ejércitos se estaban concentrando desde todas partes. Una legión, decía, había sido transportada desde Britania, otras habían sido llamadas desde Hispania y llegaban desde Italia³⁸⁰. Y no se trataba de soldados novatos, sino de veteranos experimentados en la guerra. Y, desde luego, los germanos que estaban esperando, no sabían de órdenes ni obediencia, sino que todo lo hacían a capricho³⁸¹. Dinero y regalos, lo único con lo que podían comprarlos, había más entre los romanos. Y nadie quiere tanto la guerra [3] que no prefiera a igual precio la paz al peligro. Pero si se enfrentaban al enemigo de inmediato, Cerial no contaría más que con las legiones formadas de los restos del ejército de Germania y ligadas por pactos a las Galias. Y el hecho mismo de que hacía poco derrotaran en contra de lo esperado a una tropa desorganizada de Valentino solo había servido para alimentar su temeridad y la de su jefe. Volverían a arriesgarse y caerían en manos no de un jovenzuelo inexperto³⁸², más ducho en arengar a la tropa que en combatir con espadas, sino en las de Civil y Clásico. Tan pronto como los tuvieran a la vista, volverían a recordar el miedo, la huida, el hambre y la vida precaria que habían llevado quienes habían caído prisioneros tantas veces. [4] Tampoco los tréviros o lingones estaban retenidos por propia voluntad. Volverían a tomar las armas en cuanto se les pasara el miedo. Tal diversidad de pareceres la

resolvió Clásico adhiriéndose a la opinión de Tutor, y ejecutan el plan inmediatamente.

77. El centro de la formación se asignó a los ubios y lingones³⁸³. En el frente derecho estaban las cohortes batavas y en el izquierdo los brúcteros y téncteros. Unos por las montañas, otros por la calzada, otros entre la calzada y el río Mosela cayeron sobre los romanos tan repentinamente que Cerial, todavía en la cama de su dormitorio (no había pasado la noche en el campamento³⁸⁴), se enteró al mismo tiempo de la lucha y de que los suyos estaban siendo vencidos. Recriminaba el pánico de los mensajeros, hasta que descubrió con sus propios ojos la derrota completa: el asalto al campamento de las legiones, la desbandada de la caballería, la ocupación por el enemigo del puente sobre el Mosela que une la colonia con la orilla más lejana. [2] Cerial, intrépido en esta situación confusa, hizo retroceder con sus manos a los fugitivos y se lanzó a pecho descubierto en medio de los proyectiles. Con su afortunada osadía y el concurso de los mejores guerreros recuperó el puente y lo reforzó con un destacamento selecto. Después, de regreso al campamento, vio que las compañías de las legiones³⁸⁵ capturadas en Novesio y Bonna estaban en desbandada, que había escasos soldados junto a las enseñas y que las águilas estaban prácticamente rodeadas. [3] Encendido de ira les dijo: «No estáis desertando de Flaco ni de Vócula. Aquí no hay traición alguna³⁸⁶. Solo tengo que pedir disculpas por creer ingenuamente que, olvidados de los pactos con los galos, habíais regresado al recuerdo de vuestro juramento con Roma. Me sumaré al grupo de los Numisios y Herennios³⁸⁷, para que así todos vuestros comandantes hayan tenido que morir a manos de sus soldados o de los enemigos. Corred, informad a Vespasiano o, pues están más cerca, a Civil y Clásico, que habéis abandonado a vuestro general en el campo de batalla³⁸⁸. Vendrán legiones que no van a permitir que yo quede sin venganza ni vosotros sin castigo».

78. Esa era la verdad y los tribunos y prefectos se lo echaban en cara en los mismos términos. Formaron por cohortes y compañías, pero la formación no podía desplegarse porque el enemigo estaba por todas partes y las tiendas y bagajes les estorbaban, pues se luchaba dentro del vallado. Tutor, Clásico y Civil, cada cual desde sus posiciones, alentaban la lucha de los suyos, urgiendo a los galos³⁸⁹ con la libertad, a los batavos con la gloria, a los germanos³⁹⁰ con el botín. Y todo se desarrollaba a favor de los enemigos, hasta que la legión XXI³⁹¹, agrupándose en un espacio más abierto que las demás, aguantó primero el ataque [2] enemigo y después lo rechazó. Y no sin ayuda divina cambiaron de repente los ánimos y los enemigos volvieron la espalda³⁹². Decían ellos mismos que se habían aterrorizado a la vista de las cohortes, las cuales en el primer ataque, tras dispersarse, se habían agrupado en la cima de las colinas dando la impresión de nuevos refuerzos. Con todo, lo que les perjudicó, cuando iban ganando, fue la vergonzosa disputa que mantuvieron entre ellos por el botín, pues dejaron de ocuparse del enemigo. Cerial, si es verdad que por su descuido casi arruinó la situación, lo cierto es que la restableció con su firmeza. Y, siguiendo el curso de la suerte, tomó y destruyó el mismo día el campamento enemigo.

79. La tranquilidad no les duró mucho a los soldados. Los habitantes de Colonia Agripinense pedían socorro ofreciendo a la esposa y hermana de Civil y a la hija de Clásico, que se les habían entregado como prendas de la alianza. Mientras tanto, habían matado a los germanos dispersos por las casas. De ahí su miedo y lo razonable de los ruegos de unos que pedían ayuda antes de que los enemigos recobraran fuerzas y se armaran para conseguir sus objetivos o satisfacer su venganza. Y en efecto, [2] Civil se dirigía hacia allí y no sin fuerzas, pues su cohorte más fogosa, intacta y compuesta de caucos y frisios³⁹³, maniobraba en Tolbiaco³⁹⁴, en territorio de Colonia Agripinense. Sin embargo una triste noticia lo apartó de sus

planes. La cohorte había sido destruida por una treta de los habitantes de Colonia Agripinense, quienes adormecieron a los germanos con vino y opípara comida, después les cerraron las puertas y, tras prender fuego, los abrasaron. Simultáneamente, Cerial acudió en su ayuda [3] a marchas forzadas. Otro temor acechaba también a Civil, que la legión XIV³⁹⁵ se uniera a la escuadra de Britania³⁹⁶ y pudiera hacer una incursión contra los batavos por la parte por donde los baña el Océano. Pero el comandante de la legión, Fabio Prisco, condujo la legión por tierra³⁹⁷ contra los nervios y los tungros, aceptándose la rendición de estas comunidades. Los canninefates tomaron la iniciativa de atacar la flota y hundieron o capturaron [4] a la mayor parte de las naves. Los mismos canninefates derrotaron a una multitud de nervios que se levantó espontáneamente para emprender la guerra en favor de los romanos. Clásico también libró una batalla favorable contra la caballería que envió Cerial a Novesio. Estos reveses, menores pero numerosos, empañaban el prestigio de la victoria recién obtenida³⁹⁸.

Retiro de Antonio Primo

80. Por esta misma época³⁹⁹ Muciano ordenó ejecutar al hijo de Vitelio⁴⁰⁰ con la excusa de que la discordia permanecería si no se destruían las semillas de la guerra. Tampoco permitió que Antonio Primo formara parte del séquito de Domiciano⁴⁰¹, preocupado por su popularidad entre la tropa y porque la soberbia de este hombre no podía soportar incluso a sus iguales y mucho menos a los superiores a él. Antonio [2] se dirigió a presencia de Vespasiano. Y si bien es cierto que no fue recibido como él esperaba, pese a todo no se encontró con el rechazo del emperador. Vespasiano se debatía entre dos sentimientos opuestos. Por un lado, apreciaba los servicios de Antonio, bajo cuya dirección se había ganado sin ninguna duda la guerra, pero por otro lado estaban las cartas de Muciano. Al mismo tiempo, los demás acusaban a Antonio de rencoroso y engreído, sin olvidar los escándalos de su vida

pasada⁴⁰². [3] Y tampoco él evitaba provocar enemistades con su arrogancia y la mención continua de sus méritos. Antonio trataba a los demás de cobardes y a Cécina de prisionero que se había entregado sin condiciones⁴⁰³. De ahí que poco a poco tuviera él menos peso e importancia, aunque permaneciera la apariencia de amistad con Vespasiano⁴⁰⁴.

*Vespasiano en Alejandría*⁴⁰⁵

81. Durante los meses que Vespasiano pasó en Alejandría aguardando los días regulares de los vientos de verano y una travesía segura⁴⁰⁶ ocurrieron muchos prodigios⁴⁰⁷ que indicaban el favor del cielo y cierta inclinación de las divinidades hacia Vespasiano. Un hombre de la plebe de Alejandría⁴⁰⁸, conocido por su enfermedad en los ojos, se agarró a sus rodillas suplicando un remedio para su ceguera congénita. Se lo aconsejaba el dios Serapis⁴⁰⁹, al que aquella gente, propensa a la superstición, adoraba más que a otros dioses. Suplicaba al príncipe que se dignara rociar sus mejillas y globos oculares con la saliva de su boca⁴¹⁰. Otro, inválido de una mano y por consejo del mismo dios, pedía que el César se la pisara con la planta de su [2] pie. Al principio, Vespasiano se reía y se negaba a hacerlo, pero, ante la insistencia de los dos, se debatía entre el temor de ganarse fama de vanidoso y el sentirse empujado a la posibilidad de éxito con el apoyo de los ruegos de los interesados y las voces de los aduladores. Finalmente, ordenó que los médicos dictaminaran si tal ceguera y tal atrofia se podían curar con medios humanos. Los médicos hicieron distintas consideraciones. La visión del ciego, decían, no se había destruido por completo y se recuperaría, si se eliminaban los obstáculos; el otro tenía las articulaciones dislocadas⁴¹¹, pero se podían restablecer, si se aplicaba el tratamiento correcto. Tal vez, añadieron, esa era la voluntad de los dioses y se había elegido al príncipe para tal menester divino. De todas maneras, mantenían, si funcionaba el remedio, reportaría gloria al César y, si fracasaba, esos

desgraciados serían los que harían el ridículo. Así que Vespasiano pensó que nada se [3] resistía a su buena suerte ni existiría ya nada increíble para él. Con gesto sonriente y ante una multitud que asistía expectante hizo lo que se le ordenó. Al instante, la mano recobró su utilidad y el ciego volvió a ver la luz del día. Quienes fueron testigos de uno y otro caso lo recuerdan todavía ahora⁴¹² que ya no hay nada que ganar con una mentira.

82. Estos sucesos ahondaron en Vespasiano el deseo⁴¹³ de visitar el santuario del dios para consultar sobre los asuntos del Estado. Ordenó mantener a todos apartados del templo. Y, cuando entró solo y se concentró en la contemplación de la divinidad, vio detrás de él a uno de los líderes de Egipto, llamado Basílides⁴¹⁴, de quien sabía que se encontraba retenido lejos de Alejandría a varios días de camino y aquejado de una grave enfermedad. [2] Preguntó a los sacerdotes si Basílides había entrado en el templo aquel día, preguntó a quienes se encontraba si lo habían visto por la ciudad. Finalmente, despachó a una partida de jinetes y averiguó que en el momento que lo encontró se hallaba a una distancia de ochenta millas. Entonces lo interpretó como una visión divina y dedujo el sentido del oráculo a partir del nombre de Basílides⁴¹⁵

Digresión sobre Serapis

83. El origen de este dios⁴¹⁶ todavía no ha sido tratado por nuestros escritores. Los sacerdotes egipcios ofrecen la siguiente historia. Al rey Ptolomeo⁴¹⁷, el primero que consolidó el poder macedonio en Egipto, cuando estaba dotando a la recién fundada⁴¹⁸ Alejandría de murallas, templos y cultos religiosos, se le apareció en sueños un joven de extraordinaria belleza y de estatura superior a la humana, quien le encargó que enviara a sus amigos más fieles al Ponto y traer de allí una estatua suya. Ello sería beneficioso para su reino, y el lugar que la acogiera se haría grande y famoso. Al

instante se vio al joven ascender al cielo envuelto en [2] una enorme llamarada de fuego. Ptolomeo, impresionado por este milagroso presagio, reveló su visión nocturna a los sacerdotes egipcios cuyo oficio era interpretar tales asuntos. Como ellos sabían poco del Ponto y de los asuntos del extranjero, preguntaron a Timoteo, ateniense de la estirpe de los Eumólpidas,⁴¹⁹ y a quien había hecho venir de Eleusis⁴²⁰ para presidir los ritos sagrados sobre ese culto advenedizo y sobre la naturaleza de aquella divinidad. Timoteo hizo averiguaciones entre quienes habían viajado al Ponto⁴²¹ y se enteró de que allí está la ciudad de Sinope⁴²² y no lejos de ella un templo de Júpiter Dite⁴²³, famoso desde antiguo en la comarca. Y lo cierto es que había también una estatua de mujer, a la que la mayoría llaman Prosérpina⁴²⁴. Pero Ptolomeo, proclive a [3] asustarse, según la manera de ser de los reyes, cuando regresó la calma, y estando más interesado en los placeres que en la religión, empezó a despreocuparse poco a poco del asunto y prestaba atención a otros asuntos, hasta que la misma visión, ahora más terrible e imperiosa, vino a anunciarle su ruina y la de su reino, en el caso de no cumplir sus mandatos. Entonces ordenó enviar emisarios y regalos al rey Escidrotémide, [4] quien entonces reinaba en Sinope, y al embarcar les dio instrucciones de visitar el santuario de Apolo Pítico⁴²⁵. Disfrutaron de una travesía favorable y obtuvieron una respuesta del oráculo que no fue nada ambigua. Debían ir y traer la imagen del padre de Apolo⁴²⁶ y dejar la de su hermana donde estaba.

84. Cuando llegaron a Sinope, presentaron a Escidrotémide las ofrendas, las súplicas y encargos de su rey. Este, indeciso en su interior, ya sentía miedo de la divinidad ya terror ante las amenazas de su pueblo, que se oponía a la transacción. A veces se dejaba convencer por los regalos y promesas de los emisarios. Así pasaron tres años, en los que Ptolomeo no cejaba ni en su interés ni en sus súplicas, con lo que iba aumentando la dignidad de los emisarios, el número de naves

y la cantidad del oro ofrecido. [2] Entonces se le apareció a Escidrotémide una figura amenazadora advirtiéndole que no retrasara más las disposiciones del dios⁴²⁷. Como seguía dudando, empezaron a acuciar al rey diversas desgracias, enfermedades y la ira de los dioses evidente y cada día mayor. Convocó una asamblea y expuso las órdenes de la divinidad, sus visiones y las de Ptolomeo y sus desgracias en aumento. El pueblo empezó a apartarse del rey, a odiar a Egipto, [3] a temer por ellos mismos y a rodear el templo. A partir de aquí la leyenda se agrandó diciendo que el dios embarcó por decisión propia en naves atracadas en la costa. Después, milagrosamente llegaron a Alejandría a los dos días de recorrer un trecho de mar tan grande. Se erigió un templo digno de una gran ciudad en el lugar llamado Racotis⁴²⁸. Allí había existido una capilla dedicada a Serapis e Isis. Esta es la versión más extendida sobre el origen y [4] la llegada del dios. Tampoco ignoro que algunas autoridades sostienen que fue traído de la ciudad siria de Seleucia durante el reinado de Ptolomeo III. Otros mantienen que la iniciativa fue de este mismo Ptolomeo, pero que la sede desde la que se trasladó fue Menfis, famosa en otro tiempo y capital del antiguo Egipto.[5] Respecto a la identidad del dios, muchos lo asimilaban a Esculapio⁴²⁹, porque curaba a los enfermos, algunos a Osiris, la deidad más antigua de aquellas gentes, una gran parte a Júpiter como el dios señor de todo, y los más al padre Dite por los atributos⁴³⁰ que son evidentes en sus estatuas o algunos le suponen.

Domiciano y Muciano en las Galias

85. Por su parte, Domiciano y Muciano⁴³¹, antes de acercarse a los Alpes, recibieron noticias del éxito entre los tréviros⁴³². La principal confirmación de la victoria fue la presencia del jefe enemigo, Valentino⁴³³, quien, sin perder el valor, reflejaba en el semblante la altivez con que se había comportado. Se le escuchó precisamente para conocer su

carácter. Fue condenado y en el momento mismo de la ejecución a uno, que le reprochaba que su patria hubiera sido vencida, le respondió que la muerte le serviría de consuelo. Muciano, por su [2] parte, sacó como nueva una propuesta que había ocultado largo tiempo. Dado que por la misericordia de los dioses las fuerzas enemigas habían sido derrotadas, resultaría poco honroso que Domiciano, casi terminada la guerra, interfiriera en la gloria de otros. Si la estabilidad del imperio o la salvación de las provincias gálicas estuvieran en peligro, el lugar del César estaría en el frente de batalla, pero los caninefates y batavos debían ser asignados a comandantes inferiores, mientras Domiciano exhibiría la fuerza y la fortuna del principado en las proximidades de Lugduno sin envolverse en riesgos menores y reservándose para los graves.

86. Sus artimañas⁴³⁴ se entendían, pero parte de la deferencia de Domiciano hacia él consistía en hacer que no se notaran. Así llegaron a Lugduno. Se cree que desde allí Domiciano envió emisarios secretos a Cerial para tantear su lealtad y ver si estaría dispuesto a entregarle el poder del ejército cuando se presentara. Si con tal plan ideaba una guerra contra su padre o preparaba recursos y fuerzas contra su hermano, no quedó claro⁴³⁵, pues Cerial contemporizó sabiamente y eludió el requerimiento [2] como el capricho vano de un niño. Cuando Domiciano comprendió que los mayores despreciaban su poca edad, empezó a descuidar incluso las pequeñas responsabilidades imperiales que antes ejercía⁴³⁶. Bajo un manto de sencillez y moderación se encerró en sí mismo y simuló interés por las letras y amor a la poesía⁴³⁷, con el objetivo de ocultar sus pensamientos y evitar competir con su hermano, cuya forma de ser, distinta a la suya y más amable, la interpretaba al revés⁴³⁸.

¹ Cf. H. HEUBNER, *P. Cornelius Tacitus, Die Historien*, Band IV, Heidelberg, 1976, págs. 13-17.

² Tales características eran propias de los germanos que habían luchado a favor de Vitelio en las cohortes auxiliares; cf. M. BASSOLS DE CLIMENT, *Cornelio Tácito, Historias, libro cuarto*, Madrid-Barcelona, 1955, pág. 2.

³ Cf. III 86, 3; SUETONIO, *Domiciano* I 3. Galba también había ostentado el nombre de César (SUETONIO, *Galba* XI; DIÓN CASIO, LXIII 29, 6). Este había otorgado el mismo título a su heredero Pisón (I 29, 2; 30, 2), mientras Vitelio había rehusado tal nombramiento (I 62, 1; II 62, 2).

⁴ Cf. IV 39, 1; SUETONIO, *Domiciano* I 3; III; K. H. WATERS, «The character of Domitian», *Phoenix* 18 (1964), 49-77.

⁵ Cf. III 6, 1; IV 39, 4; 68, 1.

⁶ Bovillae, la actual Bovilas, estaba situada a cuatro millas de Roma en la vía Apia, mientras que Aricia se encontraba a doce millas; cf. III 46, 2.

⁷ Cf. III 77, 4.

⁸ Cf. II 100, 3; 101, 2; III 12, 1.

⁹ Capua y Puteoli; cf. III 57, 1; G. E. F. CHILVER, *A Historical Commentary on Tacitus' Histories IV and V*, Oxford, 1985, pág. 24.

¹⁰ Capua se había mantenido leal a Vitelio (III 57, 1), mientras que Tarracina había Optado por Vespasiano. La legión *III Gallica* fue devuelta a Siria (IV 39, 4); cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 20; J. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, París, 2003², pág. 107.

¹¹ Cf. III 77, 1.

¹² Eran las insignias de la clase de los caballeros; cf. I 13, 1; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 8.

¹³ Así consta en el *Senatus consultum de imperio Vespasiani*; cf. *CIL* VI 930. Cf. I 47, 1; II 55, 2; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 25; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 107.

¹⁴ Esto se debía a que Vespasiano y Tito se encontraban en Oriente.

¹⁵ Cf. III 46, 2.

¹⁶ Era yerno de Vitelio. Cf. I 59, 2; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 26.

¹⁷ J. Lipsius (1547-1607) y otros establecieron una laguna en este lugar; cf. CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 6-8 y 26; edición de WELLESLEY, pág. 194.

¹⁸ Tácito dedica los capítulos 5 y 6, 1-2 a una digresión sobre la vida de Helvidio Prisco, como en *Anales* (XV 72, 2) sobre Ninfidio Sabino; cf. J. MALMOUX, «C. Helvidius Priscus», *Parola del Passato* 30 (1975), 23-40;

HEUBNER, *Historien IV*, pág. 23; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 27.

¹⁹ En el texto de Wellesley (pág. 127) se omite lo que parece una glosa (*regione Italiae Carecina*); cf. CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 27; WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey...», pág. 1.674.

²⁰ Tácito se refiere a los estudios filosóficos para diferenciarlos de los *studia civilia* (oratoria y derecho); cf. BASSOLS, *Historias IV*, págs. 11-12.

²¹ Tácito se refiere a los estoicos; cf. P. BRUNT, «Stoicism and the Principate», *Papers of the British School at Rome* 43 (1975), 1-35.

²² Cf. II 91, 3; *Anales* XVI 21; DIÓN CASIO, LXII 26, 4; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 24.

²³ La idea, tan antigua como Platón (ATENEO, 507D), se encuentra en SÉNECA, *Cartas a Lucilio* CXIII 32; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 25; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 28.

²⁴ Cf. II 53, 1; K. R. BRADLEY, «The career of Titus Clodius Eprius Marcellus, cos. II A.D. 74», *Symbolae Osloenses* 53 (1978), 171-181; J. PIGON, «Helvidius Priscus, Eprius Marcellus and *iudicium senatus*: observations on Tacitus, *Histories* 4.7-8», *Class. Quarterly* 42 (1992), 235-246; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 25.

²⁵ Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey...», págs. 1.674-1.675.

²⁶ L. Valerio Asiático; cf. IV 4, 3.

²⁷ Cf. J. PIGÓN, «Helvidius Priscus, Eprius Marcellus, and *iudicium senatus*: observations on Tacitus, *Histories* 4.7-8», *Class. Quarterly* 42 (1992), 235-246.

²⁸ Q. Marcio Barea Sorano fue cónsul *suffectus* en el año 52 d. C. y procónsul de Asia en el 63-64; fue condenado a muerte por Nerón en el año 66; cf. *Anales* XVI 23, 1; 30, 1; 33, 2; R. SYME, *Ten Studies in Tacitus*, Oxford, 1970, pág. 96; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 27; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 29; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 111. Sobre Sencio se duda si se trata de Gneo Sencio Saturnino, cónsul en el año 41 d. C.; cf. ASH, *The Histories*, pág. 295.

²⁹ Eprio Marcelo había recibido cinco millones de sestercios por delatar a Trásea; cf. *Anales* XVI 33, 2.

³⁰ Era Valerio Asiático; cf. IV 4, 3.

³¹ Tácito alude a Lucio Junio Bruto, quien expulsó al último rey de Roma, Tarquinio el Soberbio, e instauró la república en el año 509 a. C., y a Marco Junio Bruto, uno de los asesinos de Julio César en las Idus de marzo del año 44 a. C. También se hace referencia a Marco Porcio Catón el Censor (234-149 a. C.) y a su nieto Catón de Útica (95-46 a. C.), opositor de Julio César; cf. ASH, *The Histories*, págs. 295-296.

³² Vespasiano contaba entonces con 59 años de edad.

³³ Cf. *Agrícola* XLII 6; *Anales* IV 20, 3; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 111-112.

³⁴ Los encargados del tesoro público eran los *praetores aerarii Saturni*; cf. P. A. BRUNT, «The fiscus and its development», *Journ. Rom. Stud.* 56 (1966), 75-91; SYME, *Ten Studies...*, pág. 658; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 29; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, págs. 29-30; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 112. El Estado romano se encontraba en ruina al comienzo del imperio de Vespasiano; cf. SUETONIO, *Vespasiano* XVI 3.

³⁵ Eran G. Quincio Ático (III 73, 2) y Gn. Cecilio Símplice (III 68, 2); cf. DIÓN CASIO, LXV 17, 1; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 30.

³⁶ Es probablemente el senador que se salvó de la condena en la conjuración de Pisón contra Nerón del año 65; cf. *Anales* XVI 8, 3. El veto de los tribunos, prácticamente desaparecido, servía simplemente para aplazar asuntos sin gravedad; cf. CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 30. Esta es la última vez que se menciona el veto (*intercessio*) de un tribuno de la plebe; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 113.

³⁷ Cf. III 81, 1; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, págs. 30-31.

³⁸ P. Egnacio Céler era un filósofo estoico, procedente de Berytus (Beirut), según DIÓN CASIO (LXII 26, 1) o de Tarso, según los escolios a JUVENAL, III 117. Delató a Bárea Sorano (*Anales* XVI 32, 2-3) y acabó también siendo condenado (IV 40, 3) por falsedad; cf. J. K. EVANS, «The trial of P. Egnatius Celer», *Class. Quarterly* 29 (1979), 198-202; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 31; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 113.

³⁹ Cf. IV 7, 2.

⁴⁰ Gayo Pisón, padre de Calpurnio Galeriano (cf. 49, 2; *PIR2* III G 301), se suicidó en el año 65 d. C. después de conspirar contra Nerón; cf. *Anales* XV 59, 5; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 32; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 114; E. CHAMPLIN, «The Life and Times of Calpurnio Piso», *Museum Helveticum* 46 (1989), 101-124.

⁴¹ Cf. II 92, 1; III 61, 3.

⁴² Cf. II 29, 2; III 36, 2; 61, 3.

⁴³ Asiático, elevado al orden ecuestre (II 57, 2), murió crucificado, como se hacía con los esclavos; cf. SUETONIO, *Vitelio* XII; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 33.

⁴⁴ Tácito había anunciado (III 46, 1) que narraría las revueltas de Germania. Sobre los batavos, cf. *Germania* XXIX 1-2; véase también a HEUBNER, *Historien IV*, págs. 33-36; P. A. BRUNT, «Tacitus and the Batavian Revolt», *Latomus* 19 (1960), 494-517; E. MERKEL, *Der Bataveraufstand bei Tacitus*, Heidelberg, 1966, Diss.; L. BESSONE, *La rivolta batavica e la crisi del 69 d. C.*, Turín, 1972; R. URBAN, *Bataveraufstand: Der 'Bataveraufstand' und die Erhebung des Iulius Classicus*, Trier, 1985; R. RUTHERFORD, «Voices of Resistance», en C. S. KRAUS, J. MARINCOLA y C. PELLING, eds., *Ancient Historiography and its Contexts. Studies in Honour of A. J. Woodman*, Oxford, 2010, págs. 312-330.

⁴⁵ Los catos, tribu muy belicosa de los germanos, estaba asentada entre Taunus, Werra y Diemel; cf. *Germania* XXIX 1.

⁴⁶ Esta isla, llamada *insula Batavorum* (la actual Beturve), tenía una extensión de 60 millas y estaba situada entre el Rin y Waal; cf. *Anales* II 6, 4; PLINIO, *Historia natural* IV 101; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 37; CHILVER, *Histoires IV-V*, págs. 32-33; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 115; ASH, *The Histories*, pág. 296.

⁴⁷ Sigo la lectura de los manuscritos, defendida por E. PARATORE, *Tacito*, Roma, 1962, págs. 217-218: *nec opibus Romanis societate validiorum atriti viros tantum armaque imperio ministrant*. Sobre la aportación militar de los batavos a Roma, cf. I 59, 1; II 17, 2; IV 16, 1.

⁴⁸ Cf. I 7, 1; III 62, 2.

⁴⁹ Cf. I 59, 1.

⁵⁰ Por la pérdida de un ojo, como sucedió en los casos de Sertorio (SALUSTIO, *Historias*, I 88) y Aníbal (LIVIO, XXII 2, 11); cf. JUVENAL, X 158.

⁵¹ Cf. V 23, 6; cf. M. TREU, «M. Antonius Primus in der taciteischen Darstellung», *Würzburger Jahrbücher für die Altert.* 3 (1948), 258-259.

⁵² Era gobernador de Germania Superior; cf. I 9, 1; II 57, 1; CHILVER, *Histoires IV-V*, págs. 10-13; J. H. D'ARMS, «Tacitus, *Histoires* 4.13 and the municipal origins of Hordeonius Flaccus», *Historia* 23 (1974), 497-504.

⁵³ Vitelio se había llevado en su marcha hacia Roma casi todos los efectivos de las legiones romanas apostadas en el Rin; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 25.

⁵⁴ Cf. *Anales* XIV 35, 1. Sobre constitución física de los germanos, cf. *Germania* IV 2-3; CÉSAR, *Guerra de las Galias* I 39, IV 1; VELEYO PATÉRCULO, II 106.

⁵⁵ Es decir, «el alborozo nocturno» (hendíadis) que produce el alcohol; cf. IV 79, 2; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 25.

⁵⁶ Desde la partida de Vitelio no había en la Germania Inferior gobernador con rango consular (*legatus Augusti pro praetore*) investido del *ius et potestas imperandi*; cf. II 57, 1.

⁵⁷ Alusión probable a un sacrificio humano; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 118.

⁵⁸ La tribu estaba asentada en Kannemerland, al norte de Lek; cf. PLINIO, *Historia natural* IV 101; CHILVER, *Histoires IV-V*, págs. 35-6; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 118.

⁵⁹ Cf. II 69, 1.

⁶⁰ Tácito se refiere a las campañas de Calígula contra los germanos en los años 39-40 d. C.; cf. *Germania* XXXVII 4; *Agrícola* XIII 2; SUETONIO, *Calígula* XLIII-XLVII; DIÓN CASIO, XLIX 21.

⁶¹ El rito de alzar al jefe sobre un escudo como parte del ceremonial de entronización es de origen germánico. Cf. ZÓSIMO, III 9, 2; A. RAMÍREZ DE VERGER, *Coripo, El Panegírico de Justino II*, Sevilla, 1985, págs. 119-121.

⁶² Eran vecinos de los kanninefates; cf. *Germania* XXXIV; *Anales* I 60, 2; IV 72-74; XI 19, 1; XIII 54; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 36.

⁶³ Sobre los problemas textuales de este pasaje, léase a K. WELLESLEY, «Three Notes on Tacitus», *Class. Review* 12 (1962), 119; id., WELLESLEY, «Tacitus, *Histoires*: A Textual Survey...», págs. 1.675-1.676.

⁶⁴ Los nervios estaban asentados cerca de la actual Bruselas; cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* II 15, 3. Con el nombre de germanos se hace alusión a los tungros, pues todas las tribus de aquellos lugares se consideraban como germanas; cf. CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 37.

⁶⁵ Cf. I 61, 2.

⁶⁶ Cf. *Germania* VI 6, VII 3.

⁶⁷ Se trataría de la cohorte III de tungros incorporados como tropas auxiliares al ejército romano; cf. G. ALFÖLDY, *Die Hilfstruppen der römischen Provinz Germania Inferior*, Düsseldorf, 1968, pág. 46; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 120.

⁶⁸ Abarca la Germania Superior y la Inferior.

⁶⁹ Cf. I 6, 2.

⁷⁰ Sobre los eduos, cf. I 51, 4. Los arvernos, mencionados solo aquí, ocupaban la ciudad de Auvergne en Aquitania.

⁷¹ Eran los tréviros y lingones; cf. I 53, 3; 57, 2; 64, 2; IV 69, 2.

⁷² Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 121.

⁷³ Sucedió el año 9 d. C. en Teutoburgo. Tres legiones fueron masacradas y Varo acabó suicidándose.

⁷⁴ Cf. IV 12, 2.

⁷⁵ Era el comandante de la legión *XV Primigenia*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 51-2; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 38.

⁷⁶ Las legiones *XV Primigenia* y la *V Alaudae* tenían su base en Vetera (Birten); cf. IV 35, 3; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 121.

⁷⁷ Al sur de la Colonia Agripinense (Colonia); cf. *Germania* XXVIII 5.

⁷⁸ Cf. II 14, 1.

⁷⁹ Cf. IV 15, 2.

⁸⁰ Sobre esta costumbre germana, cf. *Germania* VII 3; *Anales* IV 51, 2; CÉSAR, *Guerra de las Galias* I 51; PLUTARCO, *Mario* XIX y XXVII.

⁸¹ Sobre los cantos salvajes de los guerreros no romanos, cf. II 22, 1; *Agrícola* XXIII 1; *Germania* III 1; *Anales* I 65, 1. Sobre los aullidos de las mujeres, cf.

Germania VII 3; CURCIO RUFO, IV 16, 15; PLINIO, *Cartas* VI 20, 4.

⁸² Los ubios, situados, primero, en la ribera derecha del Rin y, después, en la izquierda tenían por capital a Colonia Agripinense (Colonia); cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 121-122. Sobre los tréviros, cf. I 53, 3.

⁸³ La actual Xanten; cf. H. LEHNER, *Vetera*, Berlín, 1930; M. E. CARBONE, «The first relief of Castra Vetera», *Phoenix* 21 (1967), 296-298.

⁸⁴ Cf. IV 56, 3; 66, 1; 70, 1; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 122.

⁸⁵ Eran ocho cohortes auxiliares de la legión *XIV Gemina*; cf. I 59, 1.

⁸⁶ Cf. I 59, 1; II 97, 1; IV 15, 1; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 36.

⁸⁷ El número habitual de jinetes en una cohorte era de 120 hombres; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 54. Sobre la paga exigida por los batavos, cf. CHILVER, *Historiess IV-V*, pág. 40; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 122-123.

⁸⁸ Cf. IV 70, 5; 77, 3; *PIR2* H 108; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 123.

⁸⁹ La actual Bonn. Se trata de la legión *I Germanica*.

⁹⁰ La mitad de una legión.

⁹¹ Se trata de cohortes reclutadas precipitadamente que entraban en acción sin ninguna instrucción previa.

⁹² Cf. II 42, 2; IV 16, 2.

⁹³ Los nervios, tungros e incluso los tréviros.

⁹⁴ La legión *I Germanica*; cf. 19, 2.

⁹⁵ Cf. IV 17, 3; 22, 2; 33, 1.

⁹⁶ Eran la *XV Primigenia* y la *V Alaudae*.

⁹⁷ Los téncteros (*Germania* XXXII 1, 2; XXXIII 1) vivían entre el Rin, el Ruhr y Lippe, mientras que los brúcteros (*Germania* XXXIII 1) habitaban más al norte entre Lippe y Ems; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 57-58; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 41-42.

⁹⁸ Sobre Munio Luperco, cf. IV 18, 1. Numisio Rufo era el comandante de la legión *XVI Gallica* estacionada en Novesio; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 58; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 42; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 124.

⁹⁹ Tácito alude a construcciones exteriores al campamento, realizadas durante un largo período de paz, como almacenes, tiendas, tabernas y otros; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 40.

¹⁰⁰ Cf. IV 60, 1.

- ¹⁰¹ Cf. *Germania* VII 3.
- ¹⁰² El grueso de la legión *XV Primigenia* y una parte de la *V Alaudae*; cf. IV 18, 1.
- ¹⁰³ Alusión a *Vetera Castra*; cf. IV 18, 3.
- ¹⁰⁴ Los brúcteros, téncteros y frisios; cf. IV 15, 1-2; 21, 2.
- ¹⁰⁵ Los soldados avanzaban con los escudos sobre sus cabezas formando como un caparazón de una tortuga; cf. VEGECIO, *Compendio de técnica militar* IV 14; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 43.
- ¹⁰⁶ Cf. SÉNECA, *Diálogos* VII 26, 3.
- ¹⁰⁷ La legión *XXII Primigenia* y la *IV Macedonica*; cf. II 100, 1; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 43.
- ¹⁰⁸ Dilio Vócula fue tribuno en la legión *I Germanica* en Bonn, cuestor en el Ponto y comandante de la legión *XXII Primigenia*; cf. *ILS* 983; P. FABIA, «Dillius Vocula», *Studi Romani* 2 (1914), 153-188; SYME, *Tacitus*, 784-785; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 43; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 126. Tácito lo describe como un héroe romano en el Rin; cf. IV 58.
- ¹⁰⁹ La legión *I Germanica*; cf. I 55, 2: 57, 1; IV 24, 1.
- ¹¹⁰ En *Vetera*; cf. IV 20, 2-3.
- ¹¹¹ Es decir, a Vitelio.
- ¹¹² Eran los portadores de las águilas, las enseñas de las legiones. Su rango, similar al de alférez, era inferior al de un centurión.
- ¹¹³ Seguramente, los tréviros y lingones.
- ¹¹⁴ La legión *I Germanica* de Bonna y banderas de las legiones *IV Macedonica* y *XXII Primigenia*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 65; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 127.
- ¹¹⁵ Tácito se refiere al mando militar, pues Hordeonio Flaco retenía el mando sobre la provincia; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 44.
- ¹¹⁶ Estaba situada en las proximidades de la actual Neuss, cercana a Düsseldorf, al oeste del Rin. Allí tenía su base la legión *XVI Gallica* desde el año 43 d. C.; cf. H. NISSEN, «Die Geschichte von Novaesium», *Bonner Jahrbücher* 111-112 (1904), 1-96; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 44.
- ¹¹⁷ Solo quedaba un destacamento de la *XVI Gallica*, pues el grueso de ella había partido para Italia; cf. II 100, 1; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 49.
- ¹¹⁸ Era el legado de la legión *I*; cf. IV 19, 2.
- ¹¹⁹ La actual Gellep, situada a 18 kilómetros de Novesio y a 35 de *Vetera*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 67; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 44; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 127.
- ¹²⁰ Tribu que vivía entre los ubios y los batavos; cf. PLINIO, *Historia natural* IV 106; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 68.

¹²¹ Hordeonio en Novesio y Galo en Gelduba: cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 128.

¹²² Los menapios habitaban entre los ríos Mosa y Scheldt; los morinos, pueblo belga, vivían al sudoeste de los menapios en la costa; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 69; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 45.

¹²³ Los ubios vivía en la Colonia Agripinense mezclados con los romanos desde la fundación de la ciudad en el 50 d. C. como Colonia Claudia Augusta Ara Agripinensis; cf. *Anales XII* 27, 1; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 45.

¹²⁴ El nombre romano era el de Colonia Agrippinensium, la actual Colonia, donde se había instalado una colonia de veteranos de guerra en el año 50. El nombre se dio en honor de Agripina la Menor, esposa de Claudio que había nacido allí; cf. ASH, *The Histories*, pág. 298.

¹²⁵ La actual Düren, situada entre Aachen y Colonia; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 70.

¹²⁶ BASSOLS, *Historias IV*, pág. 54: «Se trata de una torre de madera montada sobre ruedas para poderla acercar a la ciudad sitiada. Constaba de varios pisos o plataformas para, de este modo, poder dominar las fortificaciones enemigas y desalojar de ellas a sus defensores».

¹²⁷ Era la puerta principal del campamento, por la que se llegaba al *praetorium*, el puesto de mando del campamento; cf. IV 23, 1.

¹²⁸ La máquina de guerra recibía el nombre de *tolleno*; cf. VEGECIO, *Compendio de técnica militar IV* 21; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 129.

¹²⁹ Antes del 25 de octubre del 69; cf. III 55. Las noticias de la toma de Cremona llegaron a Novesio la primera semana de noviembre; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 56; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 46.

¹³⁰ Se trata de una carta diferente a la citada en IV 13 y cuyo contenido se recuerda en V 26; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 129-130.

¹³¹ Cf. III 35, 2.

¹³² Cf. IV 24, 1.

¹³³ Cf. IV 13, 1.

¹³⁴ Estaba situada cerca de la actual Asberg, entre Gelduba y Vetera; cf. *Germania III* 3; HEUBNER, *Historien: IV*, pág. 78; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 47; T. BECHERT, *Asciburgium*, Duisburgo, 1974; id., «Asciburgium», *Bonner Jahrbücher* 179 (1979), 475-498.

¹³⁵ En Gelduba, hoy Gellep; cf. IV 26, 3.

¹³⁶ Cf. IV 15, 3.

¹³⁷ Sería las cohortes I y II (*cohortes Hispanae Vasconum*), reclutadas por Galba cuando era gobernador de la Hispania Tarraconense; cf. BASSOLS,

Historias IV, pág. 60; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 79; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 47; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 131.

¹³⁸ En Novesio estaba Hordeonio Flaco (IV 31, 2), comandante de las fuerzas del Rin, mientras que en Mainz estaban acantonadas las legiones *IV Macedonica* y *XXII Primigenia*.

¹³⁹ Julio Civil y Dilio Vócula.

¹⁴⁰ Las legiones *V Alaudae* y *XV Primigenia* en Vetera.

¹⁴¹ El de Vetera.

¹⁴² Las legiones *V Alaudae* y *XV Primigenia*.

¹⁴³ Las legiones *V Alaudae* y *XV Primigenia*.

¹⁴⁴ Sobre este capítulo, léase a E. FRAENKEL, «Eine Form römischer Kriegsbulletin», *Eranos* 54 (1956), 189-194.

¹⁴⁵ Cf. I. KAJANTO, «Tacitus attitude to war and the soldier», *Latomus* 29 (1970), 699-718.

¹⁴⁶ Las legiones *IV Macedonica* y *XXII Primigenia*, estacionadas en Mogontiaco; cf. I 8, 2; 9, 1.

¹⁴⁷ Vitelio fue asesinado el 20 o 21 de diciembre del 69; cf. III 82-85.

¹⁴⁸ Las legiones *I Germanica*, *IV Macedonica* y *XXII Primigenia*.

¹⁴⁹ Sobre los catos (territorio actual de Hessen), cf. IV 12, 2. Los usipos se encontraban entre Sieg y Lahn; los matiacos vivían entre Taunus y Main, cerca de la actual Wiesbaden; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 86; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 133.

¹⁵⁰ Cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 87-90.

¹⁵¹ El inicio del consulado marca el comienzo del año 70 d. C., pero ambos se encontraban en Judea. Vespasiano había sido cónsul *suffectus* en los últimos meses del año 51.

¹⁵² L. Calpurnio Pisón era hijo del cónsul del año 27 d. C. del mismo nombre. Fue cónsul con Nerón en el año 57 (*Anales* XIII 31, 1); cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 70; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 90-1; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 50; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 134.

¹⁵³ Cf. I 89, 1; JUVENAL, X 81 (*panem et circenses*).

¹⁵⁴ Cf. SYME, *Tacitus*, págs. 187-188.

¹⁵⁵ Los cónsules se encontraban lejos de Roma. Sexto Julio Frontino (ca. 40-103) fue pretor de Roma el año 70, cónsul *suffectus* en el 73 y el 98, cónsul ordinario en el 100; escribió *Strategemata*, *De aquaeductu urbis Romae* y *Liber gromaticus*. Cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 91; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 50; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 134; ASH, *The Histories*, pág. 299.

¹⁵⁶ Fue comandante de la legión *VII Claudia*; cf. I 79, 5; II 85, 2; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 91-2; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 51.

¹⁵⁷ Fue comandante de la legión *VII Claudiana* (III 12, 3) y senador en tiempos de Vespasiano; cf. II 85, 2; III 52, 3.

¹⁵⁸ Sobre Hormo, liberto de Vespasiano, cf. III 12, 3; 28.

¹⁵⁹ Sobre Antonio Primo, cf. II 86, 1; sobre Arrio Varo, cf. III 6, 1.

¹⁶⁰ Era hermano de Pisón, a quien había adoptado Galba; cf. I 15, 2; 47, 2; 48, 1; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 51.

¹⁶¹ Cluvio Rufo (*PIR2* C 1206) era gobernador de Hispania Citerior (Tarraconensis) *in absentia*; cf. I 8, 1; II 65, 1; III 65, 2; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 93-94.

¹⁶² La legión *VII Galbiana* o *Gemina*; cf. I 6, 2; II 11, 1; 86, 1; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 51-52; ASH, *The Histories*, pág. 299.

¹⁶³ La legión *III Gallica*; cf. I 10, 1; II 74, 1; IV 3, 1 SÜETONIO, *Vespasiano* VI 3.

¹⁶⁴ Eran las legiones *VIII Augusta*, *XI Claudia*, *XIII Gemina*; cf. IV 68, 4.

¹⁶⁵ Sería el 9 de enero del año 70 d. C.

¹⁶⁶ El rubor se asociaba con la modestia (PLINIO, *Cartas* I 14, 8; SÉNECA, *Cartas* XI 1). Sin embargo, Domiciano disimulaba su desvergüenza con un excesivo rubor; cf. *Agrícola* XLV 2; PLINIO, *Panegírico de Trajano* XLVIII 4; SÜETONIO, *Domiciano* XVIII 1.

¹⁶⁷ Sin embargo, léase lo contrario en SÜETONIO, *Galba* XXIII; J. GAGÉ, «Vespasien et la mémoire de Galba», *Rev. Etud. Ancien.* 54 (1952), 290-315.

¹⁶⁸ Personaje desconocido y confundido con su padre, del mismo nombre; cf. *Anales* XVI 28, 1; 29, 2; 33, 2; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 52; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 136.

¹⁶⁹ Cf. SÜETONIO, *Vespasiano* VIII 5.

¹⁷⁰ En el año 65 se cambió el nombre del mes de abril por el de Nerón, mayo por el de Claudio y junio por el de Germánico; cf. *Anales* XV 74, 1; XVI 12, 2; SÜETONIO, *Calígula* XV 2; *Domiciano* XIII 3; *Historia Augusta, Vida de Cómodo* XI 8.

¹⁷¹ Cf. SÜETONIO, *Vespasiano* VIII 5-IX, 1.

¹⁷² El de pretor; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 53.

¹⁷³ Cf. IV 10.

¹⁷⁴ Cf. IV 7, 2.

¹⁷⁵ Era discípulo de Diógenes y Crisipo y amigo de Séneca; cf. *Anales* XVI 34, 1; SÜETONIO, *Vespasiano* XIII; DIÓN CASIO, LXVI 13, 3; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 137; ASH, *The Histories*, pág. 299.

¹⁷⁶ Era hermano de Q. Junio Aruleno Rústico (III 80, 2); cf. PLINIO, *Cartas* IV 22, 3; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 97-8; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 137.

¹⁷⁷ Domiciano.

¹⁷⁸ Vespasiano.

¹⁷⁹ Este juramento era pronunciado por los dos cónsules y por futuros emperadores, como Nerva, Trajano, Adriano y otros (DIÓN CASIO, LXXV 2, 1); cf. A. R. BIRLEY, «The Oath not to put Senators to death», *Class. Review* 12 (1962), 197-199.

¹⁸⁰ Nada se sabe de estos tres delatores.

¹⁸¹ C. Pacio Africano fue cónsul *suffectus* en el año 67 y procónsul de África en el 77-78; cf. H. W. BENARIO, «C. Paccius Africanus», *Historia* 8 (1959), 496-498; P. A. GALLIVAN, «Some Comments on the *Fasti* for the Reign of Nero», *Class. Quarterly* 24 (1974), 304; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 99; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 54; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 138.

¹⁸² Rufo y Próculo Escribonio habían sido gobernadores de la Germania Superior e Inferior respectivamente. Nerón forzó sus suicidios para apropiarse de sus riquezas; cf. DIÓN CASIO, LXIII 17, 2-7.

¹⁸³ Cf. II 10; IV 10; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 99.

¹⁸⁴ Sobre el interlocutor del *Diálogo de los oradores*, cf. III 9, 3; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 54.

¹⁸⁵ No había cumplido 25 años; cf. *Anales* XV 28, 3; DIÓN CASIO, LII, 20, 1.

¹⁸⁶ El senador M. Aquilio Régulo fue descrito así por PLINIO, *Cartas* I 5, 15: «Es, pues, un hombre rico, intrigante, cuidado por muchos y temido por la mayoría»; cf. R. SYME, *Journ. Rom. Stud.* 43 (1953), 161; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 100; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 54; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 138; ASH, *The Histories*, pág. 300.

¹⁸⁷ Tácito se refiere especialmente a M. Licinio Craso Frugi, cónsul en el año 64 d. C. y hermano de L. Calpurnio Pisón Liciniano, adoptado por Galba; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 100.

¹⁸⁸ Sexto Cornelio Escipión Salvidieno Órfito fue cónsul en el año 51 junto a Claudio y fue ejecutado al final del reinado de Nerón; cf. SUETONIO, *Nerón* XXXVII 1; DIÓN CASIO LXII 27, 1; *Anales* XVI 12, 2.

¹⁸⁹ Sulpicia Pretextata, esposa de Licinio Craso, era hija de Quinto Sulpicio Camerino, cónsul en el año 46 d. C.; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 101.

¹⁹⁰ Cf. IV 40, 1; R. H. MARTIN, «The speech of Curtius Montanus: Tacitus, *Histoires IV* 42», *Journ. Rom. Stud.* 57 (1967), 109-114.

¹⁹¹ Sobre la enemistad de Régulo con Pisón, hijo adoptivo de Galba, cf. PLINIO, *Cartas* II 20, 2. Régulo había delatado a Licinio Craso Frugi, hermano de Pisón; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 76.

¹⁹² Se debe referir a las insignias consulares quitadas a los cónsules condenados por algún delito grave; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 55. BASSOLS (*Historias IV*, pág. 76) lo interpreta como los despojos procedentes de Craso y Órfito, condenados por sus delaciones.

¹⁹³ Alusión a Eprio Marcelo y Vibio Crispo; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 140.

¹⁹⁴ Cf. I 82, 1; SÜETONIO, *Nerón XXXVII* 3.

¹⁹⁵ La *moderatio* se consideraba una de las cualidades específicas del buen emperador; cf. M. DELLA MORTE, «Alcune osservazioni sul termine *moderatio*», *Boll. Stud. Lat.* 10 (1980), 26-37; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 140.

¹⁹⁶ Sobre el texto latino, cf. K. WELLESLEY, «Tacitus, *Hist.* IV 42, 6», *Liv. Class. Monthly* 10 (1985), 24; id., «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey...», pág. 1.676-1.677.

¹⁹⁷ La flagelación y decapitación.

¹⁹⁸ Cf. II 91, 3.

¹⁹⁹ Cf. I 8, 1.

²⁰⁰ Cf. II 10, 1.

²⁰¹ La escena aparece posiblemente en *Diálogo de los oradores* V 6-7; cf. JUVENAL, IV 81-83; E. PARATORE, *Tacito*, 2ª ed., Roma, 1962, págs. 195-196.

²⁰² Tuvo lugar probablemente el 15 de enero del 70; cf. R. S. ROGERS, «A criminal trial of A. D. 70», *Trans. Amer. Philol. Assoc.* 80 (1949), 347-350.

²⁰³ Con «imposiciones» (*necessitates*) se refiere a las muertes impuestas por razón de Estado (F. SOCAS).

²⁰⁴ Octavio Sagita fue condenado (*Lex Cornelia de sicariis*) por un asesinato (Poncia Postumina) durante su tribunado en el año 58; cf. *Anales* XIII 44. Antistio Sosiano fue condenado (*Lex de Maiestate*) por haber escrito un libelo contra Nerón durante su pretura del año 62; cf. *Anales* XIV 48; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 106; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 56; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 141.

²⁰⁵ Poncia Postumina es la mujer asesinada por Octavio Sagita, citado antes; cf. SYME, *Tacitus*, pág. 627, n. 4.

²⁰⁶ La falta de control de Sagita fue consecuencia de su locura ante un amor imposible (*impotens amoris*) hacia Poncia; cf. *Anales* XIII 44, 1: *Pontiae...amore vaecors*, «loco de amor por Poncia». Sobre «el mal de amores», cf. R. MORENO, ed., *Diccionario de motivos amorios...*, págs. 259-262.

²⁰⁷ Es desconocido. Un senador de nombre C. Matidio Patruino murió en el año 78 como *magister* de los Hermanos Arvales; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 56.

²⁰⁸ Cf. I 82, 1; IV 42, 4; PETRONIO, *Satiricón* LXXVIII 5-6.

²⁰⁹ La colonia Sena Iulia, hoy Siena; cf. PLINIO, *Historia natural* III 51.

²¹⁰ Se identifica con un procónsul de Creta y Cirene en el año 70: cf. J. REYNOLDS, «Four Inscriptions from Roman Cyrene», *Journ. Rom. Stud.* 49 (1959), 97; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 108; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 142.

²¹¹ Era la *Lex Iulia repetundarum* del año 59 a. C.; cf. P. A. BRUNT, «Charges of Provincial Maladministration», *Historia* 10 (1961), 189-227; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 108.

²¹² Cf. II 67, 1; III 55, 2; cf. P. FABIA, «Les prétoriens de Vitellius», *Rev. Philologie* 38 (1914), 32-75; M. DURRY, *Les cohortes prétoriennes*, París, 1938, pág. 243; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 57.

²¹³ Los pretorianos recibían dos denarios al día, el doble que los legionarios.

²¹⁴ Cf. II 63, 1; IV 2, 2.

²¹⁵ Cf. IV 2, 2.

²¹⁶ Las fuerzas que se rindieron en Narnia (III 58, 1; 63, 1); cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 109.

²¹⁷ El soldado se licenciaba a los cincuenta años o después de veinte años de servicio como legionario o dieciséis como miembro de la guardia pretoriana.

²¹⁸ Cf. SUETONIO, *Vespasiano* XVI 3. La cantidad de sesenta millones de sestercios serviría para hacer frente a los gastos inmediatos del Estado, como pagar a los soldados; cf. CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 58.

²¹⁹ Cf. III 50, 2.

²²⁰ Cf. III 55, 2; SUETONIO, *Vitelio* XI 2; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 84; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 112.

²²¹ Hermano mayor de Vespasiano; cf. I 46, 1.

²²² Cf. IV 38, 1.

²²³ La legión *III Augusta* (I 11, 2), la *cohors VII Lusitanorum equitata*, la *cohors I Chalcidenorum equitata* y la *cohors XV Voluntariorum*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 113; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 145.

²²⁴ Calígula.

²²⁵ Marco Junio Silano, cónsul del año 19 d. C., estuvo casado con Emilia Lépidia, biznieta de Augusto, con la que tuvo tres hijos; fue, asimismo, gobernador de África en los años 36-39; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 113; CHILVER, *Histoires IV-V*, págs. 59-60; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 145.

²²⁶ Los legados conservaban el mando el tiempo que fijaran los emperadores, mientras que el mandato de los procónsules duraba un año; cf. ASH, *The Histories*, pág. 300.

²²⁷ Era legado de la legión *III Augusta*; cf. II 98, 1; PLINIO, *Cartas* III 7, 12; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 114.

²²⁸ Cf. I 70, 2; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 115.

²²⁹ Probablemente se trate de G. Papirio Equo, centurión de la legión *III Augusta*; cf. *ILS* 246; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 61.

²³⁰ Cf. IV 11, 2.

²³¹ Sobre la tendencia de Tácito de ofrecer dos alternativas sobre un mismo hecho, léase a D. SULLIVAN, «Innuendo and the ‘weighted alternative’ in Tacitus», *Class. Journal* 71 (1976) 312-326; D. WHITEHEAD, «Tacitus and the loaded alternative», *Latomus* 38 (1979), 474-495.

²³² Cf. I 7, 1.

²³³ Nótese el expresivo oximoron (*egregio mendacio*) o paradoja entre términos antitéticos.

²³⁴ Masa llegó a ser un famoso delator en tiempos de Domiciano; cf. *Agrícola* XLV 1; PLINIO, *Cartas* VII 33, 4-8; JUVENAL, I 35; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 117; HELLEGOUARC’H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 146-7; ASH, *The Histories*, pág. 301.

²³⁵ Es la actual Susa, al sur de la antigua Cartago: cf. PLINIO, *Historia natural* V 25.

²³⁶ Era *praefectus castrorum* de la legión *III Augusta*, asentada en Theveste; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 89; ASH, *The Histories*, págs. 300-301.

²³⁷ Las actuales Trípoli y Lebda respectivamente; cf. M. F. SQUARCIAPINO, *Leptis Magna*, Basilea, 1966; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 61.

²³⁸ Habitaban en la actual Fezzan, en los oasis del Sáhara occidental; cf. C. DANIELS, *The Garamantes of Southern Libya*, Nueva York-North Harrow, 1970; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 118; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 61; HELLEGOUARC’H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 147.

²³⁹ Estas chozas son descritas por SALUSTIO (*Guerra de Jugurta*. XVIII 8) así: «Por lo demás, todavía las casa de los númidas del campo, que llaman mapales, alargadas y con las paredes y techo en comba, se parecen a los cascos de los barcos». Cf. E. MÜLLER-GRAUPA, «Mera mapalia», *Philologus* 85 (1930), 302-312.

²⁴⁰ Vespasiano se encontraba en Alejandría, donde había llegado a finales de noviembre o comienzos de diciembre del 69; cf. II 82, 3; III 48, 3; IV 38, 1; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 119-122; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 61-62.

²⁴¹ Cf. III 48, 3.

²⁴² Los caballeros y los senadores.

²⁴³ Cf. II 82, 3. Suetonio (*Vespasiano* VI 4) dice que Vologeso, rey de los partos (51-79 d. C.) puso a disposición de Vespasiano cuarenta mil arqueros; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 122.

²⁴⁴ ¿Se trataría de que Domiciano llevaba una vida disipada o de que había planeado alguna empresa contra su propio padre? Cf. HELLEGOUARC’H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 148.

²⁴⁵ La narración de la guerra contra los judíos comienza en el libro V.

²⁴⁶ La preocupación de Tito no era solo por la conducta de Domiciano, sino también por la actitud de Muciano y sus ambiciones; cf. J. A. CROOK, «Titus and Berenice», *Amer. Journ. Philology* 72 (1951), 164-165.

²⁴⁷ Sin embargo, Séneca (*La brevedad de la vida* XVIII 5) habla de siete u ocho días de abasto y el mismo Tácito calcula unos quince días (*Anales* XII 43, 2); cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 63.

²⁴⁸ Cf. III 48, 3.

²⁴⁹ Cf. III 71, 4 (el incendio del Capitolio). Sobre su reconstrucción, léase a H. BARDON, «La naissance d'un temple», *Rev. Étud. Latines* 33 (1955), 166-182; G. B. TOWNEND, «The Restoration of the Capitol in A. D. 70», *Historia* 36 (1987), 243-248.

²⁵⁰ Lucio Julio Vestino, de la clase de los caballeros, procedía de Vienne (Galia) y llegó a ser prefecto de Egipto en los años 59-62; su hijo, M. Julio Vestino Ático, fue cónsul en el año 65 (*Anales* XV 48, 1); cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 53; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 64; ASH, *The Histories*, pág. 301.

²⁵¹ En Ostia; cf. *Anales* XV 43, 3.

²⁵² Macrobio (*Saturnales* III 20, 2) ofrece una lista de árboles que traían buena suerte, como el roble, la encina, la higuera blanca, el manzano y otros.

²⁵³ Cf. II 91, 3; IV 4, 3; 5, 1; 6, 3; 7, 1; 8, 3; 9, 1; 10; 43, 1.

²⁵⁴ Tito Plaucio Silvano Eliano fue gobernador de la provincia Tarraconense y cónsul dos veces; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 126; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 65; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 150-151.

²⁵⁵ Es decir la *suovetaurilia*, el sacrificio más solemne, tal como se ha dejado constancia en la columna de Trajano; cf. U. W. SCHOLZ, «Suovetaurilia und Solitaurilia», *Philologus* 117 (1973), 3-28; ASH, *The Histories*, pág. 301.

²⁵⁶ La tríada capitolina; cf. I 86, 1; VIRGILIO, *Eneida* IX 448; LIVIO, XX-VIII 51, 8; OVIDIO, *Fastos* VI 37; F. BÖMER, *Die Fasten*, Heidelberg, 1958, II, págs. 339-341.

²⁵⁷ La escena describe un acto muy parecido a la ceremonia de nuestros días de la solemne colocación de la primera piedra en el inicio de la obra de un gran edificio público.

²⁵⁸ Tácito vuelve a la narración de los hechos que había dejado en el capítulo XXXVII, enero del año 70.

²⁵⁹ Cf. III 85.

²⁶⁰ Cf. III 46, 2; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 94.

²⁶¹ En el año 390 a. C.; cf. LIVIO, V 48-49.

²⁶² El Capitolio era el símbolo de la permanencia del Estado romano; cf. III 72, 1; VIRGILIO, *Eneida* IX 448-9; HORACIO, *Odas* I 37, 6-8; III 5, 12; 30, 7-9; LIVIO, I 55,4-6; V 53,6.

²⁶³ Cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* VI 13-14; SYME, *Tacitus*, 457-458; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 129-130.

²⁶⁴ Cf. IV 36, 2; I 9, 1.

²⁶⁵ Cf. I 59, 1.

²⁶⁶ Cf. II 14, 1.

²⁶⁷ El *ala Trevirorum*; cf. II 14, 1.

²⁶⁸ Es la región comprendida entre Vinxthbach, cerca de Reineck, y Nahe; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 152-153.

²⁶⁹ Sobre la actividad sexual de Julio César, léase a SUETONIO, *El divino Julio* XLIX-LII.

²⁷⁰ Cf. IV 37, 2.

²⁷¹ Era el rival batavo de Civil; cf. IV 18, 4.

²⁷² Sobre los nervios, cf. IV 15, 3; 33, 2. Los betasios, pueblo belga, habitaban entre los ríos Mosa y Scheldt; cf. PLINIO, *Historia natural* IV 106; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 133.

²⁷³ Vivían en la boca del Scheldt; cf. PLINIO, *ibid.*

²⁷⁴ Julio Civil.

²⁷⁵ Cf. IV 36, 1.

²⁷⁶ Eran las legiones *I Germanica*, con sede en Bonn, y la *XVI Gallica*, con base en Novesium; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 99.

²⁷⁷ Julio Sacroviro era jefe de los eduos, líder de la revuelta gala contra Roma en el año 21; acabó suicidándose después de su derrota; cf. *Anales* III 40-47; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 134; ASH, *The Histories*, pág. 302.

²⁷⁸ Cf. I 6, 2.

²⁷⁹ Allí estaba asentada la legión *XVI Gallica*; cf. IV 26, 3.

²⁸⁰ SYME (*Tacitus*, págs. 685-686) señala que Tácito se inspiró, tanto en la forma como en el contenido, en el discurso de Publio Cornelio Escipión contra unos amotinados; cf. LIVIO, XXVIII 27-29; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 154-155.

²⁸¹ La muerte como descanso y final de los sufrimientos es un tópico de las consolaciones; cf. F. LILLO, *Palabras contra el dolor. La consolación filosófica latina de Cicerón a Frontón*, Madrid, 2001, págs. 57-58, 188-189, 245-250.

²⁸² Tácito evoca los ejemplos de Sagunto (LIVIO, XXI 14, 4) o Petelia (LIVIO, XXIII 20 y 30).

²⁸³ Las legiones *V Alaudae* y *XV Primigenia*; cf. IV 35, 3; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 101; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 137.

²⁸⁴ El mismo cálculo se hace en I 1, 1. En realidad fueron 823 años.

²⁸⁵ Advocación de Rómulo, padre de la ciudad de Roma; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite. Histoires IV-V*, pág. 155.

²⁸⁶ Conocido solo en Tácito como el asesino de Vócula; cf. IV 62, 4.

²⁸⁷ En la legión *I Germanica* había servido Vócula como *tribunus militum*; cf. ILS 983; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 139; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 69.

²⁸⁸ Sobre Herennio Galo, legado de la legión *I Germanica*, cf. IV 19, 2; sobre Numisio Lupo, legado de la legión *XVI Gallica*, cf. I 79, 5; IV 22, 1.

²⁸⁹ Las insignias del supremo poder militar eran el manto de púrpura (*paludamentum*), los lictores y los *fasces* o hachas; cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 139-140.

²⁹⁰ Los que quedaban de las legiones *I Germanica* y *XVI Gallica*; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 104.

²⁹¹ Los soldados de las legiones *IV Macedonica* y *XXII Primigenia*.

²⁹² En *Vetera*; cf. IV 21-23, 28, 34 y 36.

²⁹³ Seguramente, ratas.

²⁹⁴ El de *Vetera Castra*. La descripción del asedio y saqueo del campamento recuerda a los de *Casilinum* en el año 216 a. C. (LIVIO, XXIII 19, 13) y de *Petelia* (LIVIO, XXIII 30, 3). Aparecen los tópicos tradicionales de saqueo, incendio y muerte de los varones; cf. G. M. PAUL, «*Urbs capta*: Sketch of an Ancient Literary Motif», *Phoenix* 36 (1982). 144-155.

²⁹⁵ Cf. PLINIO, *Historia natural* XXVIII 191; MARCIAL, VIII 33, 20. Suetonio (*Julio* LXVII 2) cuenta que Julio César se dejó crecer la barba y el cabello hasta vengar la derrota de su legado Titurio; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 157.

²⁹⁶ Cf. *Germania* XXXI 1; SILIO, IV 200-201; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 106; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 142.

²⁹⁷ Era legado de la legión *XV Primigenia*; cf. IV 18, 1.

²⁹⁸ Era una profetisa de los brúcteros; cf. *Germania* VIII 3; ESTACIO, *Silvas* I 4, 90; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 143; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 71; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 157.

²⁹⁹ Cf. P. FABIA, «Officiers gaulois dans les légions romaines au I^{er} siècle de notre ère (Tac. *Hist.* IV, 61 et 74)», *Rev. Étud. Ancienn.* 14 (1912), 285-291.

³⁰⁰ Cf. K. V. DECKER y W. SELZER, «Mogontiacum: Mainz von der Zeit des Augustus bis zum Ende der römischen Herrschaft», *ANRW* II 5.1 (1975), 483-494.

³⁰¹ *Vindonissa*, la actual Windisch, era la base de la legión *XXI Rapax*, aunque el grueso de sus fuerzas había partido para Italia con Cécina; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 108; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 144.

³⁰² La legión *XVI Gallica* con el *ala Picentina*; cf. IV 26, 3.

³⁰³ Vetera Castra. La capitulación del campamento parece un eco de la rendición de los romanos ante los samnitas en las Horcas Caudinas del año 321 a. C.; cf. LIVIO, IX 5, 11-6, 2; SYME, *Tacitus. II*, pág. 686; ASH, *The Histories*, pág. 302.

³⁰⁴ Los soldados guardaban el dinero y joyas en los cinturones; cf. SUBTONIO, *Vitelio* XVI.

³⁰⁵ Las efigies de los emperadores Galba y Vitelio; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 109.

³⁰⁶ Cf. I 41, 1.

³⁰⁷ Igual que Aníbal y Q. Sertorio; cf. SALUSTIO, *Historias* I 88; PLUTARCO, *Sertorio* I 4; IV 3. Sobre derrotas y humillaciones militares sufridas por los romanos, cf. R. ASH, «Waving the White Flag: Surrender Scenes at Livy 9.5-6 and Tacitus, *Histories* 3.31 and 4.62», *Greece & Rome* 45 (1998), 27-44.

³⁰⁸ La legión *I Germanica* con base en Bonn; cf. IV 19, 2; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 145.

³⁰⁹ El *ala Gallorum Picentina* o *Picentiana* era un regimiento auxiliar de caballería adscrito a la legión *XVI Gallica* con sede en *Novesio*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 146; E. BIRLEY, «*Alae* named after their commanders», *Ancient Society* 9 (1978), 268.

³¹⁰ La actual Trier, situada sobre el río Mosela y cercana a Luxemburgo, Francia y Bélgica.

³¹¹ Cf. H. SCHMITZ, *Colonia Claudia Ara Agripinensium*, Colonia, 1956; P. LA BAUME, «Das römische Köln», *Bonner Jahrbücher* 172 (1972), 271-292.

³¹² *El imperium Galliarum*.

³¹³ Cf. IV 28, 1-2.

³¹⁴ Cf. IV 21. 2.

³¹⁵ En *Germania* (IX 1) se dice que los germanos rendían especialmente culto a Mercurio; cf. *Anales* XIII 57, 2; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 111.

³¹⁶ Cf. *Agrícola* XXI 2.

³¹⁷ Se refiere a los veteranos asentados en Colonia Agripinense en el año 50 d. C.; cf. *Anales* XII 27, 1.

³¹⁸ Los germanos tenían que pagar una gabela para poder entrar en Colonia Agripinense; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 113; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 149; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 160.

³¹⁹ Eran vecinos de los ubios y vivían al oeste del Rin, entre el Ruhr y el Erft; cf. PLINIO, *Historia natural* IV 106; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 151; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 73; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 161.

³²⁰ Cf. IV 18, 4.

³²¹ Cf. IV 56, 3.

³²² Estaría situado en la zona que luego se llamaría Traiectus Mosae (Maastricht); HELLEGOUARC'H, *Tacite. Histoires IV-V*, pág. 161.

³²³ Cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 3, 15; SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* XX 16; LX 4; SUETONIO, *Augusto* X 4.

³²⁴ Cf. IV 55, 2.

³²⁵ Consistían en tablas de bronce con los términos de los acuerdos; cf. LIVIO, II 33, 9; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 116.

³²⁶ Los sécuanos vivían entre el Jura y los Vosgos; cf. I 51, 4.

³²⁷ Cf. FRONTINO, *Estratagemas* IV 3, 14.

³²⁸ La narración se encontraría en los libros perdidos de las *Historias*. El suceso fue contado por PLUTARCO (*Amatorius* XXV = *Moralia* 770D) y DIÓN CASIO, LXVI 16. Sabino y su esposa vivieron durante nueve años en una cueva y tuvieron dos hijos. Fueron descubiertos más tarde y matados; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 116; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 152; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 162.

³²⁹ Habitaban entre Aisne y Mame y su capital era Durocortorum, la actual Reims.

³³⁰ Era comandante de la legión XIV; cf. I 87, 2; II 1 1, 2; V 19, 1.

³³¹ Cf. III 59, 2; V 14, 1; 19, 1; P. FABIA, «Tacite, *Histoires* IV 68», *Mélanges G. Boissier*, París, 1903, págs. 191-6; G. B. TOWNEND, «Some Flavian Connections», *Journ. Rom. Studies* 51 (1961), 58-59; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 74.

³³² Cf. IV 39, 3; 11152, 2-3; 78.

³³³ Clemente fue prefecto del pretorio en el año 70, cónsul en el año 73 y gobernador de Hispania en los años 81-83. Su hermana, Arrecina Tertula, fue la primera esposa de Tito (SUETONIO, Tito IV 2); cf. TOWNEND, «Flavian Connections», págs. 56-58; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 153; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 75; HELLEGOUARC'H, *Tacite. Histoires IV-V*, págs. 162-3; ASH, *The Histories*, pág. 303.

³³⁴ Calígula. El padre de Clemente, M. Arrecino Clemente, participó en el complot para asesinar a este emperador; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 163.

³³⁵ El comandante de la guardia pretoriana era normalmente de la clase ecuestre, no de la senatorial.

³³⁶ Eran las legiones VIII Augusta, XI Claudia, XIII Gemina, XXI Rapax y II *Adiutrix*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 154; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 75; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 163.

³³⁷ El monte *Grai*us es el actual Pequeño San Bernardo; cf. II 66, 3. Los Alpes Peninos se encuentran en el sudoeste de Suiza en la frontera con Francia e Italia.

Los Alpes Grayos se sitúan al sur de los Peninos y más al sur están los Alpes Cotios, entre el Piamonte y el Delfinado; cf. Moralejo, *Historias*, pág. 288.

³³⁸ *XIV Gemina, VI Victrix y I Adiutrix*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 154; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 163.

³³⁹ La actual Reims.

³⁴⁰ Tácito describe su muerte en IV 85, 1.

³⁴¹ Cf. I 6, 2; 89, 1.

³⁴² Sería el noroeste de Bélgica; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 156.

³⁴³ Cf. IV 18, 4; 66, 1.

³⁴⁴ La zona entre Basilea y Bingen; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 164.

³⁴⁵ La legión *XXI Rapax* con base en Vindonissa, la actual Windisch.

³⁴⁶ Era gobernador de Noricum; cf. III 5, 2; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 76.

³⁴⁷ Era el *ala I Flavia Singularium civium Romanorum*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 157.

³⁴⁸ Cf. II 22, 3.

³⁴⁹ Los vangiones tenían por capital Barbetomagus, la actual Worms; cf. *Germania XXVIII* 4. Los tribocos tenían por capital Breucomagus, hoy Brumath al norte de Estraburgo. Los ceracates ocupaban la zona entre el Nahe y Mainz; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 157; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 77; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 164.

³⁵⁰ De las legiones *IV Macedonica* y *XXII Primigenia* con base en Mogontiacum (Mainz).

³⁵¹ Sería Bingenbrück en la orilla izquierda del Nahe frente a la actual Bingen.

³⁵² Hoy el río Nahe.

³⁵³ Sobre este combate, léase a K. SCHUMACHER, «Die Tutor-Schlacht bei Bingen», *Mainzer Zeitschrift* 6 (1911), 15-17; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 165.

³⁵⁴ Cf. IV 62, 1 (legión *XVI Gallica*) y 62, 3 (legión *I Germanica*), además de refuerzos de las legiones *V Alaudae* y la *XV Primigenia*: Cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 123.

³⁵⁵ Los mediomátricos, vecinos de los tréviros, eran una tribu celta con su capital en Divodurum (Metz) y eran vecinos de los tréviros: Cf. I 63, 1.

³⁵⁶ Cf. IV 19, 2; 22, 1; 59, 1.

³⁵⁷ Cf. III 79, 1; IV 75, 2; 77, 1; *Anales XIV* 32, 3.

³⁵⁸ Las legiones *I Germanica* y *XVI Gallica* que se habían trasladado desde Trier a Metz; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 77.

³⁵⁹ Desde Metz a Trier (60 millas) y desde Mainz a Trier (90 millas); cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 159-160.

³⁶⁰ Las legiones *I Germanica* y *XVI Gallica* se dirigieron desde Metz a Mainz, unos 230 kilómetros.

³⁶¹ Se trataría de los restos de las legiones *IV Macedonica* y *XXII Primigenia* junto con el *ala Picentina*; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite. Histoires IV-V*, pág. 165.

³⁶² La legión *XXI Rapax*.

³⁶³ La actual Riol, en la orilla derecha del río Mosela a ocho millas de Trier; cf. K. SCHUMACHER, «Die Erstürmung von Rigodulum (Riol) an der Mosel», *Mainzer Zeitschrift* 6 (1911), 17-19; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 160; CHILVER, *Histoires IV-V*, págs. 77-78.

³⁶⁴ Tréviros y lingones.

³⁶⁵ Tácito reconoce implícitamente el *status* de colonia romana a Trier (Augusta Trevirorum), aunque PLINIO (*Historia natural* IV 106) la designa como *civitas libera antea*, lo cual implicaría que habría perdido su condición de colonia romana a partir de su rebelión contra los romanos. Cf. E. M. WIGHTMANN, *Roman Trier and the Treveri*, Londres, 1970; R. SCHINDLER, «Augusta Trevirorum», *Bonner Jahrbücher* 172 (1972), 258-270; H. W. BENARIO, «Tacitus' Knowledge of Trier», *Class. Journal* 83 (1988), 233-239.

³⁶⁶ Alusión a las muertes de Hordeonio Flaco (IV 36, 2), Dilio Vócula (IV 59, 1), Herennio y Numisio (IV 70, 5).

³⁶⁷ Eran las legiones *I Germanica* y *XVI Gallica*; cf. IV 71, 4.

³⁶⁸ Se habían rendido en Vetera; cf. IV 62.

³⁶⁹ Tácito pone en boca de Cerial una defensa del imperialismo romano. En *Agrícola* (XXXII-XXXIII) Tácito mantiene lo contrario, es decir, una feroz crítica contra dicho imperialismo a través del jefe britano Calgaco. Cf. S. J. BASTOMSKY, «Tacitus, *Histoires* IV 73-74: a unique view of Roman rule?», *Latomus* 47 (1988), 413-416.

³⁷⁰ Era casi un tópico decir que un soldado no se distinguía por sus dotes oratorias, porque prefería la acción a la palabra; cf., p. e., TUCÍDIDES, I 86, 1; SALUSTIO, *Historias* II 47; *Guerra de Jugurta* LXXXV 31 *quae illi litreris, ea ego militando didici* (palabras del general Mario); LIVIO, XXVIII 27, 1.

³⁷¹ Cf. *Germania* XXXVII 5-6. También hay un recuerdo de las victorias de los romanos sobre los teutones en Aquae Sextiae en el año 102 a. C. y sobre los cimbros en Vercellae en el 101 a. C.; cf. ASH, *The Histories*, pág. 304.

³⁷² Ariovisto fue líder de los suevos y se enfrentó a J. César, quien lo venció en la batalla de los Vosgos en el año 58 a. C.; cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* I 31-53; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 128.

³⁷³ La juntura *in nostrum ius* es casi un eufemismo por imperialismo.

³⁷⁴ Es decir, la paz en todo el imperio bajo el mando de Roma.

³⁷⁵ Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 168.

³⁷⁶ Estaba en Italia, aunque había abandonado Roma; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 80.

³⁷⁷ Cf. IV 71, 3; 76, 3; 78, 2; cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 167-168; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 168-169.

³⁷⁸ En realidad, se refiere a galos y germanos, pues Tutor y Clásico eran galos.

³⁷⁹ Sobre la superioridad de los belgas sobre los galos, cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* I 1, 3; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 132.

³⁸⁰ Los refuerzos fueron los siguientes: la legión *XIV Gemina* de Britania; las legiones *VI Victrix* y *I Adiutrix* de Hispania; las legiones *VIII Augusta*, *XI Claudia*, *XIII Gemina* y *II Adiutrix* de Italia: cf. IV 68, 4; C. D. GORDON. «Subsidies in Roman Imperial Defence», *Phoenix* 3 (1949), 60-69; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 168.

³⁸¹ Sobre la falta de disciplina de los germanos, cf. II 14, 3; *Germania* VII 1; XI 1; XV 1; XXX 2; César, *Guerra de las Galias* IV 1, 9.

³⁸² Valentino tendría unos treinta años; cf. CHILVER, *Histories IV*, pág. 80.

³⁸³ Sobre la batalla de Trier, léase a E. SADÉE, «Die Örtlichkeit der Schlacht bei Trier im Bataverkriege, 70 n. Chr.», *Bonner Jahrbücher* 132 (1927), 165-184.

³⁸⁴ Se encontraba en Trier; cf. BASSOLS. *Histories IV*, pág. 134; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 169-170.

³⁸⁵ Las legiones *I Germanica* y *XVI Gallica* habían capitulado en Novesio; cf. IV 57, 3.

³⁸⁶ Cf. IV 55, 1; 59, 1.

³⁸⁷ Cf. IV 59, 1; LXX 5.

³⁸⁸ Como le ocurrió a Sila en Orcómenos contra Arquelao del Ponto en el año 85 a. C.; cf. PLUTARCO, *Sila* XXI 2.

³⁸⁹ Los tréviros y lingones.

³⁹⁰ Los brúcteros y téncteros.

³⁹¹ La legión *XXI Rapax*.

³⁹² Parece una imitación de SALUSTIO, *Historias* IV 60.

³⁹³ Los caucos habitaban en las costas del mar Norte (*Germania* XXXV 2-4), mientras que los frisios vivían al oeste de los caucos, entre los ríos Rin y Ems; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 171.

³⁹⁴ La actual Zülrich, al sudoeste de Colonia; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 172.

³⁹⁵ La legión *XIV Gemina*; cf. IV 68, 4.

³⁹⁶ La flota tenía su base principal en Gesoriacum (Boulogne) y bases secundarias en Britania; cf. *Germania* XXV 1; XXXVIII 4; G. STARR, *The Roman*

Imperial Navy 31 B.C.-A.D. 324, Chicago, 1993 (= 1941). págs. 152-153; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 173.

³⁹⁷ Desde Gesoriacum hasta Colonia Agripinense. Fabio Prisco (*PIR2* F 98) era tribuno de la legión *I Germanica* y posteriormente fue cuestor en Acaya; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 173; CHILVER, *Histoires IV*, pág. 82; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 171.

³⁹⁸ La narración de la revuelta de los batavos continúa en V 14; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite. Histoires IV-V*, págs. 171-172.

³⁹⁹ El capítulo 80 hay que leerlo junto al 68, en el que se da cuenta de las medidas que tomó Muciano antes de partir para el Rin; cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 175-176; CHILVER, *Histoires IV*, págs. 82-83.

⁴⁰⁰ Era Vitelio Germánico, nacido en el año 62 d. C.; cf. II 59, 3; SUETONIO, *Vitelio* XVII; DIÓN CASIO, LXV 22, 2.

⁴⁰¹ Serían las personas que formaban parte de la comitiva de Domiciano y Muciano en el viaje a las Galias para sofocar la rebelión; cf. J. A. CROOK, *Consilium Principis*, Cambridge. 1955. pág. 25; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 138.

⁴⁰² Cf. II 86, 1.

⁴⁰³ Cf. III 13-14.

⁴⁰⁴ Antonio Primo acabó su vida en su retiro de Toulouse; cf. MARCIAL, IX 29; X 23; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 172.

⁴⁰⁵ Cf. SUETONIO, *Vespasiano* VII; DIÓN CASIO, LXVI 8, 1; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 175-176; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 172-173.

⁴⁰⁶ El mejor tiempo para la navegación eran los períodos que iban desde el 10 de mayo al 10 de julio y desde el 19 de agosto al 17 de septiembre; cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 176-177. Vespasiano abandonó Alejandría a finales de agosto o comienzos de septiembre; cf. CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 83; ASH, *The Histories*, pág. 304.

⁴⁰⁷ Cf. SUETONIO, *Vespasiano* V; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 177-178; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 173.

⁴⁰⁸ Estas curaciones también fueron contadas por SUETONIO (*Vespasiano* VII 2) y DIÓN CASIO (LXVI 8, 1).

⁴⁰⁹ Sobre el culto a Serapis, cf. J. E. STAMBAUGH, *Sarapis under the Early Ptolemies*, Leiden, 1972; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 178-179. El dios Serapis se asociaba con el mundo subterráneo; su templo era el *Serapeum* en Alejandría.

⁴¹⁰ Era un remedio usual contra la ceguera; cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural*, XXVIII 37, LXXVI

⁴¹¹ Sería consecuencia de la gota o la artritis, como señala DIÓN CASIO, *ibid.*

⁴¹² Tácito escribió las *Historias* en tiempos de Trajano (98-117 d. C.).

⁴¹³ El deseo de gobernantes de visitar lugares famosos se hizo casi tópico entre los historiadores (*póthos*-Motiv); ARRIANO, II 3, 1 y III 3, 1 (Alejandro Magno); *Anales* II 54, 1 (Germánico); *Historias* II 2, 2 (Tito); cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 182; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 84; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 174-175.

⁴¹⁴ El nombre Basílides deriva del término griego *basileús* (rey). Basílides, liberto, había sido procurador de Egipto en el año 49 y sacerdote de Serapis veinte años después. Aparece en II 18, 3 como emisario de Tiberio Alejandro ante Vespasiano y Muciano. Cf. K. SCOTT, «The Role of Basilides in the Events of A. D. 69», *Journ. Rom. Studies* 24 (1934), 138-140. Hay quien cree que se trata de dos personajes diferentes, como P. DERCHAIN y J. HUBEAUX («Vespasien au Sérapéum», *Latomus* 12 [1953], 38-52), aunque no hay razón para que un liberto no llegara a ser procurador de Egipto; cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 182-183; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 85.

⁴¹⁵ «Hijo de rey», en griego.

⁴¹⁶ Cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 184-186; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 175-176.

⁴¹⁷ Ptolomeo Sóter reinó en Egipto los años 360-283 a. C.; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 142; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 186-187; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 176; ASH, *The Histories*, pág. 305.

⁴¹⁸ En el año 331 a. C.

⁴¹⁹ Era la familia ática que tradicionalmente se hacía cargo de forma hereditaria del culto a Deméter; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 143.

⁴²⁰ La ciudad de Eleusis estaba situada cerca de Atenas; en ella se encontraba un santuario dedicado a Deméter, donde se celebraba el festival anual de los Misterios de Eleusis en honor de la diosa; cf. ASH, *The Histories*, pág. 305.

⁴²¹ La costa norte de Asia Menor, pero aquí el nombre está tomado en un sentido geográfico muy amplio. Sinope era la capital del Ponto.

⁴²² Estaba situada en la Paflagonia, región de la costa del mar Negro entre Bitinia y el Ponto.

⁴²³ Era Zeus Ctonio o Plutón; cf. II 84, 5 (identificado con Esculapio).

⁴²⁴ Prosérpina o Perséfone fue raptada y llevada a los infiernos por su tío Plutón.

⁴²⁵ En Delfos.

⁴²⁶ Júpiter. Heraeus cambió *patris* por *patrui* («tío»), ya que Prosérpina no era propiamente hermana de Apolo; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 86.

⁴²⁷ Apolo Pítico.

⁴²⁸ Era un barrio de Alejandría, donde se encontraba el templo a Serapis, construido por Ptolemeo III Evergetes (246-221 a. C.); cf. ESTRABÓN, XVII 1, 6; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 178.

⁴²⁹ Dios romano de la medicina.

⁴³⁰ El perro Cerbero y una serpiente a su lado, la cabeza barbada de joven, como Zeus; cf. CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 86.

⁴³¹ Partieron de Roma antes del 21 de junio; cf. IV 53, 2. La expedición de Domiciano fue realizada contra el consejo de sus amigos que la veían innecesaria; cf. SÜETONIO, *Domiciano* II 1; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 207-208.

⁴³² Cf. IV 71 y 78.

⁴³³ Julio Valentino había sido hecho prisionero en Rigodulo; cf. IV 71, 5.

⁴³⁴ Las de Muciano.

⁴³⁵ Tácito, como era usual en él, ofrece dos interpretaciones, aunque su posición suele estar en la segunda de ellas; cf. IV 49, 2 y nota. Domiciano, de todas formas, deseaba rivalizar con su hermano Tito en hazañas bélicas; cf. SÜETONIO, *Domiciano* II 1.

⁴³⁶ Como el nombramiento de oficiales en el ejército; cf. DIÓN CASIO, LXVI 2, 3.

⁴³⁷ Su afición a la literatura fue recordada por PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* Prefacio, 5; VALERIO FLACO, I 12-21; ESTACIO, *Aquileida* I 13-19; MARCIAL, V 5, 7; QUINTILIANO, *Instituciones oratorias* X 1, 91; cf. SÜETONIO, *Domiciano* IV 4.

⁴³⁸ El libro IV termina con una reflexión sobre el carácter de Domiciano.

LIBRO V

SINOPSIS
(Año 70 d. C.)

- 1 Tito en Judea
- 2-9 Digresión sobre los judíos
- 10-13 Rebelión de los judíos. Asedio a Jerusalén
- 14-26 La revuelta de los batavos (III). Derrota de Civil

Tito en Judea

1. Al comienzo de ese mismo año¹ Tito César, elegido por su padre para conquistar Judea² e ilustre militar cuando él y Vespasiano eran simples particulares, gozaba de una fuerza y una reputación todavía mayores³, pues provincias y ejércitos rivalizaban en su apoyo. Más aún, él, en su conducta, para que se le considerara por encima de su buena suerte, se mostraba brillante y decidido en las armas. Con su trato afable estimulaba el sentido del deber, mezclándose las más de las veces con los soldados rasos en los trabajos y marchas militares sin que se perdiera el respeto a su condición de general. Tres legiones lo recibieron en Judea, [2] la V, la X y la XV⁴, los veteranos de Vespasiano. El emperador le asignó también la XII⁵, procedente de Siria, y soldados de la XXII y la III, que hizo venir de Alejandría⁶. Le acompañaban veinte cohortes de infantería aliada y ocho regimientos de caballería, así como los reyes Agripa y Sohemo y tropas auxiliares del rey Antíoco⁷. También había un grupo fuerte de árabes⁸ hostiles a los judíos por el odio habitual entre vecinos, además de muchos particulares, a los que había hecho venir de Roma e Italia con la esperanza de hacerse un hueco en el favor de un príncipe todavía sin compromisos. Con estas tropas entró en territorio enemigo con las columnas formadas, explorándolo todo y preparado para intervenir. Instaló el campamento no lejos de Jerusalén.

Digresión sobre los judíos⁹

2. Con todo, puesto que voy a tratar de los últimos días de una famosa ciudad¹⁰, parece adecuado exponer sus orígenes. Se recuerda que los judíos se exiliaron de la isla de Creta y se asentaron en la parte más lejana de Libia en los tiempos en que Saturno, expulsado a la fuerza por Júpiter, abandonó su reino. La prueba se deduce de su nombre. En Creta se encuentra el famoso monte Ida y sus habitantes, los ideos, se empezaron a

llamar judíos al alargarse el nombre en su forma bárbara¹¹. Algunos mantienen que durante [2] el reinado de Isis¹² la población excedente de Egipto fue evacuada a las tierras vecinas bajo la guía de Jerosolimo y Judá. Muchos afirman que son de la raza de los etíopes, a quienes el miedo y el odio forzaron a emigrar durante el reinado de Cefeo¹³. Hay quienes informan que unos refugiados asirios, un [3] pueblo sin tierras, se apoderaron de una parte de Egipto y más tarde habitaron sus propias ciudades, las ciudades hebreas y los lugares más cercanos a Siria. Otros dicen que los judíos tienen un origen ilustre, siendo los sólimos¹⁴, un pueblo alabado en los poemas de Homero¹⁵, quienes fundaron una ciudad y le dieron el nombre de Jerusalén a partir del suyo propio.

3. La mayoría de los autores¹⁶ están de acuerdo en que, cuando se desató una epidemia en Egipto que desfiguraba los cuerpos¹⁷, el rey Bóccoris¹⁸ acudió al oráculo de Amón¹⁹ para pedir remedio y se le ordenó que purificara su reino y expulsara a otras tierras a esa raza, pues era odiosa a los dioses. Así, buscaron al pueblo judío, los reunieron y lo abandonaron en el desierto. Mientras los demás se quedaron paralizados entre lágrimas, Moisés²⁰, uno de los desterrados, les advirtió que no esperaran ayuda alguna de dioses u hombres, pues ambos los habían abandonado, y que, al contrario, debían confiar en ellos mismos y en el guía que primero les ayudase a erradicar las desgracias del presente. Ellos aceptaron y, sin saber absolutamente nada, emprendieron el [2] camino confiados a la suerte. Pero nada les agobiaba más que la falta de agua²¹, y ya se habían tendido en el suelo por toda la llanura muy cerca de la muerte, cuando una recua de asnos salvajes que volvía de pastar se retiró a una peña a la sombra de un bosquecillo. Moisés los siguió y descubrió abundantes veneros de agua siguiendo el rastro del suelo que tenía hierba. Esto les sirvió de alivio y, tras caminar sin descanso durante seis días, al séptimo ocuparon unas tierras,

expulsaron a sus habitantes y allí fundaron una ciudad y erigieron un templo²².

4. Moisés, para asegurarse en el futuro la alianza de su pueblo, estableció una nueva religión contraria a la de los demás seres humanos. Para los judíos es profano todo lo que es sagrado entre nosotros y, a su vez, entre ellos se permite lo que entre nosotros es un sacrilegio²³. En el Templo consagraron una imagen [2] del animal²⁴ bajo cuya guía habían superado su vagabundeo y la sed, después de sacrificar un carnero con la intención, al parecer, de ultrajar a Amón²⁵. También sacrificaron un buey, porque los egipcios veneran a Apis. Se abstienen de comer cerdo²⁶ por el recuerdo de una plaga, pues en otro tiempo vieron sus cuerpos afeados por la sarna, enfermedad propia de este animal. Sus frecuentes ayunos todavía hoy dan testimonio del [3] hambre que sufrieron antiguamente durante largo tiempo, y el pan judío sin levadura alguna se conserva como prueba de la prisa con la que cogieron el grano²⁷ para llevárselo. Dicen que acordaron que hubiera descanso el séptimo día, porque ese fue el que les trajo el final de sus fatigas²⁸. Luego, atraídos por los encantos de la pereza, también dedicaron a la indolencia uno de cada siete años²⁹. Otros creen que esto lo hacen en honor de [4] Saturno³⁰, ya sea porque los elementos primitivos de la religión los dieron los ideos, que se dice fueron expulsados con Saturno y fundaron la raza judía, o porque, de los siete planetas que gobiernan a los mortales, Saturno es el astro que tiene la órbita más alta y el de mayor poder, y la mayoría de los cuerpos celestes completan su camino y trayectoria por múltiplos de siete³¹.

5. Estos ritos, cualquiera que fuera su origen, están sancionados por su antigüedad. Las demás prácticas de los judíos, siniestras y repugnantes, se impusieron por su misma depravación³². En efecto, la gente peor, tras abandonar la religión de sus ancestros, amontonaba allí tributos y

donaciones³³, con lo que crecieron las riquezas de los judíos, y también porque existe entre ellos una lealtad inquebrantable y una misericordia siempre fácil hacia sus hermanos judíos, pero contra todos los [2] demás sienten un odio propio de enemigos. En los banquetes comen aparte, en los dormitorios duermen separados. Aunque es un pueblo muy inclinado al sexo, evitan acostarse con extranjeras. Entre ellos no hay nada prohibido. Establecieron la práctica de la circuncisión para reconocerse por tal diferencia³⁴. Los que se han convertido a sus costumbres hacen lo mismo y la primera lección que reciben es despreciar a los dioses, renegar de su patria, y tener en poca estima a sus padres, hijos y [3] hermanos. Sin embargo, se toman medidas para aumentar la población. Y así no es lícito matar al hijo no deseado³⁵ y creen que las almas de los caídos en combate o ejecutados son inmortales; de ahí se explica su deseo por tener niños y su desprecio a la muerte. Prefieren enterrar los cuerpos a incinerarlos, siguiendo en esto la costumbre de los egipcios. Tienen la misma creencia sobre los dioses infernales, pero piensan distinto sobre los celestiales. Los egipcios veneran a una gran cantidad de [4] animales e imágenes esculpidas por ellos, mientras que los judíos creen en un solo dios concebido solo con su pensamiento. Consideran impíos a quienes fabrican imágenes de materiales perecederos con apariencia humana. Aquel ser supremo y eterno ni se puede imitar ni puede perecer. Así pues, no se erigen estatuas en sus ciudades y mucho menos en sus templos³⁶. No ofrecen semejante adulación a los reyes ni honor a los Césares. [5] No obstante, puesto que sus sacerdotes acompañaban sus cantos con flautas y tímpanos, se adornaban con hiedra y en el templo se encontró una vid de oro, algunos pensaron que rendían culto al padre Líber³⁷, conquistador de Oriente, pero sus prácticas no coinciden en absoluto, pues Líber instituyó unos cultos festivos y alegres, mientras las costumbres de los judíos son absurdas y mezquinas.

6. Su país y su territorio limita con Arabia por la parte oriental, con Egipto por el sur, con Fenicia y el mar por el oeste y por el norte se abre ampliamente Siria³⁸. Los cuerpos de sus habitantes son saludables y soportan bien los trabajos. Llueve raramente, el suelo es fértil, sus productos agrícolas son como los nuestros excepto el bálsamo³⁹ y la palmera. La palmera es alta y vistosa, el bálsamo es un árbol pequeño; cuando sus ramas se hinchan, si les aplicas el hierro, sus venas se marchitan, de modo que hay que abrirlas con trozo de piedra o cerámica. La [2] savia se usa en medicina. El principal monte que allí se levanta es el Líbano y es admirable que en medio de tanto calor se conserve umbroso y cubierto de nieve. Es el mismo que con sus deshielos alimenta al río Jordán. El Jordán no desemboca en el mar, sino que cruza sin mermar un lago y después otro hasta ser retenido en un tercero⁴⁰. Es un lago de inmenso perímetro, parecido a un mar, pero sus aguas tienen un sabor nauseabundo y por su insoportable olor resulta pestilencial para los habitantes de la zona. Ni el viento mueve sus aguas ni allí pueden vivir peces o aves marinas. Sus aguas inertes mantienen los objetos a flote como si fuera tierra firme. Los que saben nadar y los que [3] no se mueven en ellas por igual⁴¹. En una época determinada del año segrega betún y la técnica para recogerlo, como en los demás oficios, la muestra la experiencia. El betún es por naturaleza un líquido negro que se cuaja cuando se le rocía de vinagre y flota en la superficie. Quienes se dedican a ello, lo cogen con la mano y lo llevan a la cubierta del barco; después, sin ayuda de nadie, va deslizándose y cargando el barco, hasta que llegue el momento de trocearlo. Sin embargo, no puedes cortarlo con bronce o hierro, aunque huye de la sangre y de los vestidos manchados de la sangre que sueltan las mujeres en la menstruación. Esto es lo que cuentan los escritores antiguos, pero los conocedores del lugar afirman que los bloques de betún son empujados por las olas y arrastrados con las manos hasta la orilla. Después, cuando se han secado por el calor de

la tierra o por la fuerza del sol, se cortan con hachas y cuñas como si fueran troncos o piedras.

7. No lejos de este lago se encuentra una llanura que, según cuentan, fue una vez fértil y poblada por grandes ciudades, pero que ardieron por una lluvia de rayos⁴². Con todo, aún quedan restos y la tierra misma, que parece abrasada⁴³, ha perdido su fertilidad⁴⁴. En efecto, todas las plantas, espontáneas o sembradas por la mano del hombre, ya hayan crecido hasta su fase de hierba o flor o hayan alcanzado su apariencia adulta, se quedan negras, huera y convertidas en cenizas. Yo, por mi parte, aunque [2] pudiera aceptar que ciudades antiguamente famosas fueron destruidas por un fuego del cielo, creo que las emanaciones del lago infestan la tierra y contaminan el aire que la recubre, y por eso los frutos de las cosechas y del otoño se pudren⁴⁵, pues el suelo y el aire son igual de malsanos⁴⁶. También el río Belio⁴⁷ se desliza hacia el mar de Judea, en cuya desembocadura se recoge arena que se mezcla con nitrógeno y se cuece para producir vidrio. Se trata de una playa pequeña, pero la extracción es inagotable.

8. Una gran parte de Judea se encuentra diseminada en aldeas, aunque también tienen ciudades⁴⁸. Jerusalén es la capital de la nación⁴⁹. Allí estaban el templo⁵⁰ con extraordinarias riquezas, la ciudad con una primera línea de fortificaciones, y después el palacio real. El templo quedaba dentro del recinto más reservado. Hasta las puertas solo tenían acceso los judíos, a partir del umbral se prohibía la entrada a todos excepto a los [2] sacerdotes. Mientras Oriente estuvo en manos de asirios, medos y persas⁵¹, los judíos fueron la parte más despreciable de sus sometidos. Después de la hegemonía de los macedonios, el rey Antíoco⁵² se esforzó por acabar con su superstición e introducir las costumbres griegas para cambiar a mejor a este pueblo tan siniestro, pero se lo impidió la guerra contra los partos, pues en [3] aquella época se había producido la insurrección de Arsaces⁵³. Entonces, los judíos,

con los macedonios debilitados y los partos todavía sin fuerzas (los romanos estaban todavía lejos), instauraron su propio régimen monárquico. Los reyes, antes expulsados por la veleidad del vulgo, volvieron a recobrar el poder por las armas y provocaron el exilio de ciudadanos, la ruina de las ciudades, el asesinato de hermanos, esposas y padres y otras acciones despóticas típicas de la monarquía, al tiempo que fomentaban la superstición, porque el honor de ser ellos los sumos sacerdotes les servía para apuntalar su poder.

9. El primer romano que conquistó Judea fue Gneo Pompeyo⁵⁴, quien entró en el templo por derecho de conquista. Desde entonces se divulgó que dentro no había estatua alguna de dioses, que era un santuario vacío y que sus misterios no eran nada. Se derribaron las murallas de Jerusalén, pero el templo permaneció. Después, en nuestra guerra civil, cuando las provincias pasaron a la jurisdicción de Marco Antonio, Pácoro⁵⁵, el rey de los partos, se apoderó de Judea, pero Publio Ventidio mató al invasor y los partos fueron obligados a retirarse al otro lado del Éufrates, mientras que a los judíos los sometió G. Sosio⁵⁶. Antonio [2] entregó el reino a Herodes⁵⁷ y Augusto aumentó su poder. A la muerte de Herodes, sin esperar la decisión del César un tal Simón⁵⁸ usurpó el título de rey. Fue castigado por Quintilio Varo⁵⁹, gobernador de Siria. Los judíos fueron reprimidos y se dividió el reino en tres partes gobernadas por los hijos de Herodes⁶⁰. Hubo paz bajo el imperio de Tiberio⁶¹. Después, cuando G. César les ordenó colocar una estatua suya en el templo, prefirieron tomar las armas, pero la revuelta quedó en nada con la [3] muerte del César⁶². Claudio, con los reyes fallecidos o reducidos a casi nada⁶³, entregó la provincia de Judea a caballeros o libertos romanos. Uno de ellos, Antonio Félix⁶⁴, ejerció el poder real con una forma de ser propia de un esclavo, practicando toda clase de crueldades y caprichos⁶⁵. Se había casado con Drusila, nieta de Cleopatra y Antonio, de

manera que Félix era nieto político del mismo Antonio, mientras que Claudio era su nieto natural.

Rebelión de los judíos. Asedio a Jerusalén

10. Sin embargo, la paciencia de los judíos duró hasta que Gesio Floro llegó a ser procurador⁶⁶. Con él estalló la guerra⁶⁷. Al legado de Siria Cestio Galo⁶⁸, que empezó a reprimir el levantamiento, lo recibieron con combates de suerte varia y por lo general adversos para él⁶⁹. Cuando Cestio murió de muerte natural o por suicidio, Nerón envió a Vespasiano⁷⁰, quien, ayudado por su buena estrella y su reputación, así como por sus excelentes oficiales⁷¹, ocupó en dos veranos con su ejército victorioso todas las llanuras, aldeas y ciudades excepto Jerusalén⁷². El [2] año siguiente⁷³, dedicado a la guerra civil, transcurrió en paz al menos entre los judíos⁷⁴. Cuando se consiguió la paz en Italia, volvieron también los problemas en el exterior. Y aumentaba la irritación el hecho de que únicamente los judíos no se hubieran rendido. Al mismo tiempo, parecía conveniente que Tito permaneciera junto al ejército para enfrentarse a todos los sucesos o eventualidades que pudieran surgir en el nuevo principado.

11. Así pues, una vez que plantaron el campamento, como dijimos⁷⁵, delante de las murallas de Jerusalén, Tito hizo desfilar a las legiones⁷⁶ en orden de batalla. Los judíos formaron sus líneas al pie de las mismas murallas, dispuestos a luchar más lejos si el combate les era favorable y con la retirada segura, si eran rechazados. Se envió contra ellos a la caballería junto con la infantería ligera, pero la lucha se mantuvo indecisa⁷⁷. Después, los enemigos se retiraron y en días sucesivos provocaron frecuentes escaramuzas delante de las puertas, hasta que las reiteradas pérdidas les empujaron al interior de [2] las murallas. Los romanos se dispusieron ahora al asalto. Y es que no les parecía digno rendir por hambre al enemigo; además, los soldados querían enfrentarse al peligro, unos por valor y muchos por su fiereza y deseo de

recompensa. En cuanto a Tito, tenía en su imaginación Roma, sus riquezas y placeres⁷⁸ y le parecía que todo eso se iba a retrasar si no caía pronto Jerusalén. [3] Pero la ciudad, escarpada por su mismo emplazamiento, había sido fortificada por obras colosales, con las que estaría suficientemente protegida incluso en una llanura. En efecto, las dos colinas que se levantaban a una gran altura⁷⁹ quedaban encerradas por muros levantados hábilmente en forma oblicua o combados hacia dentro, para que los flancos de los asaltantes quedaran al descubierto de los disparos de proyectiles. El borde de la roca era abrupto y donde el monte lo permitía se elevaban unas torres⁸⁰ de sesenta pies, y en las vaguadas hasta de ciento treinta y cinco y ciento veinte pies. Presentaba un aspecto impresionante y desde lejos parecían iguales. Dentro otros muros rodeaban el palacio real⁸¹ y por su altura destacaba la torre Antonia⁸², así llamada por Herodes en honor de M. Antonio.

12. El templo⁸³ se había construido a modo de ciudadela con muros propios, superiores a los demás en construcción y factura. Los pórticos que rodeaban el templo constituían por sí mismos una defensa formidable. Había una fuente de agua perenne⁸⁴, había subterráneos en los montes y había estanques y cisternas para embalsar el agua de la lluvia. Sus fundadores habían [2] previsto guerras frecuentes por la diferencia de sus costumbres y por eso se tomaron todas esas precauciones frente a un asedio por muy largo que fuera. Además, después de la conquista de Pompeyo, el miedo y la experiencia les había enseñado mucho. Más aún, aprovechándose de la codicia de la época de los Claudios compraron el privilegio de fortificar su ciudad y en tiempos de paz construyeron murallas como si estuvieran en guerra. La población aumentó por el gran aluvión de desplazados debido a la derrota de las demás ciudades⁸⁵, pues los más desesperados se habían refugiado allí y actuaban por ello con [3] mayor rebeldía. Había tres generales y tres ejércitos. Simón⁸⁶, a quien también llamaban

Bargiora, defendía el circuito más externo y largo de las murallas, Juan⁸⁷, el centro de la ciudad, y Eleazar⁸⁸, el templo. Juan y Simón dominaban por el número de efectivos y por el equipamiento, Eleazar por su posición estratégica. Pero entre ellos se provocaban combates, traiciones e [4] incendios, y llegó a arder una gran cantidad de trigo. Después, Juan envió a un grupo de hombres con el pretexto de celebrar un sacrificio para asesinar a Eleazar y a sus seguidores, llegando a apoderarse del templo. De esta manera, la ciudad se dividió en dos facciones, hasta que con la llegada de los romanos una guerra exterior produjo la concordia entre ellos.

13. Ocurrieron prodigios que ni con víctimas ni con ofrendas votivas podía expiar un pueblo dado a la superstición y contrario a los ritos propiciatorios⁸⁹. Se vieron en el cielo ejércitos que se enfrentaban entre ellos, armas rutilantes y se vio brillar el templo a causa de un súbito fuego surgido de las nubes. Se abrieron de pronto las puertas del santuario y se oyó una voz sobrehumana que decía que los dioses se habían marchado, y al mismo tiempo se produjo el enorme tumulto de su salida⁹⁰. Esto [2] pocos lo interpretaban con miedo, pues la mayoría estaba persuadida de que los antiguos escritos de los sacerdotes decían que precisamente por este tiempo el Oriente se impondría y que hombres procedentes de Judea dominarían el mundo⁹¹. Esta misteriosa profecía se refería a Vespasiano y a Tito, pero el vulgo, como es normal en la ambición humana, interpretaba en su provecho tales grandezas del destino y ni siquiera en la adversidad abrían sus ojos a la verdad. Se nos ha dicho que el [3] número total de sitiados de todas las edades, varones y hembras, ascendía a seiscientos mil⁹². Había armas para todos los capaces de llevarlas y había más personas audaces de lo que se podía esperar de tal grupo. La obstinación fue igual en hombres y mujeres y, ante la posibilidad de que se les obligara a abandonar sus hogares, sentían mayor miedo por la vida que por la muerte⁹³. Contra tal ciudad y tal pueblo Tito decidió luchar con [4] el empleo de terraplenes y manteletes,

puesto que el terreno no permitía el asalto u operaciones por sorpresa. La tarea se distribuyó entre las legiones y no hubo combate alguno hasta que se dispuso de toda la maquinaria para asaltar ciudades, tanto la inventada por los antiguos como por la moderna ingeniería⁹⁴.

La revuelta de los batavos (III). Derrota de Civil

14. Y entretanto Civil⁹⁵, después de su revés en Tréveris, recompuso su ejército en Germania y acampó junto a Vetera, pues la posición era segura y tenía la idea de elevar la moral de los bárbaros con el recuerdo de los éxitos allí obtenidos. Cerial⁹⁶ le siguió hasta allí tras doblar sus fuerzas con la llegada de las legiones II, VI y XIV⁹⁷. Además, las cohortes y los regimientos de caballería, reclamados [2] hacía tiempo, se habían dado prisa después de la victoria. Ninguno de los dos comandantes era irresoluto, pero los mantenía alejados una amplia llanura húmeda por propia naturaleza. Civil había construido una presa en forma oblicua sobre el Rin, de manera que el río desviado con tal obstáculo se desbordara por las inmediaciones. Tal era la naturaleza del lugar, traicionera por sus pantanos inseguros y perjudicial para los nuestros, pues los soldados romanos iban cargados con las armas y sentían pavor a nadar, mientras que a los germanos, acostumbrados a los ríos, la ligereza de sus armas⁹⁸ y su elevada estatura les permitían sobresalir por encima del nivel de las aguas.

15. Así pues, cuando los batavos empezaron las escaramuzas, los más valientes de los nuestros iniciaron el combate⁹⁹. Pero pronto siguió el pánico, cuando armas y caballos quedaron engullidos en profundos pantanos. Los germanos saltaban por los vados que conocían bien y, eludiendo por lo general nuestro frente, rodeaban a nuestros hombres por los flancos y la espalda. No se luchaba como en un combate de infantería de cerca y de lejos, sino que, como en una batalla naval, flotaban entre las aguas o, si aparecía algún punto para hacer pie, se apoyaban allí¹⁰⁰ con todas sus

fuerzas, heridos con ilesos, los que sabían nadar con los que no, y todos se enredaban para mal de unos y otros. La mortandad fue menor de lo que hacía presagiar la confusión, [2] porque los germanos no se atrevieron a salir del pantano y regresaron a su campamento. El desenlace de este combate llevó a los dos generales, aunque por diferentes motivos, a precipitar la lucha final. Civil deseaba explotar el éxito, Cerial borrar su ignominia. Los germanos estaban embravecidos por el éxito, a los romanos los estimulaba la vergüenza. La noche transcurrió para los bárbaros entre cánticos y griteríos, para los nuestros en medio de enojos y amenazas.

16. Al amanecer del día siguiente Cerial formó a la caballería y a las cohortes auxiliares en la vanguardia y a las legiones en segunda línea¹⁰¹, mientras que el general se reservó una fuerza escogida para el caso de una emergencia. Civil se presentó, no con su columna desplegada, sino con una formación en cuña¹⁰². Los batavos y cugernos ocuparon el lado derecho, los [2] transrenanos la parte izquierda más cercana al río¹⁰³. Los generales no pronunciaron sus arengas al estilo de una asamblea militar ante todos, sino que se dirigían a ellos conforme cabalgaban ante cada grupo de los suyos. Cerial recordó la antigua gloria del nombre romano y sus victorias antiguas y recientes, y que para destruir para siempre a un enemigo, traidor, cobarde y vencido anteriormente, era más necesaria la venganza que el combate. Recientemente, siendo menos¹⁰⁴, les decía, habían luchado contra un número superior y, sin embargo, habían derrotado a lo mejor de la fuerza de los germanos y solo quedaban los que llevaban la huida en sus corazones y las heridas en las [3] espaldas. Después, incitaba a las legiones con estímulos dirigidos a cada una de ellas, llamando a los hombres de la XIV conquistadores de Britania¹⁰⁵; diciendo que Galba se había convertido en emperador¹⁰⁶ por la autoridad de la legión VI y que en la batalla de aquel día los hombres de la legión II iban a consagrar por primera vez los nuevos estandartes y la nueva

águila¹⁰⁷. Luego, cabalgando hasta la altura del ejército de Germania¹⁰⁸ les tendía sus manos para pedirles que recuperaran su propia ribera y su propio campamento¹⁰⁹ a costa de la sangre enemiga. Se produjo un griterío unánime de entusiasmo, pues algunos estaban deseosos de combate después de una larga paz y otros, cansados de guerras, anhelaban la paz, además de que todos esperaban recompensas y una vida tranquila en el futuro.

17. Civil tampoco formó a su ejército en silencio, pues apeló al escenario de la batalla como testigo de su valor, diciendo que los germanos y batavos se alzaban sobre vestigios de gloria pisoteando las cenizas y los huesos de las legiones. Adondequiera que los romanos dirigiesen su mirada, se topaban con el cautiverio, la derrota y toda clase de presagios siniestros. No debían amedrentarse, les decía, por el incierto resultado de la batalla de Tréveris¹¹⁰, pues allí su propia victoria había sido un obstáculo para los germanos, ya que se olvidaron de las armas y dejaron sus manos sin utilidad ocupadas en el botín. Pero luego todo había sido favorable para ellos¹¹¹ y adverso para el enemigo. Se habían tomado las medidas que un hábil general debe [2] tomar: campos encharcados que ellos conocían bien y pantanos dañinos para nuestros enemigos. Ante su mirada estaban el Rin y los dioses de Germania¹¹², con cuya protección iniciarían el combate acordándose de esposas¹¹³, padres y patria. Aquel día sería el más glorioso de su historia o el más ignominioso para [3] sus descendientes. Una vez que se aprobaron sus palabras con ruido de las armas y danzas salvajes¹¹⁴, como era su costumbre, comenzó la batalla con tiros de piedras, balas y otros proyectiles, sin que nuestros soldados entrasen en el pantano, a pesar de que los germanos les hostigaban para atraerlos hacia él.

18. Cuando agotaron los proyectiles y se fue enardeciendo la lucha, el enemigo cargó con mayor fiereza. Con sus

enormes cuerpos y sus larguísimas lanzas herían a distancia a nuestros soldados que resbalaban y flotaban en el agua. Al mismo tiempo, una columna de brúcteros¹¹⁵ cruzó a nado desde el dique que dijimos se había levantado en el Rin. La situación se volvió allí confusa y ya empezaban a ceder las líneas de las cohortes aliadas, cuando las legiones entraron en acción, reprimieron la acometida [2] de los enemigos e igualaron el combate. Mientras esto sucedía, llegó hasta Cerial un tráfuga batavo que le aseguró que tomarían la espalda de los enemigos, si enviaba a la caballería por la parte más lejana del pantano, pues el terreno era firme allí y los cugernos, a quienes se les había encomendado la defensa, estaban un tanto descuidados. Se enviaron con el desertor dos regimientos de caballería que rodearon al enemigo desprevenido. Cuando esto se supo por el griterío originado, las legiones cargaron de frente y los germanos, derrotados, huyeron hacia el Rin. Aquel día hubiera significado el fin de la guerra, si la flota romana¹¹⁶ se hubiera apresurado a seguirlos, pero ni siquiera la caballería insistió, pues de repente se puso a llover y la noche ya estaba cerca.

19. Al día siguiente la legión XIV¹¹⁷ fue enviada a la Germania Superior para unirse a Galo Annio¹¹⁸. La legión X procedente de Hispania¹¹⁹ completó el ejército de Cerial. Civil recibió refuerzos de los caucos¹²⁰. Sin embargo, no se atrevió a defender con las armas la capital de los batavos¹²¹, sino que se llevó todo lo que se podía transportar, prendió fuego a lo demás y se retiró a la isla¹²², pues sabía que no había botes para construir un puente y que el ejército romano no podía atravesar de otro modo. Más aún, destruyó el dique que había levantado Druso [2] Germánico¹²³, con lo cual el Rin¹²⁴, que tiende a fluir hacia la Galia por su cauce en pendiente, se desbordó al removerse las barreras que lo contenían. Drenado por así decirlo el río, el cauce así disminuido había formado una especie de tierra firme [3] entre la isla y los germanos. También cruzaron el Rin Tutor¹²⁵ y Clásico¹²⁶ y 113 senadores

tréviros, entre los que se encontraba Alpinio Montano, del que recordamos más arriba¹²⁷ que Antonio Primo había enviado a las Galias. Le acompañaba su hermano Décimo Alpinio. Junto a ellos los demás dirigentes inspirando compasión o con regalos los regalos intentaban conseguir refuerzos entre tribus deseosas de probar.

20. De hecho, quedaba tanta guerra que en un solo día Civil dirigió un cuádruple ataque contra las posiciones ocupadas por las cohortes, los regimientos de caballería y las legiones, contra la legión X en Arenacium¹²⁸, contra la II en Batavoduro¹²⁹, y contra Grinnes y Vada¹³⁰, los campamentos de las cohortes y regimientos de caballería. Civil dividió sus tropas, de forma que él, Veraz, hijo de su hermana, Clásico y Tutor dirigieran sus propias fuerzas. No esperaban alcanzar todos los objetivos, pero confiaban que, al atreverse a muchas empresas, la fortuna les sonreiría en algún punto. Además, pensaban que Cerial no era muy precavido¹³¹ y, mientras corría de acá para allá según los distintos avisos que recibía, podía ser interceptado [2] en el camino. Las fuerzas encargada de tomar el campamento de la legión X pensaron que el asalto sería difícil y así, cuando los soldados salieron del campamento y andaban cortando madera, los hostigaron y mataron al comandante del campamento, a cinco centuriones de primer rango y a unos pocos soldados, mientras que los demás se refugiaron en las defensas. Mientras tanto, un contingente de germanos intentaba destruir un puente iniciado en Batavoduro, pero la noche puso fin a este combate indeciso¹³².

21. La situación fue más peligrosa en Grinnes y Vada¹³³. Civil atacaba a Vada, Clásico a Grinnes. No podían detener a los asaltantes, pues habían perdido a los hombres más valientes, entre los que había caído Brigántico, comandante de la caballería, de quien ya mencionamos¹³⁴ su lealtad a los romanos y su hostilidad hacia su tío Civil. Pero cuando Cerial

acudió al rescate con un grupo escogido de caballería, cambió nuestra suerte y los germanos fueron lanzados en desorden hacia río¹³⁵. Cuando [2] Civil intentaba contener a los que huían, fue reconocido y atacado con dardos, pero abandonó el caballo y cruzó a nado el río. Veraz huyó también de la misma forma. Unas barcazas aprestadas para ello se llevaron a Tutor y a Clásico. Y ni siquiera entonces intervino en la lucha la escuadra romana, como se había ordenado, sino que lo impidió el miedo y la dispersión de los remeros en otros servicios de la milicia. Ciertamente, Cerial [3] daba por lo general poco tiempo para cumplir sus órdenes, pues era un hombre de decisiones repentinas, aunque brillante en los resultados. Le asistía la buena suerte¹³⁶, aun cuando le fallara el arte de la milicia. Por eso, él y su ejército se preocupaban menos por la disciplina. Unos pocos días después, aunque evitó caer prisionero, no evitó la infamia.

22. Cerial se había dirigido a Novaesium y Bonna¹³⁷ con el objetivo de pasar revista a los campamentos que se construían para que las legiones pasaran el invierno. Regresaba en una flotilla naval sin mantener la formación¹³⁸ ni cuidar las guardias. Lo advirtieron los germanos y le tendieron una emboscada. Eligieron una noche de negras nubes y dejándose arrastrar por la corriente del río penetraron en la empalizada sin encontrar [2] resistencia. La matanza se inició con ayuda de una treta. Cortaron los vientos de las tiendas y empezaron a degollar a los soldados que habían quedado cubiertos por sus propias lonas. Otra columna hostigaba a la flotilla, les lanzaba cabos y tiraban de las popas. Y si antes habían actuado en silencio para sorprender, ahora que se inició la matanza todo se llenó de gritos para provocar más terror. Los romanos, que se habían despertado por los golpes, buscaban las armas, se precipitaban a las calles del campamento, pocos con su equipo militar, la mayoría con la ropa liada en el brazo y las espadas [3] desenvainadas. El general, medio dormido y casi desnudo, se salvó por un error de los enemigos, pues se

llevaron la nave pretoria, distinguida por la enseña, pensando que el general se encontraba allí. Cerial había pasado la noche en otro sitio, como muchos creyeron, a causa de su relación adulterina con Claudia Sacrata¹³⁹, una mujer ubia. Los centinelas excusaban su propia falta con la desvergüenza de su general, alegando que se les había ordenado guardar silencio para no molestar su sueño. De este modo, al suspenderse los toques y contraseñas, también ellos se habían entregado al sueño. Ya con mucha luz los enemigos se retiraron con las naves capturadas, llevándose la nave pretoria por el río Lupia¹⁴⁰ como un regalo para Véleda¹⁴¹.

23. A Civil le entró el deseo de escenificar una batalla naval. Completó la tripulación de todas las birremes y naves que se movían con un solo banco de remos¹⁴². Añadió un gran cantidad de barcazas, que transportaban treinta o cuarenta hombres con el armamento acostumbrado en las libúrnicas. Las barcazas apresadas se valían asimismo de paños multicolores en lugar de velas, no sin prestancia. Eligió un espacio que era como el mar, hacia donde la desembocadura del río Mosa descarga el agua del Rin en el Océano¹⁴³. La razón de formar la flota, además de [2] la vanidad congénita de los batavos, era interceptar, a partir del miedo que ello provocaría, los convoyes de aprovisionamiento que llegaban a la Galia. Cerial, con más asombro que miedo, dirigió contra ellos la flota, que era inferior en número, pero superior por la experiencia de los remeros, la técnica de los pilotos y el tamaño de las naves. Estos tenían a su favor la corriente del río, a aquellos les impulsaba el viento. Y así se cruzaron y se separaron tras intentar el lanzamiento de proyectiles ligeros. Civil, sin atreverse a nada más, se retiró al otro lado del [3] Rin. Cerial arrasó violentamente la isla de los batavos, pero dejó intactos los campos y granjas de Civil siguiendo una conocida táctica de los generales¹⁴⁴. Entretanto, con la llegada del otoño y la caída de lluvias persistentes durante quince días, el río se desbordó y cubrió la isla, cenagosa y llana, dejándola

como si fuera una laguna. Ni la flota ni los suministros estaban a mano y los campamentos, situados en lo llano, eran arrastrados por la fuerza del río.

24. Entonces se pudo haber aplastado a las legiones, cosa que los germanos habrían querido, pero Civil se atribuyó el mérito de haberlos desviado con engaños de su objetivo¹⁴⁵. Y no se alejaba de la verdad, puesto que a los pocos días se produjo la rendición. El hecho es que Cerial, mientras enviaba mensajeros secretos ofreciendo la paz a los batavos y a Civil el perdón, aconsejaba a Véleda y a su pueblo cambiar su fortuna en aquella guerra, que después de tantas derrotas les era adversa mediante un oportuno servicio al pueblo romano. Los tréviros¹⁴⁶, les recordaba, habían sido destrozados, los ubios se habían rendido, los batavos habían perdido su patria. No habían recibido de la amistad¹⁴⁷ de Civil otra cosa que no fueran heridas, destierros [2] y luto. Civil, un exiliado y extranjero, era una carga para quienes lo acogieran y bastante delito habían cometido ellos con haber atravesado tantas veces el Rin. Si estaban tramando algo más, de su parte estaría la ofensa y la culpa y de la de Roma la venganza y los dioses.

25. Las promesas se mezclaban con las amenazas. Cuando se quebró la lealtad de los transrenanos¹⁴⁸, surgieron también murmuraciones entre los batavos. No se debía prolongar más tiempo la ruina, reflexionaban, ni un solo pueblo podía abolir la esclavitud del mundo entero. ¿Qué provecho habían sacado de los incendios y matanzas de las legiones¹⁴⁹ sino atraer a más fuerzas y más poderosas? Si Vespasiano era el hombre por el que habían hecho la guerra, Vespasiano ya estaba en el poder. Pero si con las armas estaban desafiando al pueblo romano, ¡qué pequeña fracción del género humano representaban los batavos! Tenían que fijarse en los retos y nóricos¹⁵⁰ y en las cargas [2] que soportaban los demás aliados, mientras que a ellos no se les imponían tributos, sino tan solo colaborar con hombres valientes. Eso era lo más

cercano a la libertad. Y si había que elegir a señores, era más honroso soportar a los príncipes de los romanos que a las mujeres de Germania¹⁵¹. Así se expresaba el pueblo, [3] y los nobles con más dureza. Civil, mantenían estos últimos, los había lanzado a las armas por su propia locura. Y para encubrir sus desgracias familiares¹⁵² había provocado la destrucción de su pueblo. Los batavos se habían convertido en enemigos de los dioses, cuando se sitiaba a las legiones, se asesinaba a sus comandantes y se emprendía una guerra necesaria para un solo hombre pero fatal para ellos. Se había llegado ya a una situación desesperada, a no ser que empezaran a tener sentido común y demostraran arrepentimiento con el castigo de la persona culpable¹⁵³.

26. No pasó desapercibido a Civil tal cambio de opinión y decidió anticiparse, no solo porque estaba harto de desgracias, sino también por conservar la vida¹⁵⁴, cosa que la mayoría de las veces hace romper grandes aspiraciones. Solicitó una entrevista. Se cortó el puente sobre el río Nabalia¹⁵⁵ y los generales avanzaron hasta los bordes del puente cortado. Civil [2] inició su discurso en estos términos¹⁵⁶: «Si yo me estuviera defendiendo ante un legado de Vitelio, ni mis actos merecerían perdón ni mis palabras credibilidad. Entre nosotros todo es enemistad. Él desató las hostilidades, yo las redoblé. En cuanto a Vespasiano mi respeto viene de antiguo¹⁵⁷ y, cuando [3] era un simple particular, nos llamábamos amigos. Este hecho lo sabía Antonio Primo, cuya carta me impulsó¹⁵⁸ a la guerra con el objetivo de impedir que las legiones de Germania y los jóvenes de la Galia cruzaran los Alpes. Lo que Antonio me aconsejaba en su carta, me lo recordaba en persona Hordeonio Flaco¹⁵⁹. Las armas que yo levanté en Germania son las mismas que levantaron Muciano¹⁶⁰ en Siria, Aponio¹⁶¹ en Mesia, Flaviano en Panonia¹⁶² ***».

¹ El año 70 d. C. El comienzo del libro V, como el del II, se dedica a Tito.

² Cf. II 4, 3; IV 51, 2.

³ Tito había sido tribuno militar en Germania y Britania, pretor y legado de la legión *XV Apollinaris* en Judea durante los años 66 a 69; cf. II 77. 1; SUETONIO. *Tito*, IV 1-3, JOSEFO, *La guerra de los judíos* III 8; B. W. JONES, *The emperor Titus*, Londres-Sidney, 1984. págs. 7-17; HELLEGOUARC'H. *Tacite. Histoires IV-V*, pág. 181.

⁴ Las legiones *V Macedonica*, *X Fretensis* y *XV Apollinaris*. La legión *X Fretensis* debe su nombre a sus victorias navales en el estrecho de Sicilia (*Fretum Siculum*).

⁵ La legión *XII Fulminata*.

⁶ De las legiones *XXII Deiotariana* y la III Cyrenaica: Cf. II 79, 1.

⁷ Herodes Agripa II era rey de Traconitis y Galilea; Sohemo era rey de Sofene y príncipe de Émesa en Siria; Antíoco IV reinaba en Comagene (Siria) y parte de Cilicia; cf. II 81, 1; H. HEUBNER-W. FAUTH, *P. Cornelius Tacitus, Die Historien*, Band V: Fünftes Buch, Heidelberg, 1982, págs. 17-18.

⁸ Según JOSEFO (*La guerra de los judíos* III 68), el árabe Malco II, rey nabateo (40-70 d. C.), había enviado mil soldados de caballería y cinco mil de infantería.

⁹ El excursus etnográfico sobre los judíos se extiende hasta el capítulo 11. Todo lo referente a Tácito y los judíos está comentado exhaustivamente, bibliografía incluida, en HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 20-157; consúltese también a K. WELLESLEY, *Tacitus, The Histories*, Londres, 1995, págs. 318-319; A. FELDHERR, «Barbarians II: Tacitus' Jews», en A. FELDHERR, ed., *The Cambridge Companion to the Roman Historians*, Cambridge, 2009, págs. 301-316.

¹⁰ Cf. F. M. ABEL, «La topographie du siège de Jérusalem en 70», *Revue Biblique* 56 (1959), 238-258.

¹¹ Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 182.

¹² Diosa egipcia, esposa de Osiris y madre de Horus; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 22-23.

¹³ Padre de Andrómeda, heroína salvada de un monstruo por Perseo; cf. OVIDIO, *Metamorfosis* IV 663-771; PLINIO, *Historia natural* IX 11; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 25-26.

¹⁴ Eran los habitantes originarios de Licia; cf. HERÓDOTO, I 173, 2; PLINIO, *Historia natural* V 94. De su nombre (Sóluma = Salem) precedido de Hiero («sagrado») se derivaría Hierosoluma o Jerusalén; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 29; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 183.

¹⁵ HOMERO, *Ilíada* VI 184-185; *Odisea* V 282-284; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 28.

¹⁶ La versión antisemítica de Tácito procede de Lisímaco (*FGH* III C 621 F 1 = JOSEFO, *Contra Apión*, I 309). Hay otras tres versiones sobre el éxodo de los judíos: DIODORO DE SICILIA, XXXIV, fragm. 1; POMPEYO TROGO (= JUSTINO, XXXVI 2, 12-15); JOSEFO, *Contra Apión* I 304-311; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 183-184.

¹⁷ Por la lepra.

¹⁸ Es probablemente Bokenranef, faraón de la XXIV dinastía (721-715 a. C.); cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 184; ASH, *The Histories*, pág. 307.

¹⁹ El oráculo de Amón estaba en el oasis Siwah en el desierto de Libia; cf. HERÓDOTO, I 46, 3; II 42; IV 181.

²⁰ Cf. Éxodo XVI 1-2; JUSTINO, XXXVI 2, 14; JOSEFO, *Contra Apión* 309; J. G. GAGER, *Moses in Greco-Roman Paganism*, Nasvill-Nueva York, 1972.

²¹ Éxodo XV 22-23.

²² Cf. DIODORO, XL 3, 3.

²³ Sobre el antisemitismo, cf. QUINTILIANO, *Instituciones oratorias* III 7, 21; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 185.

²⁴ Sobre la supuesta idolatría de los judíos, cf. TERTULIANO, *Apología* XVI 3, donde llama a Tácito *sane ille mendaciorum loquacissimus*; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 39; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 185.

²⁵ Cf. V 3, 1.

²⁶ Cf. JUVENAL, VI 160; XIV 98-88.

²⁷ Cf. Éxodo XII 15-20, 34-39.

²⁸ Cf. HORACIO, *Sátiras* I 9, 67-70; TIBULO, I 3, 18; OVIDIO, *Arte de amar* I 76-77 y 413-414; *Remedios de amor* 219-220; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 186.

²⁹ Cf. Deuteronomio V 15; Levítico XXV 4. Es el año sabático de los judíos.

³⁰ El séptimo día es el día en honor de Saturno (*Saturday en inglés*), el sábado o Sabbath; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 54.

³¹ Cf. CICERÓN, *La república* VI 17; DIÓN CASIO, XXXVII 18-19.

³² Cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 60-61; R. SCHÄFER, *Judeophobia. Attitudes towards the Jews in the Ancient World*, Cambridge, Mass., 1997, esp. 185-192; L. FELDMAN, *Jew and gentile in the ancient world*, Princeton, 1993, esp. 149-153.

³³ Los judíos hacían donaciones anuales al Templo; cf. JOSEFO, *Antigüedades judías* VII 2; cf. ASH, *The Histories*, pág. 307.

³⁴ Cf. Génesis XVII 9-14; Levítico, XII 3; HORACIO, *Sátiras* I 9, 69-70; PETRONIO, LXVIII 8, CII 14; PERSIO, V 184; JUVENAL, XIV 99, 104;

MARCIAL, VII 30, 5; E. M. SMALLWOOD, «The Legislation of Hadrian and Antoninus Pius against circumcision», *Latomus* 18 (1959), 334-347; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 187.

³⁵ Cf. *Germania* XIX 5; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 74. Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey...», págs. 1.679-1.680.

³⁶ Cf. JUVENAL, XIV 97. Los persas (HERÓDOTO. I 131), galos (DIDORO SÍCULO, XXII 9) y los germanos (*Germania* IX 3) tampoco tenían imágenes de los dioses.

³⁷ Baco, el dios del vino; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 87-90.

³⁸ En dirección a Líbano. La descripción geográfica coincide. en líneas generales con PLINIO, *Historia natural* V 70; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 90-94.

³⁹ Era famoso por sus propiedades medicinales: cf. ESTRABÓN, XVI 2, 41; PLINIO, *Historia natural* XII 111-113; XVI 135; JOSEFO, *La guerra de judíos* IV 469; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 94; R. MACMULLEN, «Three Notes on Imperial Estates», *Class. Quarterly* 12 (1962), 279.

⁴⁰ Tácito alude a la laguna de Merwe, al lago Genezareth y al mar Muerto. Sobre el *Mare mortuum*, cf. JUSTINO, XXXVI 3. 6; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 98-99; HELLEGOUARC'H, *Tacite. Histoires IV-V*, pág. 189.

⁴¹ JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 477; PLINIO, *Historia natural* II 238; XXXV 179.

⁴² Alusión a Sodoma; cf. Génesis XIX 23-28; ESTRABÓN, XVI 764; JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 483.

⁴³ Probable alusión al incendio de Sodoma y Gomorra; cf. Génesis 18-19; ASH, *The Histories*, pág. 308.

⁴⁴ Cf. OROSIO, I 5, 2

⁴⁵ Cf. OROSIO, I 5, 4.

⁴⁶ Cf. ESTRABÓN, XVI 2, 40-42; PLINIO, *Historia natural* V 71-72.

⁴⁷ El río Belio, el moderno Naaman, nace en las montañas de Galilea y desemboca en el mar Mediterráneo en Fenicia; cf. PLINIO, *Historia natural* XXXVI 190.

⁴⁸ Cf. JOSEFO, *Contra Apión* I 197; *Antigüedades judías* XIV 74-76; PLINIO, *Historia natural* V 70-74; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 93; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 191.

⁴⁹ Cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 106-114.

⁵⁰ Cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 109-114.

⁵¹ Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 192.

⁵² Antíoco IV Epífanes reinó durante los años 176-164 a. C.; cf. JOSEFO, *Antigüedades* I 12 265-266.

⁵³ Arsaces se levantó contra Antíoco II (260-245 a. C.). Tácito parece que confunde este levantamiento con la guerra de los Macabeos en los años 167-164 a. C.; JOSEFO, *Antigüedades judías* XII 265.

⁵⁴ En el año 63 a. C; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* I 133-159; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 124-125; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 193.

⁵⁵ Pácoro, hijo del rey de los partos Orodes, entró en Judea en el 40 a. C., pero fue asesinado dos años después.

⁵⁶ Publio Ventidio Baso y Gayo Sosio eran lugartenientes de Marco Antonio. Herodes venció a los últimos macabeos en el año 37 a. C. con la ayuda de Sosio y pasó a ocupar el trono de Judea; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 194.

⁵⁷ Herodes el Grande (ca. 73-4 a. C.) fue gobernador de Galilea en el año 47 a. C. Apoyó a Octaviano en la batalla de Accio (31 a. C.); cf. ASH, *The Histories*, pág. 309.

⁵⁸ Un antiguo esclavo de Herodes; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* II 57-59.

⁵⁹ P. Quintilio Varo había sido gobernador de Siria en los años 6-4 a. C.; fue vencido en Teutoburgo por Arminio en el año 9 d. C.; cf. IV 17, 4; VELEYO PATÉRCULO, II 117, 2.

⁶⁰ Arquilao gobernó en Judea, sur de Idumea y norte de Samaria; Herodes Antipas obtuvo Galilea y Perea; y Filipo se quedó con la zona este del Jordán; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 195.

⁶¹ Fueron procuradores Valerio Grato (15-26 d. C.) y Poncio Pilato (26-36 d. C.); cf. E. M. SMALLWOOD, «Some Notes in the Jews under Tiberius», *Latomus* 15 (1956), 314-329; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 195.

⁶² Calígula fue asesinado el 24 de enero del año 41; cf. E. M. SMALLWOOD, «The Chronology of Gaius' Attempt to Desecrate the temple», *Latomus* 16 (1957), 3-17.

⁶³ Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 195.

⁶⁴ Era hermano de Palas, el favorito de Claudio. Fue procurador de Judea durante los años 52-60 d. C. Se casó con tres reinas (SUETONIO, *Claudio* 28). Su primera esposa, Drusila, era nieta de Antonio y Cleopatra. Después contrajo matrimonio con otra Drusila, hermana de Agripa II; no se tienen noticias de la tercera; cf. JOSEFO, *Antigüedades judías* XX 7, 1; *Anales* XII 54; CHILVER, *Histoires IV-V*, pág. 95; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 133-134; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 195-196.

⁶⁵ Así lo traduce K. A. B. FLETCHER, «On the *Histories* of Tacitus again», *Liv. Class. Monthly* 11.7 (1986), 100.

⁶⁶ En los años 64-66 d. C. Gesio Floro era un griego de Clazómenas; cf. JOSEFO, *Antigüedades judías* XX 252, 277, 308, 404, 558.

⁶⁷ En el otoño del año 66 d. C.; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* II 284.

⁶⁸ Fue cónsul *suffectus* en el año 42 d. C. y gobernador de Siria en el 63; cf. *Anales* XV 25, 3; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 95-96.

⁶⁹ Fue derrotado en la batalla de Betoron en octubre del año 66 d. C.; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* II 540-555.

⁷⁰ Fue a comienzos del año 67, cuando Nerón se encontraba en Grecia; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* III 4-8.

⁷¹ Entre ellos se encontraba M. Ulpio Trajano, el padre del futuro emperador Trajano. Era el comandante de la legión *X Fretensis*; cf. SYME, *Tacitus*, págs. 30-31.

⁷² Los años 67 y 68 d. C.; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* III 522.

⁷³ El año 69 d. C.

⁷⁴ Vespasiano, sin embargo, no había conquistado todavía Jerusalén y las tres fortalezas de Herodium, Masada y Maqueronte; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 96; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 196.

⁷⁵ Cf. V 1, 2.

⁷⁶ Cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 51 y 67.

⁷⁷ Tito estuvo a punto de perder la vida en una incursión contra los judíos; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 52-63; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 197.

⁷⁸ SUETONIO (*Tito* VII 1) lo pinta como un hedonista.

⁷⁹ Las colinas se llamaban Ágora y Adra; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 136-141.

⁸⁰ Jerusalén estaba rodeada por un circuito exterior de hasta 164 torres, según JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 4, 3 y 142-155.

⁸¹ Era el palacio de Herodes; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 176-183.

⁸² Cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 238-247; M.-A. DE SION, *La forteresse Antonia à Jerusalem et la question du Prétoire*, París, 1956; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 198.

⁸³ Cf. V 8, 1. La descripción del templo se puede leer en JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 184 ss.

⁸⁴ La llamada fuente de la Virgen está situada al sur del templo.

⁸⁵ Vespasiano y Tito las habían tomado durante los años 67-68 d. C.

⁸⁶ Simón, hijo de Gioras, había actuado de guerrillero contra los romanos en el año 68 y era saludado como el salvador de su pueblo. Acabó siendo ejecutado tras el triunfo flavio. Juan de Giscala mandaba sobre los galileos, mientras Eleazar

lideraba al partido de los patriotas. Cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 503-504, VII 26-36 y 154; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 146-148; CHILVER, *Histoires IV-V*, págs. 96-97; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 199.

⁸⁷ Juan de Gisala era el líder de los galileos; figuró en el triunfo de los flavios, pero no fue ejecutado; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 84-86, 566-576; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 199.

⁸⁸ Eleazar era hijo de Simón; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* II 562-565, V 5; IV y 98-105; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 199.

⁸⁹ Cf. Jeremías X 2; JOSEFO, *La guerra de los judíos* VI 288-98; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 149-151; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 199-201.

⁹⁰ Esto ocurrió en Pentecostés, a mediados de junio; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* VI 299. Para los romanos, este hecho significaba la premonición de una victoria; cf. VIRGILIO, *Eneida* II 351-352; PLINIO, *Historia natural* XX-VIII 18; MACROBIO, *Saturnalia* III 9, 14.

⁹¹ Cf. Daniel II 44; SUETONIO, *Vespasiano* IV 5; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 151-155; J. G. GRIFFITHS, «Tacitus and the Hodayot in the Dead Sea Scrolls», *Rhein. Museum* 113 (1970), 363-368; D. S. BARRET, «Tacitus, *Histoires* V 13, 2 and the Dead Sea Scrolls Again», *Rhein. Museum* 119 (1976), 366.

⁹² JOSEFO (*La guerra de los judíos* VI 420) habla de 1.1000.000 muertos durante el asedio a Jerusalén y 97.000 prisioneros, también de forma exagerada; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 155-156; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 201.

⁹³ Cf. DIÓN CASIO, LXVI 6, 3.

⁹⁴ La guerra terminó a finales de septiembre del año 70, cuando Tito entró triunfalmente en Jerusalén. Tácito interrumpe el relato de la conquista de Jerusalén para volver a la revuelta de los batavos. La continuación del relato de los judíos puede leerse en DIÓN CASIO (LXVI 4-11) y en JOSEFO (*La guerra de los judíos* V y VI); cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 201.

⁹⁵ Tácito continúa la narración de los hechos que había dejado en IV 79. Léase también a A. J. WOODMAN, *Tacitus Reviewed*, Oxford, 1998, págs. 70-85.

⁹⁶ Cf. III 59, 2.

⁹⁷ Las legiones *II Adiutrix*, la *VI Victrix* y la *XIV Gemina Martia Victrix*; cf. IV 68, 4; 79, 3. Cerial disponía ya de las legiones *IV Macedonica*, *XXIII Primigenia*, *I Germanica* y *XVI Gallica*; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 201-202.

⁹⁸ Cf. *Anales* II 14, 3.

⁹⁹ Cf. T. WOODMAN, «Self-imitation and the substance of History: Tacitus, *Annals* 1.61-5 and *Histoires* 2.70, 5.14-15», en D. WEST y T. WOODMAN, eds.,

Creative Imitation and Latin Literature, Cambridge, 1979, págs. 143-155 y 231-235.

¹⁰⁰ Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey...», pág. 1.680; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 202.

¹⁰¹ El objetivo era reducir las pérdidas de efectivos: cf. *Agrícola* XXXV 2-3.

¹⁰² Cf. II 4, 2; IV 16, 2. Sobre la estrategia de Cerial, léase a J. S. RAINBIRD, «Tactics at Mons Graupius», *Class. Review* 19 (1969), 11-12.

¹⁰³ El río Lek, afluente del Rin. Sobre los batavos y cugernos, cf. IV 26, 3; sobre los transrenanos, cf. IV 23, 2.

¹⁰⁴ En Rigodulum y Treveri.

¹⁰⁵ Cf. V 5; VELEYO PATÉRCULO, II 97, 3; 129, 2. La legión era la *XIV Gemina Martia Victrix*; cf. II 11, 1; 32, 2; 54, 1; *Anales* XIV 34-37 (victoria sobre los britanos en el año 61 d. C.); HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 162; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 202-203.

¹⁰⁶ Galba fue proclamado emperador el 3 de abril del año 68; cf. I 16, 2; III 44; SUETONIO, *Galba* X 2.

¹⁰⁷ Eran las legiones *VI Victrix* y *II Adiutrix*, que se había reclutado hacía poco tiempo; cf. IV 68, 4; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 162; CHILVER, *Histoires IV-V*, págs. 98-99; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 203.

¹⁰⁸ Las legiones *I Germanica*, la *IV Macedonica*, la *XVI Gallica* y la *XXI Rapax*; cf. V 14, 1.

¹⁰⁹ En Vetera. Solo quedaban restos de las legiones *I Germanica* y *XVI Gallica*; cf. IV 59, 2.

¹¹⁰ Cf. IV 77-79.

¹¹¹ Cf. IV 79, 4.

¹¹² El Rin, más que una deidad, constituía el símbolo de la resistencia de los germanos frente a Roma.

¹¹³ Cf. IV 18, 2; *Agrícola* XXXII 3; *Germania* VII 3-4; XVIII 4, 7.

¹¹⁴ Los germanos golpeaban los escudos con las armas en señal de aprobación; cf. *Germania* XI 6; CÉSAR, *Guerra de las Galias* VII 21. Sobre las danzas rítmicas, propias de guerreros bárbaros, cf. *Anales* IV 47, 2; LIVIO, I 20, 4; XXI 42, 3; XXIII 26, 9; XXV 17, 5; XXXVIII 17, 4; CURCIO, VII 10, 4; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 164.

¹¹⁵ Cf. IV 21, 2.

¹¹⁶ Debió de haber sido rehecha tras la derrota de IV 79, 3.

¹¹⁷ La legión *XIV Gemina Martia Victrix*; cf. IV 16, 3.

¹¹⁸ Annio Galo era gobernador de la Germania Superior y Petilio Cerial de la Inferior; cf. I 87, 2; IV 68, 1.

¹¹⁹ La legión *X Gemina*; cf. II 58, 2; III 44..

¹²⁰ Cf. IV 79, 2.

¹²¹ Batavoduro (zona de Nimega); cf. CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 99-100.

¹²² La isla de los batavos; cf. IV 12, 2.

¹²³ El dique fue iniciado por Druso Germánico, hermano de Tiberio, en el año 9 a. C. y terminado por Pompeyo Paulino en el 55 d. C.; cf. *Anales* XIII 53, 2; II 6, 4; W. VOLLGRAFF, «Les travaux de Drusus dans la Germanie Inférieure», *Rev. Étud. Ancienn.* 42 (1940), 686-698; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 166; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 100; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 204; ASH, *The Histories*, pág. 311.

¹²⁴ En realidad, es el río Waal.

¹²⁵ Cf. IV 55, 2.

¹²⁶ Cf. IV 55, 1.

¹²⁷ La legión *X Gemina*; cf. III 35, 2.

¹²⁸ La legión *X Gemina* en Rindern, en las cercanías de la actual Kleve; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 167; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 204.

¹²⁹ La legión *II Adiutrix*.

¹³⁰ Tal vez se trate de la actual Heerewaarden, al este de Rossum (Grinnes); HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 205.

¹³¹ El defecto se recuerda también en IV 71, 1.

¹³² Cf. IV 35, 2.

¹³³ Cf. V 20, 1.

¹³⁴ Sobre Brigántico, cf. II 22, 3. La referencia es a IV 70, 2.

¹³⁵ El río Waal.

¹³⁶ La que solía asistir a los generales flavianos; cf. III 46, 3; 82, 3; IV 78, 3.

¹³⁷ Cf. IV 26, 3 y IV 19, 2.

¹³⁸ Sobre la juntura latina, *disiecto agmine*, cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 169.

¹³⁹ Una mujer de Colonia Claudia, desconocida por lo demás; cf. SYME, *Tacitus*, I, págs. 175 y 190.

¹⁴⁰ El actual río Lippe, afluente del Rin en Alemania.

¹⁴¹ Cf. IV 61, 2-3.

¹⁴² Cf. II 16, 2.

¹⁴³ Se trata del estuario que forman la confluencia de los ríos Maas y Waal; cf. PLINIO, *Historia natural* IV 101; MELA, III 24; HEUBNER-FAUTH, *Historien*

V, pág. 172; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 101-102; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 207.

¹⁴⁴ La idea era levantar las sospechas de un pacto oculto con Civil, lo cual le debilitaría ante los suyos. Lo mismo hicieron Pericles con Arquídamo (TUCÍDIDES, II 13, 1), Coriolano con los patricios (LIVIO, II 39, 5-6) o Aníbal con Fabio Máximo (LIVIO, XXII 23, 4); cf. VALERIO MÁXIMO, VII 3; SILIO, VII 260-262; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 173. FRONTINO, *Estratagemas*, I 8, 2; JUSTINO, III 7, 8.

¹⁴⁵ Cf. V 26, 1; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 174.

¹⁴⁶ Sobre los tréviros, cf. IV 70-71; de los ubios, léase IV 79; sobre los batavos, cf. V 23, 3.

¹⁴⁷ En el sentido político del término como una alianza para conseguir objetivos comunes; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 207.

¹⁴⁸ Cf. IV 23, 2.

¹⁴⁹ Alusión a la destrucción de Vetera; cf. IV 60, 3.

¹⁵⁰ Cf. I 11, 2.

¹⁵¹ Alusión a Véleda; cf. IV 61, 2.

¹⁵² Cf. IV 13, 1 (ejecución de Julio Paulo) y 32, 2 (arresto de Julio Civil).

¹⁵³ Civil.

¹⁵⁴ La misma idea se encuentra en *Anales* II 63, 4.

¹⁵⁵ Tal vez se trate del río Ijssel o el Vecht; A. DEDERICH, «Über die Nabalia von Tacitus», *Monatsschrift für die Geschichte Westdeutschlands* 4 (1878), 213-219; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 177; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 103; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 208.

¹⁵⁶ El discurso de Civil se contradice con la carta que escribió a Cerial; cf. IV 75; ASH, *The Histories*, pág. 311.

¹⁵⁷ La amistad se remontaba al año 43 d. C., cuando Tito Flavio Vespasiano mandaba la legión *II Augusta*, pues unidades batavas habían participado en la expedición; cf. M. W. C. HASSALL, «Batavians and the Roman conquest of Britain», *Britannia* 1 (1970), 131-136; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 208.

¹⁵⁸ Cf. IV 13, 2; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 177-178.

¹⁵⁹ Cf. IV 13, 3; 18, 1 (cambio de opinión de Hordeonio Flaco).

¹⁶⁰ Cf. I 76, 2.

¹⁶¹ Sobre M. Aponio Saturnino, cf. III 5, 1. De L. Tampilio Flaviano, cf. III 4, 1; 10, 2; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 178.

¹⁶² En este punto terminan las *Historias* de Tácito, tal como han llegado a nosotros. El resto se ha perdido, por lo que nada sabemos del final de Civil. Conocemos, no obstante, que los batavos fueron muy bien considerados por los

romanos, como se dice en *Germania* XXIX 2: «Conservan la honra y el testimonio de la antigua alianza, pues no son humillados con tributos, ni los arruinan los recaudadores de impuestos; exentos de cargas y contribuciones, quedan reservados para la guerra, como si fueran lanzas y armaduras». Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 208-209. El libro V habría narrado el final de la guerra contra los judíos con el subsiguiente triunfo de Tito. Los siete libros siguientes, también perdidos, habrían tratado de los principados de Vespasiano (70-79), Tito (79-81) y Domiciano (81-96); cf. ASH, *The Histories*, pág. 312.

FRAGMENTOS Y TESTIMONIOS DE LAS HISTORIAS¹

1. Entretanto, los judíos, sitiados por el asedio, puesto que no se les ofrecía oportunidad alguna ni de paz ni de rendición, morían de hambre extrema, y las calles se llenaban por doquier de cadáveres, pues era ya imposible cumplir con el deber de enterrar a los muertos. Es más, después de atreverse a consumir toda clase de comidas execrables no perdonaron a los cuerpos humanos, excepto la parte de ellos que la corrupción había arrebatado para alimentarse de ese modo. (Sulpicio Severo, *Crónica* II 30, 3)

2. Se cuenta que Tito convocó primero una reunión para deliberar si se debía destruir un templo tan grandioso. Así pues, algunos pensaban que no se debía destruir un santuario consagrado que era famoso por encima de todas las demás obras de los hombres. Si lo conservaban, argumentaban, sería un testimonio de la medida de los romanos; si se destruía ofrecería una señal perenne de crueldad. Sin embargo, otros, por el contrario, incluido el mismo Tito, defendían la destrucción de este templo como una prioridad para aniquilar más completamente la religión de los judíos y cristianos. Estas religiones, en efecto, eran contrarias entre sí, aunque salidas de las mismas fuentes. Los cristianos habían crecido de los judíos y, si se cortaba la raíz, el tronco moriría fácilmente. (Sulpicio Severo, *Crónica* II 30, 6)

[4] 3. Por su parte, Tito sometió a los judíos a un duro y largo asedio. Con la maquinaria y todo tipo de artefactos bélicos derribó por fin las murallas de la ciudad no sin un gran derramamiento de sangre entre los suyos. Pero para conquistar el bastión interior del templo, que defendía una multitud recluida de sacerdotes y nobles, hubo necesidad de emplear mayor violencia [5] y tiempo. Cuando por fin se hizo con el control del templo y admiró su arquitectura y antigüedad, reflexionó mucho tiempo sobre si lo incendiaría para que

sirviera de escarmiento a los enemigos o lo reservaría como prueba de su victoria. Pero, al estar creciendo la iglesia de dios extraordinariamente por todo el mundo, este templo según el veredicto de dios debía ser destruido como algo sin valor, vacío y sin ninguna utilidad buena para [6] nadie. Así pues, Tito, aclamado emperador por el ejército, incendió y destruyó el templo de Jerusalén, que desde el día de la primera construcción hasta el día de la última destrucción había permanecido en pie mil ciento dos años. Destruyó de raíz todos [7] los muros de la ciudad. Cornelio y Suetonio cuentan que en esta guerra murieron seiscientos mil judíos². Josefo, por su parte, judío y que por entonces fue uno de los líderes de aquella guerra y que había merecido el perdón y el favor de Vespasiano por haberle vaticinado el imperio, escribe que murieron por la espada o por hambre un millón cien mil judíos y que el resto de judíos, llevados por diferentes situaciones, se dispersaron por todo el mundo. El número de estos ascendió, se cuenta, a noventa mil [8] hombres. Vespasiano y Tito entraron en Roma celebrando su magnífico triunfo sobre los judíos. El desfile triunfal fue hermoso y no visto hasta ahora por nadie en los trescientos veinte triunfos que se habían celebrado desde la fundación de Roma hasta esa época. Tal fue el espectáculo: un padre y un hijo, llevados en un solo carro triunfal, celebraron una gloriosa victoria sobre los que habían ofendido al Padre y al Hijo. Estos inmediatamente, [9] una vez terminadas todas las guerras y levantamientos en el interior y en el exterior, declararon públicamente la paz en todo el mundo y decidieron ellos mismos cerrar con cerrojos en las puertas a Jano Gémino por sexta vez tras la fundación de Roma. (Orosio, *Historias contra los paganos* VII 9, 4-9)

4. Después, por citar textualmente a Cornelio Tácito, «siendo anciano Augusto, quedaron abiertas las puertas del templo de Jano³ hasta el imperio de Vespasiano, tiempo durante el que se conquistaron nuevos pueblos en los extremos

confines de la tierra a menudo con éxito y alguna vez con fracasos». (Orosio, *Historias contra los paganos* VII 3, 7)

5. Gordiano, casi un niño, a punto de marchar a la guerra contra los partos en Oriente, abrió las puertas del templo de Jano⁴, como escribe Eutropio. Si alguien las cerró después de Vespasiano y Tito, no recuerdo que nadie lo haya escrito, pero Cornelio Tácito señala que Vespasiano las abrió al año de su reinado. (Orosio, *Historias contra los paganos* VII 19, 4)

6. [Domiciano] declaró la guerra por medio de sus legados [3] a germanos y dacios con pareja ruina para el Estado, dado que en Roma él mismo destrozaba al pueblo y al Senado y en el exterior los enemigos se encarnizaban continuamente con un ejército mal dirigido. En efecto, explicaría largamente el número [4] de batallas que sostuvo Diurpaneo, rey de los dacios, con el general Fusco⁵ y el número de derrotas de los romanos, si Cornelio Tácito, que cubrió esta historia con gran exactitud, no hubiera escrito que Salustio Crispo y otros muchos autores habían aprobado silenciar el número de nuestras pérdidas y que él mismo había optado por hacer lo mismo de manera especial. Pese a todo, Domiciano, henchido de una malvada soberbia, celebró un triunfo para celebrar una victoria sobre enemigos cuando se trataba de legiones exterminadas. (Orosio, *Historias contra los paganos* VII 10, 3-4)

7. Así pues, Teodosio creyó que al Estado, en ruinas por la ira de dios, había que restaurarlo por la misericordia de dios. Puso toda su confianza en la ayuda de Cristo y venció a los escitas, pueblos poderosos, temidos por todos los antepasados, evitados incluso por el famoso Alejandro Magno, como atestiguan Pompeyo⁶ y Cornelio, y ahora equipados con caballos y armas de los romanos, después de que se haya extinguido el ejército romano. Atacó, pues, sin dudarlo a alanos, hunos y godos y los venció en grandes y numerosas batallas. (Orosio, *Historias contra los paganos* VII 34, 5)

8. Pero estos locrios, que viven cerca de Delfos, reciben el nombre de ozolos...; quienes, en cambio, fueron trasladados a Libia, se llaman nasamones, como informa Cornelio Tácito, y son oriundos de Naricios. (*Comentario de Servio a Virgilio, Eneida III 399*)

¹ Cf. T. D. BARNES, «The Fragments of Tacitus' *Histories*», *Class. Philology* 72 (1977), 224-231.

² Cf. V 13, 3.

³ Cf. NASH, *Pictorial Dictionary*..., I, págs. 500-501.

⁴ En el año 242 d. C.

⁵ Cornelio Fusco sufrió una severa derrota por parte de los dacios. Fue gobernador de Panonia en el año 69 y comandante de la flota de Rávena. Se convirtió en consejero de Domiciano y jefe de su guardia personal; cf. II 86, 3; SUETONIO, *Domiciano* VII; MARCIAL, VI 76; DIÓN CASIO, LXVII 6.

⁶ Pompeyo Trogo fue historiador romano del siglo I a. C. Su obra, *Historias filípicas*, se conserva en el *Epítome* de Justino, historiador del siglo II d. C.

APÉNDICES

APÉNDICE I CRONOLOGÍA¹

VIDA DE TÁCITO

9	Nacimiento de Vespasiano
14	Muerte de Augusto y principado de Tiberio (14-37)
17	Muerte de Tito Livio
30	Publicación de la <i>Historia</i> de Veleyo Patérculo
37	Muerte de Tiberio e imperio de Calígula (37-41)
39	Nacimiento de Tito
41	Asesinato de Calígula e imperio de Claudio (41-54)
51	Nacimiento de Domiciano
54	Muerte de Claudio y entronización de Nerón (54-68)
56-58 (ca.)	Nacimiento de Tácito
65	Conspiración de Pisón contra Nerón. Suicidio de Lucano y Séneca
68	

Suicidio de Nerón. Galba emperador (68-69)

69 Año de los cuatro emperadores: Galba (asesinado el 15 de enero), Otón (suicidio el 16 de abril), Vitelio (asesinado el 20 de diciembre) y Vespasiano (69-79)

70 Toma de Jerusalén por Tito

70 (ca.) Nacimiento de Suetonio

73 Conquista de Masada

75-79 Flavio Josefo publica *La guerrra de los judíos*

76-77 Matrimonio de Tácito con Julia, hija de Julio Agrícola

77 Plinio el Viejo publica su *Historia natural*

77-84 Agrícola, gobernador de Britania

79 Muerte de Vespasiano. Tito emperador (79-81). Cuestura de Tácito. Erupción del Vesubio (muerte de Plinio el Viejo) y destrucción de Pompeya

81 Muerte de Tito. Domiciano emperador (81-96)

88	Pretura de Tácito
92	<i>Tebaida</i> de Estacio
93	Muerte de Julio Agrícola
95-96	<i>Instituciones oratorias</i> de Quintiliano
96	Asesinato de Domiciano. Nerva emperador (96-98)
97	Consulado de Tácito
98	Muerte de Nerva. Trajano emperador. Publicación de <i>Agrícola</i> y <i>Germania</i>
100	<i>Panegírico de Trajano</i> de Plinio el Joven
101	Muerte de Silio Itálico
102	Publicación del <i>Diálogo de los oradores</i>
106-107	Publicación de las <i>Historias</i>
112-113	Proconsulado de Tácito en Asia
113 (ca.)	Muerte de Plinio el Joven. Columna de Trajano
115	Redacción de los <i>Anales</i>
117	

Muerte de Trajano. Adriano emperador
(117-138)

120 (ca.) Muerte de Tácito. Publicación de *Anales*

ACONTECIMIENTOS EN LOS AÑOS 69-70

Año 68

Abril Galba, gobernador de Hispania
Tarraconense se rebela contra Nerón

Mayo Verginio Rufo, gobernador de Germania
Superior, sofoca la rebelión de Vándice,
gobernador de la Galia Lugdunense

Junio (9 u 11) Suicidio de Nerón

Junio 16 Galba se proclama emperador en
Hispania

Sept.-oct. Llegada de Galba a Roma

Noviembre Vitelio llega a Germania Inferior como
gobernador

Año 69

Enero

1 Rebelión de las tropas de Germania
Inferior

10 Galba adopta a Pisón como su sucesor

12 Fabio Valente, general de Vitelio, se dispone a cruzar los Alpes

15 La guardia pretoriana declara a Otón emperador de Roma. Asesinatos de Galba, Pisón y Vinio

28 Cécina, general de Vitelio, se dispone también a cruzar los Alpes.

Marzo

8 Cécina llega a Italia con sus tropas

14 Otón sale de Roma para enfrentarse a las fuerzas de Vitelio

30 Fracaso de Cécina en el asalto a Plasencia

Abril

5 Cécina fracasa en su emboscada de Cástorea a las fuerzas otonianas

6 Llegada de Valente a Ticino

8 Otón llega a Brixela en el norte de Italia

14 Derrota de Otón en la primera batalla de Bedriaco

16 Suicidio de Otón en Brixela

19	El Senado reconoce emperador a Vitelio
Mayo	
23	Vitelio llega a Cremona
Junio	Avance de Vitelio hacia Roma
Julio	
1	Vespasiano es proclamado emperador en Alejandría
18	Llegada de Vitelio a Roma
Agosto	Conferencia de guerra en Petovio para diseñar la estrategia de Vespasiano. Protagonismo de Antonio Primo
Septiembre	Llegada de Antonio Primo al norte de Italia
Octubre	
4	Antonio Primo ocupa Verona
12	La flota de Rávena se rebela contra Vitelio
15	Revuelta de los batavos en Germania
24-25	

Antonio Primo derrota a los vitelianos
en la segunda batalla de Bedriaco

26-29

Saqueo de Cremona

30

Se anuncia en Roma la adhesión de
Cécina a Vespasiano

Noviembre

9

Antonio Primo se dirige a Roma

28

La flota de Miseno se une a Vespasiano
y Vitelio regresa a Roma

Diciembre

9

Antonio Primo llega a Cársulas, a unos
100 kilómetros de Roma

10

Valente, general viteliano, es ejecutado
en Urbino

18

Vitelio intenta abdicar del poder

19

Incendio y destrucción del Capitolio en
Roma. Asesinato de Flavio Sabino,
hermano de Vespasiano.

20

Entrada de Antonio Primo en Roma y
asesinato de Vitelio

21

Vespasiano es reconocido como
emperador por el Senado

30 Llegada de Muciano a Roma

Año 70

Feb.mar. Revuelta de los batavos

Agosto Vespasiano se dirige a Roma

Septiembre

2 Tito destruye el templo de Jerusalén

30 Rendición del rebelde batavo Julio Civil

¹ Cf. R. ASH, *Tacitus, The Histories*, Londres, 2009, págs. VII-XIV.

APÉNDICE II

EL EJÉRCITO ROMANO²

En Roma sobre el año 68 d. C. las tropas existentes ascendían a doce cohortes pretorianas (*cohortes praetoriae*)³ con un total de 10.000 hombres (DIÓN CASIO, LV 24, 6) y cuatro cohortes urbanas (*cohortes urbanae*) con un total de 6.000 hombres. También había en Roma siete cohortes de vigilantes (*cohortes vigilum*), compuestas de 1.000 hombres cada una. Además, Galba había traído consigo a la legión *I Adiutrix*, reclutada por él mismo, de 5.500 soldados. Si a todo esto se añade una cantidad de unidades procedentes de Germania, Britania y el Ilírico de unos 2.500 hombres, la cantidad de fuerzas armadas existentes en Roma a comienzos del año 69 ascendía a 31.000 soldados. La capital del imperio rebosaba de un ejército insólito, como el mismo Tácito anotó (I 6, 2 *plena urbs exercitu insolito*).

El imperio romano estaba controlado por unas fuerzas armadas de 31 legiones: *I Germanica*, *I Adiutrix*, *I Italica*, *II Adiutrix*, *II Augusta*, *III Augusta*, *III Gallica*, *III Cyrenaica*, *IV Macedonica*, *IV Scythica*, *V Alaudae*, *V Macedonica*, *VI Ferrata*, *VI Victrix*, *VII Claudiana*, *VII Gemina o Galbiana*, *VIII Augusta*, *IX Hispana*, *X Fretensis*, *X Gemina*, *XI Claudia Pia Fidelis*, *XII Fulminata*, *XIII Gemina*, *XIV Gemina Martia Victrix*, *XV Apollinaris*, *XV Primigenia*, *XVI Gallica*, *XX Valeria Victrix*, *XXI Rapax*, *XXII Primigenia*, *XXII Deiotariana*. El 1 de enero del año 69 las legiones con una suma de unos 150.000 soldados se encontraban distribuidas a lo largo del imperio así:

Provincia de procedencia y nombre	Base	Apoyo
Aegyptum		
<i>III Cyrenaica</i>	Egipto	Vespasiano
<i>XXII Deiotariana</i>	Nicópolis	Vespasiano
Africa		
<i>I Macriana Liberatrix</i> («Liberadora»)		
<i>III Augusta Pia Fidelis</i>	Theveste	Galba, Vitelio

Provincia de procedencia y nombre	Base	Apoyo
Britannia		
<i>II Augusta</i>	Glevum (Gloucester)	Vespasiano
<i>IX Hispana</i>	Lindum (Lincoln)	Vitelio, Vespasiano
<i>XX Valeria Victrix</i>	Viroconium (Wroxeter)	Vitelio, Vespasiano
Dalmatia		
<i>XI Claudia Pia Fidelis</i>	Burnum (Knin)	Vespasiano
Gallia Lugdunensis		
<i>I Italica</i> («Italiana»)	Lugdunum (Lyon)	Vitelio
Germania Inferior		
<i>I Germanica</i>	Bonna (Bonn)	Vitelio
<i>V Alaudae</i> («Alondras»)	Vetera (Xanten-Birten)	Vitelio
<i>XV Primigenia</i> («Primogénita»)	Vetera (Xanten-Birten)	Vitelio
<i>XVI Gallica</i>	Novaesium (Neuss)	Vitelio
Germania Superior		
<i>IV Macedonica</i>	Mogontiacum (Mainz)	Vitelio
<i>XIV Gemina Martia Victrix</i>	Moguntiacum (Mainz)	Otón, Vespasiano
<i>XXI Rapax</i> («Arrebatadora»)	Vindonissa (Windisch)	Vitelio
<i>XXII Primigenia</i> («Primogénita»)	Mogontiacum (Mainz)	Vitelio

Provincia de procedencia y nombre	Base	Apoyo
Hispania		
<i>I Adiutrix</i> («Auxiliadora»)	Moguntiacum (Mainz)	Otón, Vespasiano
<i>VI Victrix</i> («Victoriosa»)	Novaesium (Neuss)	Galba, Vespasiano
<i>X Gemina</i> («Gemela»)	Noviomagus (Nijmegen)	Vespasiano
Italia		
<i>II Adiutrix</i> («Auxiliadora»)	Lindum (Lincoln)	Vespasiano
Moesia		
<i>VII Claudiana Pia Fidelis</i>	Viminacium (Kostolač)	Vespasiano
<i>III Gallica</i>	Oescus (Gigen)	Vespasiano
<i>VIII Augusta</i>	Novae (Svištov)	Vespasiano
Palaestina		
<i>V Macedonica</i>		Vespasiano
<i>X Fretensis</i> («Del estrecho»)	Jerusalén	Vespasiano
<i>XV Apollinaris</i> («de Apolo»)		Vespasiano
Pannonia		
<i>VII Gemina/Galbiana</i>	Carnuntum (Petronell)	Galba, Vespasiano
<i>XIII Gemina</i> («Gemela»)	Poetovio (Ptuj o Pettau)	Otón, Vespasiano
Syria		
<i>IV Scythica</i> («Escitia»)	Zeugma	Vespasiano
<i>VI Ferrata</i> («Acorazada»)	Raphanae	Vespasiano
<i>XII Fulminata</i> («Provista de rayos»)	Raphanae	Vespasiano

Las legiones disponían también de unas fuerzas auxiliares (*auxilia*) de refuerzo⁴. Los regimientos de fuerzas auxiliares se

componían de 500 a 1.000 hombres y podían ser unidades de infantería (*cohortes*), de caballería (*alae*) o mixtas (*cohortes equitatae*). En Tácito destacan los regimientos de caballería que se distribuían en dieciséis o veinticuatro escuadrones (*turmae*) de una treintena de hombres cada uno en los regimientos de 500 hombres y de unos cuarenta en los de 1.000 hombres. Los regimientos eran mandados por centuriones *primipilares* o de primer rango o por prefectos de caballería de la clase ecuestre. En las *Historias* de Tácito aparecen los siguientes regimientos auxiliares: *ala I Flavia Gallorum Tauriana* (I 59, 2; 64, 3), *ala Siliana* (I 70, 1; II 17, 1), *ala Augusta Gallorum Petriana* (II 70, 2; IV 49, 2), *ala Gallorum Sebosiana* (III 6, 2), el *ala Gallorum Picentina o Picentiana* (IV 62, 4) y el *ala I Flavia Singularium civium Romanorum* (IV 70, 2).

*La flota romana*⁵

Tácito (*Anales* IV 5, 1) nos informa de la existencia de dos flotas en Italia en época de Augusto⁶, la *classis Missenensis* con base en Miseno, al noroeste de la bahía de Nápoles, y la *classis Ravennas* fondeada en Rávena, la costa norte del mar Adriático. Ambas escuadras debieron de tener una dotación elevada de marinos, porque el mismo Tácito dice que de ambas flotas se formaron tres legiones (III 50, 3), que fueron reemplazadas por dálmatas.

En Alteburg tenía su base la *classis Germanica*, de la que Tácito nombra a su comandante Julio Burdón en el año 69 (I 58, 1). La flota de Britania (*classis Britannica*) fue utilizada por Agrícola en sus campañas del norte de Britania ya en tiempos de Domiciano (*Agrícola*, 24-25). Su base se encontraba en Gesoriacum, la actual Boulogne, al norte de Francia.

El río Danubio cobijaba dos flotas. La de Panonia (*classis Pannonica*) y la de Mesia (*classis Moesica*). La base de la primera estuvo probablemente en Taurunum (Zemun) en la boca del río Sava, afluente del Danubio. Es nombrada por Tácito en *Anales* XII 30, 2. La segunda escuadra patrullaba por el bajo Danubio desde época de Nerón.

En el este faenaban la *classis Pontica* con base en Trapezus (Trabson) y la *classis Syriaca*, de la que se tiene noticia a partir del

año 119 d. C. La escuadra del Ponto ya aparece en la expedición de Agripa contra el reino del Bósforo (DIÓN CASIO, LIV 24).

La *classis Alexandrina*, con base permanente en Alejandría, actuaba ya en tiempos de Calígula. Tito se valió de ella en la guerra contra los judíos⁷.

² Cf. C. CICHORIUS, «*Ala*», *RE* 1 (1894), 1223-1270; id., «*Cohors*», *RE* 4 (1900), 231-356; E. RITTERLING, «*Legio*», *RE* 12.1-12.2 (1924-25), págs. 1.186-1.829; J. B. CAMPBELL, «*Legio*», *Brill's New Pauly* VII, 356-370; G. L. CHEESMAN, *The auxilia of the Roman Imperial Army*, Oxford, 1914; C. G. STARR, *The Roman Imperial Navy*, Cambridge, 1960, 2ª ed.; J. C. MANN, «The raising of new legions during the Principate», *Hermes* 91 (1963), 483-489; D. B. SADDINGTON, «The Roman *Auxilia* in Tacitus, Josephus and other early Imperial Writers», *Acta Classica* 13 (1970), 89-124; id., *The Development of Auxiliary Forces from Caesar to Vespasian*, Harare, 1982; J. B. CAMPBELL, *The Emperor and the Roman Army*, Oxford, 1984; id., *The Roman Army. A Sourcebook*, London, 1994; A. GOLDSWORTHY, *El ejército romano*, Madrid, Akal, 2007; P. ERDKAMP, ed., *A Companion to the Roman Army*, Malden, 2007, esp. págs. 183-200 (K. GILLIVER) y 201-217 (D. B. SADDINGTON).

³ Cf. A. R. MENÉNDEZ, *Pretorianos. La Guardia Imperial de la antigua Roma*, Madrid, 2006; id., «La guardia pretoriana en combate. II: rutinas de entrenamiento, operaciones, tácticas y despliegues», *Habis* 42 (2011), 229-252.

⁴ Cf. G. L. CHEESMAN, *The auxilia of the Roman Imperial Army*. Oxford, 1914. A partir del siglo II d. C. se reclutaban, además de *alae* y *cohortes*, unidades sin una organización estricta (*numeri*); cf. P. SOUTHERN, «The *numeri* of the Roman Imperial Army», *Britannia* 20 (1989), 81-140.

⁵ C. G. STARR, *The Roman Imperial Navy 31 B.C.-A.D. 324*, Chicago, 1993 (= 1941); D. B. SADDINGTON, «Classes. The evolution of the Roman Imperial Fleets», en P. ERDKAMP, *A Companion to the Roman Army*, Malden, 2008, págs. 201-217.

⁶ Cf. SUETONIO, *Augusto* XLIX 1.

⁷ JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 659.

APÉNDICE III

NOMBRES DE LUGARES Y PUEBLOS

<i>Nombre antiguo</i>	<i>Nombre moderno o zona de influencia</i>
Achaia	Acaya (Grecia)
Actium	Accio (en el golfo de Ambracia, Grecia)
Aedui	Eduos (tribu de los alrededores de Augustodunum, Autun)
Aenus	Aeno (río Inn)
Africa	África (Túnez y Libia)
Alani	Alanos (tribu de las estepas del Don y el Volga)
Albani	Albanos (pueblo de Azerbayán)
Albingaunum	Albenga
Albintimilium	Ventimiglia
Alia	Alia (Fosso della Bettina)
Allobroges	Alóbroges (tribu del Ródano-lago de Ginebra)
Altinum	Altino
Anagnia	Anagni

Andematunnum	Andematuno (Langres)
Antioquia	Antioquía (Antakya)
Antipolis	Antípolis (Antibes)
Appia, via	Vía Apia (Roma-Benevento-Bríndisi)
Aquae Sextiae	Aix-en-Provence
Aquinum	Aquino
Aquitania	Aquitania (sudoeste de Francia)
Arar	Arar (río Saône)
Arenacum	Arenaco (Rindem)
Aricia	Ariccia
Ariminum	Arímino (Rimini)
Arverni	Arvernos (tribu de Auvergne, sur de Francia)
Asciburgium	Asciburgio (Asberg)
Asia	Provincia de Asia
Ateste	Ateste (Este)
Atria	Adria

Augusta Trevirorum	Tréveris (Trier)
Aventicum	Avéntico (Avenches)
Aventinum	Aventino
Baetasii	Bétasos (tribu de la zona de Lovaina)
Baetica	Bética (Andalucía)
Batavi	Batavos (tribu del centro de Holanda)
Batavodurum	Batavoduro (alrededores de Nimega)
Bedriacum	Bedriaco (Tomara, oeste de Bozzolo)
Belgae	Belgas (pueblo del norte de la Galia)
Belgica	Bélgica (provincia al norte y este de Francia, oeste de Suiza)
Belius	Belio (río Nahr Na'aman)
Berytus	Beirut
Bingium	Bingio (Bingen)
Boii	Boyos (tribu de la zona del Adda y el Po)
Bonna	Bonn

Bononia	Bolonia
Bovillae	Bovilas (alrededores de Frattocchie)
Brigantes	Brigantes (tribu del norte de Britania, río Trent)
Brixellum	Brixelo (Brescello)
Brixia	Brescia
Bructeri	Brúcteros (tribu del oeste de Germania)
Brundisium	Brundisio (Bríndisi)
Byzantium	Bizancio (Estambul)
Caeracates	Ceracates (tribu de Germania Superior)
Caesarea	Cesarea (entre Tel Aviv y Haifa)
Calabria	Calabria (sur de Italia)
Campania	Campania (sudoeste de Italia)
Campus Martius	Campo de Marte (zona de Roma)
Canninefates	Cannenefates (tribu de la zona de La Haya)
Capitolium	Capitolio (Campidoglio)
Cappadocia	Capadocia (este de Anatolia)

Capua	Capua (capital de Campania)
Carsulae	Cársulas (zona de Sangémini)
Castores	Cástores (zona de Ronca de' Golférami)
Chatti	Catos (tribu de la zona de Weser)
Chauci	Caucos (tribu del norte de Germania)
Chobus	Cobo (río del Cáucaso)
Cilicia	Cilicia (sudeste de Anatolia)
Cimbri	Cimbros (tribu del norte de Jutlandia)
Cottiae Alpes	Alpes Cotios (zona de Susa)
Cremera	Crémera (Fosso Valchetta o Fosso d'Aquatraversa)
Cremona	Cremona
Cugemi	Cugemos (tribu de la zona de Krefeld)
Curtius, lacus	Curcio (lago en el Foro romano)
Cyrene	Cirene (Shahhat, Libia)
Cythnus	Citno (isla de Kythnos, Thermia)
Dacia	Dacia (Rumania)

Dacii	Dacios (pueblo tracio de Rumania)
Dalmatia	Dalmacia (Croacia, Bosnia, Serbia)
Divodurum	Divoduro (Metz)
Dyrrachium	Dirraquio (Durazzo, Durës)
Emerita	Emérita (Mérida)
Eporedia	Eporedia (Ivrea, norte de Italia)
Etruria	Etruria (Toscana)
Fanum Fortunae	Fano
Ferentium	Ferento
Fidenae	Fidenas (Castel Giubileo)
Flaminia, via	Vía Flaminia (Roma-Narni-Bevagna-Rimini)
Forum Alieni	Foro de Alieno (Legnano)
Forum Iulii	Foro de Julio (Fréjus)
Frisii	Frisios (tribu de la zona de Holanda y Friesland)
Fundanus, lacus	Fundano (lago del Quirinal en Roma)
Galatia	Galacia (Anatolia central)

Garamantes	Garamantes (tribu del norte de África)
Gelduba	Gelduba (Gellep, zona de Krefeld)
Gemonias, escaleras	Gemonias (vía del Arco de Septimio Severo)
Germania Inferior	Germania Inferior (zona los Países Bajos y noroeste de Alemania)
Germania Superior	Germania Superior (zona de Alsacia, Suiza y norte del Rin)
Grayos, Alpes	Grayos (zona del Pequeño S. Bernardo)
Grinnes	Grinnes (Rossum)
Hadrumetum	Hadrumeto (Sousse, Túnez)
Haemus	Hemo (Stara Planina y Rodopi Planina, (Balcanes))
Helvetii	Helvecios (tribu de Suiza occidental)
Hispalis	Híspalis (Sevilla)
Histria	Istria
Hostilia	Ostiglia
Ianiculum	Janículo (colina de Roma)
Iazyges	Yáziges (tribu sármata del Danubio)

Ida	Monte Ida (Creta)
Interamna	Interamna (Terni)
Lepcis	Lepcis (zona de Homs, Libia)
Leuci	Leucos (tribu de la zona de Toul)
Liguria	Liguria
Lingones	Lingones (zona de Langres)
Lucania	Lucania y sur de Campania
Luceria	Luceria (Lucera)
Lucus	Luco (Luc-en—Diois)
Lugdunum	Lugduno (Lyon)
Lusitania	Lusitania (Portugal y oeste de España)
Marcodurum	Marcoduro (Merken)
Marsaci	Mársacos (tribu de Holanda)
Marsi	Marsos (tribu de la zona al sur de Lippe)
Mattiaci	Matiacos (tribu de la zona de Wiesbaden)
Mauretania Caesariensis	Mauritania Cesariense (este de Marruecos y oeste de Argelia)

Mauretania Tingitana	Mauritania Tingitana (oeste de Marruecos)
Medi	Medos (pueblo del norte de Irán)
Mediolanum	Mediolano (Milán)
Mediomatrici	Mediomátricos (tribu de Metz)
Memphis	Menfis (Egipto)
Menapii	Menapios (tribu del oeste de Flandes)
Mevania	Mevania (Bevagna)
Minturnae	Minturno (desembocadura del río Garigliano)
Misenum	Miseno
Moesia	Mesia (sur del Danubio)
Mogontiacum	Mogontiaco (Mainz, Maguncia)
Morini	Morinos (tribu del oeste de Calais)
Mutina	Mútina (Módena)
Nabalia	Nabalia (río Ijssel)
Narbonense	Narbonense (Provence y Languedoc)
Narnia	Narni

Nava	Nava (río Nahe)
Nervii	Nervios (tribu de la zona de Scheldt y Mosa)
Noricum	Nórico (este de Austria)
Novaesium	Novesio (Neuss)
Novaria	Novara
Numidia	Numidia (este de Argelia y oeste de Túnez)
Ocriculum	Ocrículo (Otricoli)
Oea	Ea (Trípoli)
Opitergium	Opitergio (Oderzo)
Ostia	Ostia
Padus	Río Po
Paeligni	Pelignos (tribu de la zona de los Abruzos)
Pamphilia	Panfília (sur de Anatolia)
Pannonia	Panonia (oeste de Hungría y este de Austria)
Paphos	Pafos (Chipre)

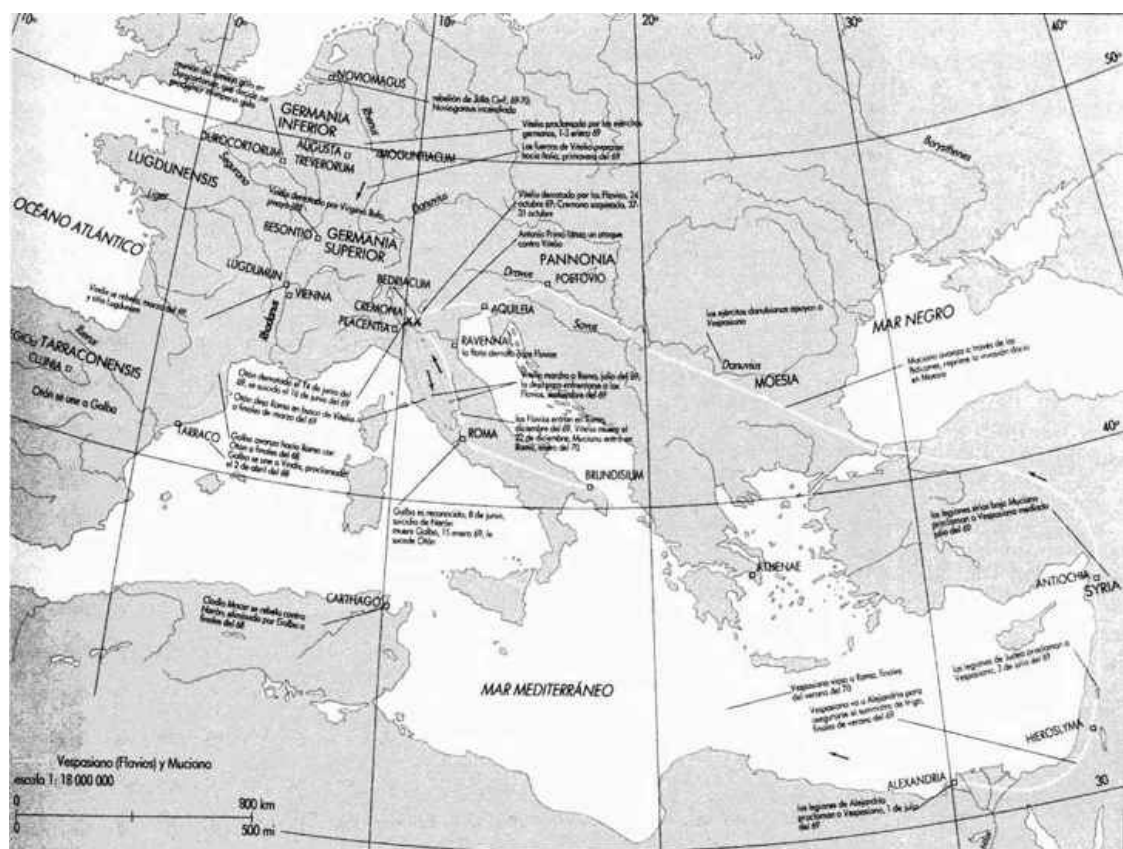
Parthi	Partos (pueblo de Irak e Irán)
Patavium	Padua
Perusia	Perugia
Pharsalia	Farsalia (Tesalia)
Philippi	Filipos (Macedonia)
Picenum	Piceno (zona de Áscoli)
Placentia	Plasencia (Piacenza)
Poetovio	Ptuj (Pettau, Eslovenia)
Pontus	Ponto (norte de Anatolia)
Portus Herculis Monoeci	Puerto de Hércules de Mónaco (Mónaco)
Portus Pisanus	Puerto de Pisa (zona de Livorno)
Postumia, via	Vía Postumia (Génova-Piacenza- Verona-Aquileya)
Puteoli	Putéolos (Pozzuoli)
Raetia	Recia (este de Suiza, Tirol y zona entre el Danubio y el Inn)
Ravenna	Rávena

Regium Lepidum	Regio Lépido (Reggio Emilia)
Remi	Remos (tribu de la zona de Reims)
Rhacotis	Racotis (barrio de Alejandría)
Rhoxolani	Rojolanos (tribu sármata del Danubio)
Rigodulum	Rigodulo (Riol)
Sabini	Sabinos (pueblo del noreste de Roma)
Salaria, via	Vía Salaria (Roma-Rieti-Áscoli-Piceno —Porto d'Ascoli)
Samnites	Samnitas (pueblo del sur de los Apeninos)
Sarmatae	Sármatas (tribu del norte del bajo Danubio)
Saxa Rubra	Rocas Rojas (Grottarossa, norte de Roma)
Scythae	Escitas (pueblo de Ucrania)
Sedochezi	Sedoquezos (tribu del Cáucaso)
Seleucia	Seleucia (Samandağ)
Sena	Siena
Sequani	

	Sécuanos (tribu de la zona del Saona, Jura, Vosgos y Rin)
Sinope	Sinope (Sinop, Turquía)
Sinuessa	Sinuesa (Terrne di san Ricco)
Stoechades insulae	Estécades (archipiélago de Hieres)
Suebi	Suevos (tribu del valle del Elba, al sur de Germania)
Suessa Pometia	Suesa Pomecia (Lacio)
Sunuci	Sunucos (tribu de la zona de Colonia)
Tarentum	Tarento
Tarracina	Terracina
Tencteri	Téncteros (tribu de la zona del río Lippe en Renania)
Teutoni	Teutones (tribu de Jutlandia o Dinamarca)
Thracia	Traecia (Bulgaria)
Ticinum	Pavía
Tingitana, v. Mauretania	

Tolbiacum	Tolbiaco (Zülpich, Westfalia)
Transpadana Italia	Norte del Piamonte y oeste de Lombardía
Trapezus	Trapezunte o Trebisonda (Turquía)
Treviri	Tréviros (tribu de la zona de Tréveris, Trier)
Triboci	Tribocos (tribu de Alsacia)
Tungri	Tungros (tribu de la zona de Tongres)
Ubii	Ubios (tribu de la zona de Colonia)
Umbria	Umbría
Urvinum	Urbino (Collemancio)
Usipi	Úsipos (tribu de la zona del río Lahn)
Vada	Heerewaarden (Holanda)
Vangiones	Vangiones (tribu de la zona de Worms)
Vascones	Vascones (tribu del País Vasco)
Vercellae	Vercelas (Vercelli)
Verona	Verona
Vetera	Vétera (Birten, cerca de Xanten)

Vicetia	Vicecia (Vicenza)
Vienna	Viena (Vienne)
Vindonissa	Vindonisa (Windisch)
Vocetius, mons	Vocecio, monte (Bözberg)
Vocontii	Voconcios (tribu de la zona de los Alpes)



ÍNDICE GENERAL

[LIBRO III](#)

[LIBRO IV](#)

[LIBRO V](#)

[FRAGMENTOS Y TESTIMONIOS DE LAS HISTORIAS](#)

[*Apéndices*](#)

[Apéndice I. Cronología](#)

[Apéndice II. El ejército romano](#)

[Apéndice III. Nombres de lugares y pueblos](#)